



una  
mujer  
infidel  
miguel  
sáez  
carral

# Índice

Sinopsis  
Dedicatoria

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23

Créditos  
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

La medicina será integrativa o no será. Después de décadas de hegemonía de la medicina convencional y de la industria farmacéutica, llega por fin una medicina que no renuncia a la tecnología, pero que abraza por igual la tradición occidental y la oriental. En una sociedad poscrisis en la que triunfan fenómenos que beben del budismo como Marie Kondo, en la que prácticas como el pilates, el yoga, la meditación y la alimentación consciente están incorporadas a nuestra cotidianidad, empieza a despuntar una nueva visión de la medicina. Cansados de los estragos que ha causado el abuso de antibióticos, de consultas médicas deshumanizadas y de problemas de salud del primer mundo que se vuelven crónicos, son muchos los que buscan alternativas.

El doctor Andreas Michalsen, que aúna lo mejor de las dos tradiciones médicas, nos propone la naturopatía, técnica que contempla al paciente como un todo y que, a través de la hidroterapia, la terapia nutricional, el ejercicio físico, la fitoterapia y el trabajo espiritual, nos hará reencontrar nuestro equilibrio físico y anímico.

Miguel Sáez Carral



Una mujer infiel

 Planeta

*A la mujer que amo, a Paloma*

Entonces vio el cuerpo tendido entre la alta hierba.

Yo no estaba allí. Solamente puedo imaginarlo. Amanecía. El corredor atravesaba el bosque de este a oeste. De alguna forma era como si huyera de la luminosidad del día naciente que asomaba a su espalda por la línea del horizonte y buscara amparo en las sombras que la noche abandonaba en su retirada, a cada segundo más pálidas. Tenía cierto sentido que fuera así. Durante semanas las temperaturas habían sido dos o tres grados más altas de lo normal para aquella época del año. En muy poco tiempo, en solo unas horas, aquel mismo sol abrasaría la tierra y todos y cada uno de los seres vivos de la ciudad nos esconderíamos de sus rayos para no morir de calor. Y sin embargo, unos minutos antes, al pisar la calle, el corredor había notado cómo el vello de su piel se erizaba. Aquel escalofrío, en medio de unas semanas de asfixiante calor, había sido como el reencuentro inesperado con un amor perdido. La noche anterior, una de las primeras tormentas del verano había descargado una intensa lluvia sobre la ciudad y el suelo todavía húmedo desprendía ese olor característico de la tierra mojada después de un largo periodo de sequía. El aire era fresco y limpio.

Avanzaba por un camino de tierra entre grupos de encinas, alcornoques y algún pino manso que se elevaba sobre el perfil del bosque. Sus rítmicas pisadas hacían crujir un rastro de hojas y pequeñas ramas que habían sido arrancadas con brutalidad de las copas de los árboles, durante la tormenta, por la fuerza de un viento salvaje. Aquel camino ancho y de tierra blanca compacta, normalmente limpio y despejado, era el elegido por los que practicaban el atletismo y el ciclismo y también por las parejas que paseaban a sus perros o con sus hijos los fines de semana. Fue un golpe de fortuna —quizá motivado por el aburrimiento de seguir la misma ruta cada mañana— que decidiera desviarse del camino principal y tomara aquel otro sendero estrecho y sinuoso que ascendía en una ligera pendiente, hendido entre la maleza, para continuar su carrera. Precisamente donde estaba ella.



Corrió apenas durante un minuto. Al principio le llamó la atención que, a un lado del sendero, las hierbas altas nacidas en una primavera muy lluviosa y ahora de color dorado pálido, agostadas, con las espigas dobladas por el peso de las semillas, estuvieran aplastadas. Habían sido rendidas sin piedad sobre la tierra, como si la noche anterior un gran animal se hubiera abierto paso por allí. Y no fue hasta un poco más tarde cuando se fijó en aquella mancha de un llamativo color blanco y rojo —el color de su vestido— en el campo amarillo. Y todavía tardó unos segundos más en darse cuenta de que lo que había allí tendido era un cuerpo de mujer.

Detuvo su carrera y se quedó inmóvil. Notó el golpeteo de sus pulsaciones en las venas del cuello, las gotas de sudor que caían por su frente, escuchó el sonido de su respiración apresurada y tuvo que hacer un esfuerzo para producir un poco de saliva que aliviara la sequedad de su garganta. Espiró con fuerza por la boca y dio un puñado de pasos sobre los tallos aplastados de la hierba seca hasta que estuvo a solo un par de metros de ella. El cuerpo estaba echado boca arriba, con la cabeza ladeada sobre su hombro izquierdo, los brazos extendidos, una pierna estirada y la otra flexionada. El pelo castaño claro, alborotado, le ocultaba parte del rostro. Algunos mechones corrían pegados a una mejilla y sus puntas entraban por la comisura de sus labios. Los hematomas y las heridas abiertas marcaban su rostro. Era evidente, incluso para alguien que no era médico —no recuerdo qué profesión tenía el corredor, pero desde luego no era médico—, que debajo de aquella carne amoratada y deformada, en un pómulos y en la mandíbula, había huesos rotos y astillados.

La piel estaba hinchada y tensa y pequeños regueros de sangre, ya secos, habían corrido desde su nariz, también rota, y desde sus labios partidos y bajado por la barbilla y por el cuello hasta la parte superior del pecho. El párpado del ojo izquierdo estaba inflamado y amoratado, y le vino a la mente la fotografía de uno de esos boxeadores con los ojos hinchados, transformados en apenas una línea negra en el rostro abultado, después de recibir una tremenda paliza. Y al observar las heridas de la mujer sintió el mismo dolor que debía haber sentido ella. Notó una punzada en la boca del estómago y tuvo que contener una arcada que subía por su garganta como un ascensor por un rascacielos. Con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas y la espalda doblada, se obligó a hacer profundas inspiraciones, tomando aire por la nariz y soltándolo por la boca.

Dos rabilargos de cabeza negra y larguísima cola de un color azulado alzaron el vuelo desde la rama de un árbol cercano y lanzaron un grito áspero y nasal que le asustó. Miró a su alrededor girando su cuerpo hacia un lado y otro varias veces. Aquella mujer había sufrido una agresión de una violencia extrema y de repente pasó por su cabeza la idea de que quien le hubiera hecho aquello

podía estar todavía cerca, acechante. Y entonces quiso —lo confesaría más tarde sintiendo una gran vergüenza— darse la vuelta y salir corriendo. A su alrededor no había nadie. El bosque estaba tranquilo. Los rayos del sol se colaban entre las ramas de los árboles que lo rodeaban, encinas de hojas duras de un color verde desteñido, y brillaban como antorchas encendidas. Algunos insectos volaban a través de los haces de luz. Escuchó el gorjeo de los pájaros más pequeños y, muy alejado y amortiguado, el sonido de un vehículo al pasar sobre el asfalto de una carretera cercana. Se deshizo de la angustia y del miedo, recobró el sentido común y se dijo que no era probable que el agresor siguiera por allí.

La mujer llevaba un vestido de verano blanco estampado con grandes flores de color rojo oscuro. Estaba sucio, de tierra o barro y sangre, y mojado. La tela, un algodón delicado, se le había pegado al cuerpo y en algunos lugares se le transparentaba. Uno de los tirantes había sido arrancado y el escote vencido dejaba a la vista la parte superior de un seno y un fragmento de la areola rosada del pezón. Grandes manchas de color oscuro, hematomas, se dibujaban en la piel de sus brazos y en una de sus rodillas tenía una gran herida profunda, roja y seca.

La parte inferior del vestido, rasgada por las costuras, estaba doblada sobre su abdomen. No llevaba ropa interior. Por pudor apartó inmediatamente la mirada. Se arrodilló a su lado y con un cuidadoso movimiento tomó el borde del tejido con la punta de dos dedos y lo bajó poco a poco hasta cubrirle el sexo. Un insecto revoloteó cerca del muslo de la mujer y fue en ese instante, al alargar la mano para espantarlo, cuando perdió el equilibrio y rozó ligeramente su piel. Se sorprendió al notar que el cuerpo estaba tibio. Solo entonces pensó que todavía podía estar viva. Le tomó el pulso en la muñeca, fina y delgada, y no sintió nada. Después hizo lo mismo en la arteria de aquel bonito y estilizado cuello. Y de repente percibió el pequeño golpe casi imperceptible. El latido. Por un instante no supo si era suyo o de ella. Necesitaba estar seguro. Acercó su cara a la de la mujer y entonces notó su aliento en la mejilla.

Todavía estaba viva.

Yo entonces tenía treinta y dos años y me encontraba en el salón de nuestra casa en una pequeña y antigua colonia al este de la ciudad, muy cerca del bosque. Aquella mañana bebía café con el hombro apoyado en el marco de las puertas acristaladas que daban al jardín, abiertas de par en par, y observaba los frutos de la tormenta de la noche anterior. La hierba estaba húmeda y la tierra era más negra, y se mantenía en el aire ese aroma a «lluvia de verano» tan inconfundible, especial, agradable y misterioso.

Ese aroma había sido bautizado en 1964 por un equipo de investigadores australianos como «petricor». El nombre se deriva de la unión de dos palabras griegas: *petros*, que significa «piedra», e *ikhôr*, con la que se denomina al líquido que fluía por las venas de los dioses en la mitología de Grecia. Hacía poco que había leído en uno de esos artículos que los medios de comunicación publican como material de relleno en la época estival que existían varias teorías sobre lo que producía ese aroma y por qué en invierno la tierra mojada no olía de la misma manera. Una de las hipótesis explicaba el fenómeno atribuyéndoselo a las descargas eléctricas de las tormentas, que hacían descender hasta la superficie de la tierra corrientes de aire fresco con altas concentraciones de ozono. Otra, que el olor era originado por las esporas de las plantas, por las bacterias y por unos microorganismos que la lluvia despertaba después de un prolongado espacio de sequía. Y por último, la teoría que parecía demostrada por un grupo de científicos de una universidad norteamericana decía que el aroma era producido por burbujas de aire generadas por el choque de las gotas de lluvia contra las piedras calientes. *Petricor*.

Las pequeñas hojas alargadas y casi amarillentas de la acacia que crecía en una esquina del jardín estaban esparcidas por la superficie del agua de la piscina, por el suelo de tablas de madera que la rodeaba y también por el césped y los parterres de flores. Un par de sillas de terraza habían sido derribadas y desplazadas una decena de metros y yacían patas arriba con sus respaldos enterrados en uno de los setos de bambú que Be, mi mujer, había plantado para

cubrir la valla trasera. Aunque no había sido la tormenta quien las había arrojado hasta allí.

La tormenta remató diez largas horas en las que el sol abrasó la ciudad sin descanso. La caída de la tarde no hizo que el calor disminuyera; al contrario, creció una sensación sofocante, como si el aire se hubiera vuelto tan denso como el jarabe y con su peso nos estuviera aplastando. Los perros ladraban como locos en la calle, los hombres se amenazaban en la puerta de los bares y los niños pequeños lloraban sin hambre ni sueño en los brazos de sus madres. Entonces, nubes de un negro intenso se formaron en el horizonte y corrieron veloces hacia nosotros impulsadas por un viento salvaje y trajeron la lluvia. Cuando los rayos agrietaron el cielo negro y los truenos hicieron vibrar la tierra como los ecos de una lejana batalla, los perros dejaron de ladrar y los niños de llorar, y los hombres apartaron a un lado sus conflictos y todo el mundo alzó su mirada al cielo. El agua comenzó a golpear, con infinita violencia, la superficie de la tierra. El sonido de la lluvia, aquel rugido brutal, reforzó la fe de los creyentes y nos recordó al resto nuestra pequeña condición y naturaleza.

La tormenta descargó su furia durante más de una hora sobre la ciudad. Y después se hizo el silencio y la gente pisó de nuevo las calles, y se abrieron ventanas y balcones y se encendieron luces, y por todos lados se escucharon risas y gritos de entusiasmo parecidos a las voces de una población liberada después de largos años de ocupación por un ejército enemigo. Sobre la tierra algunos percibieron sus efectos visibles, como aquellas hojas de la acacia esparcidas por la piscina y el jardín. Y otros percibimos los invisibles. Como su ausencia.

Un año antes, también un día de verano, también junto a una piscina, había comenzado el final de nuestra relación. Conservo en la memoria un recuerdo preciso del momento. Como en una fotografía. Mis pies descalzos pisan el frío suelo de baldosas de piedra blanca pulida de una cocina. Entre los dedos de mi mano derecha humea un cigarrillo de hierba —en aquel momento todavía fumaba— mientras mi mano izquierda sostiene una cerveza fría. Miro a través de una ventana. El agua de la piscina es muy transparente y a su alrededor se extiende una pradera de hierba recién cortada.

Ella no sabía que yo estaba allí. Aunque tampoco estoy muy seguro de esa afirmación. Muchas veces he pensado que quizá he dado por sentado algo que no tenía por qué ser así. Quizá sí lo sabía y lo que intentó fue probarme, averiguar cuál sería mi reacción, o quizá romper lo nuestro de una vez para siempre.

Estábamos en la casa de su amiga Anita. Mi mujer, Be, tendida sobre una toalla en un trozo de césped cerca de la piscina, tomaba el sol boca arriba con los brazos alineados al lado del cuerpo y una rodilla levantada. Su biquini, de un azul turquesa similar al agua de una playa del océano Índico, era pequeño y sus gafas de sol, enormes. Algunas veces, cuando mi mirada la encontraba de improviso, me recordaba mucho a una Jane Birkin a la que había visto en unas fotografías de una revista americana. Anita salió del agua y lentamente se acercó a ella. Se colocó a su lado y dejó que gotas de agua fría resbalaran por su pelo y también por sus brazos y sus manos y cayeran sobre el vientre y el pecho de Be, que se agitó sorprendida y extendió un brazo para tratar de detenerla. Mi mujer agarró la mano de su amiga, tiró de ella e hizo que se arrodillara a su lado. Sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro. Be levantó ligeramente su cabeza y besó los labios de Anita. Fue un beso suave y corto. Al separar sus cabezas, en el rostro de Anita resplandecía una hermosa y limpia sonrisa. Luego Be hizo un comentario —que no llegué a entender— al que Anita respondió echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada. Volvió a inclinarse sobre Be y sus labios se unieron de nuevo, y esta vez el beso se alargó durante unos segundos. Luego se dejó caer a su lado e hizo que su mano resbalara por el vientre brillante de Be. Sus dedos levantaron el borde de la braguita del biquini azul turquesa y desaparecieron en su interior. La tela parecía a punto de estallar. Anita hundió su cabeza en el hueco formado por el cuello y el hombro de Be. Apenas unos instantes más tarde mi mujer arqueó la espalda, su vientre se tensionó y sus caderas se elevaron unos milímetros sobre el suelo. Cubrió su boca con el dorso de una mano, aunque eso no consiguió silenciar un gemido gutural largo e intenso que emitió al mismo tiempo que su cuerpo se agitaba en un espasmo eléctrico desde su cuello hasta la punta de los pequeños dedos de sus pies. Luego su cuerpo desfallecido quedó muy quieto, abandonado, sin aliento. Los besos de Anita que se repartieron por su vientre, la parte superior de los senos y el cuello parecieron reanimarla. Entonces mi mujer tomó el rostro de su amiga con las dos manos y la besó. Con un ágil movimiento se colocó sobre ella y después rodaron sobre la hierba riendo.

Be me había sido infiel. Acababa de hacer el amor con otra mujer. Una escena como aquella hubiera provocado en cualquier hombre una serie de sentimientos como los celos, la ira, la rabia o la furia, o incluso la pena o la tristeza. Sé que suena ridículo y es lastimoso admitirlo, pero lo que yo sentí en aquel momento fue excitación y deseo. Al retirarme de la ventana una enorme y dolorosa erección pugnaba por escapar de la prisión de tela de mis pantalones cortos.

No hice nada, no moví ni un solo músculo para impedir o al menos detener lo que estaba ocurriendo junto a la piscina. Me pregunto si también me hubiera mostrado impasible delante de la ventana de aquella cocina, inmóvil en la sombra, conteniendo la respiración y notando cómo gotas de sudor se creaban sobre mi piel y descendían por mi espalda bajo la camisa, si Anita hubiera sido un hombre. ¿Cómo me habría comportado? ¿Habría dejado que completara el acto sexual con Be? No. Si un hombre le hubiera metido la mano bajo la braguita del bikini y movido la yema de sus dedos sobre su sexo, habría dejado el cigarrillo de hierba a medio fumar sobre el cenicero de la encimera de mármol de la cocina, habría salido corriendo y le habría agarrado por el cuello apartándole de ella. Y después le habría lanzado un golpe en dirección al arco de su nariz o a su pómulo concentrando en él toda la fuerza de mis más de ochenta y cinco kilos de peso. Se lo habría roto sin duda. Se lo habría aplastado como a un insecto. Es posible que después de ese primer golpe le hubiera lanzado muchos más hasta que alguien o algo me hubiera detenido. Habría convertido su rostro en un amasijo informe de huesos rotos y carne lacerada. Sí, lo sé. Es una torpe excusa que solo me doy para tratar de encubrir el hecho de que consentí que Anita masturbara a mi mujer junto a su piscina.

Habría dejado que el cigarrillo de hierba se apagara. Me lo llevé a los labios, lo encendí de nuevo y le di una profunda y larga calada. En aquel momento escuché el ruido de la puerta de la casa a mis espaldas y la voz de Tomás, el marido de Anita, anunciando su llegada. Entró en la cocina y dejó un par de bolsas de plástico blanco sobre el suelo. Dijo algo sobre el calor y la gente que había en el supermercado y explicó el retraso echándole la culpa a un conocido a quien se había encontrado y al que no había podido evitar sin parecer maleducado. Se asomó a la ventana. Anita y Be fumaban, sentadas en el bordillo de la piscina, con los pies metidos en el agua, separadas por un metro o algo más de distancia.

—¿Te estás escondiendo? —me preguntó.

Sonreí y le enseñé el cigarrillo de hierba a medio consumir entre los dedos de mi mano derecha.

—Te entiendo —dijo—. Yo también me escondo a veces. ¿Me das una calada?

Le pasé el cigarrillo.

—Hace mucho que no fumo. Desde los tiempos de la universidad.

Hizo una inspiración demasiado profunda y larga, se le descompuso la mirada y tuvo un acceso de tos que le hizo doblarse por la cintura.

—Te gustan cargados, ¿eh? —afirmó como si quisiera justificar su falta de costumbre con el hecho de que yo hubiera puesto mucha hierba en la mezcla.

No era verdad, pero sonreí dándole la razón. Me lo devolvió.

—Me gustaría volver a fumar —dijo—. Al caer la noche me sentaría en una de las sillas del porche, me liaría uno de estos y me olvidaría de toda la mierda del despacho. Tengo un jefe nuevo que me las está haciendo pasar putas, ¿sabes?

Durante un segundo dudé si debía decirle algo sobre lo que acababa de ver. Algo así como: «He visto cómo tu mujer le metía la mano en la braguita del bikini a Be y la masturbaba al lado de tu piscina de agua salada. Y creo que mi mujer le ha dado las gracias a la tuya después de correrse». Me hubiera gustado ver qué cara habría puesto. ¿Incredulidad, asombro, incompreensión, alegría? Quizá se lo habría tomado como una broma de mal gusto y yo habría quedado como un bobo grosero con oscuras y perversas intenciones. O quizá me habría sonreído y después de una amigable palmada en el hombro me habría contestado: «No te sientas mal. Se lo hace a todas sus amigas. Es una gran perra, ¿verdad? —Y después de una pausa habría añadido—: La adoro».

No dije nada y no pude sorprenderle y él tampoco a mí. En lugar de eso, le ayudé a colocar la compra.

—Anita —dijo Tomás— no me contó nada de que fuerais a venir. De otra forma, la despensa estaría llena y no habría tenido que salir con este calor.

Le pedí disculpas y él me contestó que no tenía por qué hacerlo.

—Ellas trazan los planes y nosotros solo cumplimos sus órdenes —dijo Tomás, y después añadió—: Al fin y al cabo, son de Producción. ¿No es eso lo que decís vosotros?

No tenía ni idea de lo que hablaba. Aunque sí, era cierto, Be y Anita eran de Producción. Se habían conocido en el rodaje de una película, un largometraje norteamericano, y después habían encadenado tres o cuatro trabajos más como compañeras en el departamento de Producción. Eran amigas. Muy buenas amigas. Nosotros, los maridos, apenas nos habíamos visto a lo largo de aquel tiempo. De no haber sido por aquel momento al lado de la piscina, quizá nunca habría pensado en lo precipitado de aquella invitación para pasar el día en su casa de las afueras de la ciudad. Teníamos la presentación de un libro aquella misma noche y dos planes en el mismo día hacían que nuestra agenda social estuviera sobrecargada. Pero Be insistió mucho. El verano estaba siendo caluroso y los cuatro, por motivos de trabajo o de falta del mismo, nos habíamos quedado en la ciudad. Su casa estaba en las afueras, donde suponíamos que las temperaturas eran más bajas. Tenían piscina, habría cervezas frías y podría fumar todo lo que quisiera. Y además me prometió que regresaríamos a tiempo para la presentación del libro. No podía negarme.

Días después se me ocurrió que aquel plan improvisado podía haber nacido aquella misma mañana con un mensaje corto o una llamada de teléfono y un «te

echo de menos» o un «quiero verte» o un «me muero por besarte». No lo sé con seguridad, pero imagino que algo así debió ocurrir. De lo que estoy seguro es de que aquella no era la primera vez que lo hacían. Era la primera vez que yo lo presenciaba, pero no era la primera vez que ellas se habían besado y se habían tocado y habían hecho el amor. La naturalidad con la que se fundieron sus cuerpos delgados y morenos, las posturas de sus manos, de sus brazos, de sus piernas, la sintonía de sus movimientos delataban que entre ellas dos había una experiencia previa. La precisión de sus movimientos, la rapidez con la que había alcanzado el orgasmo, sus risas cómplices una vez que Be acabó, el beso que se dieron después. Aquella era una pareja que había iniciado hacía meses una relación. O quizá más.

Atravesamos la casa con una cubitera llena de hielo, una botella de vino blanco muy frío, copas, una cerveza para mí y unos cuencos con varios aperitivos. Cuando cruzamos el umbral de las cristaleras del salón y salimos al porche de madera escuché a Anita, que volviéndose hacia Be decía:

—Los chicos ya han vuelto.

Los chicos ya han vuelto. Me expliqué así, entonces, su absoluta falta de precaución para abordar el acto sexual que acababan de practicar a plena luz del día, sin buscar un lugar seguro a resguardo de las miradas de los demás. Supuse que habían pensado que yo había acompañado a Tomás a por las bebidas y que se habían quedado solas en la casa. Las chicas dejaron el borde de la piscina y se acercaron hasta la mesa donde el marido de Anita había colocado la bandeja a cubierto bajo la sombra formada por una gran lona blanca. Be puso una de sus manos en mi nuca.

—Estás sudando —dijo, y me preguntó si no me apetecía darme un baño.

Me despojé de la camisa y después de los pantalones cortos recordando mi reciente y humillante erección, le di un trago a mi cerveza y me sumergí en el agua artificialmente salada de la piscina. Desapareció el ruido pero permanecieron las imágenes. Hice dos o tres largos y después me detuve en el extremo más alejado y me quedé con los brazos apoyados sobre el bordillo de piedra y la cabeza reposando sobre ellos. Be vino nadando hacia mí, se abrazó a mi espalda y se quedó allí agarrada durante un buen rato. Desplacé la mirada hacia el fondo del jardín. Anita nos observaba. Llevaba unas gafas de sol con cristales de espejo y no podía ver sus ojos de color negro, pero sonrió. Nos observaba.

Durante el resto de la tarde aguardé expectante a que sucediera algo más, a que se produjera un anuncio a los postres, a que quizá hubiera preparada una sorpresa. En cada frase que se dirigían yo trataba de encontrar un sentido oculto, un código escondido que sin duda sería la señal convenida para iniciar la acción.



Y lo esperaba con una mezcla de deseo pero también de miedo. Lo cierto es que no pasó nada. También podría haberlo provocado yo. Sí, cuando los cuatro estábamos sentados a la mesa, bajo la sombra protectora de la lona blanca, que con el ligero viento se hinchaba como una vela de barco, disfrutando de la comida que había preparado Tomás, podría haber levantado mi tercera o cuarta cerveza y, después de darle un pequeño trago, haberme aclarado la garganta y haberle preguntado a Be: «¿Desde cuándo sois amantes? —Y también podría haber añadido—: ¿Es solo sexo o te estás planteando algo más? ¿Vas a abandonarme?». Quizá la situación me provocó una especie de pequeño ataque de histeria, o quizá la mezcla de hierba y cerveza me sumió en un estado de euforia absurda, pero el caso es que imaginé, al menos un par de veces, que hacía esas preguntas y en algún momento se me escapó una sonrisa estúpida que captó la atención de Be, la de su amiga y la de su marido, aunque ninguno de los tres se atrevió a preguntar qué era lo que pasaba por mi cabeza. No dije nada. Y al cabo de un rato me di cuenta de que prefería guardar el secreto al menos un poco más de tiempo. Me hacía sentirme, de alguna manera, especial.

Nos despedimos a media tarde. Tomás me dio un apretón de manos y me sopló al oído algo sobre que me llamaría para que le pusiera en contacto con mi *dealer*. Anita dijo que había sido un día estupendo y que se alegraba mucho de que hubiéramos improvisado aquel plan y que era una pena que tuviéramos que marcharnos tan pronto. Me dio un beso de despedida y un abrazo y se colgó de mi cuello durante un instante, y percibí su aliento cálido y ligeramente alcohólico en la piel. Cuando caminábamos hacia nuestro coche salió corriendo de la casa y llamó a Be. Mi mujer se dio la vuelta y la esperó. No escuché lo que se dijeron. Después de un intercambio de sonrisas se dieron un nuevo abrazo y Anita volvió a la puerta de la casa y Be subió al coche.

Regresamos a nuestra casa. Los cristales de las ventanillas estaban bajados y sonaba una canción en el equipo de música. Be llevaba una de las piernas recogidas sobre el asiento y su otro pie sobre el salpicadero del coche. Las grandes gafas de sol ocultaban la mayor parte de su rostro. El viento agitaba su melena corta, arremolinaba el flequillo sobre su frente y lo lanzaba hacia un lado y otro. Estaba muy callada. Con un brazo apoyado sobre la rodilla y un dedo entre sus labios. Parecía perdida en un mundo muy lejano. Pero entonces algo la trajo de nuevo de vuelta. Bajó las piernas, apagó el equipo de música, se quitó las gafas de sol y me miró. Parecía muy seria y pensé que quizá había esperado hasta el momento en el que estuviéramos solos para contarme la verdad de su relación con Anita. Me imaginé que la conversación se iniciaría con un «tenemos que hablar» o alguna frase similar. Quizá por eso había corrido Anita hasta ella después de despedirse. Quizá le había dicho: «Tienes que hablar con

él», «Tienes que dejar las cosas claras», «Cuéntale la verdad». Quizá en ese mismo instante Tomás estaba sentado en el borde de la piscina intentando comprender lo que Anita trataba de explicarle sobre una relación sentimental entre dos mujeres. O a lo mejor no. A lo mejor él se la estaba follando bajo la lona de tela blanca hinchada por el viento como la vela de un barco de recreo. Ya he dicho que no hay que dar nada por supuesto. No aguanté su mirada más de un segundo y fui yo quien abrió la boca.

—¿Qué? —dije sin más.

—¿Qué fue lo que te dijo Tomás cuando os despedíais?

—Quería que le pusiera en contacto con mi *dealer*.

—No sabía que fumara hierba —dijo, y después de una pausa añadió—: No creo que a Anita le guste que fume.

Me encogí de hombros.

—Yo lo he pasado muy bien. Y tú, ¿qué tal? —le pregunté.

—Sí, muy bien, me alegro de haber salido de la ciudad.

Por más que intenté buscar alguna diferencia con la Be que yo conocía, no la encontré. Ni una duda, ni un gesto que revelara ansiedad, ni una muestra de culpa, ni una sola de las señales que delatan a una mujer infiel, nada.

Me pregunté qué pasaría a continuación. Sabía que pasaría algo. Sabía que aquello era como haber entrado en la sala de un cine a mitad de una película, quizá en el primer acto o quizá en el último, pero tenía claro que el final no se había proyectado y que todavía estaba por venir.

Llegamos a casa con prisa y nos fuimos de la misma manera. La presentación del libro a la que debíamos asistir se celebraba en una bonita librería alternativa del centro de la ciudad, situada en una calle llena de pequeños negocios, salas de ensayo y cafés y bares enanos con pequeñas mesas en la acera bajo toldos de colores. Cruzamos la puerta justo en el momento en el que la editora del libro comenzaba la presentación de la primera novela de Diego, amigo y compañero desde los tiempos de la Escuela de Cine. Acudió bastante gente, muchos de la profesión, y como la novela tenía algo que ver con el tequila, después de la presentación sirvieron margaritas. Me entretuve saludando a unos antiguos compañeros de clase y perdí a Be, y cuando la volví a encontrar me quedé observándola discretamente, a distancia. Atraía la atención de un grupo de hombres y mujeres que la escuchaban y ella se desenvolvía con la mayor naturalidad. Estaba muy atractiva aquella noche. Con el pelo corto cuidadosamente despeinado y la piel morena y aquella sonrisa amplia de dientes blancos perfectos y el vestido estampado de tirantes, de una tela ligera de verano que caía suave sobre su cuerpo, pero que de alguna forma se pegaba a su piel y

marcaba ligeramente las formas de sus caderas y su pecho. Era el retrato perfecto de una mujer joven, sana y feliz.

—Eres el tipo con más suerte del mundo —dijo Diego levantando una copa de vino, y me hizo brindar con ella.

Diez años atrás Diego había pronunciado esa misma frase casi con las mismas palabras. Y sin embargo, produjo en mí una reacción diferente. Diez años atrás me había hinchado de orgullo masculino y la había celebrado con una carcajada y una palmada en el hombro. En aquel momento una leve sonrisa y un gesto despreocupado fueron toda mi respuesta. Mi amigo no se dio cuenta. Estaba enajenado por el nacimiento de su primera novela, como un novio en su boda, con el pensamiento muy desordenado, y no podía percatarse de los pequeños detalles. Me llevé la conversación hacia otro terreno.

—Me ha gustado mucho la presentación. La gente estaba muy receptiva. Estoy seguro de que la novela será un éxito.

—Gracias, amigo —me contestó—, ya es un logro haber llegado hasta aquí.

Su editora vino a buscarle. Quería presentarle a alguien muy importante con quien habían concertado una entrevista de promoción. Proyectó la más grande y complacida de sus sonrisas y, después de guiñarme un ojo, se marchó. Me quedé solo y entonces mi atención volvió a centrarse en ella. Las palabras de Diego todavía resonaban en mi cabeza cuando su afirmación se transformó en una pregunta: ¿Hasta cuándo sería el hombre con más suerte del mundo? Un escalofrío recorrió mi espalda.

Estaba cerca el amanecer cuando nos metimos en la cama. Durante un largo rato estuvimos tendidos el uno junto al otro bajo las sábanas. Ella me daba la espalda. Yo me mantenía boca arriba, despierto pero inmóvil. Pensé que ya estaba dormida cuando Be cogió mi mano e hizo que le acariciara el culo, suave y redondo. Se bajó las bragas hasta los muslos y me fue fácil meter una mano entre sus piernas y acariciarla. Estaba húmeda. Volvió su cabeza, estiró su fino cuello, noté su respiración agitada, su aliento con un rastro lejano de tequila y tabaco en mi cara, y me besó en los labios. Traté de darle la vuelta, pero se resistió. Agarró mi sexo con la mano, levantó ligeramente una pierna y se lo introdujo lentamente. Solo tuve que mover un poco las caderas para que desapareciera dentro de ella. Intenté que fuera lento, pero no se dejó. Nos corrimos. Primero ella y después yo. Unos minutos después escuché su respiración acompasada. Ya se había dormido. Yo no pude. Me levanté de la cama con el mayor sigilo posible y bajé las escaleras. Entré en el despacho y me senté en la silla de diseño escandinavo que ella me había comprado en una tienda de segunda mano y me quedé allí en silencio. Una y otra vez revivía lo sucedido aquella mañana. Primero la imagen de ellas dos sobre la hierba recién cortada

que rodeaba el borde de piedra artificial de la piscina, y después mi propia reacción, o mejor dicho, mi falta de reacción. En mitad de la vigilia tuve uno de esos momentos de una claridad absoluta. Cuando por fin se apagó el ruido y solo quedó el silencio, las cosas aparecieron tan claras ante mí como si de repente se hubieran encendido dos enormes lámparas de miles de vatios. Aquella noche recordé un sentimiento parecido que había experimentado cuando era un crío. Otra mujer a la que también quería, mi madre, se había sentado a mi lado en el pequeño salón de nuestra casa y me había explicado que tendría que ingresar en un hospital. Y aunque me dijo que no debía preocuparme, aquella tarde me llevó al cine y después merendamos en una cafetería del centro, y fueron precisamente aquella inesperada película y aquel sándwich de jamón y queso a la plancha y aquel refresco los que me dijeron que debía preocuparme por lo que iba a ocurrir en aquel hospital. Y aunque era un tiempo distinto, la sensación que me atrapó fue la misma. Y así, me di cuenta de que no había sido el deseo lo que me dejó paralizado sobre las piedras de color blanco del suelo de la cocina. Había sido el miedo. Y al ser consciente de él, sentí aún más miedo. El pánico me atrapó con tanta fuerza que por un momento creí que explotaría. Básicamente estaba aterrorizado.

He leído que el miedo es la reacción psicológica del ser humano ante la percepción de una amenaza. El miedo es algo real. El miedo ha construido imperios y ha hecho desaparecer civilizaciones enteras. En aras del miedo — disfrazado con otros nombres— se han cometido las mayores atrocidades, barbaridades y masacres de la historia de la humanidad. El miedo lleva al odio y el odio a la violencia.

Todo el mundo tiene miedo a algo. Yo tenía miedo de perder a Be.

Dejé la taza de café sobre la mesa del salón con la intención de recoger las sillas que estaban incrustadas en el seto de bambú. En ese momento escuché el sonido del teléfono. Me acerqué hasta la mesita donde siempre lo dejaba cargando por las noches y contesté.

—¿Es usted familiar de Beatriz Hernández? —preguntó la voz de una mujer.

¿Familiar? Me desconcertó la expresión. Nunca antes habían llamado a mi teléfono y preguntado por Be. O al menos nunca una voz desconocida. Pero fue la palabra «familiar» la que hizo que mirara la pantalla. El número tenía más de veinte cifras y debía tratarse de la centralita de una oficina o de una empresa. ¿Familiar? ¿A qué se refería exactamente?

—Sí, soy su marido —contesté.

El número de teléfono no pertenecía a la oficina de ninguna empresa, sino al puesto de enfermería de las urgencias de un hospital, y quien me hablaba era la supervisora del turno de mañana. Be había sido ingresada a primera hora de aquel día.

—¿Cómo? —pregunté.

La enfermera fue clara, concisa y concreta. El estado de Be era grave. Debía acudir al hospital lo antes posible.

—Lo antes posible —repitió.

Más o menos una hora antes de que nos conociéramos, el inspector Jorge Driza, jefe del grupo quinto de la unidad de Homicidios de la Brigada Provincial de la Policía Judicial, observaba el lugar donde se había encontrado a la víctima. En la ladera balizada con cinta de plástico de color blanco y azul trabajaban un par de técnicos de la Policía Científica. Fotografiaban y tomaban muestras de los rastros y las huellas que habían dejado el corredor, los primeros agentes que llegaron allí, los sanitarios, las suyas propias y las del salvaje que había hecho aquello. El inspector sabía que muchas de las pruebas que ya habían recogido, que recogían en ese momento o que recogerían más tarde no le servirían para encontrar al culpable, pero sí para condenarlo cuando le detuviera.

Descendió despacio y con mucho cuidado de no salirse del sendero hasta el camino principal que recorría el bosque de un extremo a otro. Al llegar a la compacta arena blanca se detuvo. A un lado del camino un agente de su grupo tomaba declaración al corredor a la sombra de un gran árbol. Debía ser la segunda o la tercera vez que le hacían contar la secuencia completa de los hechos desde que se había atado las zapatillas en su dormitorio hasta que los primeros agentes de Policía —una patrulla que estaba por la zona— habían acudido después de su aviso. Una y otra vez le habían pedido que narrase lo ocurrido, lo que había visto, pidiéndole detalles que debía citar también las sucesivas veces que hablaba con ellos. Los detalles. La diferencia estaba en los detalles. Eso era lo que Driza había aprendido a lo largo de más de quince años de carrera profesional. «La mayoría de los casos se resuelven porque alguien miente y somos capaces de demostrar que miente.» La frase no era suya. El autor era un profesor de la asignatura de Criminología de la universidad en la que había estudiado.

La mujer no había sido atacada donde la había encontrado el corredor. Había sido arrastrada hasta allí durante un centenar de metros. El lugar de la agresión estaba al borde mismo del camino principal. Exactamente al pie de unas escaleras construidas con traviesas de la vía del tren coloreadas por la grasa de los ferrocarriles y que, a pesar del paso del tiempo y de estar a la intemperie, no

habían perdido ese color oscuro, casi negro. Allí habían encontrado uno de los zapatos de la víctima. Una sandalia. Y más allá, el otro. Rastros de sangre en los bordes de la madera habían delatado la acción. A pesar de la lluvia que había caído la noche anterior, a pesar de la tormenta, la sangre seguía allí y el inspector sabía, sin tener que esperar al análisis del laboratorio, que coincidiría con la de la víctima.

Caminó hasta el pie de las escaleras y se detuvo de nuevo. Había hecho una hipótesis de lo ocurrido. La mujer había bajado corriendo y había perdido el equilibrio cerca del último escalón. Quizá había sido por culpa de la lluvia que le azotaría la cara con violencia igual que había hecho con la ciudad, o quizá había tropezado a causa de la oscuridad, o quizá habían sido aquellas sandalias las que la habían hecho trastabillar, o quizá la persona que la perseguía la había empujado y la había hecho caer. No había examinado a la víctima, pero se imaginó que algunos de los cortes, golpes y arañazos que había descrito uno de los agentes de la patrulla se debían a esa caída.

En los últimos dos o tres peldaños de la escalera la había alcanzado su agresor. Ella se había resistido —no lo sabía con certeza, pero confiaba en que eso fuera lo que había ocurrido porque habría algún resto orgánico de su atacante en el cuerpo de la mujer— y probablemente había sido allí donde le había propinado la brutal paliza. Podía imaginar a su agresor lanzando, golpe tras golpe, los puños contra su cara. A ella, aterrorizada, tratando de protegerse, tratando de sostener una resistencia inútil. Algunos hilos y jirones de tela que habían hallado enganchados a las astillas de la madera le hablaban de lo que había ocurrido después. El agresor había tironeado del escote del vestido, de los tirantes, y había hecho saltar las costuras. Y probablemente después la había violado. Las abrasiones en las rodillas y en los muslos le decían que la colocó boca abajo y que la inmovilizó con uno de sus brazos empujando su cara contra el suelo.

Supuso que después de consumir la violación la había golpeado en la cabeza. Con un objeto o con sus propios puños, o quizá contra la misma madera de las traviesas del tren. Según el informe de los sanitarios, la víctima sufría un traumatismo severo que debía haberle provocado una inmediata pérdida de conocimiento. El golpe tuvo que ser de una brutalidad tal que el agresor seguramente pensó que la había matado. Había descartado cualquier otra opción. La tormenta era muy fuerte. No habría nadie más que ellos dos solos en aquel bosque. El agresor no había detenido su ataque porque algún testigo le hubiera interrumpido. No. Había creído que estaba muerta. Entonces la trasladó. La arrastró de las muñecas o de los brazos más de cien metros hasta aquel sendero poco transitado que, a pesar de estar tan cerca del camino central, quedaba

oculto a la vista de los que pasaban por él. Y aquello era lo que más le desconcertaba. ¿Por qué? ¿Qué le importaba al agresor que alguien la encontrara en el camino? Eso era algo que el inspector no entendía todavía, aunque sabía que tenía algún significado, que había una razón que explicaba aquel comportamiento. Y la encontraría.

Uno de los miembros de su grupo se le acercó circunspecto. Era un hombre de unos cincuenta y muchos años, con la categoría profesional de subinspector, y todos en las oficinas de la brigada le conocían como Chino. Driza era el único que le llamaba por su apellido, Frei.

—Los de la Científica han terminado en la ladera. Dicen que la tormenta y la lluvia lo hacen todo más difícil. Lo más probable es que nos valga de poco su trabajo.

Frei trajo consigo un olor familiar. Una mezcla de humedad, caramelos de menta y aquella colonia de hombre —sabía la marca porque era la misma que usaba su padre— con un rastro a regaliz.

—¿Hemos encontrado las bragas? —preguntó.

Frei negó con la cabeza. Después de un segundo de pausa contestó:

—Quizá el agresor se las llevó de recuerdo. —Y chasqueó la lengua.

Frei tenía muchos tics. Guiñaba los ojos, se pasaba la mano por la barbilla, se metía el dedo en la oreja. De todos esos gestos, el que más le molestaba a Driza era precisamente aquel chasquido.

—El ataque no parece planificado. Creo que responde más a un impulso, a una decisión imprevista y precipitada. Me sorprendería mucho que fuera de la clase que se lleva trofeos de las víctimas.

—Seguiremos buscando —dijo Frei—. Si están aquí, las encontraremos. Voy a organizar un rastreo.

Driza afirmó con la cabeza y el subinspector se dio la vuelta con decisión y se encaminó hacia un grupo de policías de uniforme que conversaba a un lado del camino.

—Sí —murmuró el inspector para sí mismo—, las encontraremos.

La víctima se merecía que lo hicieran. Esa era la frase con la que arengaba a los miembros de su grupo, los que estaban allí y los que se habían quedado en las oficinas de la brigada, cuando los problemas burocráticos les desmotivaban. Y él creía firmemente en ese primer mandamiento de la acción de la justicia. En la ciudad se habían producido veintidós homicidios durante ese año. De esas veintiuna muertes, su grupo había esclarecido seis. Seis culpables que ya estaban en prisión. Y tenía los mejores números de todas las unidades de la ciudad. Aquel caso todavía no era un homicidio. Había hablado por teléfono con el agente que había acompañado a la víctima en el interior de la ambulancia y sabía



que la mujer seguía viva. Eso hacía —era lo que pensaba— que mereciera mucho más la pena todo su esfuerzo por hacer justicia.

La escalera de traviesas del ferrocarril terminaba junto al arcén de una estrecha carretera de dos carriles, con el asfalto agrietado y la pintura de las líneas de separación muy gastada, que atravesaba aquel bosque —la parte más salvaje de un gran parque— y comunicaba un pequeño barrio residencial con el resto de la ciudad. Allí, en la carretera, la mujer y su agresor se habían encontrado. Por alguna razón, ella se había sentido amenazada y había corrido hacia el bosque pensando que lograría huir o quizá esconderse. Driza intentó ponerse en el lugar de la víctima, imaginar su terror mientras bajaba esas escaleras a toda velocidad sintiendo los pasos de su agresor cada vez más cerca de ella. Se llevó la palma de la mano a la nuca en un acto reflejo después de sentir una leve conmoción.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de su chaqueta y lo encendió. Miró en los dos sentidos de la carretera. Estaba desierta. Hacia un lado se divisaban las plantas más elevadas de los primeros edificios de la ciudad que lindaban con la avenida donde terminaba —o empezaba, en función del sentido de la marcha— el bosque. Hacia el otro lado, solo las copas más altas de los árboles. A unos cuatro o cinco kilómetros había una colonia antigua de casas de veraneo de los años treinta y cuarenta que décadas después, con la expansión del urbanismo, había sido asimilada por la ciudad. Era allí donde vivía la víctima. Habían encontrado su documentación dentro de un bolso. Se preguntó adónde iba o de dónde venía. La posibilidad de que caminara por el arcén de la calzada le provocaba un mayor número de incógnitas. ¿Qué llevaría a una joven bonita —había visto la fotografía de su documento de identidad—, con un ligero vestido estampado de flores rojas —según la descripción de uno de los agentes— y sandalias, a intentar recorrer aquella distancia en una tarde o noche de calor asfixiante? O peor aún, en mitad de una tormenta. ¿Por qué habría hecho algo así? Si lograba averiguar la respuesta a esa pregunta, estaría más cerca de detener al culpable.

El frontal de un coche apareció tras un cambio de rasante de la carretera en dirección a la ciudad. La presencia de los coches de Policía detenidos en ambos arcones hizo que el conductor frenara y ralentizara su marcha. Es una reacción común entre los conductores. Actúan de esa forma por una mezcla de miedo y curiosidad. El policía se llevó el cigarrillo a los labios y miró directamente al vehículo, una berlina de color oscuro, de un modelo de gama media, que ya tenía unos cuantos años aunque el exterior estaba cuidado. La conductora era una mujer de unos treinta y tantos años de edad, en el asiento de al lado iba un hombre que no se volvió para mirar la actividad de la Policía y en la parte trasera viajaban un par de críos. El que estaba sentado detrás de la conductora dejó las

marcas de las palmas de sus manos en el cristal de la ventanilla. Una vez que el coche superó las cintas de balizamiento con las que habían acordonado las escaleras de bajada al camino principal del bosque, la conductora aceleró de nuevo y el policía lo perdió de vista después de tomar una curva.

Aquellos niños le recordaron a sus propios hijos, que a esas horas estarían todavía bajo las sábanas de sus pequeñas camas en un apartamento alquilado cerca de una playa del norte. De vacaciones con su madre. Les había telefoneado la noche anterior, como todos los días desde que se habían marchado. Iban a ir a una feria. Playa y feria. El plan perfecto para dos críos de seis y ocho años. Su hijo pequeño le preguntó si había detenido a algún hombre malo. Le contestó que no quedaban muchos hombres malos sueltos. Que todos estaban ya en la cárcel. No quería asustarle y que tuviera miedo. Ella también se puso al teléfono. Notó su voz blanda como la extensión de un ánimo en calma. Muy diferente al día en que se marcharon. Ni se habían despedido. Durante días no había querido hablar con él. Y de repente había escuchado su voz al otro lado del teléfono. Le preguntó cuándo se reuniría con ellos.

—Pronto —le contestó él.

La breve y trivial conversación le hizo sentirse mejor de lo que había estado en la última semana. Desde aquella noche. Apartó de su mente la imagen. El subinspector Frei subió a paso rápido los últimos peldaños de la escalera, llegó hasta la carretera y se acercó a él.

—Han localizado al marido de la víctima. Está de camino al hospital.

—Voy para allá —dijo Driza.

El inspector se pasó la palma de la mano por el pelo corto de su cabeza. Frei sabía que estaba eligiendo las palabras para expresar alguna orden que debía darle, que lo haría de una forma indirecta y que usaría un verbo en plural. Así era como su jefe expresaba las órdenes.

—Deberíamos averiguar si esta es la única carretera entre la ciudad y esa urbanización. —Frei afirmó con la cabeza y apretó los labios para impedir que estos mostraran una sonrisa—. También podríamos comprobar si hay alguna cámara de tráfico.

—Ahora mismo le digo a alguien de la oficina que se ponga con ello.

El inspector le dio una última calada a su cigarrillo. Después lo lanzó al suelo, lo aplastó con la suela del zapato y caminó hacia su coche. Miró el robusto reloj de acero en su muñeca izquierda. El sol ya ocupaba un lugar destacado en un cielo azul casi blanco. La frescura de la mañana se desvanecía como el sueño de un niño.

Un médico residente me recibió en el pasillo que llevaba a los quirófanos, a pocos pasos de unas puertas automáticas pintadas de un color rojo fuerte —que contrastaban con los dos tonos de azul claro de las paredes— donde un cartel informaba a todos los que se acercaban que debían detenerse: «Prohibido el paso. Solo personal autorizado». Era la señal de que algo grave o peligroso se escondía detrás de ellas. Vestía un pijama verde, bata blanca y unos zuecos de plástico de color naranja. Era un hombre joven —unos años menor que yo— de aspecto higiénico, pelo corto y piel pálida. Se acercó caminando con paso firme, demostrando esa seguridad —o quizá se trata de arrogancia— que tienen la mayoría de los médicos cuando se mueven por los pasillos de los hospitales. «Este es mi espacio natural y yo soy aquí la máxima autoridad», parecen decir. Nos dimos un apretón de manos y de forma casi inmediata comenzó a leer el expediente que guardaba dentro de una carpeta de cartón.

—Beatriz —dijo con una familiaridad que me molestó— ingresó a las 7:45 a través de urgencias. El servicio médico de la ambulancia ya detectó un grave traumatismo craneoencefálico además de otras lesiones de cierta importancia y, después de realizarle unas pruebas más completas, se descubrió un edema subdural agudo.

Cualquiera hubiera entendido que aquello no eran buenas noticias, pero quizá el residente tuvo dudas de que aquel puñado de frases no hubieran descrito con precisión la situación, o a lo mejor acababa de matricularse en un curso de tres fines de semana alternos para hacer más comprensible su labor a los pacientes y sus familiares, y quiso poner en práctica lo que había aprendido y precisó:

—El sangrado provocado por el traumatismo ha llenado el espacio del cráneo y ha comprimido el cerebro, y su estado es muy delicado. —Y después añadió con una expresión reservada—: Ya en el momento de su ingreso era muy grave.

—Lo entiendo —dije con voz serena, y creo que se sintió aliviado de que la comunicación entre los dos fuera a ser cordial y educada—. ¿Dónde está ahora?

—En quirófano. De momento, se ha drenado la sangre para aliviar la presión en el cerebro. Y en un segundo paso, el equipo de cirugía extraerá los hematomas y los coágulos sólidos.

La parte superior de las copas de unos árboles asomaban por la parte inferior de una de las grandes ventanas a través de las que entraba la luz de aquella mañana de verano. Unas hojas de color verde esmeralda se movían de un lado a otro mecidas por la brisa. Imaginé que me estaban saludando.

—¿Vivirá? —pregunté.

Un hombre siempre desea una respuesta clara y concisa a esa pregunta. Yo esperaba de ese médico algo que fuera tan tranquilizador que me devolviera al estado de insensata tranquilidad en el que me encontraba antes de que se produjera aquella llamada. No se me ocurrió que era una pregunta absurda para hacerle a un médico. Olvidé que nunca me respondería con la verdad, que utilizaría argumentos especulativos y que, por mucho que yo insistiera, no sacaría más contestación que aquellas frases del diccionario clínico que describían hechos concretos. Parecen llevar un cartel al cuello con la leyenda «No damos esperanzas».

—Tendremos un diagnóstico más exacto cuando termine la cirugía.

Y añadió que los cirujanos hacían todo lo que estaba en sus manos para salvarle la vida, pero que su estado era muy grave, que las siguientes veinticuatro horas eran muy importantes, habló de la evolución..., cháchara de médicos. En algún momento desconecté. Me quedé observando las estilizadas puntas de las copas de los árboles.

—La operación se va a alargar un par de horas más como mínimo —dijo—. Puede esperar por aquí, salir a los jardines o bajar a la cafetería. Tenga paciencia. En cuanto termine, el doctor que dirige la cirugía le informará del resultado. Si no le encuentro por aquí, yo mismo le buscaré.

Le di las gracias. El residente ya se volvía hacia ese espacio reservado para el personal del hospital y que está vedado al resto de los seres humanos con salud cuando llamé de nuevo su atención.

—Una pregunta nada más —le dije.

Detuvo su paso, se volvió y se quedó mirándome con una leve sonrisa condescendiente.

—¿Qué le ha pasado a mi mujer?

Me miró sorprendido y un segundo después su seguridad profesional se diluyó e incluso su postura corporal cambió radicalmente. Bajó la cabeza, encorvó la espalda, se encogió dentro de su uniforme de médico y aquel hombre algo menor que yo de repente se convirtió en un crío que balbuceaba una respuesta a una pregunta que no quería o no sabía contestar.

—Debería hablar con la Policía —tartamudeó con la mirada clavada en la punta de los insultantes zapatos color naranja que calzaba.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué tengo que hablar con la Policía?

Su mirada se elevó por encima de mis hombros, hacia el final del pasillo, como pidiendo ayuda, pero no encontró a nadie que viniera a rescatarle de aquel momento.

—Hace unos minutos estaba aquí una agente, de uniforme, creo que llegó con su mujer en la ambulancia. No sé dónde se habrá metido. Seguro que ella puede contestar a esa pregunta mejor que yo.

Guardé silencio. Él inspiró profundamente, tragó saliva y después me miró con compasión. A lo mejor fue su propia conciencia la que le atacó, o a lo mejor durante un segundo, solo durante un segundo, fue capaz de ponerse en mi lugar, meterse dentro de mi piel, un hombre casi de su misma edad en una situación difícil por la que él mismo podría pasar en algún momento de su vida, y aclarándose la garganta me dijo:

—Su mujer ha sufrido una agresión. El traumatismo y el resto de las lesiones han sido provocadas por... eso..., una agresión. Es todo lo que le puedo contar.

No quise insistir. Me miró de una forma implorante para que le dejase marchar. Caminó unos pasos hacia atrás y después se dio la vuelta y atravesó de nuevo las puertas automáticas. Supongo que cuando se cerraron a su espalda, imponiendo una barrera física entre ambos, se sintió realmente aliviado.

Decidí esperar en aquel pasillo de paredes pintadas en dos tonos de azul claro. Me acerqué a una de las ventanas y me asomé para ver el patio interior donde crecían los espigados olmos de corteza blanca. Era un espacio un poco más grande de lo que había imaginado. Junto a los árboles, plantados en dos grupos de cuatro o cinco ejemplares, crecían en parterres cubiertos de corteza de pino negro y piedras, pequeños arbustos y matorrales. Me pareció distinguir unos arriates de lavanda, iguales a los que Be había plantado en grandes maceteros frente a la puerta de la cocina y que en primavera y al principio del verano perfumaban toda la casa. Una mujer paseaba por un camino de adoquines que trazaba un ocho dentro del patio. Caminaba y fumaba. Un brazo pegado al pecho y el otro sosteniendo un cigarrillo que se consumía entre sus dedos. A veces detenía su paso y le daba una calada al cigarrillo. En una ocasión levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la mía. Le dio una calada a su cigarrillo, ladeó la cabeza y después siguió caminando.

—¿Es usted el marido de Beatriz Hernández?

Al darme la vuelta encontré a un hombre no muy alto, de cabeza robusta y mandíbula ancha. Tenía la piel morena, curtida, familiarizada con la lluvia, el

frío y el viento, el color de los ojos de un azul muy claro y el pelo cortado con maquinilla eléctrica al uno y medio, canoso por las sienes. Debía haber sobrepasado los cuarenta años hacía muy poco tiempo, pero sin embargo su aspecto era el de un hombre mayor.

—Soy el inspector Jorge Driza, Policía Judicial.

Me tendió una mano y yo se la estreché. Tenía las manos pequeñas pero fuertes, y ya con ese primer apretón sentí que entre nosotros se establecía una corriente de confianza. Me mostró una sonrisa leve, un poco tímida, pero su mirada transmitía toda la seguridad del mundo. Era de esa clase de hombres a los que quieres tener a tu lado cuando las cosas van mal. No sé por qué imaginé que sería un buen marido, uno de esos que arreglan las cosas que se estropean en su casa: un grifo que gotea, un atasco en una cañería, un desconchón en una pared, o cambia las bisagras de la puerta de un armario. Uno de esos hombres para los que una taladradora, un martillo, unos alicates o llaves fijas de todo tipo serían objetos familiares y amistosos. Le imaginé, en una primera impresión, como el habitante de ese universo de los arreglos caseros al que yo nunca había conseguido ni asomarme. En nuestra casa, la mayor parte de las reparaciones las hacía un grupo de profesionales a los que Be conocía por sus nombres y apellidos.

—Por esta clase de cosas me casé con una chica de Producción —le decía yo en un tono de broma.

Ella sonreía, pero en el fondo sabía que le habría gustado que yo fuera de esa clase de hombres, como mi padre, por ejemplo, que dedican las mañanas de sus fines de semana a hacer todos esos pequeños arreglos, a solucionar toda esa clase de problemas, y que son capaces de cambiar un enchufe o tapar unas grietas en la pared de la escalera con la misma solvencia. Pero yo no era de esa clase de hombres.

—¿Ha hablado con los médicos? —me preguntó en un tono amable de voz que no abandonaría, pasara lo que pasara, durante todo el día.

Afirmé con la cabeza.

—¿Cómo se encuentra su esposa?

—Está en quirófano. La están operando en estos momentos. Tiene un edema. En la cabeza. Cuando termine la intervención, el cirujano hablará conmigo.

Afirmó con un movimiento como si eso le pareciera bien y los médicos hubieran hecho lo correcto, y de repente sentí que aquel hombre era mi mejor amigo.

—¿Qué es lo que le ha ocurrido a mi mujer?

Me miró a los ojos y después hacia el patio de los olmos de corteza blanca.

—¿Qué le parece si hablamos ahí abajo?

Me asomé a la ventana. La mujer que fumaba había desaparecido. El patio parecía el lugar más agradable del mundo. Aquel hombre era capaz de tomar las mejores decisiones en los peores momentos. Acepté.

Al patio se accedía a través de unas puertas acristaladas en la planta baja. El sol iluminaba las paredes de los dos pisos superiores y todavía conservaba un ambiente fresco. Me pareció un lugar único y especial —el hospital tenía otros diez espacios idénticos a aquel, pero yo entonces no lo sabía—, una isla de felicidad en medio de aquel edificio que solamente transmitía dolor. Aquel pequeño descubrimiento hizo que me sintiera afortunado. Caminamos hasta situarnos en el centro e, imitando lo que unos momentos antes había hecho la mujer que fumaba, yo también levanté la cabeza hacia las ventanas del tercer piso, donde se encontraban los quirófanos. Un reflejo impedía ver lo que había dentro. La mujer que fumaba y yo nunca habíamos cruzado nuestras miradas. Ella nunca me había visto.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, y me sacó de improviso de aquellos pensamientos.

—Podemos tutearnos. —Intenté agradecerle con esa propuesta lo amable y educado que había sido hasta ese momento.

—Si no le importa, creo que es mejor que le siga tratando de usted —dijo esbozando una sonrisa tímida que borró rápidamente.

Afirmé con la cabeza y comenzó entonces a explicarme, con un tono muy sereno, que Be había sido atacada la noche anterior, en un bosque urbano cercano a nuestra casa; que la persona que la había atacado le había propinado una paliza brutal que era la causa de todas sus lesiones, y, después de una pausa, añadió que también creía que había sufrido una agresión sexual.

—Aunque eso aún no puedo asegurarlo —dijo—, estoy esperando los resultados de la exploración de los médicos, pero su vestido estaba destrozado y no llevaba ropa interior.

No sé cómo debe reaccionar un hombre cuando le dan una noticia de esa clase. La mía fue la de quedarme callado y mirar fijamente al inspector como si necesitara que me repitiera de nuevo la información. Incapaz de procesar lo que decía, porque no estaba preparado para asumir que la persona a la que más quería había sufrido una experiencia como esa.

—Ese bosque está a solo un par de kilómetros y medio de nuestra casa — fue lo único que conseguí articular.

—La encontró un corredor, un hombre que hacía deporte, en un sendero. Fue una suerte. De no haber sido así, quizá no seguiría con vida.

El inspector creía que la agresión sexual había sido la causa del ataque. Desde luego, no se trataba de un robo. Habían encontrado su bolso con todos sus efectos personales dentro muy cerca del cuerpo de Be. Incluso su teléfono móvil.

—De todas formas, la investigación está abierta en todos los sentidos —dijo, y añadió—: Por eso quería hablar con usted lo antes posible.

Metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un paquete de tabaco de una marca barata.

—¿Quiere uno? —me preguntó.

—Ya no fumo.

—Yo también debería dejarlo —dijo encendiendo un cigarrillo—. ¿Cuánto tiempo lleva sin fumar?

—Casi ni me acuerdo. Cuatro meses, once días, seis horas. —Y mirando el reloj de mi muñeca añadí—: Y tres minutos.

El inspector esbozó una sonrisa.

—Lo siento —dije—, es un chiste muy malo y este no es el mejor momento para bromear.

—No se preocupe. Está bien.

—Deme uno si no le importa.

El inspector sacó otro cigarrillo de su paquete y después me ofreció fuego con su encendedor.

—Lo dejamos al mismo tiempo, ¿sabe? Fue ella quien lo propuso —recordé—. Por las mañanas tenía una tos horrible. Le dije que solo dejaría de fumar si ella también lo hacía. No creo que le importe que dé unas caladas y traicione nuestro trato.

Dicen que el mejor cigarrillo es aquel que enciendes mucho tiempo después de haber dejado de fumar. En realidad, no es cierto. La primera bocanada de humo que entra en la garganta tiene el mismo sabor que el del fondo de un cenicero mojado.

—No, no creo que le importe —dijo el inspector de una forma realmente amistosa, y después bajó la intensidad de su voz para añadir—: Necesito hacerle unas preguntas. Es imprescindible para nuestra investigación. Para detener a la persona que le hizo eso a su mujer.

Le miré con atención, tragué saliva y afirmé con la cabeza. El inspector sacó un pequeño cuaderno de anillas del bolsillo de su chaqueta. Era un cuaderno con la portada gastada y las puntas de cartón abiertas y levantadas. Es posible que contuviera ya las notas de dos o tres de sus casos anteriores.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su mujer?

—Hace una semana —me corregí—, cinco días. He estado de viaje. A mi padre también le han operado. Aunque él ya está bien. Llegué ayer. Anoche. Ya



había anochecido. Y ella no estaba en casa.

El inspector escribió un par de palabras en una de las hojas de la libreta.

—¿Hablaron?

—Me llamó ayer por la mañana. Le conté que esperaba a que dieran el alta a mi padre y que ayudaría a mi madre a llevarle a su casa. Quedamos en volver a hablar cuando estuviera de regreso.

—¿Y lo hizo?

—Sí, por la tarde. Estaba en casa.

—¿Le dijo si pensaba salir o si había quedado con alguien?

—No. Cuando llegué y no la encontré, pensé que le habría salido un plan de última hora, que habría quedado con una amiga o quizá con alguien del trabajo. No me pareció raro. Yo le había dicho que llegaría tarde.

—Cuando llegó a su casa, ¿llovía?

—Creo que no —y después me corregí—, seguro que no. Comenzó a llover en la carretera. Sí. Ya había dejado de llover.

—¿Su mujer tiene coche?

—No. A Be no le gusta conducir. No lo hace a no ser que sea algo realmente imprescindible.

—¿Cómo va a la ciudad?

—Normalmente llama a un taxi.

El inspector se apuntó mentalmente que debía dar instrucciones a los miembros de su grupo para que investigaran si algún taxista había recogido a Be. No le pareció una opción muy probable, pero de todas maneras habría que investigarlo. Lo que sí tenía claro era que debía haber cogido un coche para salir de la urbanización en la que se encontraba nuestra casa. Un coche. Pensó el inspector. Sí, tenía que haber cogido un coche. Alguien la estaba esperando. No era probable, ni lógico, que se hubiera marchado caminando. Estaba a punto de romper una tormenta, era casi de noche y estaba sola. ¿Qué podría haber hecho que una mujer de treinta años, con un bonito vestido de verano, decidiera atravesar un bosque caminando por una carretera secundaria una distancia de más de cinco kilómetros? ¿Qué razón la podría haber llevado a hacer eso? No le gustó la respuesta que se dio a sí mismo. Aquello le perturbó y de cada poro de su piel brotó un sudor frío. Durante una décima de segundo movió la cabeza de un lado a otro, negando un pensamiento, o una imagen o una idea que acababa de nacer en el interior de su mente. No conseguiría despojarse de aquello que, repentinamente y sin que lo esperara, se había adherido a él durante todo el día. Era una idea pegajosa y con un olor acre, como a orines, y cada vez que volvió para atormentarle, hizo que tuviera que taparse la nariz con el dorso de la mano, contener una arcada y apartar la vista.

Apagó el cigarrillo en el suelo que rodeaba a los grupos de árboles y guardó la colilla en el interior del plástico del paquete. Yo le imité y, cuando apuré una última calada, también lo apagué frotándolo contra la tierra y después metí la colilla en el improvisado cenicero. El inspector lo dobló con cuidado y se lo guardó en el interior de la chaqueta.

—¿Qué hizo cuando llegó a su casa?

Aquella pregunta me sorprendió porque, por primera vez, el inspector no quería saber algo acerca de lo que Be había hecho el día anterior, sino de lo que había hecho yo.

—Me di una ducha, después cené algo y me dormí.

—No salió —afirmó el inspector.

—No —dije—. Estaba agotado. Y esta mañana casi me he despertado con la llamada del hospital.

El inspector entró de nuevo en ese estado de reflexión o de ensimismamiento de una manera que me pareció muy curiosa porque, aunque era evidente que seguía allí y que era capaz de responder a cualquier estímulo exterior, lo cierto es que, si prestabas un poco de atención, notabas que se mantenía un poco al margen, como si estuviera en el mismo lugar pero a la vez alejado. Y cuando regresó, se encogió de hombros y me miró con extrañeza.

—Y cuando esta mañana vio que su mujer no había vuelto a su casa, ¿no se preocupó?

—No. Era temprano. A veces, si se le hace tarde o le da pereza volver, se queda a dormir en casa de sus amigas.

Afirmó con la cabeza como si aquella le pareciera una buena respuesta. En realidad no lo era. En aquel momento el médico residente con el que había hablado al llegar al hospital cruzó las puertas del patio y se acercó a nosotros. La intervención había acabado.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—El equipo está satisfecho —me contestó—, pero es mejor que el jefe de cirugía le explique cómo están las cosas.

Subimos de nuevo a la tercera planta y el inspector Driza se quedó a mi lado como si fuera el mejor amigo que yo podía tener en aquellos momentos. El cirujano que había intervenido a Be era un hombre de unos sesenta años, grande pero de aspecto afable, con un corte de pelo en forma de melena que había estado de moda en los ochenta, gafas de montura de metal, vestido con el clásico pijama de color verde oscuro y unas zapatillas de deporte de un discreto color azul en sus pies. Nos estrechamos la mano. No hubo preámbulo. De inmediato nos dijo que estaban satisfechos del resultado de la cirugía. Habían detenido la hemorragia, hecho desaparecer la presión que el edema provocaba en el cerebro

y limpiado de coágulos y otros pequeños hematomas la cavidad craneal. Sin embargo, y quiso ser muy claro, el estado de Be no era tan bueno como el resultado de la operación.

El pronóstico después de un hematoma subdural varía ampliamente según el tipo y localización del traumatismo craneal, el tamaño de la acumulación de sangre y la rapidez con la que se realice el tratamiento. En el caso de Be, la sangre vertida por la hemorragia había estado al menos unas diez horas presionando en una zona muy sensible del cerebro. Los hematomas saburrales agudos presentan altas tasas de lesión y muerte. La presión sobre el cerebro de Be había sido tan intensa que había causado un coma, y el cirujano —fue absolutamente sincero conmigo y se lo agradecí— dijo que no descartaba, todavía, que pudiera ocasionarle la muerte.

—Ya es un prodigio —y subrayó esa palabra, «prodigio»— que siga con vida.

Después se mantuvo en un respetuoso silencio durante unos segundos y, como si de alguna forma quisiera compensar las malas noticias, me informó de que podía pasar a ver a Be.

—Solo unos instantes —dijo con afección.

No sé por qué busqué la aprobación del inspector. Él hizo un pequeño gesto con el que me daba su permiso para que yo siguiera al médico al mismo tiempo que me aseguraba que, cuando terminara, estaría allí esperándome. Crucé junto al cirujano las puertas automáticas y le seguí a un par de pasos de distancia por una serie de pasillos hasta una sala semicircular dividida en media docena de box independientes. Era la unidad de reanimación quirúrgica. El médico me acompañó casi de la mano hasta los pies de la cama que ocupaba Be.

Su cabeza estaba totalmente vendada, unas almohadillas tapaban sus ojos, respiradores nasogástricos penetraban por donde debían estar las fosas de la nariz y su boca. Su respiración y su pulso sanguíneo estaban monitorizados y en ambos brazos tenía instaladas vías por donde le suministraban la medicación. Era mi mujer, aunque también podría haber sido cualquier otra persona. Respiré profundamente y di los tres pasos que me separaban del cabecero de su cama. No me habían dicho si podía tocarla o no, y me quedé en pie, sin saber qué hacer, con la sensación de que hubiera preferido que el médico me hubiera prohibido la entrada hasta que ella se encontrara mejor. De hecho, deseé que alguien del personal sanitario que estaba tras un pequeño mostrador o que se movía de un box a otro se acercara a mí y me indicara que debía salir. Cinco minutos, había dicho el médico. Solo treinta segundos después se me hacía insoportable estar allí.

En aquel momento, a muy pocos metros de aquel box de reanimación, cruzando quizá tres o cuatro paredes en línea recta, el inspector hablaba con el residente. Le habían hecho a Be un test de agresión sexual y los resultados no eran los que el médico había supuesto. No había rastros de una penetración violenta, ni habían encontrado ningún rastro de fluidos biológicos de otra persona. Be no había practicado ninguna clase de sexo al menos durante las doce horas anteriores a la agresión. El médico pensó que ese dato desconcertaría al inspector de la forma en la que nos desconciertan las cosas que damos por asumidas y que después descubrimos que no son así. Pero el policía ya iba un paso por delante del médico y aquel informe era otra pequeña pieza que encajaba a la perfección dentro de la nueva hipótesis que estaba elaborando.

—¿Quién atendió al marido de la víctima al llegar al hospital? —preguntó.

—Fui yo —contestó el joven médico.

El inspector le pidió que recordara cómo había sido nuestra conversación y que tratara de no olvidar ningún detalle. Los detalles son importantes. El residente le contó que me había hablado del estado de Beatriz, de que en esos momentos estaba en quirófano, del edema subdural provocado por el traumatismo, sobre el tiempo que duraría la operación, y que me había recomendado dar una vuelta por la cafetería o bajar al patio o hacer algo para que la espera fuera menos larga y angustiosa.

—¿Le preguntó por la causa de las lesiones? —le interrogó el policía.

El médico se le quedó mirando como si no le entendiera.

—¿Le habló de que su mujer había sufrido una brutal agresión? —concretó el policía.

—Sí —dijo con nerviosismo el médico al mismo tiempo que negaba con la cabeza—, era de justicia. No había ningún agente aquí y quería saberlo, y yo no podía negarle esa información.

El policía le hizo un gesto con las manos para que se tranquilizara y le dijo que todo estaba bien. Aquel joven médico probablemente había tenido las dos conversaciones más turbadoras de todos sus años de residente.

—Fue frío —dijo al fin—, su reacción, quiero decir, fue fría.

El inspector asintió y después quiso saber si podía recordar algo más.

—Me preguntó si viviría.

—¿Y lo hará?

—Entre usted y yo, no creo que sobreviva a esta noche.

Le dio las gracias y dejó que se marchara a su universo confortable de diagnósticos clínicos con los que no hay que sostener incómodas conversaciones. Entonces Driza recibió una llamada de uno de los agentes de su grupo que les servía de apoyo desde las oficinas de la unidad de homicidios de la

brigada. Habían revisado la grabación de las cámaras de tráfico que estaban instaladas sobre el puente, justo al principio de la carretera que unía la ciudad y la colonia. Y tenía una información que podía interesarle.

Debí cruzar las puertas de acceso a la zona prohibida muy pocos segundos después de que hubiera dejado de hablar por teléfono. Tenía las manos metidas en los pantalones de algodón y la espalda apoyada contra la pared. Al verme, sacó las manos de los bolsillos y recuperó la postura de su cuerpo. Me preguntó por Be. Le di mi impresión: que lo poco reconocible de ella eran las formas de su cuerpo bajo la fina sábana azul del hospital. Que sabía que era ella porque su nombre estaba apuntado en una pulsera de plástico que llevaba en una de sus muñecas. Y que había sentido el deseo de salir corriendo de allí desde el primer instante en el que la había visto. Me puso una de sus manos fuertes, de dedos cortos y uñas anchas, sobre uno de los hombros y dijo algo que me sonó caritativo:

—No la violaron, el informe médico no ha encontrado pruebas de que la forzaran. Sé que no es un gran consuelo, pero creí que debía saberlo.

—No entiendo..., entonces... ¿Por qué?

—Es mejor no hacer conjeturas.

El inspector me miró de una forma que no entendí. Fue como si fuera a encogerse de hombros o como si fuera a mirar hacia otro lado, pero no lo hizo. Se quedó allí observándome de una forma casi impassible y unos segundos después volvió a comportarse como la persona que sabía qué había que hacer en aquellos momentos.

—¿Quizá debería avisar a los familiares de su mujer?

—No —le contesté—, sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando ella solo tenía cinco años. La criaron unos parientes, pero hace mucho tiempo que no se habla con ellos. Me mataría si, al despertarse, los viese a los pies de su cama. No tenían una buena relación, y además después de lo que ha pasado..., bueno, no creo que ayudara en nada a la reconciliación.

El inspector me lanzó una mirada como si deseara saber qué se escondía detrás de esa última frase, pero se contuvo de formular una pregunta. Tenía un objetivo y no quería distraerse.

—¿Y usted? ¿No debería avisar a alguien?

Negué con la cabeza. Pensé en quién me gustaría que estuviera allí en aquellos momentos. Mis padres acababan de sufrir una experiencia traumática también en un hospital, con una intervención quirúrgica de por medio y un diagnóstico poco alentador, y no podía recurrir a ellos. Tampoco eran la compañía que yo deseaba. Tenía un hermano, funcionario en Bruselas. Hacía tiempo que no hablaba con él. Sería extraño que le llamara en esas circunstancias

y tampoco estaba seguro de que viniera. Después pensé en mi amigo Diego y lo descarté.

—No —dije—, a nadie.

El inspector vaciló un segundo y después de pasar la palma de su mano por su pelo cortado al dos y medio dijo:

—Creo que algún conocido o familiar suyo debería quedarse en el hospital. Por si es necesario avisarle con rapidez si se produce alguna novedad.

—No voy a moverme de aquí.

El inspector hizo un gesto arrugando la comisura de su labio como si hubiera cometido un error.

—Tenemos que ir a su casa y necesito que me acompañe.

—¿A nuestra casa?

Tenían que averiguar con quién había quedado, quién la había recogido la noche anterior —si es que alguien la estaba esperando en la calle—, qué había ocurrido. Porque esa persona tenía todas las probabilidades de ser quien la hubiese atacado. Y como yo no podía ser más preciso, la Policía necesitaba recoger pistas entre las cosas de Be, en su ordenador, en su escritorio, en sus agendas, para averiguar quién podía haberle hecho una cosa así.

—¿Y qué hay de su móvil? —pregunté.

Se había mojado con el agua de la tormenta y, para no perder más tiempo —o eso dijo—, registrar sus cosas en nuestra casa sería más fácil, rápido y efectivo.

—Es mejor que vayamos en mi coche —dijo el inspector—, usted puede dejar aquí el suyo. De todas maneras, tendrá que volver. Y si no le traigo yo de vuelta, le pediré a cualquiera de mis compañeros que le acerque. No hay problema.

Seguía comportándose como el mejor amigo que uno pudiera tener. Ese amigo que en los malos momentos toma las decisiones adecuadas por ti y te dice lo que debes hacer y cómo debes hacerlo.

Su coche era de una marca alemana, tipo ranchera, de un color gris metalizado, y por la matrícula, bastante nuevo. Subí al vehículo en el asiento del copiloto. Tenía el olor del fumador culpable. Tabaco mezclado con ambientador. En el asiento trasero había una piruleta de color rosa pegada a la tapicería.

—¿Tiene hijos? —le pregunté.

—Dos. De seis y ocho años. —Y supongo que él también encontró pruebas de su presencia a pesar de que su instinto profesional le empujaba a borrarlas—. Están en la playa con mi mujer pasando unos días de vacaciones.

Nosotros no teníamos hijos. Era pronto, le dije. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó de nuevo el paquete de cigarrillos. Volvió a ofrecerm

uno.

—Tengo que comprar.

—¿Va a volver a fumar?

—Ya lo he hecho.

Encendí el cigarrillo y aspiré el humo del tirón hasta mis pulmones.

—Estos eran los cigarrillos que más disfrutaba. Los que fumaba dentro del coche. Sobre todo en los atascos.

Estuvo de acuerdo y dijo que a él le pasaba un poco lo mismo. Le indiqué el camino más rápido hasta nuestra casa. El inspector conducía pensativo y parecía más serio de lo que se había comportado en toda la mañana. A través del retrovisor exterior vi que un coche con al menos otros dos policías nos seguía.

Al pasar por el bosque que separaba la urbanización donde vivíamos del resto de la ciudad ralentizó la marcha. Una cinta de color blanco y azul rota colgaba del tronco de un árbol. Supuse que era parte de la zona que había balizado la Policía. El inspector frenó el vehículo y lo detuvo en el arcén de arena de la estrecha carretera.

—¿Es aquí donde ocurrió? —le pregunté.

—Cerca —contestó—, bajando esas escaleras se llega a un camino bastante ancho. A unos cien metros pendiente arriba sale un pequeño sendero. Allí fue donde la encontré el corredor.

Había estado en ese bosque un millar de veces. Yo solía ir a pasear por la mañana y también a última hora de la tarde. Aquellos paseos me ayudaban a pensar, a imaginar, a encontrar soluciones sobre problemas y obstáculos en los argumentos o la trama del guion que estuviera escribiendo en aquel momento. También a despejar mi mente para tomar decisiones importantes. Había pensado incluso en adoptar un perro que me acompañara durante esos paseos. A Be le encantaba aquella idea, pero después, no sé por qué, dejé de pasear y la adopción de un perro cayó en el fondo del cajón de nuestra vida en común, como muchas otras. Me volví. El inspector me observaba cuando yo giré la cabeza. Esperé durante un segundo una pregunta o un comentario, pero no dijo nada.

—¿Qué? —dije al fin.

—Nada —me contestó—. Perdona. Me he distraído un segundo.

Después volvió a fijar su mirada en la carretera. No había apagado el motor, así que solo tuvo que meter una marcha para sacar el coche del arcén. En cinco minutos recorreríamos los tres kilómetros que nos separaban de nuestra casa y todavía en aquellos momentos era incapaz de imaginar lo que ocurriría allí. Quizá pude haberme negado a dejar el hospital, defender con más vehemencia que debía seguir allí, pero ¿de qué hubiera servido?

Nuestra casa estaba situada en el corazón de una antigua colonia, una antigua zona de viviendas independientes, rodeadas por pequeños jardines, que durante muchos años había sido un lugar donde se pasaban los meses de verano. Y sin embargo ahora estaba casi pegada a la ciudad. Lo único que impedía que fuera absorbida y que hacía que conservara ese carácter de lugar especial era precisamente el bosque que se interponía entre la ciudad y nosotros. La colonia estaba compuesta por unas diez o doce calles en cuadrícula que formaban un perfecto damero con un bulevar principal que terminaba en una pequeña plaza. Y allí era donde estaba nuestra casa. Una antigua construcción de principios del siglo pasado, de dos pisos, tejado a cuatro aguas, fachada blanca y ventanas con molduras que Be había hecho pintar de un color turquesa o aguamarina. Nunca los he sabido diferenciar.

El inspector montó dos ruedas sobre la acera y se detuvo junto a la valla que separaba un estrecho jardín delantero de la calle. El coche de los agentes de Homicidios que nos seguía nos adelantó y aparcó un poco más allá. Faltaba una hora para el mediodía, pero ya hacía calor y los policías dejaron sus chaquetas en el interior. Miré a mi alrededor. Unos cuantos vecinos y vecinas con bermudas y vestidos ligeros se asomaron a las puertas y ventanas de las casas que rodeaban la plaza. Aunque los coches no tenían distintivos de la Policía, saltaba a la vista a lo que se dedicaban aquellos hombres, y aunque nuestros vecinos no fueran unos observadores muy perspicaces, se habrían dado cuenta de que algo poco normal estaba ocurriendo. Eso despertaría los rumores y los comentarios y daría pie a conversaciones y a murmuraciones que se escucharían durante todo aquel día y los siguientes. De hecho, aquel sería el acontecimiento del verano. Y del año también. Nuestros vecinos más próximos, Alicia y Juan, que ocupaban otra de las casas de la plaza, llegaron en ese preciso momento. Aparcaron, salieron de su berlina de color oscuro, abrieron el maletero y descargaron las bolsas sin apartar sus miradas impertinentes de nosotros ni un solo instante. Aquellas miradas desde ventanas y puertas de jardín, desde coches con el maletero abierto y aceras me incomodaron, y me entraron ganas de dar unos cuantos pasos y ocupar el centro de la calle y gritarles que volvieran a sus vidas de mierda y que nos dejaran en paz, pero lo que hice fue darme la vuelta y abrir la puerta. Creo que el inspector se dio cuenta de lo que pasaba por mi mente y de eso estaba hablando con los agentes cuando entraron en el jardín.

La casa tenía dos plantas. En la primera estaba la cocina, un baño, un salón comedor y una habitación bastante desahogada con una puerta corrediza que nos servía como despacho a Be y a mí. En la segunda planta había tres dormitorios y otros dos baños. Todo era muy diferente cuando la habíamos comprado cinco años atrás. Tenía una disposición antigua, abarrotada de cuartos pequeños,



saloncitos, comedorcitos, cuartitos para ver la televisión. Be se encargó de la reforma. Había mandado tirar paredes, cambiar los suelos, abrir ventanas más grandes, y puertas donde no las había, rehacer la escalera y también el tejado y la instalación eléctrica y la fontanería. No tenía mucho presupuesto, pero ella prácticamente tiró una casa abajo y levantó una nueva en su lugar. Lo consiguió usando sus contactos del cine. Constructores, carpinteros, fontaneros, pintores y electricistas habían trabajado durante semanas recortando sus salarios y ganancias. Y lo hicieron porque ella se lo pidió. Así de sencillo. Y después la decoró comprando muebles de segunda mano —hurtando alguno también al final de los rodajes—, yendo aquí y allá, alquilando furgonetas y apalabrando transportes a cambio de unos botellines. Nos mudamos cinco meses después de firmar la escritura.

—Me gusta estar casado con alguien de Producción —dije el día que nos trasladamos.

—No me extraña —dijo ella.

Suya había sido la idea de aquel despacho con dos escritorios de oficina en ángulo recto, las librerías donde acumulábamos nuestros libros y los recuerdos de viajes propios o de amigos —figuritas de calaveras de México, una *matrioshka* rusa, unos animales tallados en madera de baobab de Senegal—, las dos gruesas alfombras, las lámparas de mesa, que eran parecidas pero no iguales, y la ventana, que daba a una de las esquinas del jardín, rematada con un asiento de obra sobre el que había fijado un gran tablón de madera en el que a veces se sentaba a fumar, sobre todo en invierno, a resguardo del frío y de la lluvia, y yo la observaba y me reconfortaba verla así porque parecía habitar en un mundo seguro, cómodo y agradable.

—Ese es nuestro despacho —le dije al inspector—, en la planta de arriba está nuestro dormitorio. Es el más grande de los tres. —Y señalando con la mano añadí—: Allí está la cocina y el baño, y por estas puertas se sale al jardín.

La taza de café seguía en el mismo lugar sobre la mesa del salón en donde la había dejado unas horas antes.

—Tienen una casa muy bonita —dijo.

El inspector era de esa clase de hombres que yo había imaginado esa misma mañana. Recorrió nuestra casa apreciando los detalles, como las guías de las puertas correderas, la instalación de grifería, las molduras del techo y los arriates de lavandas de la entrada.

—Mi mujer adora esta casa.

En el salón teníamos una fotografía que Be había enmarcado dentro de un cuadro de madera de raíz de no sé qué árbol africano que nos habíamos traído de nuestro viaje de novios. Estaba colocada sobre uno de los estantes de la

biblioteca, el que ocupaban los libros que iban entre Coetzee y Conrad. Era nuestra primera fotografía juntos. El inspector se quedó un segundo observándola.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? —me preguntó.

—Algo más de diez años. Pero nos casamos hace cinco. Justo antes de venir a vivir a esta casa —le contesté mientras cogía la fotografía del estante.

—Vaya —dijo con sorpresa—, se casaron muy jóvenes.

Estaba acostumbrado a esa frase. Todo el mundo reaccionaba de esa forma. Algunos incluso pensaban que les engañábamos. Nos preguntaban por qué. Y nosotros les respondíamos por qué no.

—¿Cómo se conocieron?

—En la Escuela de Cine —dije—. Durante nuestro último curso. Esa fotografía nos la hicieron un año después de graduarnos.

Dejé la fotografía sobre el estante, me dirigí hasta las puertas acristaladas del salón y las abrí. El inspector me siguió. Una caricia de aire fresco me sopló en el rostro.

—Aún se está bien en el jardín —dije.

El inspector recibió una llamada en ese momento. Sacó su teléfono móvil del bolsillo y miró el nombre que aparecía en la pantalla.

—Es mejor que me espere fuera —dijo—. Si necesitamos cualquier cosa, se lo pediremos.

Afirmé con la cabeza y salí. La sombra ya había retrocedido hasta el primer escalón de la terraza cubierta. Las dos sillas de hierro pintadas de blanco todavía seguían incrustadas en el seto de bambú. Recogerlas y ponerlas en su lugar era lo que iba a hacer aquella mañana cuando sonó el teléfono. Así que me acerqué, las levanté —de una en una porque pesaban bastante— y las llevé hasta el porche. Limpié las manchas de tierra negra que tenían adosadas al respaldo y a las patas. Me senté en una de ellas y esperé. El inspector y los agentes se movían por la casa. Los escuché subir y bajar por las escaleras y caminar por el piso de arriba, entrar y salir de nuestro dormitorio y del resto de las habitaciones. Los vi sentarse en la mesa de Be, abrir los cajones, sacar sus cuadernos y estudiarlos sobre la mesa.

Durante ese tiempo la sombra fue retrocediendo por la terraza cubierta y el sol ocupó su lugar saltando escalón tras escalón. Me concentré en registrar su avance milimétrico, como si perseverar en algo tan sencillo pudiera mantenerme a salvo del horror de las cosas complicadas. No quería pensar en Be. No quería pensar en lo que había sucedido. El zumbido de la depuradora llamó mi atención. La corriente artificial provocaba olas diminutas que morían chocando contra las paredes de mosaicos. Las hojas muertas de la acacia flotaban agitadas

por una tempestad enana. A otra escala, aquel también parecía el final de otro mundo.

Fue el inspector quien me sacó de esa especie de letargo en el mundo de las pequeñas cosas. Atravesó el salón y llegó hasta el umbral de la terraza cubierta. Se quedó en pie junto a las puertas acristaladas. Inspiró con profundidad y durante un segundo hizo que su mirada recorriera el jardín: la hierba verde, el seto de bambú, los arriates de flores, la figura de la acacia, la pequeña piscina y su superficie ondulante. Dio un par de pasos y se sentó frente a mí. Noté, aunque no supe detectar exactamente qué era, una variación en la energía que me había transmitido desde que esa mañana le había conocido en el hospital. No se trataba de que me mirara de una forma diferente o de que su voz tuviera otro tono o de que su actitud corporal fuera distinta. Pero al mismo tiempo todo había cambiado. Miré por encima de mi hombro y advertí que uno de los agentes de su grupo de Homicidios que nos había acompañado estaba en el salón en una actitud contemplativa. No hacía nada. No parecía tener una misión. Bajó la vista al notar que le miraba. Y entonces pensé que iba a recibir una noticia que no me iba a gustar oír.

—¿Por qué me mintió? —me preguntó.

—¿Cómo? —respondí desconcertado.

—En el hospital me mintió. Me dijo que cuando llegó ayer de su viaje ya era de noche y había dejado de llover. Pero no es verdad. —Hizo una breve pausa—. He recibido una grabación de las cámaras de tráfico. Su coche cruzó el puente cuando todavía no había anochecido ni había comenzado la tormenta.

Sentí el peso de la angustia en el estómago, el calor que produce la vergüenza, el vértigo de las consecuencias de la verdad revelada.

—Me contó que su mujer ya se había marchado cuando usted llegó aquí, pero no fue así como ocurrió, ¿verdad?

Guardé silencio. El inspector miró hacia el jardín.

—Tengo que hacerle esta pregunta de la forma más clara posible. —Y volvió su cabeza hacia mí—. ¿Fue usted quien agredió a su mujer?

Negué con la cabeza. Yo quería a Be. La quería con todas mis fuerzas. La quise desde el primer momento en que la vi.

Be era una chica poco común.

Llevábamos tres años en la Escuela de Cine y sin embargo no fue hasta el final del último curso, un par de meses antes de terminar nuestros estudios, cuando hablamos por primera vez.

Como trabajo de final de carrera debíamos escribir, producir y dirigir un cortometraje, y en aquella época, justo después de las Navidades, en las aulas, en la cafetería y en los pasillos de la Escuela, y en los vagones del tren ligero que nos dejaba a la mayoría de los alumnos a unos cientos de metros de la entrada, no se hablaba de otra cosa que de las ideas que nos burbujearan en la cabeza, de las historias que escribiríamos, de quiénes formarían nuestros equipos y de los actores y las actrices a los que les ofreceríamos los papeles protagonistas —y a los que no les podríamos pagar—. Solo se rodaban tres guiones —elegidos por un jurado formado por profesores, la dirección del centro y otros profesionales del sector—, y en los cortos trabajaban todos los alumnos de los últimos cursos.

Una mañana de aquel invierno yo viajaba en uno de los vagones del tren ligero. Tenía una novela entre las manos e iba sentado en la última fila de asientos, justo antes de las puertas. Escuché con claridad su voz alegre aunque un poco ronca, quizá a causa del tabaco o quizá porque era enero y hacía frío y media población estaba bajo los efectos de la gripe, de los antibióticos, de los jarabes y de las pastillas para la garganta. Me giré y por el espacio entre los dos asientos la vi sentada en el suelo del vagón, la espalda contra la pared, rodeada por un grupo de chicos y chicas. Le hablaba directamente a una estudiante de guion de mi promoción con la que compartía aula en varias asignaturas.

—Escucha —dijo Be—. Ella está dentro de la cabina de unos servicios públicos. Tiene los pantalones y las bragas bajadas hasta las rodillas, la espalda y el culo apoyados contra una de las paredes de la cabina y los dedos de una mano metidos entre las piernas y está tocándose. Entonces un hombre entra en el baño y nos damos cuenta de que está dentro del de chicos. Ella escucha el chorro de la orina del hombre golpear contra la porcelana de un urinario. Y la fricción de sus dedos con sus labios y su clítoris aumenta. Llega al orgasmo un poco después y

deja escapar un pequeño gemido. El hombre gira su cabeza hacia la puerta de la cabina. Ella escucha sus pasos acercándose. El pestillo de la puerta no está echado.

Entonces dejó de hablar y miró hacia la ventanilla. Hizo una pausa dramática perfecta y ninguno de sus amigos la interrumpió hasta que la chica que asistía a las mismas clases de guion que yo le preguntó:

—¿Y qué pasa después?

—No lo sé —le contestó Be—, me gusta mucho esa imagen para comenzar un corto, pero no tengo ni idea de qué pasa después. Dímelo tú, que eres la guionista. —Y soltó una carcajada poderosa.

Sé que ella me vio. Al menos, el fragmento de mi cara que asomaba por el hueco de aquellos dos asientos, una visión incompleta de mí, de un observador clandestino y silencioso que a través de la brecha de un muro observa lo que ocurre en el interior de una habitación. Volví la cabeza y entonces vi en el rostro de otro estudiante la misma turbación que debía estar reflejada en el mío. Ese estudiante era Diego. Ya en aquel entonces era mi mejor amigo. Diego agitó su mano y con la boca imitó el sonido de la explosión de una bomba. Reclutó varias risas nerviosas entre los estudiantes que ocupaban los asientos contiguos a los nuestros. Negué con la cabeza, devolví la mirada a las páginas de la novela que tenía entre las manos y fingí que seguía leyendo.

Ella no sabía mi nombre. Pero yo sí la conocía. Be era una activista de la vida. Colaboraba en una docena de proyectos cada curso y además estaba metida en unos cuantos comités y organizaciones, y podías encontrarla en cualquier reunión sobre casi cualquier tema. Parecía que todo era de su interés. Alguna vez la había escuchado hablar en público. Se notaba que tenía carácter, era decidida y valiente, y capaz de expresar sus opiniones en voz alta y defenderlas con argumentos interesantes e inteligentes. Había sido testigo de sus debates, sostenidos en aulas y también en una pradera en la que nos solíamos reunir en los días soleados de la primavera, y sabía que era capaz de imponerse a cualquiera. Sin embargo, quizá, su mayor cualidad era la de ser una persona increíblemente sociable. Conocía a todo el mundo y parecía tener un imán para atraer a la gente. Casi siempre a última hora de la tarde la podías encontrar en el bar de la Escuela tomando una cerveza junto a un grupo de chicas y chicos, y ellos parecían más felices de lo que habían sido en toda su vida. Y una fiesta no era una fiesta si ella no hacía acto de presencia. Era muy divertida y no tenía sentido del ridículo o de la vergüenza. Podía arrancarse a bailar y cantar en mitad de una noche y al día siguiente la gente lo contaba como lo más extraordinario, genial y divertido que habían visto en su vida. Y lo más increíble era —y

siempre lo fue— que si cualquier otro hubiera tratado de hacer lo mismo habría sido despreciado por payaso y estúpido.

Be tenía una gran personalidad. Era magnética, y además muy atractiva. Quizá no era la chica más guapa de la Escuela, pero sin lugar a dudas era la más seductora de todas. No era demasiado alta; sin embargo, tenía las piernas largas, y los brazos delgados y un bonito cuello, y en conjunto su figura era muy estilizada. Era delgada con un aspecto muy saludable, como si practicara mucho deporte y se mantuviera en forma. Sabía que tenía las piernas bonitas y le encantaba vestir minifaldas y unos vaqueros desteñidos muy cortos que solían empañar los cristales de las gafas de los que la observaban. Los pechos eran redondos y ni muy pequeños ni demasiado grandes, y cuando llevaba aquellas camisas con un cierto aire masculino —que le quedaban un poco grandes y los rumores siempre adjudicaban su propiedad a tal o cual hombre— y se dejaba desabrochados dos o tres botones y quedaba expuesto el canal que formaban sus senos, no perdía la elegancia pero al mismo tiempo cobraba un aire tan sensual que podrías haber dejado de respirar sin darte cuenta. Tenía un aire aristocrático, como si la hubieran diseñado con los mejores genes disponibles en el mercado y se hubiera educado en algún colegio de élite. El color de su piel era casi siempre de un ligero tostado. El pelo era de un castaño luminoso y camaleónico —se le aclaraba de una forma natural durante el verano y en invierno se le oscurecía—, y tenía unos ojos marrones, de un color parecido a la miel, muy grandes, a la sombra de unas densas y largas pestañas, rodeados de unas intensas ojeras que le daban a su mirada un aire penetrante, a veces misterioso, como si tuviera un conocimiento de la vida mucho más profundo que el tuyo. Eran ligeramente almendrados, y a veces cuando reía, se ocultaban bajo sus bonitos pómulos y se le transformaban en solo dos líneas negras que cruzaban su cara. Tenía la nariz pequeña y recta, ligeramente levantada en la punta, y la boca de labios carnosos. Era como si por sus venas corriera sangre exótica o tuviera dentro de sus cadenas de ADN algún tipo de gen de otro continente. De hecho —y nos pasó algunas veces al principio de nuestra vida en común—, en bares y garitos la tomaban por una estudiante extranjera de intercambio.

Pero sin lugar a duda lo que sostenía la mayor parte de su popularidad en la Escuela y constituía el tema principal en las conversaciones del resto de los alumnos era el asunto de sus relaciones amorosas. Todo el mundo atribuía a Be una sexualidad salvaje, disoluta y sin límites. Decían que durante su primer curso había tenido una relación con el estudiante más guapo que pisaría jamás aquel suelo y que además era hijo de un conocido director de fotografía. Algo así como un príncipe heredero de la realeza del cine. Y que cuando ella le dejó, pasó por los peores momentos de su vida, que llegó a humillarse públicamente para

que volviera con él y que al final hizo un viaje al otro lado del mundo para tratar de olvidarla. Otra de las leyendas más comentadas era que había seducido a una profesora. Supuestamente alguien las había sorprendido besándose en el interior de uno de los despachos de la Escuela y, dependiendo de quién lo contara, se besaban en la boca o estaban tendidas sobre una alfombra y la profesora tenía su cabeza entre las piernas de Be. Aquello le había costado la carrera porque unas semanas después de que estallara el escándalo se había visto obligada a dejar su puesto en el departamento. Había algún cuento más —también se decía que un verano había recorrido Europa como la amante de un matrimonio y que había participado en innumerables tríos y orgías— que circulaba por los pasillos y las aulas y la cafetería de la Escuela, pero esas son sin duda mis favoritas. Y lo mejor de esas historias —y de todas las demás— es que las parejas de Be siempre desaparecían y nadie podía corroborar la veracidad de los hechos. Algunos años después, cuando vivíamos juntos, ella me contó, jurándolo con la palma de la mano en el pecho, la verdad de todo aquello. Entonces le propuse escribir y producir un documental que hablaría de ella y de las ideas que tenía la gente sobre ella, y al que llamaríamos —imitando el título de la película de Woody Allen— *Desmontando a Be*. Lo que se contaba, lo que se fantaseaba, los juicios que se emitían, lo que se decía sobre lo que había hecho nos hacía reír. A veces yo le contaba algo que había oído por ahí y le pedía que me dijera si era cierto.

—Me hubiera encantado que fuera así, pero la realidad es que fue todo mucho más aburrido. Ahí tienes otra buena historia para *Desmontando a Be* — me decía.

Otras veces, en cambio, la realidad superaba la leyenda y me quedaba con la boca abierta cuando Be, entre las sábanas de la cama, que era donde solía hacerme esas confesiones, decía que tal o cual cosa era verdad y me daba una serie de detalles que hacían imposible que dudara de ella. Una vez que la conocías, no podías dudar de que todo lo que te contaba era cierto.

Yo, por el contrario, había pasado bastante desapercibido durante mis años en la Escuela. Asistía regularmente a clase y sacaba buenas calificaciones, pero no me prodigaba mucho fuera de las aulas. Todo estudiante tiene tres hitos en su carrera. Mi primer hecho digno de reseña fue salir durante casi dos meses con Hana, una estudiante noruega de intercambio que no se parecía en nada a las bellezas escandinavas, y a la que estaré eternamente agradecido por enseñarme todo lo que un hombre debe saber sobre el sexo. El segundo hito fue conocer a Diego. Nos sentamos juntos en la misma aula el primer día de clase. Él estudiaba Dirección y yo Guion, pero compartíamos algunas asignaturas. Era, en aquellos tiempos, un muchacho de uno setenta de estatura, delgado, de frente alta y

despejada, una buena mandíbula, gafas y el pelo negro, y aunque lo llevaba bastante corto, muy rizado. Ya en el primer curso se manifestó, de una manera más evidente que en otros estudiantes, como un talento especial, y cualquiera habría apostado a que tendría un gran futuro en la profesión. Tampoco era una persona muy sociable —algo que teníamos en común—, pero le gustaba el cine de los años setenta y ochenta. Un día coincidimos en una sesión triple en un cine y dio la casualidad de que los dos habíamos ido solos. Después nos fuimos a beber una cerveza y resultó que a Diego también le fascinaba la generación *beat* norteamericana y que teníamos muchos más gustos en común. Había nacido una amistad para toda la vida.

El tercer hito de mi vida como estudiante fue escribir *La conversación*. Nadie se había fijado mucho en mí durante aquellos años hasta que una mañana de marzo la secretaria del director salió del despacho y clavó con una chincheta de color rojo el título de los tres guiones que se rodarían como trabajos de final de carrera y el nombre de sus autores. El mío era uno de ellos. *La conversación*.

Estuve a punto de presentar la historia que le había escuchado contar a Be en el vagón del tren ligero. Incluso llegué a escribirla. Describí esa secuencia de la chica masturbándose en un baño público y el hombre acercándose y después unas cuantas secuencias más, y al final lo arrastré todo a la papelera del ordenador. Conservé la primera página. La que describía el relato de Be. La conservé porque cada vez que la leía me imaginaba que era ella la protagonista del relato. Y aquello era lo más excitante que yo había escuchado nunca. La dejé allí durmiendo en un archivo dentro de una carpeta bajo otro título. Y a veces, todavía hoy, la despierto.

Pero no escribí la historia de Be, sino algo más personal. Algo que tenía que ver con uno de los pocos sucesos dramatizables que han ocurrido en mi familia y del que yo fui medio protagonista cuando tenía unos ocho o nueve años. A lo largo de diez minutos narraba la historia de una mujer de unos cuarenta y tantos años, enferma, que debe someterse a una operación a vida o muerte y que decide dedicarle enteramente a su único hijo el día anterior a su ingreso en el hospital. Van de compras, comen, pasean, ven una película en el cine, meriendan y básicamente hablan. Ella necesita contarle algunas cosas sobre su pasado, aconsejarle sobre situaciones que seguramente le ocurrirán en el futuro y entregarle unas cuantas armas más para que pueda defenderse en la vida. Algo que una madre tardaría una vida en transmitir a su hijo ella tiene que hacerlo en un solo día. Era una historia sobre el amor y la muerte.

Una semana después de aquel anuncio que dio a conocer mi nombre entre todos los alumnos de la Escuela, Be apareció en mi vida. Tenía que entregar un trabajo para una asignatura y recuerdo que había estado en la biblioteca y que me



había llevado «prestados» varios libros. Busqué un aula vacía, me acomodé en la mesa del profesor, saqué el portátil y a los cinco minutos tecleaba concentrado a velocidad de crucero. Me sentía inspirado y llegué a terminar una primera versión en más o menos un par de horas. Hice un descanso y me acerqué a una ventana del aula. La abrí y —contraviniendo todas las normas— encendí un cigarrillo y me lo fumé allí mismo. La vi entrar en el edificio a través de una de las puertas laterales. Iba acompañada de otro par de chicas y caminaban con prisa. En aquel último curso parecía que todo el mundo tenía mucha prisa por llegar a alguna parte, aunque la mayoría no teníamos ni idea de adónde. Unos minutos después la puerta del aula se abrió de improviso y yo lancé el cigarrillo por la ventana con un gesto rápido y preciso. Exhalé todo el humo de mis pulmones antes de darme la vuelta. Ella me examinaba apoyada en la mesa del profesor que yo había ocupado.

—Robo de libros de la biblioteca, ocupar un aula sin permiso, fumar dentro del centro y ensuciar las instalaciones. Son faltas muy graves.

—Soy un criminal. Lo confieso.

—Te vas a salvar porque has escrito un guion precioso.

—¿Lo has leído?

Ella se sentó sobre el borde de la mesa y yo me la quedé mirando esperando una respuesta a una pregunta tonta.

—El niño del corto eres tú, ¿verdad? —dijo por fin.

—¿Cómo?

—Tú eres el niño del corto.

Afirmé con la cabeza y sonreí. Ella también lo hizo y en sus labios creció una enorme sonrisa de satisfacción. Yo adoraba esa sonrisa. Esa sonrisa era capaz de iluminar todas las galerías de una mina de carbón al mismo tiempo.

—Tiene algo que ver con una vieja historia familiar —le contesté—, no ocurrió exactamente como lo he escrito, pero yo estaba allí.

El niño no tenía ni una sola frase. Escuchaba, observaba a su madre, cada detalle, cada palabra, y solamente al final, a través de una última secuencia y una voz en *off* que hacía que el vello se erizara y la superficie de los ojos se llenara de lágrimas, el espectador entendía que se trataba del narrador de la historia.

—Desde que lo leí supe que eras tú —dijo ella—, tiene ese aire misterioso muy tuyo. Eres una de esas personas que parece que nunca está ahí, pero que lo ha visto todo y que lo ha anotado todo y que será capaz de recordarlo todo y crear una bonita historia con ello.

—Me gusta pasar desapercibido —le dije.

—Creo que esa es una cualidad que deben tener los grandes escritores —dijo, y añadió—: Has escrito una historia muy bonita. De verdad.

Le di las gracias. Se dio la vuelta y se estaba marchando, y yo no sabía cómo detenerla y hacer que nos quedáramos allí hablando de mi historia, de mi vida, que aparentemente le parecía tan fascinante, cuando se volvió y ladeando un poco la cabeza —en ese gesto que es tan suyo— dijo:

—Vengo del departamento de Producción. He pedido que me metan en el equipo de tu corto. Y lo han aceptado. Así que vamos a trabajar juntos. Quería que fueras el primero en saberlo.

Eso fue todo. Un intercambio de apenas cuatro frases. Pero en aquel momento sentí que mi vida acababa de comenzar y que hasta ese instante yo no había estado allí, o que los tres años anteriores de estudios solo habían tenido sentido como un camino para llegar hasta ese momento. Me sentí el hombre más feliz del mundo. Eso es algo que Be conseguiría muchas veces más en los años siguientes.

El verano se adelantó un par de meses y aquella primavera hizo más calor del habitual. Recuerdo que una mañana, muy temprano, nos habían citado junto a la boca del metro de una parada del centro para localizar algunos escenarios del corto. Necesitábamos el interior de un piso, un par de calles, una tienda, un restaurante bonito que tuviera una mesa junto a una gran cristalera y un parque. Debíamos agrupar localizaciones para hacer posible el rodaje en cinco días y alguien del equipo de Dirección sabía de una zona de la ciudad que reunía más o menos todos esos escenarios. Y allí estábamos, casi al amanecer, al menos una docena de estudiantes de diversas disciplinas, adormilados y con ganas de volver a meternos en nuestras camas, cuando ella apareció —como una versión urbana de la Venus de Botticelli— emergiendo de la boca del metro. Aquella mañana vestía un pantalón vaquero, extraordinariamente corto, que hacía más largas sus piernas ya largas, unas botas negras lustrosas, una camisa de cuadros ceñida a la cintura y un pañuelo de color rojo con unos dibujos blancos cubriéndole parte de su melena de color castaño. Creo recordar que hubo una especie de sinfonía de suspiros y exclamaciones espontáneas en voz baja. Tenía una expresión aturdida en la cara, como si acabara de salir de debajo de las sábanas y sin apenas transición se hubiera encontrado en la calle, allí, delante de nosotros, y en su mirada y su sonrisa y su expresión facial todavía quedaba parte de la adolescente que había sido no hacía tampoco demasiado tiempo. Era como si estuviera pidiendo que alguien la cogiera en brazos, la llevara a la cocina y le pusiera delante un tazón de leche y sus galletas preferidas. Dio los buenos días, con una sonrisa, y dijo que lo más sensato hubiera sido quedar en un bar en lugar de en la boca del metro. Acogimos su idea con vergüenza, sintiéndonos idiotas por no haberlo pensado antes. Aún faltaba parte del equipo por llegar, pero los que estábamos allí nos fuimos a un bar cercano y desayunamos. Ella tomaba el café

largo —con mucha agua—, solo y sin azúcar. Ese tipo de detalles la alejaba un mundo del resto de nosotros —hacia vulgares nuestros cafés con leche— y le confería esa personalidad tan especial, lo que le hacía sobresalir sobre el resto, como si ella hubiera vivido más que ninguno de nosotros.

Durante unas cuantas horas recorrimos aceras, tiendas, cafés y restaurantes, pisos y azoteas. Debatimos cuáles eran los mejores escenarios y los problemas que nos daría rodar aquí y allá, los esfuerzos, permisos y dinero que debíamos gastar y lo que perdería o ganaría el corto de eliminar esta o aquella localización. Tuvimos discusiones —algunas más fuertes que otras—: el departamento de Arte se quejaba de las intervenciones que tendría que hacer y Vestuario pedía una caravana para que se cambiaran los actores, y cuando alguien tenía una idea excitante y maravillosa y todos dábamos palmas de alegría, el chico que hacía de director de producción nos recordaba el presupuesto que nos había dado la Escuela para rodar el cortometraje y pasábamos del entusiasmo a la desilusión y después a la rabia. En esos momentos —y también en otros— escuchábamos la voz serena de Be, que siempre tenía un comentario acertado y que solía disolver las discusiones y hacer que llegáramos a acuerdos. De todos los atributos de Be, el que más la ayudaría a avanzar en su carrera profesional sería el sentido común. Parece una obviedad, pero en esta profesión —y en el mundo en general diría que también— es algo bastante raro encontrar a personas que usan el sentido común para tomar sus decisiones. Aquella mañana, durante las largas y extenuantes horas de localizaciones, paseos y discusiones, apareció una Be desconocida hasta ese momento, y que se ganó mi admiración y mi respeto y también el del resto del equipo del corto. Después de seis o siete horas de subir y bajar escaleras, de quintos sin ascensor, de caminar bajo el sol arriba y abajo para encontrar un café que «seguro que está en esa calle» pero que no encontrábamos, de sudar nuestras camisetas y de buscar con avidez cualquier lugar que pudiera servir para descansar y cualquier sombra para resguardarnos, decidimos —de una forma unánime— que ya habíamos hecho bastante por aquel día, que habíamos encontrado un par de cosas que iban a estar muy bien, y nos dimos por satisfechos. Be abrazó a uno del departamento de Arte y casi por contagio toda la gente del equipo comenzó a darse apretones de manos, abrazos y besos, y se desató una epidemia de amor fraterno entre chicos que solo un rato antes estaban enfadados, mantenían posturas irreconciliables, habían dudado de su talento y de su capacidad para trabajar en esta profesión y se habían lanzado a la cara insultos y palabras crueles.

Be aportó algo más que sentido común a nuestro rodaje. Su presencia ayudó a que hubiera un gran ambiente de trabajo, a que saliéramos contentos y satisfechos de lo que habíamos hecho después de cada jornada. Y ella, de una

forma casi invisible, fue el catalizador de ese buen ambiente. Acabamos el día como extraordinarios amigos y compañeros, y gente que hasta hacía unos minutos discutía con ferocidad quedó a tomar unas cervezas y a comer, y así, poco a poco, todos se fueron yendo. Yo me despedía de una chica de Dirección cuando Be se acercó a mí y se apoyó sobre un coche aparcado en la acera.

—¿Quieres ver una localización maravillosa? —preguntó arrugando los ojos como para darle más misterio a la pregunta—. No es para este corto, pero alguien debería grabar alguna vez ahí.

Aquel día me había levantado muy temprano y estaba agotado después de aquella jornada de localizaciones, pero no era posible decirle que no.

—Claro. ¿Dónde está?

—Podemos ir caminando. Solo serán diez minutos —dijo.

No fueron diez minutos, pero no me importó. La mayor parte del tiempo caminé tras ella, siguiéndola en aquel recorrido por las estrechas aceras de las calles del centro. Tenía un bonito culo y me di cuenta de que aquellos músculos largos de sus piernas estaban contruidos para practicar el atletismo. Le pregunté —trataba de no quejarme, pero lo cierto es que imponía un ritmo de marcha con el que empezaría a sentir calambres en muy poco tiempo— si hacía algún tipo de deporte. Ella se rio.

—Ya casi estamos llegando —dijo.

Entramos en una vieja tienda de alimentación de barrio y compramos cerveza y un par de bolsas de patatas fritas y algo dulce y seguimos caminando. Me pareció que el hombre de la tienda —casi un anciano— la recordaba de otras ocasiones o a lo mejor era solo que su presencia en un espacio hacía que se transformara y la gente se volvía más cordial. Después dejamos atrás un par de manzanas de edificios de viviendas y de repente nos encontramos en una calle adoquinada, de casas independientes, muros altos y jardines de árboles viejos. Se detuvo al lado de la verja de hierro. Detrás de un jardín frondoso, descuidado y lleno de maleza se adivinaba el muro de lo que parecía una casa.

—Es aquí —dijo con una mano agarrada a uno de los barrotes de la puerta.

Miré hacia ambos lados de la calle. Estaba desierta. Las casas que se encontraban en la acera de enfrente tampoco parecían tener mucha vida a esas horas de la tarde. Ella se dio cuenta de lo que significaba ese gesto.

—Allanamiento de morada —dijo—. No es un gran delito, pero si nos pillan siempre podrás presumir de que una vez te detuvo la Policía. Esa clase de cosas quedan bien en el currículo de un artista y le gustan a la gente. ¿No es verdad?

—¿Saltas tú primero o lo hago yo? —le contesté tratando de no parecer en absoluto preocupado.

Sonrió. Empujó la puerta con el hombro y esta se abrió un metro antes de quedar encallada en el suelo. Un camino de ladrillos gastados conducía hasta la parte posterior de la casa, una construcción de una sola planta, de una arquitectura de principios de los años sesenta, moderna y vanguardista. La rodeamos por un lateral hasta llegar a lo que era la fachada principal. Grandes cristaleras daban a una amplia estancia construida en dos niveles que debía haber sido un gran salón —y que entonces estaba totalmente vacío—, con una chimenea de metal negro a un lado. Uno podía imaginarse asistiendo allí a una fiesta en la que los hombres vestían trajes elegantes y las mujeres vaporosos vestidos y se servían cócteles, y a través de un equipo estereofónico se escuchaba a un pianista tocar una melodía de *cool pacific jazz*. El salón se abría a un espacioso porche y a un jardín con una gran piscina. Vacía, con un metro de agua sucia, una gruesa capa de hojas de los grandes castaños que poblaban el jardín y una mesa de hierro herrumbroso tirada en el fondo, había vivido tiempos mejores. Y aun así conservaba la clase.

—Es impresionante —exclamé.

—Y no has visto lo mejor —dijo ella misteriosa.

Al otro lado de la piscina, me hizo bajar por unas estrechas escaleras, apartó con seguridad unas telarañas que cubrían la entrada y empujó una puerta de chapa de acero. Entramos en un pequeño y angosto pasillo de cemento, y después de abrir otra puerta, esta mucho más pesada, entramos en una estancia alargada, de unos treinta metros cuadrados, con cuatro literas al fondo, una mesa y lo que parecía una pequeña cocina.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Es un refugio atómico de la Guerra Fría.

La miré como si me estuviera tomando el pelo. Me dirigió una sonrisa enorme y después, ante mi cara de incredulidad, soltó una carcajada que rebotó en las paredes de cemento y acero provocando un eco con sonido a explosión nuclear. Era, como ella decía, un refugio nuclear, que un norteamericano afincado en la ciudad había ordenado construir, junto con la casa, a mediados de los años sesenta. Los armazones de acero de las literas, la mesa y las sillas y las estanterías que debían albergar libros estaban intactas. Abrí una puerta lateral y descubrí un cuarto de baño. Otra puerta daba a una habitación que debía ser una especie de despensa.

—¿A que es alucinante?

Lo era. Luego salimos del refugio nuclear y nos sentamos en las escaleras de la terraza del salón frente a la piscina. Bebimos cerveza y comimos patatas fritas a la sombra de los grandes árboles que crecían alrededor de la casa. Aquel jardín secreto conservaba un frescor y una humedad que la ciudad había perdido

hacía horas. La vegetación, con la propiedad abandonada durante tantos años, había tomado el mando y se extendía libre a un lado y otro, colonizando las baldosas que rodeaban la piscina, colándose por las rendijas y trepando por las paredes y los canalones del agua. De alguna forma, aquella decadencia hacía que me sintiera como si la guerra nuclear hubiera estallado y los dos fuéramos los últimos habitantes del planeta. Quizá por la naturalidad con la que, desde que cruzó la puerta de hierro del jardín, se movía por aquel lugar, parecía un personaje que tuviera allí su escenario.

—¿Cómo encontraste este sitio? —le pregunté.

—Por pura casualidad. Un día estaba paseando, me detuve delante de la verja y me colé dentro. Desde entonces vengo a veces a visitarla. Me gusta estar aquí. Es como hacer compañía a alguien que está enfermo en un hospital y sabes que no le queda mucho tiempo de vida.

Mentía. Yo lo sabía y ella se dio cuenta de que yo lo sabía. Su voz dulce había vibrado durante unos segundos como si algo de lo dicho la hubiera emocionado. Me di cuenta de que una profunda y repentina tristeza la había dominado en solo un momento y que su mirada, que no había dejado de ser hermosa, le daba a su rostro una expresión de nostalgia que era totalmente desconocida, al menos para mí. No la interrumpí y dejé que siguiera hablando.

—Esta casa fue construida para que una familia fuera muy feliz viviendo en ella, y seguramente así sucedió durante un tiempo. Sin embargo, de repente algo ocurrió y todo se fue a la mierda. Y mírala ahora, abandonada, es una ruina. Ya nadie toma café en esta terraza ni nadie se baña en esa piscina.

—Bueno, es posible que otra familia...

Volvió su cara hacia mí y esbozó una pequeña sonrisa, y me observó durante unos momentos sin decir nada.

—Eres muy amable, pero sabes tan bien como yo que eso no ocurrirá. Será demolida y sobre este terreno se edificará otro edificio impersonal, igual a miles y miles de edificios, con el que alguien se hará mucho más rico.

El tiempo demostró que tenía razón. La observé durante un segundo y después cerré los ojos y me dejé acunar por el sonido de las hojas mecidas por el viento.

—Tu madre... ¿murió? —me preguntó.

—No. La operaron. Eso es verdad. Yo era muy pequeño y aquella operación no era tan común entonces como ahora, y es evidente que corría un cierto peligro, pero no era tan a vida o muerte como en el guion. Y todo salió bien. Estuvo unos días en el hospital y después volvió a casa.

—¿Y el resto de la historia?

—No hubo feria, pero sí tarde de compras en unos grandes almacenes y después merendamos en una cafetería del centro. Y ella no fuma. No ha fumado nunca. Y tampoco lee a Virginia Woolf.

Sonrió.

—Vaya, qué desilusión. —Y después añadió—: Quiero decir, que me alegro de que todo saliera bien, pero me gustaba imaginármela leyendo *Al faro*.

Luego se hizo un silencio. Hacía calor incluso en aquel jardín. Los pájaros volaban hasta el fondo de la piscina para beber del agua estancada. Unas pequeñas gotas de sudor comenzaban a caer por mi espalda.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunté.

Me miró y entreabrió los labios como si fuera a decir algo, pero después apartó de su cabeza esa idea y la dejó a un lado.

—Quería enseñártelo por si alguna vez se te ocurre escribir una película.

Negué con la cabeza como si no me creyera lo que me estaba diciendo. Me levanté del escalón y me sacudí el polvo de los pantalones dispuesto a marcharme de allí.

—Sabes que nadie rodaría una película ahí abajo —le dije—, es demasiado pequeño y no tiene nada que no pueda ser reproducido en un estudio. Dime por qué.

Se agarró las rodillas con los brazos y se hizo una especie de ovillo sobre los escalones de aquella terraza, y de repente me pareció que era mucho más pequeña y frágil de lo que aparentaba y que toda aquella seguridad con la que se manejaba por la vida era una especie de disfraz o quizá una armadura con la que había aprendido a defenderse. Y entonces comenzó a hablar.

—Yo viví aquí. Con mis padres. Muy poco tiempo. Acababa de cumplir cinco años cuando ellos murieron en un accidente de tráfico. Después un hermano de mi padre y su mujer se hicieron cargo de mí. Y poco a poco fui perdiendo los recuerdos que tenía de ellos. A veces miraba fotografías, pero la verdad es que no me despertaban nada. Un día, por pura casualidad, pasé por delante de esa verja y algo, no sé, misterioso, me llamó para que entrara aquí dentro. Te juro que nunca antes había asaltado una casa. Te lo juro. Y al llegar a estos mismos escalones fue como si de repente se abriera una ventana al pasado. Y me vi a mí misma bañándome en esa piscina con mi madre, pedaleando en un triciclo y sentada en las rodillas de mi padre en un sofá que había cerca de la chimenea de ese salón. Me eché a llorar. Creo que nunca he llorado tanto.

El sol dejó de arder en el cielo, el viento dejó de mover las hojas de los árboles, los pájaros dejaron de volar, los insectos interrumpieron su caminar y el mundo entero se detuvo durante aquel instante. Alzó su rostro y me miró.

—¿Sabes? Esa historia que has escrito —y se aclaró la voz antes de seguir hablando—, me hubiera gustado, de alguna forma, ser el niño de tu historia. Me hubiera gustado que mi madre antes de morir me hubiera contado qué era lo que debía saber de la vida. Muchas veces durante todos estos años he deseado que mi madre pudiera aconsejarme sobre qué decisiones tomar, qué errores no debería cometer, o qué errores debía cometer para aprender lo que era la vida. Por eso tu historia, me emocionó y también me sobrecogió de tal manera que yo tenía que trabajar contigo, tenía que hacer este cortometraje, como fuera. Es tu historia, pero también es la mía.

Di un par de pasos y ella se levantó. En pie sobre el segundo escalón era tan alta como yo. Apoyó la cabeza sobre mi hombro y me abrazó. Hice lo mismo. Traté de hacerlo de una forma suave pero buscando transmitirle toda mi fuerza y ofrecerle todo el consuelo que podía darle. La retuve entre mis brazos sintiendo latir su corazón, y sé que no es posible, pero primero la sentí fría y después noté cómo poco a poco iba cogiendo calor. Noté cómo se recomponía, cómo su respiración se acompasaba, cómo el corazón volvía a un ritmo normal, y suavemente se retiró de mi abrazo. La solté aunque no quería hacerlo, y sé que ella se dio cuenta. Me miró con sus hermosos ojos del color de la miel, esos ojos que siempre parecen estar en sombra, y comprobé que la alegría había vuelto a ellos y que me observaban como si estuvieran calibrando quién era yo, o si, creo que era eso, el juicio que se había hecho sobre mí era el correcto, o a lo mejor si yo era la clase de tipo al que podía confiar su vida.

—Será mejor que nos vayamos ya —dijo.

Y yo tragué saliva con dificultad y afirmé con la cabeza.

Comenzamos el rodaje del corto la última semana del mes de mayo. Diego, mi amigo Diego, dirigió la película y yo estuve a su lado —una cosa rara porque normalmente ni los directores ni los productores quieren a los guionistas en los rodajes— aquellas cinco jornadas. Ya habíamos hablado mucho, días y noches enteras, sobre el guion y sobre los personajes y sobre el sentido de cada frase de diálogo, pero siempre había algo que pulir o un descubrimiento que se nos ocurría en el último momento. También hubo cosas que tuvimos que reescribir a causa de la localización, el atrezzo, el vestuario o los actores. Diego se implicó mucho en toda la producción. Consiguió que una actriz bastante conocida en papeles secundarios hiciera de la madre, y también a un niño que trabajaba en una serie de televisión para el papel del hijo. Dio lo mejor de sí mismo y solucionó con talento los mil problemas que surgían a cada momento. Después de cada toma solíamos hablar o cruzar algún comentario, pero yo confiaba mucho en él —y lo cierto es que fue muy respetuoso con el guion—, y la mayor parte de las veces estábamos de acuerdo en las decisiones que había que tomar.



Be hizo de jefa de producción y estuvo muy atareada durante aquellos cinco días. Y aun así, en los descansos del rodaje nos buscábamos y hablábamos sobre la secuencia que acabábamos de rodar o sobre lo que nos quedaba por delante, compartíamos confidencias y chismes, nos gastábamos bromas y, cuando ocurría un desastre o una situación divertida, cruzábamos una mirada y disfrutábamos de esa complicidad silenciosa que nos acercaba cada vez más. Creo que fue durante la segunda o la tercera jornada, ya tarde, durante el ensayo de una secuencia en la que la madre hablaba con su hijo de que algún día se enamoraría de una chica y le contaba la forma en la que debía conquistarla y amarla, cuando de una forma muy instintiva volví la cabeza hacia el lugar donde estaban los técnicos y el resto del equipo y pude llegar a ver a Be desapareciendo por una puerta lateral del local donde estábamos rodando, una bonita cafetería, y cómo con la manga de su camisa se secaba las lágrimas que caían por sus mejillas.

Fue durante aquellos días de finales de mayo cuando me enamoré perdidamente de ella. Y creo que todos aquellos que estaban a mi alrededor se dieron cuenta de lo que me pasaba. En algún momento de la última jornada de rodaje, Diego, que, como todo el mundo, se imaginaba lo que pasaba dentro de mí, me buscó e hizo un comentario sobre Be. No recuerdo qué le contesté, pero mi respuesta debió ser tan efervescente que torció un labio, me miró con censura y, poniéndome una de sus manos sobre el hombro, dijo:

—No te hagas ilusiones.

—No me hago ilusiones —le contesté.

—Mejor. No está a tu alcance.

La frase sonó tan condescendiente que me hirió en lo más íntimo —muchas veces después le he recordado esa frase y él siempre reconoce su falta y me pide mil perdones en un gesto que le honra—, y sin embargo no le contesté. También creo que me dio un poco igual. Yo ya sabía que entre esa chica y yo había algo. Algo que iba más allá de lo visible o de lo explicable. Y que ni Diego ni nadie sería capaz de entender.

En la última secuencia que rodamos, la actriz que hacía el papel de la madre colgaba el teléfono —se suponía que le habían dado la noticia de que el tratamiento que había seguido no había funcionado y debía ingresar en el hospital— y, cruzando la habitación, se sentaba en una silla, y con la mirada perdida encendía un cigarrillo y se echaba a llorar. Después de la cuarta toma, Diego gritó «corten». El primer ayudante de Dirección le preguntó si la toma había sido buena y Diego le contestó que había sido muy buena. El primer ayudante dijo que habíamos acabado y todo el equipo estalló en aplausos. Luego Diego alzó un brazo y pidió silencio y dio las gracias a todo el mundo por el esfuerzo y el talento y la dedicación, y dijo que estaba seguro de que habíamos

hecho un trabajo estupendo y que nuestro corto sería el mejor que se había rodado jamás en la Escuela. Entonces hubo más aplausos. Be entró en el decorado con un bonito ramo de flores y se lo entregó a la actriz que durante aquellas cinco jornadas había sido una madre maravillosa, y el equipo aplaudió a rabiar. Después hubo una ronda de besos y de lágrimas de alegría, y se sucedieron los abrazos y las palmadas amistosas en la espalda y las felicitaciones. Con aquel último chasquido de la claqueta desapareció la tensión con la que habíamos vivido aquellas semanas y, creo que llenos de emoción y con ganas de soltar velas y alejarnos de aquel lugar, unos cuantos bajamos a la calle a fumar un cigarrillo. Un rato después subí de nuevo hasta el piso que nos había servido de decorado. Los técnicos recogían y guardaban cables y focos, los chicos de Dirección escribían partes, Diego hablaba con la *script* y le daba instrucciones para el montaje. Casi todo el mundo tenía algo que hacer menos yo. Fui asomándome a la puerta de cada habitación hasta que descubrí a Be escribiendo en un cuaderno sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué escribes?

—Mis tareas para mañana. Todavía tengo muchas cosas que hacer. Y tú, ¿cómo estás?

Estaba muy nervioso y hablaba muy rápido. Ella dijo algo que nos hizo reír a los dos y después se levantó de la mesa y se acercó a mí, pasó sus brazos por mi espalda y me abrazó. Y de la misma forma que había ocurrido durante aquella visita a la casa donde había pasado los primeros cinco años de su vida, se retiró unos centímetros y clavó su mirada en mis ojos, y creo que durante unos segundos valoró de nuevo la madera de la que yo estaba hecho, midió su propio deseo y el riesgo que corría haciendo lo que iba a hacer. Y sé que se deshizo de las dudas en aquel instante y se dijo a sí misma que merecía la pena intentarlo. Se acercó a mis labios muy lentamente y me besó. Si me concentro, todavía soy capaz de trasladarme a la cocina de aquella casa y sentir su lengua en mi boca y sus manos en mi nuca, y puedo notar su cuerpo a través de la tela de la camisa que vestía. Apenas duró un instante. Se apartó de mí, bajó la mirada, sonrió tímidamente y se refugió detrás de la mesa.

—Vamos a ir a tomar unas cervezas —le dije.

—Tengo que cerrar unas cuentas, hablar con la dueña y revisar que no hayamos roto nada para no tener problemas con el seguro. Después me apunto.

Cuando nos reunimos en uno de nuestros bares favoritos, ella estuvo inquieta, tensa e incómoda, y apenas se quedó unos minutos. La sorprendí mirándome desde la puerta. Le hice un gesto para que se acercara, pero negó con la cabeza. Me dijo adiós con la mano y se marchó.

Volvimos a encontrarnos una semana después en la pradera que rodeaba el edificio de la Escuela. Hablamos del corto, de los exámenes, de los trabajos que debíamos presentar y de mil cosas más. De todo menos de nuestro beso en aquella cocina. Y sin embargo, estaba presente en el subtexto de cada frase, en cada mirada, en cada sonrisa. Sobre la hierba pude notar sin ninguna duda que existía una conexión entre nosotros y que aquello que la había impulsado a besarme aquella tarde seguía ahí.

—Nos vemos en el estreno, ¿verdad?

—Claro —me contestó.

Decidí que esa noche, después del estreno de nuestro cortometraje, le diría que estaba enamorado de ella. Que me daba igual el lugar adonde nos llevara la vida, pero que estaba seguro de que quería hacer el camino a su lado.

Los tres cortometrajes que los alumnos habíamos rodado como trabajo final de carrera se proyectaron en un cine del centro con el que la Escuela tenía un acuerdo de colaboración. El director invitó a productores y directores y a otros muchos profesionales del negocio para que vieran nuestro trabajo. Aquella era, sin duda, la mejor carta de recomendación que podían darte. Antes de que se apagaran las luces miré hacia el patio de butacas de una sala de cine abarrotada intentando distinguir su rostro entre los de la multitud. La vi en una de las últimas filas, sentada entre otra gente del equipo, con una camiseta de tirantes y su pelo recogido en un curioso moñito. Me lanzó un beso con la mano. Sentí que aquella noche sería una de las más importantes de mi vida. La proyección fue un éxito y al encenderse las luces los alumnos, familiares y amigos se pusieron en pie y aplaudieron durante un largo rato. Hubo un pequeño y torpe coloquio con el director de la Escuela y con un par de profesores que habían supervisado las tres producciones, y después, cuando terminó el acto, recibí las felicitaciones de compañeros y amigos y también de mis padres. Mi madre se reconoció en la protagonista de la historia y emocionada me susurró al oído:

—Nunca he sido tan buena madre como la de tu historia, pero me alegro de que me veas así.

Me dio un abrazo y un par de pequeñas lágrimas pasaron de sus ojos a mi mejilla con la misma naturalidad con que yo esperaba pasar de sus brazos a los de Be.

La dirección de la Escuela había organizado una pequeña fiesta en el vestíbulo del cine. La busqué entre la gente. Recorrí el lugar una y otra vez escapando con rapidez de las felicitaciones y deshaciéndome con un «ahora vuelvo» de las charlas de profesores y alumnos, pero no la encontré. Al cabo de un rato salí a la calle, donde muchos alumnos estaban fumando. Allí me llamó la atención una de sus amigas, una chica que había estudiado Producción con ella.

Las había visto juntas alguna vez por los bares cercanos a la Escuela y también recogiendo firmas para denunciar tal o cual injusticia o recaudando fondos para salvar o ayudar a tal causa. Llevaba unas grandes gafas de pasta negra, el pelo muy corto, una camiseta de rayas azules tipo marinero y unos pantalones negros por debajo de la rodilla. Me acerqué hasta ella.

—Enhorabuena —dijo—. Tu historia es de largo la mejor que se ha escrito en la Escuela en los últimos tres años.

—Gracias. —Sonreí, y a continuación le pregunté—: ¿Has visto a Be?

—No ha venido —me contestó—, se ha ido de viaje.

Me quedé muy sorprendido por su respuesta.

—¿Cuándo? —le dije—. La he visto en el cine.

—No —dijo ella moviendo la cabeza—, has debido confundirla con otra.

—Yo —le contesté— juraría que la vi al fondo de la sala.

Cuando entramos en el pasillo para ver la proyección. Ella estaba allí. Podría haberme jugado la cabeza a que llevaba una camiseta de tirantes y a que había alzado el brazo agitando suavemente su mano para saludarme y después me había lanzado un beso. La chica de las gafas de pasta negó con la cabeza.

—Se ha ido con su amante a pasar el verano en Estados Unidos. Está pensando en matricularse allí en una universidad, en un curso de imagen o de dirección. Se lo paga todo ella.

—¿Be es lesbiana? —acerté a preguntar haciendo una pausa entre las dos últimas palabras como un bobo.

—Claro —dijo—, pensé que lo sabías. Tiene una relación con una mujer mayor, bueno, de cuarenta años o más. Es una tía muy interesante, creo que es artista o algo así.

Me vino entonces a la memoria la imagen de Be con una mujer en el interior de un coche. Me las había encontrado una mañana en el camino entre la estación de tren y la Escuela. El coche estaba aparcado y Be y aquella mujer hablaban. En aquel momento yo pensé que era una familiar, pero, de repente, como si se tratara del detalle de una fotografía que se descubre al poner sobre ella una lente de aumento, recordé que tenían cogidas las manos y que aquella mujer no la miraba como se miraría a un familiar.

—Creo que había un par de productores en la sala —dijo la chica de las gafas de pasta—. Acuérdate de mí si te dan trabajo. Estaría encantada de hacer lo que sea contigo.

Ya no la escuchaba. Es imposible describir la desolación que sentí en aquel momento. Una tristeza más profunda que el mayor abismo del océano. Diego dice que aquella noche bebí hasta perder el conocimiento.

La verdadera razón de su ausencia era mucho más insípida que la fantástica historia sobre el recorrido por los Estados Unidos con su amante. Fue una de las historias que apuntamos para aquel documental que pensábamos escribir, producir y dirigir y que titularíamos *Desmontando a Be*.

El final del curso —y de la carrera— marcó nuestra primera separación. Pasó el verano y el otoño se me echó encima escribiendo un guion para un largometraje que debía presentar a uno de los productores que había estado en la sala durante la proyección del cortometraje de final de carrera y al que mi tutor le había hablado de mi talento. Lo había titulado *Rabia* y era una historia llena de locura y resentimiento contra la humanidad, protagonizada por dos amigos a los que la vida les golpeaba duramente y sin piedad, que bebían y fumaban demasiada hierba, que tenían ideas sucias con todas las chicas que se les cruzaban en el camino y que rezaban para que llegase cuanto antes el apocalipsis.

—Una historia con un mensaje muy positivo —dijo Be irónicamente el día que la leyó.

Gracias al dinero de una pequeña herencia —una tía de mi madre a la que apenas conocía había fallecido— había alquilado un apartamento en una de las calles del centro de la ciudad. Era un lugar pequeño con un dormitorio, salón y cocina en el mismo espacio de cincuenta metros, y además un baño. Tenía dos balcones a la calle y era luminoso. Había comprado una cama grande, una mesa de despacho, una silla con ruedas y un ordenador. Las sábanas, el edredón y los artículos de cocina —media vajilla, parte de una cubertería, unas cazuelas y una cristalería regalo de un banco— habían sido confiscados en el atillo de la casa de mis padres. La joya de la corona era un viejo sofá de cuero de dos plazas que una noche Diego y yo habíamos encontrado abandonado en una acera del centro. Lo cargamos hasta el apartamento y allí lo limpiamos y cosimos sus heridas con un hilo de bramante bastante grueso y sellamos las quemaduras de cigarrillo con cinta de carroceros y cuando terminamos y lo miramos tenía el aspecto de un monstruo de Frankenstein afectuoso. El resto eran cajas de cartón dadas la vuelta que me servían como mesillas de noche, otros muebles varios e incluso una sostenía un viejo televisor. El resto de las cosas estaban tiradas por el suelo.

Y así había estrenado mi independencia. El primer día que dormí en mi propio apartamento fue uno de los días más gloriosos de mi vida. Imaginé que cuando me convirtiera en un guionista famoso y ganara un buen puñado de

premios nacionales e internacionales hablaría en las entrevistas de mi humilde origen y del lugar en el que escribí el guion de la película que me había encumbrado como uno de los jóvenes talentos de mi generación: *Rabia*. Los estudiantes del futuro de la Escuela de Cinematografía podrían leer en sus libros de texto: «*Rabia* lo cambió todo». Así de grande sería yo.

Soñaba, escribía, fumaba, escuchaba *cool jazz* de la Costa Oeste, compraba comida para llevar y leía libros de segunda mano en bares y cafeterías del centro —tenía dinero para comprármelos de primera mano, pero mi imagen ganaba más si eran usados—, y bebía y trataba de empaparme de todo lo que estaba a mi alrededor. Veía a Diego y a otros de mis amigos de la Escuela, con los que tenía animadas discusiones hasta altas horas de la madrugada, y después, borracho, volvía a mi apartamento caminando por las aceras regadas con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Y a todas horas, bebiendo, fumando, escribiendo, escuchando música, comiendo, leyendo o soñando, pensaba en ella, pensaba en Be. Recordaba aquel mediodía en el que me había llevado a la casa de su niñez, la triste historia de la muerte de sus padres, los momentos de complicidad durante el rodaje del corto, el beso en aquella cocina y la amargura de la noche del estreno en la que estuvo ausente. La imaginaba en una escuela o en una universidad de la Costa Este norteamericana con su amante, la artista interesante de cuarenta años, y el corazón se me llenaba de tristeza y una espuma blanca me llenaba la boca. Síntoma inequívoco de la... *Rabia*.

Diego estaba leyendo el guion —habíamos acordado que yo escribiría la película y él la dirigiría— sentado en la silla de escritorio con ruedas y yo estaba tumbado en la cama y miraba al techo.

—Nos besamos —dije—. Be y yo nos besamos.

Diego dejó el manuscrito sobre la mesa. Ya se lo había contado más de una vez. La primera en un bar, semanas después de que ella desapareciera, cuando yo todavía no había superado mi desconcierto y mi asombro.

—No puedo creer que sea lesbiana —seguí hablando—, creo que esa es otra de esas historias falsas que se cuentan sobre ella.

—Como lo de la profesora de Teoría de la Comunicación, eso de la alfombra en su despacho —dijo Diego llevándose la mano a la cabeza y rascándose bajo el pelo rizado, que se había dejado crecer, demasiado largo.

—¡Joder! —exclamé mientras me sentaba en el borde de la cama. Diego estiró las piernas y puso las manos detrás de la cabeza y me miró fijamente—. Entre esa chica y yo hay algo. Te lo juro por lo más sagrado. Si fuera lesbiana, no me habría mirado una sola vez, ni se hubiera acercado a mí, ni me habría buscado de esa manera. Sé lo que había en ese beso, ese beso en la cocina, y te aseguro que una lesbiana jamás te besaría así. Jamás.

Diego suspiró profundamente.

—Oye —dijo con esa voz serena con la que habla como si estuviera haciendo un ejercicio de contención—, esta profesión es muy pequeña. Seguro que os volveréis a encontrar.

—¿Y si eso no ocurre? Siempre viviré con esta sensación de que dejé pasar la oportunidad de decirle lo que siento. ¿Te das cuenta? Es posible que ella estuviera esperando a que yo le dijera: «Eh, eres la chica de mi vida y no quiero separarme de ti ni un segundo durante los próximos cuarenta años». Pero no dije nada, estuve esperando como un imbécil al estreno del corto. Ese será el mejor momento, me decía, cuando esté en la cumbre del éxito. Cómo pude ser tan idiota.

—Quizá habría salido corriendo pensando que estás mal de la cabeza. Estoy seguro de que te hubiera dicho que solo te quiere como amigo, porque sus preferencias sexuales van por otro camino, y te habría dejado tirado.

Volví a tumbarme sobre la cama.

—Eso sería mejor que esto. Al menos podría dejar de pensar en ella.

Era cierto. Esa duda era lo que me iba comiendo por dentro como el feto de un extraterrestre en una película de serie B. Y entonces me propuse ir a buscarla. Nunca nunca iba a tener veintidós años otra vez. Sacaría todo el dinero de la cuenta corriente y con eso compraría un billete de ida a los Estados Unidos y después recorrería todas y cada una de las facultades de la Costa Este en su búsqueda. Y me imaginaba que atravesando un verde prado en el campus de una blanca y anglosajona universidad de Massachusetts —por ejemplo— la encontraría allí, por supuesto metida en algún comité que organizaba cualquier actividad recaudatoria de fondos, y que al verme se sorprendería tanto que ya no podría despegarse de mí, que iríamos a un pequeño café y que hablaríamos y hablaríamos, y que cuando cayera la noche me invitaría a dormir en su apartamento de estudiante y allí le diría que la verdadera razón por la que había cruzado un océano y viajado miles de kilómetros hasta encontrarla era que la amaba como nunca había querido a nadie en la vida. Y follaríamos toda la noche y nunca jamás nos separaríamos.

Llegué a pensar tan en serio en todo aquello que incluso les conté a mis mejores amigos que me iba —sin mencionarles a Be porque me avergonzaba la idea y me preocupaba que se rieran de mí— a buscar experiencias por el mundo.

—¿Qué decía siempre Requena? —arengaba a mis amigos citando a un profesor de la Escuela—. Para escribir hay que vivir. ¿Y de qué coño vamos a escribir si no hemos vivido una mierda? Somos una generación que no ha vivido una guerra, ni una triste posguerra, ni una dictadura, ni siquiera una guerra fría.

—Las Torres Gemelas —decía siempre alguien.



—Coño, estoy hablando de vivir algo en primera persona, Bin Laden. No conocemos el hambre, ni el dolor verdadero, y nadie nos ha roto el corazón o el culo. Para escribir hay que vivir. Lo tengo decidido. Dejo el apartamento y me largo.

—¿Y qué pasa con el guion? —preguntaba alguno de ellos.

—Me compraré un portátil. Escribiré en pensiones, en estaciones de tren, en el interior de iglesias, en las mesas de cafés...

Veía cómo me observaban y cómo aquella especie de ensueño también se iba apoderando de ellos.

—¿Qué? —preguntaba después de un largo rato en silencio.

—Llévanos contigo.

Estuve a punto de hacerlo. Pero un día, volviendo de la embajada norteamericana, con unos formularios para emigrar doblados en el bolsillo trasero del vaquero, me encontré con un viejo conocido de la Escuela, un chaval que había comenzado queriendo estudiar Dirección y que después se había pasado al departamento de Arte, y me contó que ella, Be, estaba trabajando como auxiliar de producción en una película que se rodaba a unas calles de allí. El corazón se dio la vuelta dentro de mi pecho y soltó toda la sangre hacia mis pies, y noté la misma falta de oxígeno dentro de la cabeza que suelen padecer los alpinistas por encima de los siete mil metros.

—La película no tiene mucho presupuesto —dijo nuestro antiguo compañero— y anda haciendo un poco de todo, ayudando en todos los departamentos según las necesidades del día, pero está muy contenta.

De repente estallé en una especie de locura y solté una carcajada sin sentido —seguía bajo los efectos de la falta de oxígeno—, y volqué toda mi alegría con vehemencia sobre aquel chaval, con el que apenas si había tenido contacto en los años de la Escuela, pero que había sido un mensajero de buenas noticias enviado por el destino. Le juré que le llamaría y que cenaríamos juntos y que hablaríamos de nuestros proyectos y no sé cuántas cosas más. Estoy seguro de que diez metros después de despedirnos ya me había olvidado de él y estaba pensando en qué excusa me inventaría para aparecer en aquel rodaje y volver a encontrarme con Be. Al llegar a mi apartamento no tiré a la papelera los formularios que me habían dado en la embajada americana. En la parte de atrás de uno de ellos había apuntado el nombre de la película, de la productora y de las calles en las que rodarían durante al menos un par de días más.

Al día siguiente, al final de la tarde, me acerqué al rodaje y la encontré enseguida. Iba vestida con una camiseta de manga larga, una camisa azul con las mangas subidas por encima de los codos, unos pantalones vaqueros con la tela rota, unas zapatillas de deporte y un pañuelo en la cabeza con el que se recogía

el cabello. Llevaba un chaleco amarillo reflectante abierto sobre la ropa y una señal de stop en la mano, y había detenido el tráfico en mitad de una calle. Se asomaba a las ventanillas de los coches y les pedía a los conductores un poco de paciencia, que apagaran los motores y que no hicieran sonar los cláxones, o la toma no valdría y tendría que pasarse allí toda la noche. Lo hacía con mucha gracia y simpatía, y la mayoría de los conductores bajaban las ventanillas y la escuchaban con atención y hacían lo que les pedía. Era la chica más bonita del mundo incluso después de doce horas seguidas de rodaje.

Apoyado en una esquina vi cómo el director —un tipo que tenía ya media docena de películas estrenadas y cierto nombre pero poco éxito en taquilla— cortaba la secuencia y cómo el equipo se dirigía hasta un tenderete donde se podía tomar un café caliente y un bocadillo. Me acerqué con cierta timidez pensando en que quizá aquella no era la mejor idea del mundo. Pero cuando ella levantó la vista y me vio, una sonrisa apareció en su rostro y supe que había hecho lo correcto. Nos dimos un beso en la mejilla, le dije que aquello era una coincidencia, que iba a buscar unos libros a una librería de segunda mano que estaba cerca de allí, y que la había visto «parando el tráfico». Aquella expresión le hizo mucha gracia y soltó una carcajada explosiva, que era como ella se reía a veces.

—Yo te hacía en alguna universidad de Estados Unidos haciendo un posgrado de Producción o de cualquier otra cosa —dije, y me arrepentí inmediatamente.

—¿Por qué? —preguntó con una curiosidad intencionada.

—No sé —dije buscando un subterfugio para salir de aquel lugar en el que no quería estar—. Alguien me contó algo así. No me hagas mucho caso.

—Ya casi hemos terminado por hoy —dijo—. Nos queda una secuencia muy corta y después tenemos una reunión para ver el plan de mañana. No será mucho tiempo. Si me esperas, podemos tomar algo.

Me quedé dando vueltas por allí. La reunión se alargó más de lo que ella me había dicho, pero no me importó. Se despidió del equipo. Se había quitado el chaleco reflectante y ahora se protegía del frío con un viejo chaquetón tres cuartos de color verde de estilo militar.

—¿Qué es eso de Estados Unidos? —me preguntó cuando nos sentamos frente a frente en una de las mesas de un bar cercano.

Ya había metido la pata y me pareció que la única salida digna era ser sincero. Le expliqué que su ausencia en el estreno del corto había provocado toda clase de rumores y que uno de ellos era que se había fugado con su amante —y omití que se trataba de una mujer de unos cuarenta años y que era una artista

— a los Estados Unidos y que le iba a pagar un posgrado en una de las seis grandes universidades privadas de allí. Le hizo mucha gracia la idea.

—Me encantaría que esa historia fuera verdad, pero creo que tengo que tumbar esa leyenda. No fui al estreno porque una persona me necesitaba más en esos momentos. Así que hice las maletas y me marché, pero no a los States. Mucho más cerca de aquí. Y ya ves dónde estoy: «parando el tráfico». —Y volvió a reírse.

Había tenido la oportunidad de llegar a ese trabajo, meritoria de Producción, por un contacto de un profesor de la Escuela y, bueno, allí estaba, trabajando casi gratuitamente, haciendo más de catorce horas diarias de jornada, pero disfrutando de aquel momento.

—He aprendido mucho en estas tres semanas. Sobre todo, que no me equivoqué eligiendo esta profesión. Me gusta la producción.

Bromeé diciéndole que eso estaba bien porque había trabajos peores.

—Aunque tampoco tantos.

Protestó y me dio una patada —pequeña, casi indolora— por debajo de la mesa, y se rio de la presunta superioridad de los guionistas con respecto al resto del oficio. Le conté que yo me había independizado, que ahora vivía en un apartamento enano en el centro y que estaba escribiendo un largometraje y que tendría que entregar una primera versión a un productor que había conocido la noche del estreno del corto en tres o cuatro meses.

—Antes de que se olvide de mi cara.

—Me hubiera gustado estar en el cine aquella noche —dijo poniéndose muy serio de repente—. De verdad me hubiera gustado mucho darte un abrazo y felicitarte, y beberme unas cuantas copas contigo hasta el amanecer. ¿Qué tal quedó el corto?

—Creo que gustó bastante. Muchos aplausos, felicitaciones, lo normal. —Y después de una pausa añadió—: Acabo de caer en la cuenta de que tú no lo has visto. Te pasaré una copia en DVD. Para que la tengas. Tu nombre aparece en los títulos de crédito.

Ella estaba agotada, así que después de la cerveza me dijo que debía marcharse, que al día siguiente tenía una jornada muy dura, y que le encantaría quedarse conmigo un rato más, pero que era imposible. La acompañé caminando hasta que llegamos a una calle por la que pasaban algunos taxis y estuvimos esperando en la acera un par de minutos. Fue una sensación extraña y por primera vez sentí cierta incomodidad entre los dos.

—Ayer me encontré con un chaval que hacía Arte en la Escuela —le dije—, fue él quien me dijo que te había visto en el rodaje.

—Creí que me habías dicho que nos habíamos encontrado por casualidad.

Detuvo un taxi, pero antes de subir apuntó su número de teléfono en la hoja de una libreta y me lo dio.

—Llámame —dijo ya metida dentro del taxi—, tenemos que quedar de nuevo con más tiempo y has de darme ese DVD. Quiero ver cómo queda mi nombre en unos títulos de crédito.

El taxi arrancó y yo me quedé allí parado sobre la acera. Ella se dio la vuelta en el asiento mientras se alejaba.

Cuatro semanas después, su primer rodaje de un largo había terminado y Be estaba muy contenta. Aquellas semanas le habían servido para coger experiencia, el gusto por su profesión, y también para hacer contactos, y eso era tan importante como lo primero.

—Y además me han prometido que cuando tengan un nuevo proyecto me llamarán.

Me lo estaba contando una fría tarde del final del otoño en el interior de un café del barrio donde estaba mi apartamento, que últimamente se estaba poniendo muy de moda.

—Te he traído el DVD —le dije, y saqué del bolsillo un disco virgen al que yo mismo le había hecho una portada en la impresora—, esta copia es para ti.

Me miró un poco sorprendida.

—Pensé que lo íbamos a ver juntos —dijo con cierta desilusión.

Le comenté que mi apartamento estaba a solo tres calles de distancia y que si quería podíamos ir a ver allí el cortometraje. Ella dijo que teníamos que hacer de esa noche una ocasión especial.

—Esta será como nuestra fiesta de final de carrera. Nos tomaremos un par de cervezas más y después nos iremos a cenar —dijo—, te invito yo.

Le respondí que no podía aceptar que una meritoria de rodaje me pagara la cena y que, por si todavía no lo sabía, yo acababa de hacerme con una herencia de una tía abuela de la que casi ignoraba su existencia.

—Oh, vamos, déjame invitarte a cenar —dijo—, he cobrado mi primer cheque y estoy deseando gastarlo.

Era verdad. Aquella mañana le habían dado su cheque y lo llevaba doblado en el bolsillo de atrás del pantalón. Nos fuimos a cenar a un restaurante italiano donde nos bebimos una botella de vino tinto y comimos parmesano —tenían un queso enorme y nuestra mesa estaba al lado, así que de cuando en cuando nos levantábamos y arrancábamos un pedazo y nos lo comíamos a escondidas— y un par de platos de pasta. Hablamos —creo que yo hablé mucho más porque es lo que hago cuando estoy muy nervioso— sobre nuestra profesión y sobre lo que sería de nosotros en ella. Yo cargué como un rinoceronte contra todo lo establecido, contra todo lo que nos habían enseñado, contra todo lo que era

ideológica y culturalmente aceptable, y defendí el cine comercial — especialmente el de los 70 y 80— y me cagué en la puta madre del cine de autor. No creo que ella tomara muy en serio todas aquellas tonterías trufadas de falso cinismo y resentimiento contra la sociedad, pero creo que le hicieron gracia y de alguna forma mantuvieron su curiosidad por mí.

—Y tú, ¿qué? —Serví las últimas gotas de vino en su copa—. ¿Qué crees que será de nosotros?

—Seguro que nos irá bien.

Quiso pagar con el cheque y no se lo aceptaron. Y al final yo me hice cargo de la cuenta y ella dijo que me debía una cena. Y yo acepté encantado la oferta porque hubiera aceptado cualquier cosa que me hubiera permitido estar con ella una noche más. Y después, de camino a mi apartamento, compramos una botella de vodka, limas y hielo en una tiendecita que siempre estaba abierta.

—El vodka es el único alcohol que me gusta —dijo—, creo que es porque no tiene ningún sabor.

El apartamento estaba limpio. Casi no tenía muebles —la cama, el escritorio, una silla y el sofá Frankenstein— y siempre he sido un poco maniático de la limpieza y el orden. Creo que lo primero que llamó su atención —como a casi todo el mundo— fue el gran número de cajas de cartón que ocupaban la mayor parte del espacio del apartamento. Unas estaban llenas de libros o de cedés o de ropa o de cosas que mi madre me había regalado, pero que yo no tenía ningún lugar para poner. Y otras vacías y las usaba como muebles auxiliares. Ella se quedó en mitad de aquellos cincuenta metros cuadrados y miró a su alrededor.

—¿Cuándo te mudaste? —me preguntó.

—Después del verano.

—¿Y todavía no has tenido tiempo de vaciar esas cajas?

—La mayoría están vacías.

Ella se me quedó mirando durante un segundo como si no me creyera y después su expresión cambió como si yo fuera un adorable niño de la calle al que hubiera que proteger.

—Es que les doy otro uso. Es increíble el peso que puede soportar el cartón, ¿no te parece?

—Yo no tenía ni idea —dijo muy seria, y después explotó en una de esas carcajadas que resultaban tan sorprendentes.

Me pidió un vodka con mucho hielo y una rodaja de lima. Mientras yo me metía en la cocina —americana— con un mostrador en madera blanca que la separaba del resto, ella curioseaba por el apartamento. Estudió un par de carteles de películas que yo había enmarcado y que había dejado sin colgar apoyados

contra una pared, un montón de libros de segunda mano que había comprado recientemente, abrió un par de cajas que tenía apiladas y examinó su contenido, y por fin se sentó en la silla y observó lo que había sobre el escritorio.

—Rabia —leyó en una hoja de papel—, ¿es el título de la historia que estás escribiendo?

—Eso es.

—¿Es una historia de gente que muere? ¿Una de esas historias de ciencia ficción?

—No —le dije sonriendo—, no tiene nada que ver.

Salí de la cocina con un vodka con hielo y lima natural en cada mano. Los había preparado en los mejores vasos que tenía, de un cristal pesado que había robado en alguna parte. Le tendí el suyo y le dio un pequeño sorbo.

—Es una historia sobre dos amigos y un viaje. En realidad, es sobre la necesidad de vivir tu propia vida en lugar de seguir los pasos que ya han andado los que nacieron antes que tú.

—¿Y habrá una chica? —preguntó.

—Sí, claro que hay una chica. Aunque no es una historia de amor.

—Es una chica mala.

—Es independiente y tiene sus propios problemas, y sabe que enamorarse solo le traerá más complicaciones.

Se levantó de la silla del escritorio, dio unos pasos y se dejó caer sobre el sofá de cuero gastado, cruzó las piernas, sacó un cigarrillo, lo encendió y se quedó mirándome desde allí.

—¿Vamos a ver tu obra maestra o no?

Dejé mi copa sobre la caja de cartón que me servía de mesa y metí el disco en el reproductor.

—¿Estás preparada? —le pregunté.

Le dio un largo trago a su bebida, dejó el vaso al lado del mío y afirmó con la cabeza. Diez minutos y diecinueve segundos. Eso era lo que duraba exactamente el corto. No dijo nada y casi ni se movió. Y yo tampoco lo hice. De vez en cuando la miraba de reojo y escuchaba su respiración, que a veces se aceleraba, y de cuando en cuando escuchaba un suspiro, una pequeñísima exclamación o el principio de una risa. Acabó el corto, aparecieron los títulos de crédito y allí estaba su nombre.

—Ahí estás —dije divertido, y me volví a mirarla.

Tenía la cabeza agachada, una mano en la frente, y cuando al fin la levantó me di cuenta de que en sus ojos había lágrimas.

—Soy una boba —dijo.

Trató de sonreír, se secó con el dorso de la mano y se dejó caer a mi lado muy lentamente. Me miró a los ojos, posó la palma de su mano sobre mi mejilla y me besó en los labios. Luego se apartó unos centímetros y la punta de su lengua se deslizó ligeramente sobre sus labios como si estuviera tratando de archivar y catalogar mi sabor. Y volvió a besarme. Nos abrazamos en aquel viejo sofá de cuero lleno de cicatrices y costuras, y escuchamos la piel crujir bajo el peso de nuestros abrazos y nuestros besos. Movidos por la excitación y el deseo, nos empujábamos el uno al otro, nos tironeábamos de la ropa, las manos iban, venían, y los labios apenas si se despegaban durante un segundo. Más que una torpe coreografía, era un combate. Puede que fuera mi pierna o la suya la que le dio una patada a la caja de cartón que hacía de mesita frente al televisor y derramó las copas que estaban sobre ella. Nos separamos cuando yo no quería que aquello terminara nunca. Ella miró el desastre.

—No te preocupes —le dije, y la atraje de nuevo hacia mí—, da igual.

—Me gustaría ir al baño. ¿Por qué no preparas otras dos?

Ella fue al baño y yo de nuevo a la cocina, y preparé otros dos vodkas con lima y mucho hielo. Y cuando me di la vuelta estaba dentro de la cama, con la espalda apoyada en la pared, las sábanas cubriéndole el pecho, las piernas flexionadas y los antebrazos apoyados sobre las rodillas y su barbilla sobre estos. Y me miraba desde allí, fijamente, con una expresión en su rostro que solo puedo definir como una mezcla de curiosidad, de expectación y también de preocupación. No había nada de timidez en aquella chica. Sus ojos color miel, rodeados por aquella capa de pintura negra, le daban el aspecto amenazador de un animal salvaje. Y al mismo tiempo era imposible tratar de resistirse a su atracción.

Le pasé una copa. Ella la cogió y le dio un trago corto. A un lado de la cama, sobre el suelo, estaba apilada su ropa, con sus bragas de color blanco coronando el montoncito. Sonrió como si hubiera cometido algún tipo de maldad. Bebió de nuevo y yo hice lo mismo. Había previsto que habría una posibilidad entre un millón de que la noche acabara así y había cambiado las sábanas por unas recién estrenadas, y sobre todo limpias.

Nos besamos de nuevo, ella me ayudó a quitarme la ropa, que yo lancé, con algo de torpeza, a los pies de la cama, y me metí bajo las sábanas a su lado. Su cuerpo estaba caliente. La besé de nuevo. Ella tenía los ojos cerrados cuando mis manos recorrieron sus pechos suaves y al mismo tiempo duros. Cogió mi mano y la deslizó por su vientre hasta su pubis y me susurró al oído que la tocara. Empecé a hacerlo, poco a poco, trazando círculos sobre su sexo, bajando mis dedos por los labios de su vulva y abriéndolos, mojando la yema con su humedad y volviendo a subir hasta su clítoris, que se había desperezado

vibrando y cobrando una presencia que unos segundos antes no tenía. Me pidió que se lo hiciera con la lengua y yo accedí. Bajé por su pecho, me detuve a chupar sus pezones, pero ella me empujaba hacia abajo, así que coloqué mi cabeza entre sus muslos erguidos y los agarré con las dos manos, ejerciendo una presión, hundí mi boca en su sexo y empecé a lamerlo suavemente. Gemía y movía las caderas de un lado a otro, subía y bajaba, en un movimiento rítmico al que yo acompañaba con mi lengua. De vez en cuando le oía darme instrucciones: más abajo o más arriba o házmelo más despacio, más deprisa, o suplicar que no parara de hacer lo que estaba haciendo. Todo su cuerpo se tensó y lo noté como si lo hubiera atrapado, y al alzar la vista, sus brazos se extendían a los lados de su cuerpo y sus manos, crispadas, arañaban las sábanas. Un par de segundos después dejó escapar un largo gemido, y un pequeño pero prolongado temblor acompañó a su orgasmo.

Alcé la cabeza. Su cuerpo desnudo sobre las sábanas me pareció el más fascinante de los paisajes que había contemplado a lo largo de mi vida. Era preciosa. Desde sus pequeños y maravillosos dedos de los pies hasta el mechón de su cabello que caía formando una onda sobre su cara. Sus pechos, los pezones, sus brazos largos, que ahora habían perdido toda la tensión. Resopló de pronto y apartó de golpe un ondulado mechón de su flequillo que le caía sobre la cara. Entonces dejó escapar una pequeña risa y se llevó una mano a la boca como si de repente hubiera sentido un ataque de vergüenza. Me arrastré sobre su cuerpo hasta que nuestros ojos volvieron a estar a la misma altura. Ella rodeó mi cuello con sus brazos y me besó una vez más, y después con una sonrisa enorme me empujó a un lado y se montó a horcajadas sobre mis caderas.

—¿Tienes un preservativo? —me preguntó.

Tenía. Agarró mi sexo cubierto por el látex con una mano y lo deslizó suavemente en su interior. Estaba muy húmeda. Apoyé mis manos en sus caderas acompañando el suave y cadencioso movimiento de su cuerpo sobre el mío. La contemplé en su plena belleza. Sus pechos, su vientre liso, su pelo cayéndole en bucles sobre el rostro, ocultando sus ojos y llegando hasta sus labios abiertos, que dejaban ver la punta de sus dientes tan blancos. El espectáculo era tan excitante que tuve que cerrar los ojos y girar la cabeza, y pensar en alineaciones de equipos de fútbol y apartarme de allí, distanciarme a miles de kilómetros para no correrme en el siguiente roce de su sexo sobre el mío. Y así, rítmicamente, me montó una y otra vez, hasta que, agarrándola con fuerza, la desplazé a un lado de la cama y entonces fui yo quien la monté hasta que no pude contenerme más. Después me dejé caer a su lado y allí, con nuestras cabezas apoyadas en la misma almohada, su rostro frente al mío, sentí que nunca jamás podría querer a otra persona como quería a Be en aquellos momentos.



Estábamos agotados y sudorosos. Nos besamos, y después apuramos los vodkas con hielo y lima y encendimos unos cigarrillos y nos quedamos allí fumando en silencio mirando cómo las volutas de humo ascendían hacia el techo, se cruzaban con los haces de luz de las lámparas y tomaban formas y producían sombras. Después, recuerdo que ella me daba la espalda y yo la abrazaba por la cintura y sentía su piel caliente y el perfume de su cuerpo y el olor de su pelo inundaban mis fosas nasales y empezaba a sentir un ligero adormecimiento muy apacible cuando se liberó de mi abrazo y unos segundos después se incorporó, salió de la cama y comenzó a vestirse dándome la espalda.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Es muy tarde. Tengo que volver a casa.

—¿Por qué no te quedas a dormir?

Se volvió y vi por primera vez una mezcla de tristeza, preocupación y algo de contrariedad en su rostro. Dejó escapar un profundo suspiro. Allí estaba al lado de mi cama vestida solo con una camiseta y sus bragas de color blanco. Quizá había pensado que yo ya estaba dormido y sin duda habría preferido marcharse a hurtadillas y no haber tenido que darme explicaciones en aquel momento. Se apartó el pelo de la cara y se quedó mirándome en silencio durante unos segundos, con los pantalones vaqueros colgados de su mano.

—Tengo una relación —dijo al fin—. Desde hace más de un año. Y vivo en su casa. Tendría que haber llamado antes para decir que no iba a dormir. Ahora ya es demasiado tarde. Tengo que volver.

Rescaté un cigarrillo del interior del paquete de tabaco y lo encendí. La observé durante un segundo con los ojos entrecerrados, más por el humo del tabaco que por otra cosa, pero ella lo interpretó de una forma diferente.

—No me mires de esa forma —dijo en un tono que delataba cierto enfado—, ya sabías que no estaba sola. Ahora no te hagas el sorprendido.

—No tenía ni idea —le contesté—. ¿Por qué iba yo a pensar una cosa así?

Se sentó en la cama y comenzó a meterse dentro de los vaqueros y después fue hasta el sillón y se puso sus zapatos. Y se quedó allí mirándome con la cara apoyada en la mejilla.

—No me arrepiento —dijo—. Me gustas. Me has gustado mucho desde que te conocí. Y lo de esta noche ha sido bonito, pero creo que deberíamos parar aquí. Pensar que esto ha sido una locura de una sola noche. A lo mejor si nos encontramos dentro de un tiempo, lo recordaremos y nos reiremos.

—¡Oh! —exclamé, y solté un sarcasmo—, qué gran consuelo.

Negó con la cabeza.

—Creo que no deberíamos vernos más —dijo.

Cualquier otro se habría echado a llorar. Yo mismo lo habría hecho si no hubiera estado tan seguro de que su pareja, quien fuera que ahora estaba en su casa esperándola, o quién sabe si dormida, ya formaba parte de su pasado. Sabía que entre nosotros había algo especial y que aquella noche había cristalizado y que ya no se podría romper. Imaginaba que habría derramamiento de lágrimas, idas y venidas, golpes en las puertas y en las paredes, carreras y despedidas en bares en los andenes del metro o a la puerta de un taxi. Y podría pasar más o menos tiempo, pero aquella chica que me miraba desde el borde de mi cama sintiendo una infinita culpa sería mi novia, mi amante, mi amiga, mi mujer, y estaríamos juntos el resto de nuestras vidas.

Hice una mueca con los labios para transmitirle que no estaba de acuerdo con su decisión, pero que la respetaba, y que si eso era lo que ella quería, lo haría.

—Me gustas mucho, Be. Mucho.

Se puso su abrigo y sin un beso de despedida se marchó. Me levanté de la cama, me puse los calzoncillos, me preparé otro vodka con hielo y lima, encendí el ordenador y comencé a escribir.

Es posible que pasaran dos o tres días, o quizá más, pero de lo que estoy seguro es de que no había trascurrido más de una semana cuando una tarde al salir del portal del edificio en el que se encontraba mi apartamento la vi, de repente y casi por casualidad, esperándome en la acera de enfrente. Iba abrigada con un chaquetón de cuero y piel en el cuello y un gorro de lana que le cubría el pelo, y estaba allí entre dos coches aparcados mirándome fijamente. Recuerdo que yo salía del portal pensando en algo que acababa de escribir y que tenía una cita con Diego y que la luz del exterior me hizo entrecerrar los ojos y que podría perfectamente haber girado mi cabeza hacia otro lugar y entonces quizá nunca la habría visto allí, en pie, en la acera, entre dos coches aparcados. Pero lo hice. Alcé una mano y sonreí. Y entonces ella también alzó una mano y sonrió. No me moví. Ella cruzó la calle, llegó hasta mí y, aupándose sobre la punta de los dedos de sus pies, me besó. Sus labios estaban fríos y pensé que quizá llevaba mucho tiempo esperando a que yo saliera del portal sin moverse, y si, en el caso de que yo no hubiera salido, habría reunido el valor para llamar a mi puerta.

—Tengo muchas ganas de follar contigo —dijo con una voz alegre, y creo que ella misma se sorprendió de escuchar esa declaración de intenciones comunicada con una sinceridad tan abrumadora.

Hicimos el camino desde la puerta del apartamento hasta la cama sin dejar de besarnos y desnudándonos al mismo tiempo. Nos metimos bajo el edredón y las sábanas revueltas. Ella estaba helada y la tuve un buen rato estrechada contra mi pecho, frotando su espalda y sus muslos con la palma de mi mano hasta que

conseguí que su piel recobrarla la tibieza de nuevo. Permanecimos abrazados durante mucho tiempo, y después, muy lentamente, nos ganó de nuevo la excitación y volvimos a hacer el amor por segunda vez en nuestra vida.

—No soy de esa clase de personas —dijo cuando estábamos abrazados en la cama. Ni siquiera me miró. Tenía su vista puesta en la ventana. La luz del sol desaparecía y era sustituida por el resplandor de las farolas de la calle.

—¿De qué clase? —le pregunté.

—De las que engañan a su pareja. No me gusta eso de estar con dos personas al mismo tiempo. Creo que no sirvo para ser infiel, para mentir y vivir escondiéndome. No me gusta esconderme. Nunca me ha gustado. Eso me hace sentir mal.

En ese momento se volvió y me miró a los ojos. Su cara estaba tan cerca de la mía que la veía distorsionada, y sus ojos eran más oscuros y profundos de lo que nunca me habían parecido antes.

—Yo no quiero que te sientas así.

—Tú eres el culpable de que me sienta así.

Le dije que me había enamorado de ella. Que lo sabía desde aquella tarde en la que me había llevado hasta aquella vieja casa en ruinas con el refugio atómico bajo la piscina; que la noche del estreno del cortometraje me había sentido muy triste y solo porque ella no había estado allí para compartirla conmigo; que había pensado muy seriamente en dejarlo todo y marcharme a buscarla por todas las universidades de la Costa Este, y que la tarde en la que me encontré a aquel compañero de la Escuela que me dijo que ella trabajaba como auxiliar de producción de una película a unas calles de allí yo llevaba en el bolsillo del pantalón los impresos necesarios para pedir un visado para los Estados Unidos.

—Eres un romántico.

En aquel momento ella necesitaba que le asegurara que siempre estaría a su lado, y que aquella falta, aquel pecado en contra de su moralidad, no sería en vano, un polvo echado en una tarde de invierno, que habría algo más. Y yo lo entendí. Y ella también lo entendió. Y creyó que yo era sincero.

Era por la tarde, así que algo más debimos hacer durante aquellas horas porque supongo que no estuvimos todo el tiempo en la cama. El caso es que no lo recuerdo. Ahí, en esa frase, en el gesto de amor que lo siguió termina todo y el recuerdo funde a negro. Lo que sí sé es que aquella noche se quedó a dormir.

Se marchó a la mañana siguiente. Antes de salir por la puerta me dio un beso en los labios, y al asomarme a la ventana la vi alejarse por la calle caminando a paso rápido dentro de su chaquetón con forro de piel. Caminaba

con determinación, como si aquella noche hubiera recabado las fuerzas necesarias para hacerle frente a algo importante.

Tres o cuatro días más tarde Diego y yo salíamos del portal del apartamento bastante abrigados. Hacía frío. Era casi Navidad y habíamos estado revisando la última versión del guion y discutiendo cómo llegar más rápido a un punto de giro que lanzaba el argumento en una dirección sorprendente. Yo me iba a pasar unos días con mis padres y mi hermano en una casa que habían alquilado en la costa y Diego se quedaba con su familia —creo que por aquel entonces ya había empezado a ayudar a su padre en una empresa de traducciones—, y aquel era el último día que podíamos vernos antes del nuevo año. Después de trabajar toda la tarde, decidimos que nos habíamos merecido una buena cena y unas cervezas de despedida.

—¿La conoces? —me preguntó Diego.

No. Era la primera vez que la veía. Nos cruzamos con ella al salir del portal. Estaba esperando junto a la puerta, mirando el panel del portero automático, y yo pensé que buscaría algún piso y dejé la puerta entreabierto para que pudiera pasar. Le sonreí para demostrar afabilidad —el espíritu navideño—, pero creo que en ese momento ella se dio cuenta de quién era yo y su rostro se transfiguró en un rictus duro y con un toque de agresividad latente.

—Así que tú eres el hijo de puta que quiere robármela —dijo subrayando con desprecio cada una de sus palabras.

Fue en ese momento cuando Diego me preguntó si la conocía. Bueno, realmente no la conocía, pero imaginaba quién era: la amante de Be. Tendría cuarenta y tantos años, pero no los aparentaba. Alta y delgada y con los pómulos muy marcados y los ojos grandes y los párpados pintados con una sombra de un color azul oscuro, muy llamativo pero también muy intimidador. Llevaba el pelo suelto, largo, unos centímetros por debajo de los hombros, castaño oscuro, una cazadora de cuero, unos pantalones anchos y una camisa con el cuello demasiado abierto.

—¿Perdone? —dije.

—No te hagas el tontito. Tú eres el que se la está follando —me contestó sosteniendo mi mirada de una forma descarada y sin vergüenza alguna.

Le dije a Diego que nos largábamos de allí y, aunque creo que le apetecía saber qué era lo que estaba pasando, teniendo en cuenta que no la había visto en toda nuestra vida, que nos miraba con cierta animadversión y que daba la sensación de no estar muy cuerda, le pareció una buena idea. Nos dimos la vuelta y empezamos a caminar. Ella nos siguió a poca distancia diciendo que era un cobarde y que ni siquiera tenía los huevos para enfrentarme a ella. Entonces noté la mirada de Diego mostrando una especie de mezcla de incompreensión y

asombro, a lo que solo pude contestar resoplando con fuerza y encogiéndome de hombros dentro del abrigo. Nos persiguió al menos cien metros hablando a nuestras espaldas.

—Me das pena. No tienes ni idea de quién es ella, de cómo es ella, de cuál es su naturaleza. Tú no serás capaz de retenerla a tu lado. No puedes darle lo que ella quiere. No te doy ni seis meses a su lado. Te abandonará antes de que te des cuenta.

Nos detuvimos en un semáforo que estaba en rojo para los peatones. Me dieron ganas de salir corriendo entre el tráfico o de arrojar a aquella mujer bajo las ruedas de los coches. Y cuando no pude soportar más su cháchara, me di la vuelta y dando un paso al frente le grité que se callara y que me dejara en paz.

—Be hará lo que quiera. Es libre de hacer lo que quiera. De elegir a quien quiera. Y por mucho que me grite o que monte un espectáculo, no logrará impedir que rompa su relación. La decisión es de Be.

Eso la dejó muda por primera vez. Nunca he entendido qué pretendía haciendo aquello. Supongo que debía estar muy dolida y que aquel miedo a perderla la llevó a comportarse de una manera tan desesperada. Durante unos segundos lo que vi en aquellas pupilas fue a una persona atormentada, consumida por sus propios demonios, y me inspiró una profunda piedad. Así que dejé de hablar, me di la vuelta, metí las manos en los bolsillos y le dije a Diego que se lo explicaría todo en cuanto le diera un largo trago a una cerveza.

—Vas a sufrir lo que no está escrito —dijo de nuevo a mi espalda.

No me dio tiempo a contestarle. Sentí un golpe en la cabeza. Escuché una especie de exclamación sorda por parte de la gente que estaba a mi lado esperando a que el semáforo se pusiera en verde y, al tocarme, sentí el tacto caliente y denso de la sangre, y unos segundos después todo el cuadro se tiñó de rojo como si a la cámara le hubieran puesto un filtro de color. La sangre resbalaba por mi cara, noté un sudor frío manando por cada poro de la piel y me desplomé sobre la acera. Después perdí el conocimiento.

Diego me estaba esperando en la sala de espera de urgencias de un hospital. Traspasé las puertas automáticas en una silla de ruedas empujada por un robusto celador. Me habían dado siete puntos y llevaba un gran apósito pegado con esparadrapo, además de una venda que me cubría parte de la cabeza por encima de las orejas.

—Espere ahí sentado unos minutos —dijo el celador aparcándome al lado del banco que ocupaba Diego—, cuando sienta que puede caminar sin marearse, presione ese timbre. Una enfermera vendrá a verle.

Las paredes eran de baldosines de un color verde desteñido. Los bancos de plástico color naranja tenían arañazos y ralladuras. Frente a nosotros había una

pareja de unos treinta y muchos con un niño de meses en los brazos arropado con una mantita, una anciana que parecía totalmente ausente acompañada por una mujer madura, y un hombre de aspecto árabe con la mano enrollada en varios trapos de cocina manchados de sangre. Yo debía tener una cara parecida a la suya. Tenía frío, estaba pálido y notaba la sangre seca que se había quedado pegajosa en mi ropa. En una papelería que había a mi lado había tirado dos toallas de promoción de una marca de cervezas irlandesa empapadas con mi sangre. Nos las habían dado en un bar. Diego sostenía mi abrigo sobre las rodillas. El cuello de piel y parte de la espalda estaban manchados de sangre.

—Me encantaba este abrigo —dije—, ahora tendré que tirarlo.

Diego se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Con qué me dio? —le pregunté.

—Con una botella de un litro de cerveza vacía que encontré en el suelo.

El resto de los habitantes nocturnos de aquella sala desviaron sus miradas, excepto la anciana que había perdido la cabeza y que me examinaba fijamente. Pero no se lo tuve en cuenta. Una baba cristalina se deslizaba desde la comisura de su boca agrietada hasta el pecho de su abrigo de paño negro. No estaba allí.

—¿Desde cuándo estás con Be? —me preguntó Diego.

—Nos acostamos por primera vez hace una semana y media —le contesté—, y el martes pasado por segunda vez.

—Joder, esas cosas se dicen —exclamó Diego.

Sí, esas cosas se dicen. Le conté todo lo demás. Sabía de la existencia de aquella mujer, sabía que vivían juntas desde hacía un año y medio, e incluso una vez las había visto en un coche. No me importaba una mierda lo que pensara nadie ni a quién se hubiera tirado antes. Sabía que yo la quería y que ella me quería a mí. Eso era suficiente.

—Una historia apasionante —dijo Diego.

—Eso es.

Cuando regresé al apartamento, ella me estaba esperando sentada en los escalones del portal de mi edificio. Las piernas contra el pecho recogidas con los brazos. Abrí la puerta del taxi. Se levantó y vino hacia mí. Sus grandes ojeras de color morado parecían más grandes que nunca. La sombra de ojos se había corrido y le había dejado unas huellas en los pómulos y en las mejillas porque, supuse, había estado llorando y se había limpiado con el dorso de la mano.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Con siete puntos y una nueva cicatriz.

Subimos a mi apartamento y recorrí la distancia entre la puerta y el sofá de cuero sintiéndome como el heroico soldado herido en una batalla que entra en un club de caballeros. La botella de vodka estaba sobre la barra de la cocina, y ella

preparó una copa con hielo y lima y vino a sentarse a mi lado. Le di un sorbo. El sabor del alcohol y el de la lima me reconfortaron.

—No te molestará nunca más —dijo—, te lo prometo.

Afirmé con la cabeza. Después me ayudó a quitarme la ropa, me lavó los restos de sangre seca que se habían quedado pegados a mi espalda, me hizo tomarme la medicación y se tumbó en la cama a mi lado. Cerré los ojos y cuando los abrí ya no estaba allí.

Me llamó una vez durante los días siguientes. Le pedí que volviera. Me dijo que era complicado y que le diera tiempo. Le dije que necesitaba verla y que aquella ausencia me estaba matando, que temía que desapareciera de mi vida tal y como había aparecido. Le dije que iría a buscarla, que no hacía falta que nos viéramos en mi apartamento, le dije que solo quería tomar un café con ella. Que no intentaría nada. Ella se rio. Dijo que, si me viera, sería ella la que intentara algo. Que si quedáramos en un café, no tendría más remedio que arrastrarme hasta el baño, y que me obligaría a hacérselo contra una pared. Le dije que podía elegir la cafetería que ella quisiera de esta ciudad o del resto del mundo. Escuché su respiración por el teléfono y supuse que había sonreído de esa forma en la que su sonrisa le llenaba toda la cara. Dijo que pensaba en mí y que me echaba de menos. Y me pidió que tuviera paciencia.

—¿Me esperarás? —me preguntó.

—Lo haré —le contesté.

Durante varios días no tuve noticias suyas. No podía escribir porque no me concentraba en lo que estaba haciendo y mi mente partía invariablemente hacia ella. A veces me levantaba de la silla del escritorio y buscaba signos de su presencia por el apartamento. Su olor en las sábanas de la cama, una colilla apagada en un cenicero con su barra de labios marcada, una taza de café en el fregadero de la cocina. Pequeñas huellas de su existencia con las que trataba de asegurarme de que su presencia allí había sido real.

Un día por la mañana estaba bebiendo café y leía un texto que no parecía muy bueno en la pantalla del ordenador. Tenía el cenicero lleno de colillas y el apartamento de humo. Escuché el timbre de la puerta. Me levanté con un lápiz mordisqueado dentro de la boca. Abrí y allí, en el descansillo de la escalera de mi apartamento, estaba Be. Con una mano sostenía una lámpara y con la otra una maleta.

—¿Me ayudas a subir las otras cosas? —me preguntó.

El lápiz se me cayó al suelo.

—¿Agredió a su mujer?

El sol se había detenido antes de tocar la punta de mis zapatillas de deporte, como si la Tierra hubiera suspendido su movimiento hasta que diera una respuesta a aquella pregunta.

—No —le contesté de forma rotunda—. Nunca le haría daño. No, no podría. Si me conociera, no me haría esa pregunta. La quiero. Como nunca he querido a otra persona en toda mi vida. Haría lo que fuera por ella. Usted no lo entiende.

El inspector Driza se reacomodó sobre la silla de jardín. Dejó el tabaco encima de la mesa y encendió un cigarrillo. Me resistí a robarle otro pitillo más. Creo que ya habíamos perdido la lealtad que nos habíamos profesado desde esa misma mañana.

—Ayúdeme a entenderlo. ¿Por qué no me cuenta qué pasó? —me preguntó.

—Nada de lo que ocurrió anoche entre nosotros es importante para descubrir a la persona que atacó a mi mujer. Yo no la agredí en ese bosque —le contesté.

Expulsó el humo del cigarrillo y su mirada se desplazó, como había hecho antes, por el jardín. Guiñó un poco los ojos. La luz, tan brillante, le cegaba. Había leído que las personas de ojos claros suelen tener ese problema.

—Ha recogido las sillas —dijo señalando con la cabeza, y añadió—: No las arrastró hasta aquel seto la tormenta, ¿verdad?

—No. —Me asombró que se hubiera dado cuenta de ese detalle y no traté de negarlo—. Tendría que haber pasado un huracán por aquí encima. Pero no es lo que está pensando.

Guardó silencio y me observó con atención, como si yo hubiera hecho una pausa en una narración. En realidad, no había pensado en darle ninguna explicación más, y sin embargo seguí hablando.

—Tuvimos una discusión. Yo dije algunas cosas que la ofendieron. Se enfadó, no quería seguir escuchándome y se marchó. Se marchó dando un portazo. Yo salí aquí para tomar el aire y lancé estas dos sillas contra aquel seto.



Lo hice solo para desahogarme. Necesitaba soltar la tensión. Tiré lo primero que tenía a mano.

—¿Llovía?

—Comenzó a llover más tarde. Unos minutos después de que ella se marchara.

—¿Y no salió a buscarla? ¿No fue detrás de ella?

—No. Por experiencia sé que no sirve de mucho. Es mejor dejarla sola. Quizá debería haberla seguido. A lo mejor ahora no estaríamos aquí.

El inspector afirmó con la cabeza.

—¿Por qué discutieron?

—Por una tontería. No recuerdo ni cómo comenzó. Llegué cansado del viaje. Ella quería salir. Yo solo quería tirarme en un sitio fresco alejado del calor. Ella dijo algo que me molestó. Me enfadé. Nos gritamos y después se marchó. Ya se lo he dicho. Fue una tontería.

El inspector escuchó con mucha atención cada una de mis palabras. Después giró la cabeza hacia el jardín y se concentró durante unos segundos. Al volver la vista de nuevo hacia mí, noté en su mirada un poco de superioridad mezclada con unas gotas de compasión. Inspiró una bocanada de aire y después lo exhaló lentamente. Los agentes que le acompañaban habían encontrado la lamparita de una de las mesillas tirada en el suelo, madera astillada en el marco de una puerta, pedazos de cristal en la basura y bajo uno de los sofás.

—¿Todas esas cosas se rompieron mientras tenían una discusión por una tontería?

—El cenicero se me cayó al suelo esta mañana.

—¿Qué hacía con un cenicero en la mano? Aún no había vuelto a fumar.

Me molestó la insolencia y creo que él se arrepintió de haber pronunciado aquella frase casi de inmediato. No lo necesitaba. Guardó silencio unos segundos, como si quisiera que el tiempo borrara aquellas palabras.

—Hemos encontrado ropa revuelta en los armarios y en los cajones —dijo mientras apagaba el cigarrillo—. Y hay una maleta vacía a un lado de la cama. ¿Su mujer pensaba marcharse a alguna parte?

Podría haberle dicho que aquella maleta era mía —acababa de llegar de viaje— y le habría mentido de nuevo. Noté el movimiento agitado de mi pecho por primera vez. ¿Desde cuándo me costaba respirar? Traté de serenarme. Negué con la cabeza.

—Escuche, solo trato de entender lo que ocurrió, entender qué hacía su mujer en ese bosque ayer por la tarde casi cuando estaba anocheciendo. Y de momento, el único que puede ayudarme es usted.

—Nuestra discusión no tuvo nada que ver con lo que le pasó a Be.

—Está bien —dijo, y movió la cabeza como si hubiera algo que le fuera imposible de comprender, pero no fuera a darse por vencido hasta que encontrara una solución—. Durante esa discusión ¿hubo algún contacto físico? Estaba cansado por el viaje, hacía mucho calor, ella le estaba gritando. ¿La golpeó?

—No, no la toqué —le contesté irritado—. ¿Está loco?

El inspector no se alteró.

—Hay sangre en su dormitorio. Pequeñas gotas en las sábanas de la cama, en el suelo de la habitación y también en el cuarto de baño. ¿Podría explicármelo?

No le respondí. Me parecía que no debía entrar al juego de refutar cada una de sus afirmaciones. Me hacía sentirme como un niño que trataba de ocultar una mala faena.

—¿Cómo se hizo esa herida? —Y me señaló.

Encontré con la punta de los dedos un pequeño rastro de sangre seca en el lado izquierdo del cuello. Ni siquiera me había dado cuenta de que estuviera allí.

—No se rasque. Se levantará la costra y volverá a sangrar —dijo mirando hacia el fondo del jardín—. Después de arrojar las sillas contra el seto, ¿qué hizo?

—Empezó a llover. Me senté en el sofá y me tomé unas cuantas cervezas. Anocheció y después me fui a dormir.

—No dejó la casa.

—No, no salí.

—¿Habló con alguien por teléfono o escribió algún correo o recibió alguna visita? ¿Hizo algo con lo que pueda demostrar que no se movió de aquí?

—He leído —dije— que las primeras veinticuatro horas son las más importantes cuando se trata de resolver un crimen. Está perdiendo el tiempo conmigo.

—No debería haberme mentado —dijo como si sermoneara a un niño pequeño al que se le amonesta después de una trastada—, eso hubiera sido mucho mejor.

—Cuando Be despierte, podrá hablar con ella. Le dirá que no fui yo.

El inspector guardó un segundo de silencio y después me miró como si estuviera mascando algo que debía tragar pero no quisiera hacerlo.

—Sabe tan bien como yo que eso no es lo más probable que ocurra.

Los médicos que atendían a Be en el hospital me habían hablado a mí con la misma claridad que a él. Las opciones de que superara aquella primera noche eran muy pocas. Que saliera del coma podría ser algo parecido a un milagro.

—Y creo que usted es consciente de eso.

No esperaba que yo le contestara nada y siguió hablando.

—Voy a contarle lo que creo que su mujer me diría si pudiera despertar — dijo con un tono lento, como si las imágenes se compusieran en su mente al mismo tiempo que las describía—. Usted llegó de viaje y discutieron. Eso es toda la verdad que hay en la historia que me ha contado. Creo que ella se iba a alguna parte. Por eso su ropa está revuelta en los cajones. Y quizá fue eso lo que le hizo enfurecer. Creo que la golpeó por primera vez en el piso de arriba. Esas pequeñas gotas de sangre que no sabe explicar qué hacen ahí. Después siguió agrediéndola en las escaleras y en el salón. Pero ella logró escapar.

Se detuvo y se me quedó mirando como si tratara de adivinar por mi reacción si se encontraba cerca de la verdad o no. Debía haber aprendido esa técnica en una de las asignaturas de la academia o puede que en un curso posterior sobre psicología. Da igual. Lo que percibió le animó a seguir hablando.

—Debía estar muy asustada para intentar llegar a la ciudad caminando, casi de noche y a punto de que estallara una tormenta. Quizá también es verdad que dejó que se marchara, pero después pensó que debía hacer que volviera. Cogió su coche y la alcanzó en la carretera. Ella trató de huir y eso le enfureció aún más. Así que cuando la atrapó en las escaleras, la golpeó una y otra vez y no se detuvo hasta que pensó que estaba muerta.

—Basta —grité—, jamás le haría eso a mi mujer.

Tenía que hacer que se callara. Y lo conseguí. El agente que nos vigilaba se acercó un par de pasos. El inspector le hizo un gesto con la mano para indicarle que todo estaba controlado. He vuelto a recrear ese instante y creo que ni siquiera conseguí que se moviera de la silla. No perdió la calma, como si no hubiera ocurrido nada. En el fondo creo que aquello era lo que esperaba conseguir y le complació haber provocado aquella furiosa reacción en mí.

—Quizá debería hablar con un abogado —dije aún con la respiración entrecortada.

—Como quiera.

Habíamos dejado de ser los mejores amigos del mundo. Aquel hombre que me había sostenido durante todo aquel largo día y que me había acompañado en las horas más dolorosas ya no era alguien en quien podía confiar. Giró la cabeza hacia el interior de la casa y después lo hice yo. Otro de los miembros de su grupo de Homicidios acababa de entrar en el salón. Le identifiqué como a uno de los policías que estaban en la carretera cuando había detenido el coche junto a las cintas que balizaban uno de los lados del bosque. Driza hizo un gesto con la cabeza para confirmar que le había visto.

—Tengo que dejarle un momento. —Se levantó de la silla y entró en la casa.

El subinspector Frei se abanicaba con unas hojas de papel. Estaba acalorado y sudaba de forma copiosa por el pecho y las axilas.

—¿Quién es? —preguntó levantando la barbilla.

—El marido de la víctima —le contestó el inspector.

—¿Cómo es que no está en el hospital? —Y después de ver la expresión en la cara de su jefe añadió—: Crees que lo hizo él.

—Hay bastantes indicios para pensar eso. Sangre en el dormitorio, signos de violencia en la escalera, el salón y el jardín. Sí, creo que lo hizo él.

El subinspector movió un poco la cabeza y me observó por encima del hombro de su jefe. Este no se dio la vuelta.

—¿Y crees que también la violó? —se preguntó.

—No hubo violación. La exploración y los análisis han dado negativo. Tuvo relaciones sexuales unas horas antes de la agresión, pero fueron consentidas. —Y añadió en un tono de voz más bajo—: Él lleva toda la semana de viaje.

—Infidelidad. Un clásico. Ahí tienes el motivo.

Sintió el golpeteo arrítmico del pulso en una de las venas bajo la piel de la sien y una gota de sudor resbaló por su espalda. Volvió el dolor en el estómago, y al mojar sus labios con la punta de la lengua rescató un sabor amargo en el paladar. Tragó saliva e inspiró con fuerza, y se frotó la nuca antes de afirmar con la cabeza.

—Sí —dijo con la mirada perdida sobre las láminas de madera escandinava del suelo del salón—. Quizá descubrió que estaba con otra persona. Tuvieron una gran pelea y probablemente ya la agredió aquí mismo. Ella huyó y, quizá después de unos minutos, él la persiguió y la alcanzó en la carretera cerca del bosque. Estaba muy furioso y encadenó los golpes casi sin darse cuenta y cuando se detuvo, ella ya no se movía y pensó que la había matado. La arrastró hasta el lugar en el que la encontramos y le arrancó la ropa interior. Creo que pensó que eso nos confundiría y que lo investigaríamos como una agresión sexual.

Trabajaban juntos desde hacía cinco años y ya habían resuelto un buen número de casos. La mayor parte de ellos en dos o tres días nada más. El subinspector conocía perfectamente la técnica de Driza al encarar una investigación, su forma de razonar, su manera de llevar a los sospechosos hasta una confesión.

—¿Qué te hizo sospechar de él? —preguntó Frei.

—En el hospital su actitud fue muy ambigua.

—¿Tuviste una corazonada? —Y se le dibujó una leve sonrisa.

Dejarse llevar por el instinto no era muy propio de su jefe. Él siempre había desterrado ese tipo de impulsos de su protocolo de actuación.

—No —le respondió Driza algo confundido.

Su línea de deducción había sido perfectamente racional. La víctima era una mujer joven y bonita, caminaba por una carretera solitaria cerca del anochecer, su ropa interior había desaparecido. Al principio parecía un caso claro, pero a veces lo evidente oculta la verdad. Cuando el joven residente descartó la penetración forzosa y la ausencia de restos biológicos en la víctima, Driza confirmó que su primera suposición había sido errónea. Cabía otra posible interpretación para todos aquellos indicios que ya había apuntado. La brutalidad de la paliza —la víctima había recibido la mayoría de los golpes en la cabeza y en la cara— y que el agresor hubiera tratado de ocultarla —que sin duda tenía como intención borrar pistas, ganar tiempo y quizá falsificar una coartada— carecían de lógica enmarcados en un crimen sexual, pero adquirirían todo el sentido del mundo si el agresor tenía otro objetivo. La ausencia de ropa íntima había sido un juego. Un encubrimiento que trataba de ocultar otra cosa. Era un crimen de violencia de género.

—Tenía un comportamiento errático, se contradijo varias veces en su declaración y además —añadió para apoyar su decisión— me mintió. Dijo que llegó aquí después de la tormenta, pero las cámaras del puente le grabaron antes de que empezara a llover.

Todo eso era la verdad, pero tampoco era toda la verdad. El inspector omitió a su compañero de la Policía el pinchazo que había sentido mientras hablaba conmigo, no le habló de esa sensación que le invadió de repente, del momento en el que se le aceleró el latido del corazón y se le secó la boca. No era exactamente una corazonada. Era algo peor.

—Qué mentira tan absurda —señaló Frei dando por buena la explicación de su superior y devolviendo al inspector la confianza que había perdido unos segundos antes.

—Una mentira para encubrir otra mentira. Me contó que cuando llegó de su viaje ella ya no estaba aquí. Pero la verdad es que no fue así. Y discutieron. Ya lo ha admitido. Busquemos denuncias previas por agresión o maltrato. Nos ayudaría tener un antecedente.

—¿Y te dejó venir aquí sin una orden judicial? —preguntó el subinspector Frei mientras anotaba las instrucciones en una hoja de papel que llevaba doblada en el bolsillo trasero del pantalón.

—Al principio quería quedarse en el hospital. Le convencí de que el agresor podría ser alguien del entorno y nos dio permiso para entrar y mirar entre las cosas de ella.

—Os dio permiso —repitió esas palabras un par de veces y después, como si en ese momento no pudiera valorar con exactitud el significado que tenían,

añadió—: Quizá está deseando confesarlo. Para algunos es un alivio quitarse ese peso de encima.

—No es de ese tipo. Es capaz de hacerse fuerte detrás de un silencio. No va a confesar, pero está claro que esconde algo que apesta.

—De todas maneras, en cuanto la mujer se despierte, está perdido.

—No tiene muchas posibilidades de sobrevivir a esta noche. Y creo que él lo sabe. Esa es su única baza para librarse de una acusación. Pero nosotros no lo vamos a consentir.

Frei detectó en el tono de voz de su inspector una especie de peculiar animadversión, y eso fue algo que le chocó, como si de repente se hubiera dado cuenta de que no conocía tan bien como él creía a aquel hombre.

—Ella se defendió —dijo, y chasqueó la lengua de esa forma que tanto irritaba al inspector—. Los técnicos del laboratorio han encontrado restos biológicos bajo las uñas. Tendríamos que conseguir una muestra de él.

El plástico del paquete de tabaco crujió cuando instintivamente lo tocó por encima de la tela de la chaqueta. Dentro de ese celofán había una colilla de tabaco con mi saliva.

—Tengo algo —dijo.

Sabía que el resultado —que tardaría días o semanas dependiendo del laboratorio— no le serviría para detenerme, pero me condenaría delante de un tribunal. Frei se lo guardó en un bolsillo del pantalón.

—Es muy atractiva —dijo Frei señalando con un movimiento de la barbilla la fotografía que teníamos en la estantería.

El inspector movió afirmativamente la cabeza. Esa imagen nos la tomaron en una plaza de Atenas durante unos días de primavera. Estamos sentados en los escalones de piedra blanca de la entrada de un museo. Be tiene un brazo por encima de mis hombros, yo la cabeza ladeada hacia un lado y la mirada en algo que llama mi atención desde el suelo. Ella me observa.

—Ahí todavía se querían —señaló el policía mientras se metía un chicle de menta en la boca.

No le faltaba razón. Be tiene la expresión de una mujer enamorada. Por eso insistí tanto en enmarcar la imagen y en colocarla a la vista de todo el mundo en la estantería del salón.

—¿Qué hacemos con él? ¿Nos lo llevamos a la brigada?

—Todavía no quiero acusarlo formalmente. Necesitamos averiguar más cosas. Me ha contado que no salió de aquí después de que su mujer se marchara. Sé que es mentira —dijo convincente—, pero tenemos que demostrarlo. Si la alcanzó en la carretera, tuvo que dejar el coche allí aparcado. Es posible que haya algún testigo.

Frei se percató entonces de que su jefe parecía enfermo. Como si incubara algún tipo de virus gastrointestinal y sus tripas estuvieran a punto de estallar.

—¿Te encuentras bien?

—Bien —afirmó lacónico.

El inspector le ordenó que revisaran mi coche —estaba en el aparcamiento del hospital—, que examinaran las alfombrillas y los pedales en busca de huellas de barro, que comprobaran los últimos desplazamientos en el navegador, que cotejaran el dibujo de los neumáticos con huellas que pudieran haber quedado en los arcones de arena de la carretera.

Salieron juntos a la calle y se pegaron a la sombra de un muro. El inspector encendió un cigarrillo. Frei se quejó del calor y del dolor de unos pies que le torturaban, de la mala calidad de unos zapatos sin cordones que se le habían deformado y de la obsolescencia programada, y de ahí, sin saber muy bien cómo, pasó a hablar de espasmos intestinales y después de un par de rumores de oficina que se referían al traslado de un compañero y a la caída en desgracia de otro. Y aunque el inspector siguió la conversación con un aire de auténtico interés, Frei se dio cuenta de que lo hacía por pura educación y que estaba deseando escapar de allí. Su jefe pocas veces se sentía cómodo cuando sus temas de conversación no trataban sobre el caso que estaban investigando en ese momento. No era muy dado a las confidencias personales y, aunque tampoco era una persona misteriosa o muy reservada, mantenía su mundo personal en lo que él llamaba «la zona gris». No quiso hacerle sufrir más, y después de intercambiar un par de frases sobre las instrucciones que repartiría a los agentes de su grupo, se despidió y se alejó en su coche.

El inspector esperó a que desapareciera por el final del pequeño bulevar y entonces se dejó caer sobre el muro de ladrillo, que aún conservaba algo de humedad. Sacó un nuevo cigarrillo, lo encendió y le dio una primera calada con ansiedad. No, no se encontraba bien. El malestar había comenzado en el hospital cuando, por primera vez, se había dado cuenta de que no estaba delante de una agresión sexual, sino de un caso de violencia de género. El amago de una arcada había bañado su garganta de aquel sabor amargo que ya no le abandonaría durante el resto del día y que era como la advertencia de que no podría olvidar aquello que habitaba en el lado umbrío de su conciencia. Sabía qué era lo que le torturaba de aquella manera, lo que estaba somatizando, y creía que podía controlarlo. Al menos de momento. Y se dijo que tenía que conseguir cerrar el caso antes de que acabara aquel día o quizá toda aquella negrura le arrastraría hasta un lugar tan profundo del que ya no podría volver.

Tenía que averiguar quién era Be.

—¿Estás contento de que te haya traído más cajas? —me preguntó con las manos apoyadas en las caderas.

—Soy el hombre más feliz del mundo.

Sus pertenencias formaban una pequeña montaña junto a una de las paredes del apartamento. Consistían en cuatro cajas de buen tamaño y dos más pequeñas, dos grabados y un par de fotografías enmarcadas, varias maletas que contenían toda su ropa, la lámpara de pie que sujetaba en la mano cuando abrí la puerta, una mesa pequeña de madera redonda plegable de color azul y dos sillas de tijera, también de madera y del mismo color.

—Tengo más cosas —dijo—, pero esto es lo imprescindible. Lo que siempre llevo conmigo.

—Empezaré por hacer sitio en el armario para tu ropa.

—Ahora no. Tengo muchas ganas de follar —dijo, y me empujó hasta la cama.

Un rato después estábamos abrazados y desnudos entre las sábanas. Ella se levantó y caminó descalza hasta donde habíamos amontonado sus cosas y abrió una maleta y, después de escarbar durante unos segundos, sacó una bata de una tela que parecía muy ligera, de color azul verdoso, estampada con dibujos de árboles y pájaros en negro oscuro y las mangas muy anchas, y se vistió con ella y luego cogió un paquete de tabaco y un cenicero y volvió a la cama. Yo había apoyado la espalda en una almohada contra la pared y la observé ir de un lado a otro del apartamento sobre la punta de los pies. Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, adoptando esa postura común en el yoga, encendió un cigarrillo y luego me lanzó el paquete de tabaco y el mechero.

—Debes estar deseando hacerme unas cuantas preguntas. —Y añadió—: Déjame que te cuente, y si cuando termine aún hay algo más que quieras saber, lo contestaré.

Le dije que estaba de acuerdo, pero que no era necesario. Dijo que quería ser honesta desde el principio y que no deseaba ocultarme nada, y que aquel era



el mejor momento para hacerlo. Después se quedó callada durante unos segundos y como si entrara en un trance comenzó a hablar.

—La verdad es que no sé por dónde empezar. Tuve un novio con doce o trece años. Martín. Era adorable. Nunca hicimos nada. Nos dimos besos y nos tocamos alguna vez, pero todo de una manera muy inocente porque éramos muy inocentes. Luego hubo un chico en mi instituto que me gustaba mucho, pero él no me hacía caso. Era mayor, un par de años, creo que solo veía en mí a una niña. Aún no había desarrollado, lo hice mucho más tarde que mis compañeras de clase, y bueno, en cierto modo seguía siendo una cría. Pero por aquella época comencé a masturbarme. Fue una época loca. Te lo juro. Yo estaba todo el día dándole, en mi dormitorio, en el baño del instituto, en cualquier parte. A veces, en casa de los padres de alguna amiga. Me metía en el baño y, bueno, me lo hacía allí mismo, esforzándome por no gritar, pero al mismo tiempo nunca echaba el pestillo, así que siempre existía la posibilidad de que alguien entrara y me descubriera, y creo que eso lo hacía todavía más excitante.

Tenía unas fantasías sexuales muy intensas, sobre todo asociadas a lugares y escenarios. El asiento trasero del coche de su tío Julio, el baño de un restaurante al que solían ir a comer, la oscura sala de un cine durante la proyección de una película, el dormitorio de unos amigos de su tía Amparo. A veces en esas fantasías participaban personas conocidas y otras veces eran extraños. Y en ellas aparecían chicos y chicas de forma indistinta. Ella, como todas sus amigas, sabía que lo correcto era que le gustaran los chicos y, sin embargo, con alguna de ellas hubo besos y tocamientos, aunque tenían una naturaleza más romántica que sexual.

—Empecé a desarrollarme de verdad a los quince años. Fue durante un verano. Me marché de vacaciones siendo una niña y, cuando volví, bueno, más o menos tenía este cuerpo. Y lo noté por la forma en la que me miraba la gente. Creo que fue por entonces cuando por primera vez tomé conciencia total de mi sexualidad. Unos meses después, cuando ya había cumplido dieciséis años, un día, una de las amigas de mis tíos se me insinuó. Se llamaba Ángeles, pero todo el mundo la llamaba Nina. Era muy guapa y elegante, y yo notaba cómo me miraba cuando nos quedábamos a solas. Su sonrisa, sus labios, la forma en la que me hablaba. Yo nunca había pensado que podría interesar a otra mujer, pero ella me hizo saber que se sentía atraída por mí. Un día me propuso que hiciera de canguro de sus hijos. Tenía dos niños de cinco y siete años. Vivían en un barrio en el otro extremo de la ciudad. Su marido y mi tío Julio eran compañeros de trabajo y amigos, y quedaban mucho los fines de semana y siempre que tenían fiestas y cenas de empresa asistían con mi tía Amparo y con ella. Aquella noche debían tener uno de aquellos compromisos porque recuerdo que ella llevaba un

vestido negro, largo, muy elegante, y el pelo recogido en un moño alto, que le daba un aspecto aristocrático. Cuando volvieron a las dos o las tres de la mañana, ella insistió en llevarme a casa. Su marido había bebido un poco y no estaba en condiciones de conducir. Dijo que no se perdonaría que tuviera un accidente llevándome en ese estado.

»En el coche me ofreció un cigarrillo. Yo no fumaba por aquel entonces y lo rechacé. Empezó a hablar de lo bonita que yo le parecía y de lo atractiva que sería cuando me convirtiera en una mujer, y de que le haría perder la cabeza a cualquiera que se me cruzara por el camino. Desde que subí a su coche noté que algo iba a pasar. Existía una especie de tensión eléctrica entre nosotras dos, como si en cualquier momento un pequeño roce fuera a provocar una explosión. Apenas nos cruzábamos con coches y las calles estaban desiertas. Ella le dio un par de caladas al cigarrillo como si en realidad no le apeteciera fumar. Lo apagó en el cenicero y después me miró y puso su mano sobre mi muslo. Recuerdo que llevaba unos pantalones negros, de esos ajustados y unas botas, y una camiseta de manga larga y una cazadora vaquera. Recuerdo que noté un calor profundo que nacía en el interior de mi cuerpo, y creo que me sonrojé porque las mejillas me ardían. No le retiré la mano. Tampoco dije nada. Me miró de reojo y entonces empezó a acariciar mi pierna, pero solo con la yema de un par de dedos, subían arriba y abajo por la tela de mi pantalón. Se mordió suavemente un labio y suspiró. “Me gustaría besarte”, susurró.

»Yo no sabía qué decir. Creo que incliné un poco la cabeza y me mojé los labios con la punta de la lengua. Ella detuvo el coche en una acera. Miró en todas direcciones hasta que comprobó que nadie podía vernos. Se acercó a mí, atrajo mi cara hacia la suya y me besó. Su boca sabía a tabaco y a vino, y también a algo dulce. Fue un beso largo. O al menos eso me pareció. Después me llevó a casa. Cuando entré en mi cuarto y me desnudé, tenía las bragas empapadas. Me masturbé y me corrí en un segundo pensando en lo que habíamos hecho en el coche.

»Una semana después mi tía Amparo estaba hablando por el teléfono fijo del salón y, cuando me vio cruzar por el pasillo, con la cazadora puesta dispuesta a salir a la calle, me llamó. “Nina y Carlos vienen a cenar el sábado. ¿Podrías hacer de canguro con sus hijos esa noche?”

»Le dije que lo haría, claro. Dios santo, creo que aquella fue la noche más larga de mi vida. Después de que los niños se durmieran, me tumbé en el sofá del salón y encendí el televisor. Empecé a pensar en lo que me haría cuando me llevara de regreso a la casa de mis tíos y me excité como una loca. Entré en su dormitorio y busqué su ropa interior. Tenía bragas de algodón y culotes y lencería de encaje y conjuntos caros muy sexis de tela transparente con

bordados. Los cogí, los toqué, pasé la tela fina y suave por mis mejillas y mis labios, los olí y aspiré el aroma de la ropa limpia, el olor al detergente y el suavizante, y sin embargo me pareció que olían mejor que la mía. Me desnudé y me probé uno de sus conjuntos, uno que parecía muy caro, y me miré en el espejo. Me quedaba un poco grande, pero me encontré muy atractiva y eso me excitó más y acabé masturbándome sobre su cama de matrimonio. Después volví a vestirme, alisé la colcha de la cama, quité un par de cabellos de la almohada y guardé el conjunto en su sitio. Pero cuando estaba a punto de salir por la puerta volví, abrí de nuevo el cajón y me metí las braguitas en el bolsillo de la cazadora.

»Regresaron de madrugada y, como la primera vez, ella insistió en llevarme a la casa de mis tíos. Y yo, muy educada, se lo agradecí. Me senté en el coche ya con la respiración entrecortada. Ella debió notar lo nerviosa que estaba y me sonrió. Yo también le sonreí. “Siento que hayamos tardado tanto —dijo—, me hubiera gustado volver antes.”

»Le dije que no tenía importancia. Después me preguntó por los niños. Yo casi de carrerilla le hice una relación de los hechos de la noche: se habían portado bien, se habían dormido a su hora, le había dado el jarabe al pequeño y no le había oído toser después; yo había cenado lo que ella me había dejado preparado y después había estado viendo la televisión. Yo hablaba como una máquina, pero me preguntaba por qué no ponía su mano sobre mi pierna. Lo deseaba tanto. Así que le dije que después de ver la televisión había estado en su dormitorio, que había abierto sus cajones y había cogido una de sus braguitas. En ese momento giró la cabeza y me miró por primera vez desde que habíamos salido de su casa. Le enseñé las braguitas que había guardado en el interior de mi cazadora. “Tienes buen gusto —dijo, y después añadió—: Ahora tienes que darme las tuyas para que estemos en paz.”

»Sin que yo me hubiera dado cuenta, la verdad es que era de noche, yo estaba muy nerviosa y todas las calles me parecían iguales; había conducido hasta la ciudad universitaria. Detuvo el coche en un aparcamiento detrás del edificio de la facultad de Periodismo. Hice lo que me pidió. Me bajé las bragas y se las di.

»Su mano subió por mi pierna y empezó a acariciarme el sexo. Nos besábamos. Ella me desabrochó la camisa y el sujetador y me besó y me mordisqueó los pezones, y me corrí enseguida. Después yo quise tocarla a ella, pero no me dejó. Esperó con una sonrisa a que me vistiera y me devolvió las braguitas. Yo hice lo mismo con las suyas. “Puedes quedártelas —dijo encendiendo un cigarrillo—, son un regalo. La próxima vez coge también el sujetador.”

»Giró la cabeza y un poco agitada miró a través de la ventanilla del coche el aparcamiento oscuro y vacío, y se estremeció. “Supongo que sabes lo importante que es que nadie sepa nada de esto, ¿verdad? —Y después añadió—: Las consecuencias que podría tener para mí serían devastadoras. No creo que esté mal. Es solo que algunas personas no lo entenderían.” “No se lo contaré a nadie. Te lo prometo.”

»Si me hubiera pedido que me fugara con ella, le habría contestado con el mismo entusiasmo. Sonrió y después volvió a besarme. De camino a la casa de mis tíos fumó su enésimo cigarrillo con la ventanilla bajada. Recuerdo que el viento agitaba su pelo y que yo me sentía increíblemente afortunada. “Encontraré la forma para que podamos vernos con más tiempo, ¿quieres?” “Por favor.”

»Consiguió que mi tía me diera permiso para cuidar de sus hijos por las tardes. Iba a su casa directamente desde el instituto y esperaba a que los niños llegaran del colegio y los entretenía hasta que ella volvía del trabajo. Un día hizo que acompañara a los niños a casa de unos vecinos. Los dejé allí y cuando volví me estaba esperando con una copa en la mano. Vodka con mucho hielo y una rodaja de lima. Me preguntó si quería probarlo. Le dije que sí y le di un pequeño trago. Después me dio un beso, agarró mi mano y subimos a su dormitorio. Abrió la cama y lanzó el edredón hasta los pies. Nos desnudamos muy lentamente. Ella comenzó a besarme por todo el cuerpo, por el cuello, por el pecho, el vientre, y comenzó a lamerme aquí abajo. Notaba su lengua acariciándome y sus dedos agarrados a mis muslos, y pensé que me volvería loca de placer. Después, de una forma natural, yo quise hacerle lo mismo a ella. Nos frotamos mutuamente mucho tiempo, sudábamos y nos besábamos y nos mordíamos y nos acariciábamos como si el planeta fuera a destruirse aquella misma tarde. Fue una experiencia mucho más extraordinaria y alucinante de la que soy capaz de expresar con palabras y, dios, hoy en día, al recordarlo, todavía me pongo húmeda.

Le dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó en el cenicero que había colocado sobre la cama a medio camino de los dos. Estaba allí, vestida solamente con aquella ligera bata. El cuello en V se le había abierto y caído un poco y dejaba ver una parte de sus senos. Tenía un aspecto tan provocativo, aunque ella no parecía ser consciente de ello, que cualquier persona se hubiera vuelto loco por ella. No me extrañaba nada que aquella mujer casada y con dos hijos también hubiera perdido la cabeza y se hubiera lanzado a una relación que, por el tono de voz de Be, un poco melancólico y que cada vez se tornaba más grave y también más quedo, no acabaría bien. Ella guardó silencio durante unos

segundos y yo no quise interrumpir aquel ejercicio de memoria con ninguna pregunta, así que esperé a que la narración se reanudara.

—Fuimos amantes durante más o menos un año y medio. Pero un día su hijo, el pequeño, nos sorprendió besándonos. Creo que de alguna forma eso hizo que se replanteara lo que estaba haciendo. Dejó de llamarme para que cuidara de los niños y después del verano quedamos una última vez. Dijo que debíamos dejar de vernos, que nuestra relación era una locura, que yo era menor y que no quería arriesgarse a perder su matrimonio y a su familia, a perder toda su vida. Fue una ruptura horrible, me hizo mucho daño y yo lo pasé realmente mal.

Be sonrió con tristeza.

—Unos meses después se marcharon a otra ciudad, pero después me enteré de que se acabó divorciando. No he vuelto a verla. Aunque a veces me descubro a mí misma buscándola entre la gente. Me pregunto qué nos diríamos si volviéramos a encontrarnos. Supongo que lo primero que le preguntaría sería cómo descubrió mi tía lo nuestro. O quizá sería la primera pregunta que ella me haría a mí.

—¿En serio? —pregunté.

—Claro. Aquí comienza el segundo acto de esta historia.

»Un día estaba en mi dormitorio con una amiga del colegio. No hacíamos nada, lo juro, pero es verdad que la calefacción estaba alta y hacía calor, y quizá nos habíamos quitado algo de ropa para estar más cómodas, y unos segundos antes de que mi tía Amparo abriera la puerta de mi cuarto y entrara como una furia, con el rostro enrojecido, chillando y gritando de una forma que pensé que rompería los cristales de las ventanas, nos habíamos estado peleando y riendo a carcajadas y teníamos el pelo revuelto y la ropa descolocada, pero no te miento, con aquella chica nunca me di ni siquiera un beso. Señalándonos con el dedo dijo que se alegraba de haber entrado a tiempo para impedir que empezáramos a lamernos y a frotarnos como dos perras en celo. Nunca he sentido tanta vergüenza, y creo que mi amiga debió pensar que aquello formaba parte de una alucinación. Estaba aún más asustada que yo. Traté de decirle que se estaba equivocando, que no hacíamos nada, pero ella dijo que yo no podía engañarla. Me acusó, delante de mi amiga, de haber seducido a Nina, de haber sido yo quien la había convertido en mi amante. Dijo que yo los había obligado a marcharse de la ciudad, que ella estaba en tratamiento psicológico y que por mi culpa su matrimonio se había roto. “Te he observado desde pequeña y sé cómo eres. Llevas algo sucio en tu interior”, me dijo antes de salir del dormitorio.

—¿Cómo se enteró?

—No lo sé. Quizá descubrió el conjunto de ropa interior en mi armario, lo tuve escondido durante muchos meses, y pensó en Nina y en todas aquellas

tardes en su casa y en cómo había sido su marcha de la ciudad, y ató cabos. Mi tía siempre repetía: “Piensa mal y acertarás”. Era como el lema de su vida. Lo podría haber bordado en un pañito y colocado en un cuadrado en su salón.

»Mi amiga recogió sus cosas y se marchó corriendo, y al día siguiente en el instituto noté cómo todo el mundo me miraba de una forma diferente. Creo que con la sola idea de llevarle la contraria a ella y al resto del mundo me enrollé con aquel chico que me gustaba tanto cuando era más pequeña, y una noche me lo follé en su cama. Tenían una cena o algo así, y cuando mi tía Amparo entró en su dormitorio me sorprendió a cuatro patas y a aquel chico empujando por detrás. La visión la dejó traumatizada para toda la vida. Después de eso quiso llevarme a un psiquiatra e internarme en una clínica. Le dije que no estaba loca. Ella me culpaba de todo. Y cada día teníamos unas broncas horribles, y todo lo que yo hacía le molestaba, le parecía indecente y obsceno, y pensaba que yo trataba de provocar los bajos instintos de cada persona con la que entraba en contacto. Una vez me acusó de mirar a mi tío Julio de una forma incitadora, y me abofeteó en mitad de una tienda. Y aquello estaba justificado porque para ella yo era una enferma, una pequeña ninfómana insaciable, una adicta al sexo, y por este motivo buscaba relaciones con hombres o mujeres y me gustaba meterme en la cama con cualquiera. Un día no pude más y recogí mi ropa en una maleta y me marché de allí. Cerré aquella puerta y no volví nunca más.

—Eras menor de edad, ¿no? ¿Adónde fuiste?

—Solo me faltaban tres meses para cumplir los dieciocho. La primera semana me fui a vivir a casa de una amiga y después estuve aquí y allá con otra gente, y también en una pensión. Después, un día, mi tío Julio me buscó y me invitó a comer y me explicó que cuando cumpliera la mayoría de edad podía disponer de una pequeña herencia que me habían dejado mis padres y de la que él había sido albacea durante aquellos años. Con aquel dinero me pude alquilar un apartamento, compartido, y me he pagado los cursos de la Escuela y esos dos grabados y un viaje a Camboya y otro por el sur de Marruecos, y todavía me queda algo que algún día invertiré en la compra de una bonita casa. Y aun así, he trabajado casi de todo. He sido teleoperadora, camarera, modelo, he hecho encuestas por la calle y vendido libros llamando a la puerta de las casas. También he tenido suerte de conocer a personas que me han ayudado, personas que me han visto de una forma diferente porque su mirada era diferente. En aquel tiempo sufrí y lloré mucho, y me deprimí muchas veces. Ahora ya me da un poco lo mismo lo que los demás piensen sobre mí.

Se levantó de la cama y fue hasta la cocina moviéndose como una mariposa dentro de aquella bata de seda tan fina y con las mangas anchas. Bebió agua, me

preguntó si me gustaba la fotografía y después volvió de nuevo a la cama, se sentó en el mismo lugar donde estaba antes y siguió con su narración.

—Después de Nina he tenido otras dos relaciones importantes. A Olga la conocí en una fiesta de la universidad, y desde el primer día fue una locura. Creo que ha sido la persona más divertida con la que he vivido y desde luego fue quien me enseñó que las personas debemos tomarnos un poco menos en serio a nosotras mismas y me ayudó mucho a superar de dónde venía. Nunca vivimos juntas. Ahora está por alguna parte del sudeste asiático, que era lo que más le gustaba del mundo. La comida, los templos, la ropa. —Y cogió la punta de su bata—. Y sobre todo las mujeres. Y hace un poco más de dos años conocí a otra persona y me fui a vivir con ella. Es la misma persona a la que he destrozado el corazón por tu culpa: Karina.

Y lanzó un profundo suspiro.

—Seguro que tú también has conocido a alguna persona que te ha deslumbrado, que te ha hecho sentir que eres muy pequeño, pero que al mismo tiempo sabes que te ayudará a crecer y que te enseñará todo lo que es importante. Bueno, pues esa es para mí Karina. Es editora y trabaja para un sello bastante importante. La conocí en una reunión en su casa. Ella organizaba un comité para pedir la liberación de una pareja de mujeres, activistas por los derechos LGTB, en una cárcel de Turquía. Su casa estaba llena de gente, y entre sus amigos y conocidos había periodistas, psiquiatras, escritores, pintores, músicos, bailarinas, filósofos, aristócratas y otros interesantes y exóticos invitados, como una espiritista. Había un montón de botellas de alcohol sobre una mesa y todo el mundo tenía una copa en la mano. Al principio de la tarde se discutía cómo hacer llegar esa información a los medios de comunicación, y cuando llegó la noche, muchos de ellos estaban dispuestos a asaltar la embajada. Tenía una buena colección de fotografías colgadas en las paredes y también muchos libros sobre el tema, así que acabé, medio borracha, sentada en un sofá que ocupaba una esquina del pasillo de la casa, con una copa en la mano y un libro gordo entre las piernas. Creo que ella pensó que aquel libro no era lo mejor que yo podía tener entre las piernas. Y después de una semana de romance y de cortejo, y de invitaciones a cenar y de largas noches de conversaciones, me convenció para que me fuera a vivir con ella. Creo que durante aquellos primeros días me enamoré perdidamente de Karina. Los principios siempre son fáciles. Es una persona genial, pero también puede llegar a ser muy complicada, ya sabes.

Afirmé con la cabeza y me toqué el lugar donde había recibido el botellazo. Unos días antes me habían quitado los puntos —en realidad, grapas—, me había quedado una bonita cicatriz y el pelo que habían tenido que raparme alrededor de la herida había comenzado a crecer.

—No fui al estreno del corto por estar con ella. Tuvo una crisis. Tiene crisis nerviosas bastante agudas. Y un par de noches antes del estreno tuvo una. Pensé que era más importante estar con ella y que lo mejor era salir de la ciudad. Así que nos fuimos a un pueblo pesquero del norte y allí estuvimos cuatro semanas, hasta que la medicación y el aire del mar la volvieron a estabilizar. Nunca fui a los Estados Unidos y tampoco me planteó nunca pagarme un posgrado en una universidad de allí. Ni siquiera a cambio de mis favores sexuales. Aunque si me lo hubiera propuesto, habría aceptado. —Sonrió, y después con sentido del humor añadió—: Y ahora entramos en el turno de ruegos y preguntas. ¿Hay algo que quieras preguntarme?

—Todas tus relaciones —dije— han sido con mujeres.

—No —dijo interrumpiéndome—, siento bajarte la autoestima, pero he tenido más amantes masculinos.

—Me refería a las relaciones importantes. Karina dijo que los hombres con los que habías estado solo habían sido un entretenimiento, una especie de paréntesis entre relaciones con mujeres, y me dio a entender que tu verdadera naturaleza era lésbica y que las relaciones que mantienes con hombres solo son para encubrir tus auténticos deseos sexuales. —Y después de una pausa añadió—: No me gustaría formar parte de esa lista de hombres que solo han sido pequeños descansos de tus relaciones con mujeres. Me gustas mucho y estoy enamorado de ti, pero no tengo un lado masoquista. No quiero que me partas el corazón, y no voy a caminar hacia ese destino con alegría.

—Karina está equivocada. En esa como en otras muchas cosas. No soy lesbiana. Nunca lo he sido. Lo descubrí muy pronto. Me gustan los hombres —dijo, y añadió—: Así que, si tuviera que definirme de alguna manera, diría que soy bisexual. Puedo excitarme con una mujer y con un hombre, y meterme en la cama con los dos y disfrutar del sexo por igual. No hacemos el amor de la misma manera, pero puedo sentir placer con ambas experiencias.

»El mismo año que me acosté con Nina también lo hice con el chico aquel del que estaba enamorada. Me gustó mucho más hacer el amor con ella que con él, pero no fue por una cuestión de género, sino porque Nina hacía mucho mejor el amor, sabía dónde tocarme, qué tecla pulsar para excitarme y ponerme a cien. Era una mujer experimentada y yo no fui la primera chica con la que se acostó. Lo había hecho antes muchas veces. Nunca me lo confesó, pero esas cosas se intuyen. Él tenía diecisiete años y, bajo esa fachada de seguridad que intentó proyectar cuando nos metimos en la cama, en realidad estaba muy asustado. No estoy segura, pero es probable que yo fuera la primera chica con la que se acostó. Luego he tenido otros amantes que hacían el amor



estupendamente, y si no estoy con ellos no es porque fueran hombres, sino porque nunca llegué a enamorarme.

»No me gustan todas las mujeres ni tampoco todos los hombres. Y lo más importante, he tenido unas cuantas relaciones sexuales, pero seguramente no muchas más que tú o que otras amigas que solo han mantenido relaciones heterosexuales. Así que no tengas miedo. La verdad es que dejé a Karina porque te quiero, porque me he enamorado de ti, y aunque no lo creas, soy sorprendentemente fiel. No puedo follar con alguien si estoy enamorada de otra persona. Y ahora estoy enamorada de ti.

Y suspiró profundamente de nuevo. Cogió el cenicero y lo sacó de la cama y vino hacia mí gateando como si fuera un hermoso felino dentro de su bata traída de algún país del sudeste asiático y, sentándose encima de mis rodillas, me miró muy fijamente con sus profundos ojos del color de la miel a la sombra de aquellas hermosas pestañas.

—Si alguna vez dejas de quererme, serás el primero en saberlo. Te lo juro.

La cogí de las solapas de la bata asiática y la atraje hacia mí. La tumbé a mi lado como lo hubiera hecho un campeón de judo, y la besé. Aquella había sido la demostración de honestidad más grande que había visto u oído en toda mi vida entera. Después estuvimos un rato en silencio. Yo solo miraba su rostro, del que parecía emerger de repente una gran serenidad. No podíamos mantener aquel momento eternamente.

—¿Quieres comer algo? —me preguntó—. Yo estoy muerta de hambre.

Sonreí. Le dije que iríamos a un restaurante del barrio que estaba regentado por una viuda, donde hacían una comida casera muy sencilla pero estupenda.

—Oh, no —dijo—, no me apetece salir a la calle. Déjame ver qué tienes en la cocina, seguro que puedo preparar algo de comer.

Aquella fue una de las primeras cosas que descubrí sobre Be. Disfrutaba cocinando, y lo hacía bastante bien. Como es hasta cierto punto lógico en alguien que llevaba un tiempo viviendo por su cuenta. Sabía hacer pasta china con pollo y verduras congeladas, canelones y lasañas, sopas, diferentes guisos de carne y asados, y también pescados. Se sabía las recetas de memoria —aunque a las pocas semanas de vivir juntos encontró en mi librería de segunda mano un famoso libro de cocina y lo compró—, era ordenada y muy cuidadosa, y también muy estricta a la hora de seguir las instrucciones. A veces la falta de un ingrediente era una auténtica catástrofe y entonces se lanzaba a la calle —incluso con el delantal puesto— e iba a una pequeña tienda de comestibles que había a un par de manzanas de distancia y volvía con dos o tres tarritos de condimentos de cuya existencia yo jamás había oído hablar. A los pocos meses teníamos aquel armario lleno de tarritos y botecitos de sustancias y especias que servían para

hacer una auténtica comida marroquí que ella había aprendido a cocinar en un viaje por el Rif, o unas sabrosas albóndigas picantes que le había enseñado a preparar un cocinero de un restaurante de Baker Street en Londres. En algunas ocasiones improvisaba una comida realmente estupenda con las cuatro cosas que quedaban en la nevera o en el armario de cocina que nos servía como despensa.

«¿Quién te enseñó a cocinar?», le pregunté una vez.

«La vida —me contestó—. Llevo unos cuantos años siendo independiente y cualquiera se cansa de comer espaguetis. Así que he aprendido cosas aquí y allá. Realmente no es difícil, solo hay que tener un poquito de memoria y de cuidado.»

Mientras cocinaba, yo la miraba y ella parloteaba, y de cuando en cuando se le escapaba un nombre y decía: «Así lo hacía no sé quién», y yo suponía que aquel era el nombre de uno o una de sus amantes. Yo solía escuchar sin preguntar, por pudor, porque no quería enterarme de cuántos amantes había tenido, a cuánta gente había amado —sobre todo, en los días malos, porque yo mismo me veía formando parte de esa lista con nombres del pasado—, porque a veces sentía cierto miedo a sondear en momentos en los que podían aflorar recuerdos dolorosos. Pero pronto también descubrí que a Be no le daba ninguna vergüenza hablar de aquello. De hecho, era bastante habitual que, mientras cocinaba, saliera en algún contexto el nombre de una de aquellas mujeres y hombres del pasado, y ella recordara una ocasión en cualquier lugar, en cualquier momento en el que se metieron en la cama y estuvieron follando dos días.

A las pocas semanas, estábamos bebiendo cerveza mientras ella sofreía unas verduras en una sartén y movía una cuchara de palo en el aire cuando se acordó de otro plato que yo tenía que probar porque me iba a encantar. Se le escapó, creo que la receta se la había enseñado uno de sus amantes, y pronunció un nombre que yo reconocí.

—¿Te acostaste con un profesor de la Escuela? —le pregunté.

—Un par de veces. —Elevó la mirada hacia el ángulo izquierdo de la habitación y añadió muy seria—: O quizá fueron algunas más.

Y rompió a reír.

—¿En serio? —le pregunté.

—Sí. Eres bobo. Era un tío muy atractivo. —Y añadió, esta vez poniéndose un poco condescendiente—: Fueron unas pocas veces. No significó nada para mí, de verdad. De hecho, quiso dejar a su mujer y le dije que estaba loco, y esa misma noche dejé de verle.

—Joder —exclamé—, yo había oído una historia sobre una profesora de no sé qué departamento con la que estuviste liada, y que dejó la Escuela por no sé

qué escándalo que disteis, y también había una alfombra y la cabeza de alguien entre las piernas de otra persona.

—¿Con quién?

—No lo sé —dije—, las informaciones sobre ti siempre eran confusas. Creo recordar que era una profesora de Documental Creativo.

—¿Qué? —exclamó—. No, esa mujer no me gustaba nada. Por favor. —Y movió la cuchara de palo en el aire—. Esa historia es totalmente falsa. En la Escuela me tiré a aquel profesor y a otra chica.

—¿A qué chica? ¿La conozco?

—No te lo voy a decir, así que deja de hacer preguntas. Fue una tontería de una noche. Es absolutamente heterosexual. Supongo que todo el mundo pasa por una experiencia parecida, ¿no?

—Yo nunca me he acostado con un tío.

—Eres asquerosamente convencional.

Lo era. Nunca en mi vida había dado un disgusto, siempre me había comportado como alguien prudente, que había hecho frente a mis obligaciones como hijo, como amigo, como novio —de forma ocasional—. Siempre me había comportado de una forma responsable, había respetado los límites, nunca había protagonizado un escándalo, ni había sido rebelde o inconformista, ni me había pasado de la raya o había hecho algo que hiciera que se fijaran en mí. De hecho, siempre había creído que pasar desapercibido era una virtud. Tenía razón. Durante los primeros veintitrés años de mi vida había sido un ser humano asquerosamente convencional. Y puede que fuera también parte de ese lado conservador lo que le atraía de mí.

Otro día. Estábamos sentados —sí, también fue un día durante nuestras primeras semanas de convivencia— en la mesita redonda plegable que, junto a las dos sillas de madera a juego, era una de las cosas que había traído con ella en su mudanza y que había colocado cerca de la barra de la cocina para que hiciera de nuestro comedor. Es posible que hubiéramos terminado de comer y el agua del café hirviera en el fuego, y el apartamento ya se hubiera perfumado del aroma. En realidad, durante aquel tiempo, siempre había café haciéndose o recién hecho, y el olor de nuestro apartamento, que era en definitiva a lo que olía nuestra vida, era una mezcla de café, tabaco y sexo.

—¿Y qué hay de ti? A mí también me gustaría saber más cosas del hombre con el que voy a compartir mi vida.

—No hay mucho que contar. No me gusta recordar la época del psiquiátrico, y solo estuve tres meses en la clínica de desintoxicación, y lo de que me vendieron en un burdel asiático cuando era un niño, simple y llanamente no es verdad.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada alegre e infinita. Y a mí me encantó la sensación de haberla hecho reír. Después cogió un cigarrillo, lo golpeó suavemente contra la mesa y lo encendió.

—Vale. Ya veo que no vas a colaborar por las buenas. Tendré que preguntarte. Empieza por describir a tus padres —me ordenó.

—Mis padres —dije, y me detuve un segundo como si estuviera leyendo el título de una de aquellas redacciones que nos mandaban escribir en el colegio— están vivos los dos, y los dos son funcionarios del Ministerio de Educación. Mi madre es profesora de Filosofía y mi padre de Historia. Ahora trabajan en el mismo instituto de bachillerato.

»Mi madre ama a Heidegger. Es menuda, tiene unas buenas caderas, pero poco pecho —nadie debería hablar así de su madre—, el pelo corto, y ya hace tiempo que le han empezado a salir unas cuantas canas. Tiene una voz amable pero un poco áspera y ronca, algo que seguro tiene que ver con el hecho de que lleva fumándose un paquete de tabaco diario más de treinta años. Le gusta la ropa elegante y bien cortada, y la literatura rusa, pero nunca le ha gustado cocinar y siempre traía a casa todo tipo de platos congelados o precocinados o comida de restaurantes. De hecho, creo que ella sola levantó la industria de la comida a domicilio. No supe lo que era una verdura hasta cumplir los dieciocho. Y eso hizo que durante toda mi infancia fuera un niño envidiado por mis compañeros del colegio.

»Mi padre es un hombre grande, un poco más bajo que yo, y no sabe abrazar. Él trata de envolverte, como si fuera una especie de oso o una manta, en un abrazo cálido, y huele a un perfume muy antiguo y también muy masculino. Alguien le dijo con veinte años que una barba poblada le daría una imagen más genuina de hombre comprometido con los ideales de la izquierda, y yo siempre le he visto con esa mata de pelo descuidada creciéndole en la cara. Además, es miope y usa gafas. Le gustan los pantalones anchos, las camisas lisas y las chaquetas de pana. Y tiene un Volvo de los años setenta que le hace sentirse como el profesor universitario protagonista de una de sus novelas americanas favoritas. Creo que eso es lo que más le hubiera gustado ser en la vida. Eso y ser alcohólico.

»Siempre están hablando de que cuando se jubilen se comprarán una caravana y se irán a recorrer el mundo hasta que encuentren un lugar en el que decidan parar. Para mi padre, ese lugar siempre está en un recóndito bosque prácticamente inaccesible y sin contacto con otros seres humanos, y para mi madre, al lado de una playa con un chiringuito y tumbonas con sombrillas. Así que mi padre tendrá que comprarse protector solar.

Ella se rio de nuevo con esa carcajada abierta, tan natural y sincera.

—Y antes de que me lo preguntes, y para completar el retrato doméstico, te diré que también existe un hermano cuatro años mayor que yo. Que también es funcionario y que ahora vive con su adorable mujer, que está embarazada de su primer hijo, en una casa adosada a las afueras de Bruselas. O sea que eso me convierte en la persona más rebelde e inconformista de toda mi familia.

—¿Te llevas bien con tus padres?

—No me llevo mal. Mantenemos cierta distancia, pero estoy seguro de que me quieren y yo los quiero a ellos.

—No es algo tan común —dijo—. La mayoría de la gente que yo conozco no se lleva bien con sus padres, y eso es lo que debería ser. Cuando eres pequeño los quieres. Ellos te quieren y tú respondes a ese amor de la misma forma, pero cuando te conviertes en un adulto, a lo mejor te das cuenta de que no tienes nada que ver con ellos. Es posible que sean nazis o vegetarianos, o unos maltratadores, o funden una secta cuyas normas son pavorosas o, simplemente, no haya química entre vosotros. Si eso te ocurriera con otra persona, supongo que te darías la vuelta, y si te cruzaras con ella por la calle, te cambiarías de acera. Pero a tus padres los tienes que seguir aguantando toda tu vida. ¿Por qué? No tiene ningún sentido.

—Están los desafíos de la vida, las obligaciones, la necesidad de no estar solos, las experiencias comunes y la sangre. Todo eso es lo que en realidad hace que las familias sigan unidas. Y a veces, por muy extraño que te parezca, la gente se quiere —le contesté. Se quedó en silencio un segundo y entonces añadí—: No estabas hablando de tus padres, ¿verdad?

—No. No hubo tiempo para que dejaran de gustarme. Hablaba de mi tía Amparo y de mi tío Julio. Yo nunca le gusté a mi tía Amparo, así que nunca me quiso. Ella no podía tener hijos. Se construyó una vida ideal, una vida de fiestas, de reuniones sociales, de cenas, de viajes al extranjero, de actividades sociales y artísticas, y yo llegué para ser un obstáculo y ensuciar todo aquel paisaje. Sentí que era así al poco tiempo de que me llevaran a vivir con ellos. Mi tío Julio apenas hablaba y casi siempre se mantenía distante, pero también tengo que decir que era la persona que me llevaba y me recogía en las actividades extraescolares, y si le pedía un favor o ayuda para hacer algo, siempre estaba dispuesto a hacerlo aunque le molestara. Era su carácter. Él siempre hacía frente a sus obligaciones. Y así es como me sentí yo durante aquellos años. Como una obligación.

—Es difícil no querer a una niña huérfana de cinco años.

—Tampoco es fácil. Querer no es fácil. A pesar de lo que la gente piensa.

—Yo te quise a ti desde el primer momento en el que te vi.

—Eso no es verdad. Y no creas que eso me molesta. Al contrario. Sé que el verdadero amor viene luego.

Me cogió por las mejillas y me dio un beso largo y profundo, y después, cuando nuestros labios se separaron, apareció en su rostro esa enorme sonrisa que era como la expresión física de la felicidad. Y yo sabía en qué estaba pensando.

En momentos como aquel nos empujábamos el uno al otro o caminábamos a trompicones hasta la cama, y nos desnudábamos encima o debajo de las sábanas. Éramos jóvenes, teníamos las hormonas en un estado de efervescencia total y nos acabábamos de conocer y cualquier roce de nuestra piel, cualquier mirada, un comentario inmoral o abiertamente obsceno, cualquier gesto que de una forma asombrosa parecía un descubrimiento nos llevaba a acercarnos y entonces —estuviéramos haciendo lo que estuviéramos haciendo— nos lanzábamos como locos el uno contra el otro y comenzábamos con aquella danza salvaje que nos dejaba extenuados y completamente satisfechos de la vida.

Me gustaba contemplarla desnuda. Era en aquellos días una obsesión memorizar cada parte de su anatomía, y creo que todavía —o ya desde el principio estaba en mi corazón ese sentimiento de pérdida o ausencia— la tengo. Aprendí cómo era la geografía de su cuerpo. De espaldas, me llamaba la atención su bonito y delgado cuello, la prominencia de sus vértebras cervicales y lo tirante de su piel, el canal que partía en dos su espalda y los dos hoyuelos a la altura de sus caderas, justo un poco por encima de aquel precioso culo, con la forma de un melocotón, un poco respingón, tanto que tenía que contener las ganas de darle un mordisco. Las piernas tan largas, sus muslos torneados, sus pantorrillas de chica deportista y sus tobillos finos y delicados. De frente, sus dos senos redondos y orgullosos, las areolas rosadas, los pezones salientes que se erguían endurecidos con el mínimo contacto, la piel tan tersa y suave de su vientre, la depresión que formaba su ombligo, el vello castaño de su pubis, de nuevo aquellas piernas largas que finalizaban en aquellos pies tan bonitos, pies egipcios, y sus dedos tan pequeños, cuidadosamente descendentes, sus uñas tan pequeñas, que ella pintaba de diversos colores. Recorría una y otra vez su cuerpo. Estar con Be era como tener una enfermedad. Una enfermedad que solo se curaba guardando cama.

—Si voy a vivir aquí, creo que tendríamos que hacer algunos cambios —dijo unos días después de mudarse—. No puedo vivir entre cajas de cartón ni un día más.

Le contesté que podía tirarlas todas. Be hizo limpieza. Luego compró algunos muebles y consiguió otros prestados. Encontró un cabecero para la cama en una tienda de segunda mano, un par de alfombras que le dieron un toque

especial al suelo de tablas de madera y dos o tres lámparas de pie que plantó aquí y allá.

—Odio la luz blanca. —Be hacía declaraciones de ese tipo.

Montó en una de las paredes una estantería donde organizó todos los libros y la música. A su lado colocó la mesita redonda y dos sillas de madera tipo café, que era donde comíamos y desayunábamos. Colgó de las paredes las fotografías y el par de grabados que trajo con ella. Y después se sentó en el sofá de cuero — de lo poco que había antes de su advenimiento— y admiró su obra. Y se sintió orgullosa de lo que había hecho en unos pocos días.

Lo cierto es que apenas quedaba rastro de mi vida anterior.

Los comienzos no siempre son fáciles.

Ocurrió durante nuestro primer mes de convivencia juntos. La luz era triste, como correspondía a un día feo y gris del invierno. Me desperté mucho más tarde que de costumbre. A media mañana. Me incorporé sobre las almohadas. Ella estaba sentada en mi escritorio. Llevaba un pijama que le estaba claramente grande, de cuadros escoceses, rojos y negros, un mechón de cabello le caía por la cara casi hasta los labios, había una taza de café sobre un montón de papeles, tenía una pierna encogida sobre el asiento de la silla y leía muy concentrada un texto en la pantalla del ordenador.

—Buenos días —la saludé todavía somnoliento.

Ella giró la cabeza, con cierto aire despistado, y entonces dijo en un tono despreocupado, sonriendo:

—Estoy leyendo tu guion.

Gruñí algo inaudible y, ofuscado, me dejé caer de nuevo sobre las almohadas. Aquello me parecía una gran falta de respeto. A mí nunca se me hubiera ocurrido leer algo sin el permiso del autor. Pero supongo que en aquel momento la quería demasiado. Me levanté y me serví un café caliente en la cocina. Con cierta curiosidad observé por encima de su hombro la página que estaba leyendo. Después me metí en el baño y me di una larga ducha. Al salir, la encontré tumbada sobre la cama. Fumaba un cigarrillo y miraba el techo del apartamento. Me vestí lentamente, me acerqué de nuevo a la cocina y me serví otra taza de café, y cuando ya no pude actuar con más indiferencia, me acerqué y me senté a su lado.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

Ella se volvió sobre sí misma rodando sobre la superficie blanda de la cama y se quedó boca abajo apoyando la barbilla sobre la palma de una mano para sostener su cabeza erguida. Y después suspiró de una forma que no presagiaba nada bueno.

—No me ha gustado —dijo—, nada.



Me quedé observándola boquiabierto y pensé que me estaba gastando una broma. Una broma que no tenía demasiada gracia.

—Lo digo en serio —añadió—, no es un buen trabajo. De hecho, creo que deberías tirarlo a la basura.

—Es un borrador —le contesté—, no está terminado.

Arrugó la frente.

—Da igual. Nunca será bueno.

Aquella frase me dejó aturdido. Fue como si una explosión me hubiera destrozado los tímpanos y alguien estuviera hablando a mi lado pero su voz sonara muy lejana. Recuerdo palabras y algunas frases, y el contexto general de su crítica, que consistía en que la historia que estaba escribiendo carecía de autenticidad, era aburrida y se notaba mucho que quería imitar a ciertos autores americanos de posguerra a los que yo admiraba y a ella le parecían sobrevalorados. Dijo que el argumento era absurdo, una idiotez, que no le interesaba nada y que además no era original; que a la estructura le faltaba pulso y tensión, que desde el principio sabía lo que iba a pasar y que no le había sorprendido en ningún momento; que los personajes le parecían estereotipos sin sangre en las venas; que los diálogos que yo había escrito con la intención de que fueran profundos resultaban tediosos, presuntuosos y escuchados una y mil veces antes.

—Creo que deberías olvidarte de esa historia y empezar una nueva.

—Y yo creo que no tienes ni puta idea —le contesté.

Cogí mi abrigo y, dando un portazo, me marché a la calle. Le escuché decir —ya digo que lo recuerdo como si me hubiera estrellado en un 747 y caminara entre los restos del avión— que esperara, que no me lo tomara así, que habláramos, que lo sentía, pero no me detuve. Salí a la calle. Había olvidado la cartera y no llevaba más que un puñado de monedas en el bolsillo. Insuficiente claramente para coger un transporte que me llevara al otro lado del planeta. Así que lo único que pude hacer fue caminar. Vagué por las calles de aquí para allá hasta que comenzó a caer un lluvia fría y dura que me hizo refugiarme en un bar de barrio habitado por un puñado de desheredados con sus vidas perdidas y los cerebros destrozados por alcohol barato de alta graduación. Y allí estuve gran parte de la mañana resistiéndome a volver a mi apartamento y aceptando que aquellos tipos me observaran con compasión. Llovió hasta bien entrada la tarde. Cuando las luces blancas de los fluorescentes del techo ganaron protagonismo, me levanté de la silla, pagué mis consumiciones y volví al apartamento.

—Lo siento —dijo ella levantándose de la silla del escritorio en cuanto escuchó las llaves en la cerradura de la puerta.

Y vino hacia mí despacio, como si tuviera miedo o tuviera que guardar mucha precaución, como si yo fuera un animal salvaje al que alguien hubiera criado desde pequeño y que, de repente un día, enseña su verdadera naturaleza y entonces, por primera vez, su dueño es consciente del peligro que representa vivir con él.

—No —dije—, tienes razón.

Y era verdad. Yo también tenía una mala sensación que me corría por dentro. Eso que ella había expresado con una brutal sinceridad era algo que yo también había sentido y que había tratado de ocultar a dos metros bajo el suelo esperando que nadie se diera cuenta. Y sin embargo, la primera lectora que se había asomado al manuscrito lo había desenterrado. Aquella historia no funcionaba. Y como había dicho ella, era mejor tirarla a la basura.

Tenía un nudo en la garganta y no podía respirar muy bien. Quizá eran los síntomas de un resfriado o una pulmonía, consecuencia de haber caminado bajo aquella lluvia dura y fría, de haber estado todo el día con los pies mojados sentado junto a la ventana de aquel bar mugriento, sin calefacción y a merced de la corriente que se generaba cada vez que alguien abría la puerta de hierro y cristal pintada de un deslucido verde. Quizá simplemente eran las ganas de echarme a llorar. Be dijo que no era una tragedia que no me hubiera salido bien, que había miles de historias esperando a que yo las contara, que yo tenía talento, que ella lo sabía, que el cortometraje que había escrito en la Escuela valía cien veces más que eso, mil veces más, y que el drama hubiera sido entregárselo a algún productor.

—Tengo que hablar con Diego —le dije.

Y me volví a echar a la calle. Las oficinas en las que el padre de Diego tenía su negocio de traducción estaban en un barrio del sur de la ciudad, justo en el extremo contrario a donde nosotros vivíamos. Supongo que al verme en la barra del bar donde me había dicho que le esperara, con el abrigo y los zapatos mojados y la mirada fija en la etiqueta de la botella de cerveza, pensó que algo terrible había pasado, a mis padres o quizá a Be. Así que cuando le dije que solo quería hablarle del guion le invadió una sensación de alivio que relajó la expresión de su rostro. Le dije que había estado leyendo una vez más lo que estábamos escribiendo y que no le veía ninguna salida o futuro o como quisiera llamarlo, que todo aquel tiempo le habíamos estado dando vueltas a una historia que no funcionaba, poniendo parches según íbamos escribiendo, y que quizá esa era la razón por la que nos había costado tanto llevar el proyecto adelante y por lo que estábamos enfangados en la vigésima versión.

—Pero —dijo casi en un susurro— ¿por qué ahora?

Sentí que la vergüenza me invadía, pero no me atreví a mentirle. Le conté que Be lo había leído y que su crítica había sido tan certera como una flecha apache en el corazón, que yo me había ido furioso del apartamento, con esa especie de velo rojo que me cubría la visión cuando me enfurecía, pero después, en el bar roñoso, las cosas se habían ido aclarando dentro de mi cabeza, que había repasado un argumento que sabía de memoria y que, a medida que intentaba contármelo a mí mismo, veía cómo se deshacía en mis manos como un pedazo de plástico que hubiera estado años al sol. Be tenía razón en todos sus comentarios y no me había sido muy difícil admitirlo porque llevaba mucho tiempo con esa sensación en mi interior.

—Deberías habérmelo contado antes.

Sé cuánto le debió doler a Diego. De repente, todo aquel trabajo que habíamos hecho juntos durante meses se vino abajo. Yo lo había dado por muerto antes de hablar con él, y el hecho que había precipitado el final era que Be, alguien que llevaba viviendo conmigo solo tres o cuatro semanas, había machacado mi autoestima con una crítica tremendamente destructiva, y yo me había venido abajo y no había opuesto ni un mínimo de lucha. Podría haber gritado que Be era solo una puta meritoria de producción recién salida de la Escuela hace unos meses, igual que nosotros, que no era precisamente uno de los popes del análisis de guion del mundo cinematográfico, y que aquella opinión no podía pesar más que la suya, por ejemplo. Hubiera tenido todo el derecho del mundo, hubiera estado justificado que me agarrara de las solapas del abrigo y me zarandeara delante de todos aquellos honrados trabajadores de polígono industrial que bebían cerveza antes de ponerse en camino hacia sus hogares. En honor a la justicia, no hubiera podido afearle algo así porque tenía todo el derecho del mundo a hacerlo.

—También es tu película —le dije—, eres tan autor de esa historia como yo, así que si quieres intentarlo, yo no voy a ser ningún estorbo.

Creo que aquello le cabreó más que todo lo que le había dicho antes. Bufó, se quitó las gafas y las soltó encima de la barra y se masajó los ojos con los dedos de su mano, y por la crispación que denotaba su expresión, pensé que me daría un puñetazo en aquel mismo momento.

—Vale —dijo—, me lo quedo.

Me sentí profundamente aliviado y creo que Diego se echó encima una responsabilidad que no quería tener. Bebimos en silencio. Seguramente me maldijo, y a Be y a toda mi familia. Al cabo de unos segundos, y todavía con cierto tono de enfado en su voz, dijo:

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? Tienes un compromiso, tienes que entregar algo que se parezca a un guion dentro de dos semanas.

—Empezaré a escribir otra historia.

—¿Sobre qué?

—Todavía no lo sé. Pero tengo toda la noche para pensarlo.

—Si necesitas que te eche una mano, ya sabes dónde estoy —dijo, y yo le di las gracias al universo por tenerle como amigo.

A la mañana siguiente me levanté mucho antes de que hubiera amanecido, preparé café, me senté en mi escritorio y comencé a escribir. Eso fue lo que hice durante las dos semanas siguientes. Encendía una sola luz, una lamparita imitación de un modelo famoso en los sesenta que ella me regaló a los pocos días de venirse a vivir al apartamento. Escribía muy concentrado la nueva historia que quería contar, pero de cuando en cuando necesitaba un pequeño soplo de inspiración, y entonces giraba la silla y la observaba. Su cuerpo era un bulto bajo el edredón. A veces, si el silencio reinaba en la calle y en el edificio, podía escuchar su respiración o algún ligero ronquido que me hacía sonreír, porque después yo bromearía con ella diciéndole que roncaba y ella haría que se enfadaba y pelearíamos. Allí sentado, me invadía la sensación de ser una persona tremendamente afortunada. De haber conseguido algo que en el fondo no me merecía, y que eso lo hacía más extraordinario y a mí más feliz. Y aquello me inspiraba y entonces volvía a concentrarme en la historia y podía escribir varias horas seguidas hasta que ella se despertaba. Desayunábamos juntos —aprovechaba para hacer un descanso— y, después ella se daba un baño, se vestía y salía a la calle —«No quiero molestarte», decía—, y solía volver para la hora de comer. Ella insistía en comer en el apartamento —decía que hasta que ella no consiguiera un trabajo o yo vendiera mi guion teníamos que ahorrar todo lo que fuera posible—, y a mí me gustaba mucho observarla mientras cocinaba. Por la tarde solía escribir unas cuantas horas más. Y por la noche podíamos quedarnos en casa viendo una película o una serie, o salir por ahí a pasear, a recorrer el centro de la ciudad. Me gustaba caminar con ella agarrada a mi brazo, entrar en una librería y curiosear entre las novedades, o tomarnos una cerveza en un bar y hablar durante horas. Yo le contaba cómo iba la escritura y ella me escuchaba y hacía preguntas, y yo trataba de encontrar las respuestas, y cuando no podía resolver algún problema, lo apuntaba en una libreta y era en lo primero que trabajaba a la mañana siguiente. Y de vuelta en el apartamento, escuchábamos música —ella bailaba descalza—, bebíamos vodka con hielo y lima y hacíamos el amor.

No fueron dos sino tres las semanas que estuve escribiendo un extenso tratamiento —había algunas secuencias dialogadas— sobre la historia de una mujer y su lucha por recuperar a sus hijos en los años posteriores al final de la Guerra Civil. Escribí la última frase cuando el sol despuntaba por encima de los

edificios de la ciudad que se veían desde nuestra ventana. Aquello me pareció un buen presagio. Me fumé un cigarrillo viendo cómo sus rayos hacían revivir el color rojo de los tejados y después me tumbé en la cama junto a Be y le soplé en la nariz para que se despertara. Abrió los ojos y me miró como si no entendiera a qué obedecía aquel maltrato —nunca se despertaba tan temprano—, y me preguntó qué pasaba.

—He acabado el tratamiento.

Aquello hizo que apareciera en sus labios una gran sonrisa.

—Quiero leerlo. Ponme una taza de café.

Le puse una taza de café y después me metí en el baño. Estaba leyendo de forma muy interesada cuando me puse el abrigo y le dije que me bajaba a la calle a tomar un café en un bar al que solíamos ir a menudo. Ni siquiera supe si me había escuchado. Soltó una especie de suspiro con sonido de pitido y cerré la puerta tras de mí. Be leyó el tratamiento sin parar ni un solo segundo. Cogió las hojas impresas —prefería leerlo así que en la pantalla del ordenador— y durante las horas siguientes las transportó por la casa: del escritorio a la cama, de allí a la cocina y de allí al baño, y después a la mesita donde comíamos, para acabar de nuevo en el dormitorio. Si me hubiera quedado allí, la habría escuchado reírse y también llorar. Y lloró mucho leyendo las últimas páginas de la historia.

Yo me tomaba mi tercer café, o quizá era el cuarto, mientras leía una novela barata que había metido en el bolsillo del abrigo antes de salir del apartamento, cuando entró por la puerta y se sentó en mis rodillas.

—Es un historia preciosa y será una película estupenda. Me ha emocionado mucho, de verdad, mucho. Enhorabuena.

Y se abrazó a mi cuello y reposó su cabeza en mi hombro; y estuvo allí anidada unos segundos que me parecieron eternos. Y la idea que me había atormentado durante los últimos meses —de ser un fraude y de estar viviendo en una mentira— desapareció.

Llamé al productor y, tal y como Be había pronosticado, no me estaba esperando haciendo guardia ante el teléfono. Su secretaria me dio cita para dos semanas después y aproveché aquel tiempo extra para pulir y corregir algunas cosas y escribir alguna secuencia más. Be me ayudó con algunos diálogos y también con unas cuantas descripciones.

La oficina estaba en el segundo piso de un edificio situado en una calle comercial del centro de la ciudad, no muy ancha y bastante arbolada. Recuerdo que me detuve un par de minutos delante de la fachada del edificio y pensé que era un buen lugar para trabajar. Subí las escaleras, atravesé una puerta y le di mi nombre a una chica que tras una mesa de oficina hacía de recepcionista. Dijo que debía esperar a que terminara una reunión. La oficina de la productora ocupaba

la planta completa del edificio. Tenía los techos muy altos y bonitas molduras y el suelo de madera, y se notaba que le habían hecho una gran reforma que había tirado muros y abierto los espacios y que dejaba ver a un lado y otro diáfanos despachos y salas de reuniones con puertas y paredes de cristal donde se movían hombres y mujeres atractivos con aspecto de tener vidas interesantes. En las paredes colgaban carteles de las películas que habían producido. El productor, Bolea, así es como le llamaba todo el mundo y como me dijo que le llamara también, salió un par de minutos después y me llevó hasta su despacho y fue amable y simpático, y sobre todo muy educado. Se acordaba de mí, o eso dijo, y de la historia que yo había escrito para el corto de la Escuela. Y también de que uno de los profesores, que era muy amigo suyo, le había preguntado si me había puesto en contacto con él. Dijo que le llamaría cualquier día de esos para informarle de que me había visto y que yo seguía vivo. Le entregué el tratamiento. Me hizo sentar en un sillón, un poco rígido, frente a una mesa baja, y me pidió que le contara de qué iba la historia. Me escuchó con atención, hizo un par de preguntas y también alguna apreciación. Dijo que lo leería y que me llamaría para darme su opinión. Le di las gracias. Dejó el tratamiento sobre su escritorio. Tenía al menos una docena de proyectos de largometraje, de argumentos y varios guiones terminados esperando a ser leídos también. Una auténtica montaña. Me acompañó hasta la puerta y después se despidió y volvió a su despacho. La recepcionista ni siquiera levantó la mirada. Supongo que no pensaba volver a verme. Yo tampoco.

Era una perezosa mañana de domingo del principio de aquella fría primavera. Nos habíamos levantado pronto, habíamos hecho café, desayunado, y después nos habíamos vuelto a meter bajo el edredón y habíamos hecho el amor, y luego nos habíamos quedado un rato más vagueando en la cama. Sonó el teléfono y me levanté para cogerlo pensando que sería Diego o quizá algún otro amigo proponiéndome que nos viéramos para tomar el aperitivo en uno de los bares del centro o para cualquier otra cosa. Era Bolea, el productor al que unos días antes había entregado el tratamiento. No, no lo había leído. Lo había hecho su mujer. Y en ese momento, mientras estaba hablando conmigo, ella todavía tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Su mujer decía que aquella era la historia más bonita que había leído en mucho tiempo, que tenía que producirla y que sería una película maravillosa. Quería que nos reuniéramos esa misma semana.

Unos días después crucé de nuevo la puerta de la oficina de la productora, pero la recepcionista no me miró de una forma distinta a la semana anterior. Mi impredecible éxito le era totalmente indiferente. Bolea salió a recibirme y me llevó hasta su despacho. Había leído el tratamiento y le había gustado, pero

también sabía que quedaba mucho trabajo por hacer. No quería mentirme y debía ser consciente de que en cualquier momento el proyecto podía venirse abajo.

—Ahora, también te digo que, si el guion es tan bueno como el tratamiento, produciré la película. Te lo prometo.

Y además quería darme trabajo para que pudiera ganar algo de dinero mientras escribía mi guion. Tenía una película que ya estaba financiada y lista para rodar, pero había algo de la historia que no acababa de convencerle.

—Necesito que le des una vuelta. Tienes tres semanas —dijo—. Dale tus datos a Marga para que te hagamos un contrato.

Nos dimos un apretón de manos. Una dosis de ácido lisérgico corría por mis venas cuando salí del despacho de Bolea. Las paredes de la oficina se habían llenado de sugestivos colores y Marga, la recepcionista, tenía en sus labios una sonrisa tan grande como la del gato de Cheshire. Corrí —o quizá floté sobre el asfalto— hasta un abrazo con Be. He escrito muchas veces sobre gente que es feliz. Aquello era ser feliz.

Dos días después desapareció. Era por la tarde. Yo escribía y ella estaba tumbada en la cama leyendo una novela. La noté un poco inquieta. No era capaz de concentrarse en la lectura y el libro no le duraba mucho entre las manos. Se levantó de la cama —creo que su primera intención era tomarse un café—, se asomó a la ventana y se quedó allí, mirando la calle. Yo no le prestaba atención, pero cuando dejé de escribir para encender un cigarrillo, ella ya tenía puestas las botas y estaba cogiendo una cazadora que había dejado sobre el sofá de cuero viejo, y después me robó un par de cigarrillos y dijo que se iba a dar una vuelta y que volvería pronto. No volvió.

La esperé el resto de la tarde y toda la noche. Su móvil, al que llamé al menos una docena de veces, estaba apagado. Cuando al día siguiente me desperté y me di cuenta de que no había vuelto, pensé que algo malo le había ocurrido. Mi primera intención fue llamar a emergencias, y estaba dispuesto a hacerlo cuando me dije que quizá debía esperar un poco más. Me di el argumento de que no me prestarían verdadera atención hasta que no hubieran pasado veinticuatro horas de la desaparición. En realidad, creo que al margen de ese puñado de minutos de la mañana nunca creí que le hubiera pasado algo realmente malo. Así que esperé. Y pasó el mediodía y también gran parte de la tarde. Y durante ese tiempo recreé aquellas últimas horas que habíamos pasado juntos. La agitación con la que se había comportado me recordó a un animal salvaje prisionero en una jaula de pequeñas dimensiones cuyo único deseo es escapar. Y después me detuve en ese instante en el que se había asomado a la ventana y me pregunté si había visto algo en la calle, algo que la hubiera llevado a tomar la repentina determinación de ponerse las botas y salir por la puerta de

una forma que, con el paso de las horas, creía cada vez más apresurada. Solo se me ocurrió que hubiera alguien en la acera frente a la fachada de nuestro edificio e intuí que esa persona no podía ser otra que Karina, su examante. Di por seguro que Be estaría a esas horas con ella. Imaginé a aquella mujer empujando a Be contra una pared, metiendo la mano en sus bragas, frotándole el sexo mientras sus lenguas se enredaban como dos serpientes.

Registré las cosas de Be y di con la dirección de Karina. El lugar no tenía nada de bohemio o vanguardista. Era un gran edificio, ocupaba toda una manzana, situado en uno de los barrios del norte de la ciudad. Esperé en la acera fumando un cigarrillo, acumulando rabia y produciendo bilis. Si hubiera sido un perro, estoy seguro de que un montón de espuma blanca me habría salido por las comisuras de la boca. Como cuando se nos rompió la lavadora. La odiaba. Quería insultarla, escupirle a la cara y agarrarla de su bonito cuello hasta que los capilares estallaran dentro de sus ojos del color de la miel. No soy capaz de cuantificar lo humillado y lo dolido que me sentía. Fumé dos o tres cigarrillos seguidos, hasta que una mujer se acercó al portal y abrió la puerta. Di un par de pasos tratando de no parecer amenazador y le pregunté dónde vivía Karina. En el segundo piso. Subí por las escaleras. La puerta estaba abierta de par en par. En el *hall* encontré a un par de mujeres que formaban una especie de guardia y que me invitaron a pasar. Pensé que había llegado en el momento en que estaba celebrándose un cóctel, una inauguración, la presentación de un libro o cualquiera de esa mierda de actos que Karina organizaba y en los que a Be le encantaba participar. Pero al examinar las caras de la gente —quizá veinte o treinta personas, hombres y mujeres, la mayoría mayores que yo—, me di cuenta de que todos parecían afligidos, que la pena impregnaba sus gestos y su forma de vestir, que el ambiente era sombrío y que hablaban en susurros, y se desvaneció la idea de que aquello era un cóctel, una inauguración o la presentación de un libro. Me asomé a la puerta de una habitación alargada junto a una gran terraza cubierta en la que crecía una espesa capa vegetal que apenas si dejaba entrar la luz del sol. Be estaba allí. Al otro lado del salón, rodeada por un puñado de amigos y amigas que debían haber formado parte de su círculo más íntimo de amistades cuando estaban juntas. Eran ese tipo de personajes que Be había definido como interesantes y exóticos. En los diez o veinte pasos que había dado en el interior de esa casa había perdido un poco la furiosa energía que me acompañaba subiendo los dos tramos de escaleras. Me acerqué. Be salió del grupo y dio un par de pasos. Nos quedamos un segundo quietos y me dio la impresión de que estábamos representando un drama y no existía la cuarta pared.

—Karina ha muerto —dijo.



El labio inferior le temblaba ligeramente. Nos dimos un abrazo, pero la noté fría y tensa. Me preguntó si quería algo de beber y, sin esperar una respuesta, salió de la habitación y yo la seguí. Buscaba apartarme de las miradas de aquellas personas y me llevó a la cocina. Supongo que necesitaba un ambiente más íntimo y discreto para contarme que, en realidad, Karina se había suicidado. Una de sus amigas o compañeras o colaboradoras, o como ella quisiera llamar a la corte de mujeres que estaban siempre a su alrededor, la había encontrado el día anterior en la cama de su casa. Había ingerido un par de cajas de somníferos y también una buena cantidad de alcohol.

—Lo sentí —dijo Be—, sentí que le había pasado algo malo. Por eso estaba tan agitada y por eso me eché a la calle de esa manera. Y de una forma instintiva, la busqué. Fui al bar donde solíamos quedar y me dieron la noticia. Dios. Es horrible. Es horrible.

Parpadeó rápidamente y pequeñas lágrimas se quedaron atrapadas en sus pestañas. Alargué mi mano y se las sequé. Rodeó mi cuello con sus brazos y yo la atraje hacia mí. Entonces, aquella mujer se detuvo en el umbral de la cocina. Era una de las más antiguas amigas de la ex amante de Be.

—Esto es muy propio de ti. —Su mirada no presagiaba nada bueno.

Aquella mujer no levantó la voz ni se comportó de forma vehemente o agresiva, pero su boca se transformó en un surtidor de mierda en el momento en que pisó las baldosas de la cocina. Dijo que Be tenía muy poca vergüenza de haberse presentado en la casa de Karina en aquellos momentos y que era aún peor que yo estuviera allí. Aquel comportamiento la definía como una niña profundamente deshonesto, desleal y miserable. Una egoísta alocada que entraba y salía de las vidas de las personas como en un juego, sin pensar en las devastadoras consecuencias que eso tenía para la gente que se enamoraba de ella. Dijo que lamentaba el día en que se había cruzado en el camino de su amiga Karina, que se había suicidado a causa de su abandono, que no había podido superar cómo la había tratado, de una forma tan cruel. Nadie hizo nada por detenerla o callarla, y el silencio que se extendió por toda la casa fue cómplice de aquellas palabras atroces.

—Elegiste el mejor momento para darte cuenta de que, en realidad, lo que te van son las pollas.

Le agarré la mano con fuerza y la saqué de allí. No me costó nada tirar de ella. No había resistencia. Era como llevar un animal manso atado con una cuerda. En la calle nos detuvimos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Se suicidó por mi culpa. Yo soy la razón.

Había dejado varias cartas escritas. Instrucciones sobre lo que se debía hacer tras su muerte, sobre la ropa con la que debían vestirla y el peinado que

debían hacerle, sobre a quién debían llamar, medidas legales que se debían tomar, y también una carta abierta a sus amigos. No había ni una sola palabra dedicada a Be, pero debajo de cada línea brotaba su inquina como una sustancia repugnante y ponzoñosa.

—Vamos a casa —le dije.

Se apartó de mí.

—Lo he estado pensando. No voy a volver contigo. Me buscaré otro lugar para vivir. Lo siento. Iré otro día a recoger mis cosas. Ha sido un error. Lo siento.

Me acerqué a ella y volvió a dar un paso atrás. Sentí la mirada de la gente que pasaba por la calle.

—Entiendo el dolor que siente esa mujer, y también que necesita un culpable para justificar de alguna manera lo que ha hecho su amiga. Echarte a ti la culpa es mejor que admitir que estaba mal de la cabeza, y que ha sido su desequilibrio mental lo que la ha empujado a atiborrarse de pastillas hasta morir. Y lo más terrible es lo que ha querido hacer contigo, Be. Tenía que odiarte mucho. Con su muerte, no solo se ha quitado la vida, también ha intentado jodértela a ti. No puedes dejar que lo consiga.

—Estropeo todo lo que toco, destruyo a todos los que se acercan a mí y haré lo mismo contigo. Es mejor que lo dejemos aquí.

—No podrás destruirme, Be. No creo que tengas el poder de destruir a nadie.

Se dio la vuelta y se alejó con pasos rápidos. La dejé ir. Sabía que no podría detenerla. Volví al apartamento. Unas horas después escuché el ruido de unas llaves en la cerradura. Era ella. Entró y se detuvo en mitad del pequeño salón. Parecía agotada, extenuada, como si no hubiera dejado de caminar ni un solo segundo desde el momento en el que nos habíamos separado.

—Si alguna vez no quieres continuar con esto porque te da miedo o porque no confías en mí, o porque piensas que solo te haré sufrir, o si crees, como mi tía, que no soy capaz de controlar mis impulsos sexuales y que lo que me pasa es que estoy mal de la cabeza y pierdo el culo por que alguien me folle, échame de tu apartamento y de tu vida. Recogeré mis cosas y me iré.

—No —dije—, eso no pasará.

La atraje hasta la cama. La rodeé con mis brazos y ella se acomodó contra mi pecho como si fuera una niña pequeña. Estuvimos muy quietos durante un rato hasta que reuní las fuerzas suficientes para volver a hablar.

—Te quiero, Be.

Aquel fue uno de esos extraños —por únicos— momentos en la vida en los que uno toma una decisión y es consciente de lo que implica el camino que está

escogiendo y las consecuencias que tendrá. Recordé la última frase que Karina me había dirigido: «Vas a sufrir lo que no está escrito».

En la terraza hacía calor. Cerré las puertas acristaladas del salón, encendí el aire acondicionado y me serví un vaso grande de agua con hielo en la cocina. Un agente me siguió hasta allí y de vuelta hasta el salón. Comprendí que le habrían ordenado que me mantuviera vigilado. Me pregunté adónde habría ido Driza. Supuse que el subinspector Frei le había desvelado algún asunto importante de la investigación y que quizá le había acompañado para verificarlo. Después me enteré de que solo había cruzado la calle.

La casa de nuestros vecinos era un edificio parecido al nuestro, también de dos plantas, formando un cubo, con un pequeño patio delantero y un jardín trasero donde apenas si había sitio para una mesa y unas sillas bajo una pérgola de madera comprada en la liquidación de unos grandes almacenes. Alicia y Juan habían sobrepasado hacía pocos años la cuarentena y tenían dos hijos. Ella trabajaba en el departamento comercial de una multinacional y él era ingeniero técnico en una empresa de combustibles. Vivían allí desde unos años antes que nosotros y fueron las primeras personas a las que conocimos cuando nos trasladamos. Ocurrió el mismo día de la mudanza. Aparecieron en la puerta de nuestra nueva casa con una botella de vino fría y dos copas y una docena de madalenas caseras, y nos dieron la bienvenida de esa manera.

Él era un hombre de mediana edad con unos kilos de más alrededor del abdomen. Había formado parte de un equipo de balonmano semiprofesional durante su juventud y el deportista que había sido todavía respiraba bajo aquella capa de grasa. Los fines de semana iba al gimnasio y jugaba al tenis con sus compañeros de la oficina. Alguna vez me invitó a que le acompañara, pero la verdad es que siempre me escabullí de aquellas citas con diferentes excusas, y después del altercado ya nunca volvió a invitarme. Siempre me había parecido un hombre de carácter afable, cariñoso con sus hijos —los llevaba a los dos cargados sobre su espalda como si fuera un gigante luchando con dos enanos—, educado y discreto. Manteníamos una relación cordial y era de los pocos vecinos con los que podía tener una charla trivial pero agradable.

Alicia no era tan afable. Hacía tiempo que solo intercambiábamos saludos por guardar las más mínimas normas de educación. Era una mujer no muy alta, con poco pecho, pero dotada de unas generosas caderas y unas piernas regordetas. Una nariz respingona, los pómulos altos, labios pequeños y unos ojos redondeados le daban la apariencia de una belleza que en realidad no tenía. Es posible que con quince o dieciséis años fuera muy popular entre los chicos, pero desde aquel momento su atractivo había iniciado un dramático descenso que ella trataba de detener con cremas y tratamientos de belleza. Aquel día, cuando abrió la puerta al inspector Driza, llevaba el cabello de un castaño oscuro cortado en una media melena y una goma recogéndolo en una pequeña coleta.

El policía sonrió al mismo tiempo que, con un gesto que ya era casi un reflejo, metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y le mostraba su identificación. Cortesía y autoridad. Driza recordó que la había visto al volante de un coche, un modelo familiar de color gris, esa misma mañana en la carretera. Le vino la imagen de los dos niños —le habían recordado a sus propios hijos— en el asiento de atrás con las palmas de las manos pegadas al cristal y sus bocas semiabiertas. Nuestra vecina le preguntó qué era lo que había pasado y el inspector le informó de una forma muy resumida, y obviando todo tipo de detalles sobre la agresión que había sufrido Be la noche anterior.

—¡Dios mío. Eso es horrible! —exclamó, y después se llevó la punta de los dedos de la mano derecha a los labios para subrayar con ese gesto el horror que sentía.

—¿Podría hacerle unas preguntas? —le interpeló el inspector.

—Por supuesto —le contestó ella—. Pase, por favor. Hablaremos dentro. Se está mucho mejor que aquí.

El inspector observó —como cualquiera que hubiera entrado en aquella casa y tuviera un poco de sentido común— que el salón había sido decorado con buenos muebles, pero con muy poco gusto. O más bien con un gusto antiguo, como si las personas que habitaban aquella vivienda fueran de otra época. La casa tenía una atmósfera especial que era como una continuación del aspecto y la personalidad de su propietaria. Le ofreció un té helado con hierbabuena con la misma naturalidad que si se hubieran conocido en 1868 en el glorioso estado de Alabama, y el inspector, educado, aceptó. Alicia trajo de la cocina dos vasos de aquel té helado y, después de pasarle uno al policía, se le quedó mirando fijamente con una sonrisa de expectación. El inspector interpretó que quería que lo probara y le diera su impresión.

—Está muy bueno —dijo—, realmente muy bueno.

—Yo misma cultivo la hierbabuena en el jardín. —Y suspiró satisfecha.

Volvieron al salón y se sentaron en sofás opuestos, separados por una mesita baja. Ella colocó unos posavasos de corcho con un dibujo de caza sobre la mesa para que la bebida no dejara un cerco de humedad.

—¿Estaba ayer aquí cuando comenzó a llover?

—No. Fui con los niños a casa de unos amigos. Comenzó a llover cuando llevábamos al menos un par de horas allí. Lo siento —le contestó.

Alicia notó cómo el inspector dirigía su mirada con decepción hacia las ventanas del salón, como si hubiera perdido el interés por hablar con ella y estuviera deseando apurar de un trago la bebida y marcharse de allí. Alicia tragó saliva, sonrió nerviosa y respiró profundamente.

—Aunque podría contarle otras cosas, ¿sabe? Nuestras casas están tan cerca... Es imposible no enterarte de lo que ocurre aquí al lado.

Recuperó de inmediato la atención y el interés del inspector y se congratuló de haberlo logrado de una forma tan decidida e inteligente.

—¿Qué clase de relación mantiene con sus vecinos?

—Al principio nos unía una relación muy buena, diría yo. Pero después nos distanciamos, ¿sabe? Ahora mantenemos un trato correcto, nos saludamos al volver de vacaciones, nos felicitamos en Navidad y esas cosas, pero poco más. Una relación educada aunque un poco fría. Así la definiría yo.

—¿Y cómo se llevan entre ellos? —le preguntó el inspector.

—Creo que hace tiempo que no están bien. Discuten constantemente. Y también tienen muchas peleas. Creo que están a punto de separarse.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya ve que nuestra casa está separada de la suya por una calle, pero incluso así, muchos días, y también muchas noches, los oímos discutir. A veces también escuchamos golpes y portazos. Ya sabe. Recuerdo que una noche él le dijo que no aguantaba más o que no lo soportaba más. Y durante varios días dejé de verle y supuse que habían decidido separarse. Pero después volvió. Aunque las peleas no se terminaron ahí. Y la verdad es que, ahora que lo pienso, puede que hayan subido de intensidad en los últimos tiempos.

El inspector se quedó con la mirada distraída en el vaso de un cristal grueso, con unas prominencias, muy de los años setenta, donde los cubitos de hielo flotaban en aquel líquido de un color pardo, oscuro, mientras las pequeñas hojas de hierbabuena y el azúcar se depositaban en el fondo, como en una ciénaga.

—Cree que fue él, ¿verdad?

La frase le sorprendió doblemente. Se había concentrado en sus pensamientos y la voz de Alicia le hizo volver de golpe a la realidad. La

pregunta fue tan certera como si aquella mujer hubiera leído las notas de su pequeño cuaderno.

—Es un poco pronto para sacar conclusiones.

Ella ladeó la cabeza, trató de disimular su sonrisa e hizo algún tipo de comentario insustancial para luego volver al mismo punto.

—Cuando profundice un poco más en esa relación, se dará cuenta de que es la explicación más lógica. —Y añadió de una forma casi condescendiente—: Usted también lo entenderá.

—¿Qué quiere decir?

—Ella era una persona muy especial, créame, no sé cómo definirla sin pronunciar una grosería. Al principio nos pareció una chica corriente, pero después nos dimos cuenta de que de normal no tenía nada.

Alicia comenzó entonces un relato pormenorizado sobre Be, sobre su carácter, su personalidad, su sexualidad, las fiestas y los escándalos que había protagonizado. Habló sobre lo que ella había visto y también sobre lo que le habían contado otras vecinas, amigas, con las que mantenía una verdadera relación de confianza y que no iban a mentirle. La mayoría de los rumores que se habían extendido por la colonia, aunque costaba darles crédito, eran ciertos.

—Hace tiempo dieron una fiesta que acabó con una pelea terrible. Él sacó a rastras a un hombre de su casa, le llevó hasta la mitad de la calle y allí la emprendió a golpes con él. Y no sabe lo que salía por su boca. Se peleaban por su culpa, y no me extraña, porque ella, bueno, tenía una actitud hacia el sexo muy liberal.

La idea que lanzó era el mismo estereotipo con el que se había catalogado a Be desde que era una adolescente: promiscua, ninfómana, adicta al sexo.

—Le encantaba provocar a los hombres. Tendría que haber visto cómo se exhibía en esas reuniones, como si estuviera en celo permanente. Provocó un incidente con una pareja que vivía muy cerca de aquí. Se marcharon hace un par de años. Pobres. Y además le gustaba probar de todo. Esto que le voy a decir no me lo ha contado nadie. Lo he visto yo misma con estos ojos. Una vez la encontré desnuda besándose con otra mujer.

Alicia detuvo su relato. Se había excitado demasiado mientras hablaba. Sus mejillas ardían y se dijo a sí misma que debían estar enrojecidas, y que esa era la razón por la que el policía la observaba con esa curiosidad. Cogió su bebida y le dio un largo trago y sintió con alivio cómo el frío líquido penetraba en su cuerpo. Después carraspeó un segundo y añadió:

—Lo que ha pasado es un drama y no trato de justificarlo de ninguna manera, pero me comprenderá cuando le digo que siento lástima por él, y que si

yo hubiera estado en su situación, quizá también habría hecho lo mismo. Ha tenido que soportar tanto...

En ese momento se escuchó el ruido de unas llaves en la cerradura de la puerta de la casa y el inspector vio entrar a Juan, el marido de Alicia. Vestía una sudadera de manga larga con capucha, pantalón corto y zapatillas deportivas. Llevaba una raqueta de tenis en la mano. El inspector se levantó cuando entró en el salón y ella le imitó. Después los presentó y, antes de que el inspector pudiera decir una palabra, Alicia le contó de una forma resumida lo que había pasado con Be la noche anterior.

—Le estaba contando al inspector que podíamos esperar que pasara algo así. Teniendo en cuenta cómo se comportaba ella.

Juan apretó la mandíbula y cruzó una mirada cómplice con el inspector, como si le hubiera avergonzado el comentario. El policía interrumpió el relato de Alicia de una forma un poco brusca, que alivió a Juan y ofendió a su mujer.

—¿Estaba usted aquí ayer más o menos a la hora de la tormenta?

—Sí —dijo Juan—, no salí en toda la tarde.

—¿Vio a alguno de sus vecinos?

—La vi a ella —afirmó—. Yo estaba en la puerta del garaje poniendo a cubierto las cosas del jardín antes de que empezara a llover.

Driza le hizo un gesto de confianza que le gustó. Casi al mismo tiempo se sentaron en los sofás del salón. Alicia le preguntó si quería un vaso de té con hierbabuena.

—No, estoy bien —dijo con seguridad, y centró su atención en el policía.

—¿Qué fue lo que vio exactamente? —preguntó el inspector.

—Ella salió de la casa. Caminaba muy rápido. Casi corría. En dirección a la salida de la urbanización. —Y con un gesto de la mano indicó la dirección—. Hay una parada de taxis unos cien metros más allá. Imaginé que se dirigía hacia allí, aunque después pensé que era raro porque todos sabemos que en verano suele estar desierta.

Aquella respuesta explicaba de alguna forma la razón por la que Be había decidido caminar por la carretera del bosque en dirección a la ciudad cuando una tormenta estaba a punto de romper el cielo. Después de hacer un par de anotaciones en una libreta, Driza le preguntó si me había visto salir a mí, y él le contestó que no, que justo en ese instante había comenzado a llover y que él se había resguardado dentro de la casa.

—Estuve toda la tarde en mi despacho —explicó—, en el piso de arriba.

—Desde tu ventana se ve la entrada de su casa —intervino Alicia satisfecha de volver a entrar en la conversación.

Juan negó con la cabeza como si no comprendiera.



—El inspector piensa que ha sido él. —Y subrayó el pronombre para hacerle entender lo importante que era que recordara.

Driza levantó la mirada como un perro de caza al escuchar el sonido de una perdiz entre la maleza.

—¿Qué? —exclamó Juan atónito, casi ofendido—, no puede ser. Él no es de esa clase de hombres. No le haría daño. Él la quiere. Lo sé.

—Por favor, ¿qué sabrás tú? Tienen pruebas.

—Yo no le vi salir de la casa —afirmó Juan con rotundidad—. Es posible que fuera detrás de ella o que no. Pero yo no le vi.

Alicia dejó escapar algo parecido a un bufido. El inspector afirmó con la cabeza en silencio. En sus labios se dibujó una inapreciable sonrisa y, después, para esconder otro de esos estados instantáneos de meditación, le dio un sorbo a su té con hierbabuena.

—Quizá deberíamos pasar y darle el pésame —dijo Juan con inquietud.

—No ha muerto —le corrigió Alicia—, está muy grave en el hospital.

Juan se disculpó. Había dado por supuesto que la presencia de un inspector de Homicidios suponía la existencia de un crimen, que Be había fallecido.

—De momento, es un homicidio en grado de tentativa —se explicó Driza—. También es nuestro trabajo investigar este tipo de crímenes.

—Bueno, de todas formas —razonó Alicia—, ella podrá decir si fue él o no cuando mejore.

Driza respondió que Be estaba en coma. Les contó que esa mañana la habían operado y que en aquellos momentos estaba en la unidad de reanimación recuperándose de la operación.

—¿Eso quiere decir que es posible que no sobreviva? —preguntó Alicia.

No podía darles ninguna información sobre el estado de Be. Eso era cosa de los médicos, y después añadió algo que él mismo había escuchado al residente aquella mañana.

—Dependerá de la evolución.

No apuró su té. Se levantó y dijo que debía seguir con la investigación.

—Gracias. Me ha servido de gran ayuda —usó un tono solemne.

Y luego les informó de que quizá los llamarían para que hicieran una declaración oficial y les entregó su tarjeta por si recordaban alguna otra cosa de la tarde o de los días anteriores. La pareja le acompañó hasta la puerta del jardín que daba a la calle. Aparcado en la puerta estaba el coche familiar. El inspector miró fugazmente por la ventanilla. Las dos sillitas de niño en el asiento de atrás, un paquete de toallitas húmedas, algunos juguetes de plástico en el suelo y una vieja pegatina de bebé a bordo en el cristal trasero. Supuso que el interior del coche de aquella pareja tendría un olor muy parecido al suyo, y durante un

segundo se acordó de sus hijos, que a esa hora debían estar jugando con la arena y las olas en la playa. Debía llamarlos.

Cuando el inspector cruzaba la calle miró distraídamente por encima de su hombro. Alicia parecía estar pidiendo disculpas por algo. Juan negaba con la cabeza. No se movieron de allí. Hubiera preferido que volvieran al interior de su casa horriblemente decorada con su té con hierbabuena cultivada por ella misma en el jardín trasero. Quería detenerse y fumar con la esperanza de que el calor del cigarrillo derritiera la angustia que le había sobrecogido durante la conversación con la mujer y la hiciera desaparecer. Estaba seguro de que ella no se había percatado del profundo malestar que había sentido cuando hablaba de las múltiples infidelidades de Be. De nuevo aquella náusea y después la profunda turbación.

Es curioso, pero sentí alivio al verle entrar de nuevo en el salón de nuestra casa. Era peor estar solo.

—Me gustaría volver al hospital —pedí.

—Tengo un agente allí. Nos llamará si se produce cualquier novedad. —Y después de una pausa añadió—: Necesito hacerle algunas preguntas más.

Volvimos a sentarnos uno frente al otro. Sacó el paquete de cigarrillos, cogió uno y después lo hizo resbalar sobre la mesa para que yo mismo me sirviera. Durante unos minutos guardó silencio. Solo fumaba. No quise interrumpir aquella especie de tregua. Después, como si el tiempo imaginario de descanso que se había dado hubiera terminado, apagó el cigarrillo y se quedó observándome con cierta lástima.

—¿Había otra persona? —me preguntó.

—¿Dónde? —le respondí sin entender muy bien a qué se refería.

—¿Su mujer le era infiel con otra persona?

Entonces caí en la cuenta de dónde había estado. Fue su aliento y su olor a hierbabuena lo que le delató. El maldito té con hierbabuena que hacía nuestra vecina Alicia.

—¿Qué le ha contado?

Me miró con cierta timidez, como si le diera apuro repetir sus palabras, y de nuevo sentí simpatía por él. No quise hacerle pasar por la vergüenza de obligarle a contestar la pregunta y le respondí sin alargar la pausa:

—Siempre hay otra persona. Aunque nos digamos que no es así.

Teníamos veintiséis años. Yo estaba escribiendo el guion de mi tercer largometraje. Ninguna de las dos primeras películas había sido un gran éxito de taquilla, pero tampoco fueron un fracaso. Recibieron buenas críticas y algunos premios en un par de festivales. Menores. Bolea, el productor, solía hacerme algunos encargos, trabajos de corrección, de análisis de proyectos, y también la edición de textos que firmaban otros. No me importaba mientras pudiera seguir escribiendo. Esos trabajos eran el ingreso regular que necesitábamos para vivir, y los guiones, el extra con el que pagábamos algunos caprichos. Hubiera sido imposible mantenernos solo con el dinero que había recibido por aquellas dos películas. Por otro lado, Be había encadenado varios buenos rodajes en los últimos tres años y se había ganado una buena reputación. Nunca estaba sin trabajar mucho tiempo. Las cosas nos iban bien.

Creo que Be localizaba exteriores para una producción cuando vio nuestra casa, y sin pensarlo dos veces, llamó a la puerta y se presentó a la dueña. Estuvo hablando con ella toda la tarde —era una anciana ociosa y aburrída— y le arrancó el compromiso de que, si alguna vez le interesaba venderla, sería a Be. Aquella noche volvió a nuestro apartamento exultante y comenzó a hablar de gastar nuestros ahorros para comprar una casita independiente con jardín en un barrio residencial, donde seríamos más felices de lo que nunca habíamos sido.

Seguíamos viviendo en el mismo apartamento del centro, pero sus cincuenta metros parecían haber encogido con el paso del tiempo. Las librerías llegaban hasta la puerta del apartamento, haciendo del pasillo un lugar muy estrecho. En el salón —que también era nuestro dormitorio— habían ido apareciendo pequeños muebles y otra cosas *preciosas* que Be se había *traído* de los rodajes de sus películas. Además, durante aquellos tres años habíamos ido —sobre todo ella— acumulando recuerdos de nuestros viajes, cajitas, figuritas, ceniceros, jarrones de cristal, que habíamos comprado aquí y allá, y también regalos de familiares y amigos. En el ropero no cabían ni unas bragas de Be, y teníamos almacenada ropa bajo la cama y en un baúl que nos servía de mesa baja. En la cocina, los cacharros que necesitaba para sus comidas se habían

multiplicado en el interior de los armarios y, al abrir las puertas, se lanzaban sobre nosotros como presos que escapan por la brecha del muro de una cárcel. Pero yo amaba aquellos cincuenta metros cuadrados. Amaba el sofá de cuero, que todavía resistía como un héroe el paso del tiempo, la cama, la mesa de despacho, los libros que rebosaban por las estanterías, los pósteres y los grabados enmarcados que colgaban de las paredes. Podía pasarme horas observando desde uno de nuestros estrechos balcones la bulliciosa calle del centro donde estaba el edificio, la plaza y su monumento a un héroe olvidado y la torre de la iglesia más allá. Me encantaban el sonido de sus campanas, el olor del guiso de caracoles de un bar cercano y las voces de la gente del barrio.

—Estás loca —le contesté—. Aquí estamos bien.

Me miró y miró a su alrededor, y después volvió a mirarme arqueando una de sus cejas como si se preguntara si veíamos lo mismo o si yo estaba viviendo en una especie de realidad paralela.

—No puedes decir eso en serio.

Con esa frase comenzaba la mayoría de nuestras discusiones. Y aquella duró días o puede que semanas. No pude negarme, una tarde, a visitar la casa y conocer a su anciana propietaria. La mujer me hizo sentarme a su lado en un sofá cubierto por tapetes de ganchillo y me dijo que tenía la impresión de conocerme de toda la vida. Mi novia le había hablado mucho de mí. Escuchaba a Be trastear en lo que suponía que debería ser la cocina y me preguntaba cuántas veces había estado ya allí sin decirme nada. Por el grado de confianza, deduje que unas cuantas. Apareció en aquel momento llevando una bandeja con una tetera, tres tazas y un surtido de galletas de mantequilla que —también a mis espaldas— había comprado en una tienda de nuestro barrio. Y allí me tuvo un buen rato escuchando la historia familiar de aquella anciana. Luego la mujer me empujó a levantarme y a conocer la casa.

—Beatriz te acompañará —dijo—, ella ya sabe dónde está todo.

En el rostro de Be apareció una enorme sonrisa, alargó su brazo y me dio la mano, y después tiró de mí. La planta que daba al jardín —tal y como era entonces— estaba llena de pequeños cuartos, saloncitos, salitas de televisión, un aseo y una cocina. El piso superior estaba dividido en un distribuidor y cuatro pequeños dormitorios. Be me iba explicando los muros que derribaríamos, los espacios que dejaría libres, dónde aparecería una puerta nueva y cómo cambiaría la cocina. Hablaba como si realmente todo aquello estuviera delante de sus ojos. Yo era incapaz de imaginar nada de lo que ella veía.

Creo que discutimos de camino a nuestro apartamento. Me sentía dolido y traicionado, y le dije que nunca me iría a vivir a esa casa. Aquella noche —quizá

hubo otras antes, pero no lo recuerdo— fue la primera vez que nos dormimos sin darnos antes un beso.

Unas semanas después me contó —mientras cenábamos en un restaurante chino que estaba a un par de calles de distancia— que la anciana propietaria había accedido a venderle la casa. De forma inmediata. Había hecho cuentas y podíamos comprarla. Yo creía que la dueña le había puesto un precio desorbitado a aquella construcción ruinoso y así se lo dije, y ella me juró que sería capaz de convertirla en un hogar cálido y maravilloso donde vivir.

—No sé —dije—, creo que es un error.

Noté que una sombra se desplazaba por su rostro, que bajaba la mirada y que no podía apartarla de la punta de su tenedor que rastrillaba de forma mecánica un chop suey de verduras.

—Si estuviéramos casados, sería diferente —le dije, y añadí—: ¿Quieres casarte conmigo?

Y saqué del bolsillo de la cazadora un pequeño estuche de color azul, lo abrí y lo dejé encima de la mesa. Dentro había un anillo que esa misma mañana había comprado en una tiendecita situada en una calle cercana al apartamento y por la que había pasado por delante caminando en muchas ocasiones, y siempre me quedaba mirando su escaparate lleno de cosas viejas y curiosas. Era un anticuario en el que se vendían instrumentos musicales, pequeños muebles, curiosos objetos de decoración y también algunas joyas. El hombre me enseñó varios anillos. Escogí uno de oro con pequeños brillantes engastados, sencillo y elegante.

«Tiene una historia detrás», dijo aquel hombre.

Lo había conseguido hacía unos años en París, de una mujer que le había contado una extraordinaria historia de amor en la Segunda Guerra Mundial. Estaba seguro de que un escritor como yo podría convertirla en una película. Lo tenía guardado desde hacía tiempo esperando a alguien especial. Y ese alguien especial era la chica a la que yo se lo iba a regalar. No me importó pagar un poco más a cambio de poder adornar la petición de matrimonio con aquella fantástica historia —seguramente falsa— y de que a partir de ese momento también formara parte de la nuestra. Be cogió el anillo y se lo probó, y me dijo que se casaría conmigo. Y después dio un salto, se sentó en mis rodillas y me dio un beso muy largo.

—Vamos a casarnos —gritó Be— y nos vamos a comprar una casa preciosa.

El salón del restaurante chino reventó en silbidos, vítores y aplausos. Volvió a besarme y me dijo que me quería como nunca había querido a nadie.

Nos casamos y compramos la casa. Ella dirigió la reforma y unos meses después nos mudamos. No tardó más de dos semanas en decorarla tal y como ella quería. Durante aquellos quince días una sucesión interminable de pequeños camiones y furgonetas aparcó en la puerta de entrada y descargaron muebles, alfombras y muchas más cosas. Además, ella volvía cada noche con algo nuevo bajo el brazo y con la misma frase en los labios:

—Tengo más cosas en el coche de Producción. ¿Me ayudas?

Una noche me desperté. Ella no estaba a mi lado en la cama. Bajé las escaleras y la encontré en el sofá acurrucada, con las rodillas flexionadas, arropada por una fina manta que le colgaba desde los hombros. Un par de lágrimas convertían sus ojos en la superficie de un estanque bajo la luna.

—¿Qué te pasa? —le pregunté preocupado.

—Soy muy feliz —dijo.

Be insistió mucho en dar una fiesta para inaugurar la casa.

—Tenemos muchas cosas que celebrar —dijo.

Y empezó a enumerarlas. Por fin, después de muchos retrasos, iba a comenzar el rodaje del último guion que yo había escrito; ella había terminado con bastante éxito doce semanas de una producción muy exigente y había sobrevivido; teníamos una casa preciosa y nos queríamos. Debíamos compartir toda esa felicidad con nuestros amigos.

—Está bien —le dije—, pero no nos pasemos.

Ella estuvo todo el día encerrada en la cocina. De cuando en cuando salía al jardín limpiándose las manos en el delantal y se encendía un cigarrillo y supervisaba las tareas que me había encargado. Cosas como decorar el jardín con unas cadenas de lucecillas de colores que se habían usado en unas secuencias de una famosa película de un famoso director.

—Las estás colocando mal —me decía—, pero ¿es que no te acuerdas de cómo quedaban en la película? Tenemos el DVD. ¿Quieres que te lo enseñe?

Yo le lanzaba miradas asesinas y ella reía, y el humo del cigarrillo salía a trompicones de su boca. En el lado más ancho del jardín coloqué una mesa larga donde pondríamos la comida y después me hizo montar en los extremos dos mesas redondas para los platos y las copas. A un lado coloqué dos barreños de hojalata que llenamos de hielo y donde sumergimos botellas de cerveza y refrescos. Cuando terminé, entré en la cocina para que me diera su bendición. Sobre la mesa de la cocina había varias fuentes con pinchos de cerdo empanados con cacahuetes, sus famosas albóndigas picantes con salsa de yogur, pollo

estofado con leche de coco, curri y cuscús, y además varias ensaladas muy coloridas.

—Voy a darme una ducha —dijo— y tú deberías ir a por más hielo y tabaco. Son las dos claves para que una fiesta sea un éxito.

Y lo fue. Be invitó a todo el equipo de la última producción en la que había trabajado y vino casi todo el mundo. En el punto álgido de la fiesta es posible que nuestra casa estuviera tomada por unas cien personas, o quizá más.

—Pensaba que iba a ser una pequeña fiesta —le dije.

—Relájate, Mr. Asperger.

Me había puesto ese apodo para reírse de mí. Nunca he tenido grandes habilidades para socializar, y las reuniones y las fiestas hacen que aflore mi lado más reservado.

—Todo el mundo ha traído bebida e incluso algo de comer. —Y añadió—: Así que, por favor, alegra esa cara, disfruta de la fiesta, de la casa y de los invitados.

Sonreí.

—Eso está mejor.

Era finales de septiembre y, aunque durante el día todavía hacía calor, las temperaturas bajaban unos cuantos grados por la noche. Sin embargo, el verano no había desaparecido del subconsciente colectivo y los invitados llegaron vestidos con ropas ligeras, camisetas y pantalones cortos. Las cadenas de lucecillas le daban un aspecto muy bonito a la casa y me recordó a una verbena de barrio a la que mis padres me llevaban cuando era pequeño. La música se escuchaba de fondo, las mesas con la comida y la bebida eran accesibles y los dos barreños llenos de hielo habían sido un acierto. Era una bonita fiesta.

Mientras Be y yo hablábamos, Diego y una chica morenita de pelo corto, con grandes gafas de pasta negra y un cigarrillo encendido entre los dedos, cruzaron la puerta del jardín.

—Desde luego —dijo—, sabéis cómo dar una fiesta.

Nos abrazamos con fuerza. Hacía un tiempo que no nos veíamos —la vida — y sentí una gran alegría por recuperarle aunque solo fuera por unas horas. Era la única persona a la que podía llamar amigo. El resto de los hombres con los que me relacionaba encajaban mejor en la categoría de compañeros, conocidos o contactos. Nos presentó a su amiga. Se le veía feliz al lado de la chica morenita de grandes gafas de pasta que fumaba sin parar. Diego fue muy cariñoso con Be. Alabó la casa, la reforma que ella había dirigido y el resultado. Dijo que Be había transformado aquel espacio en un lugar en el que el mundo parecía mejor de lo que era en realidad y auguró que allí seríamos muy felices. Y Be se abalanzó sobre su cuello —le pidió permiso a la morenita para darle un gran

beso en los labios— y se lo agradeció de una forma sincera y amorosa. Entonces un grupo de amigos de Be, compañeros de su último rodaje, atravesaron la puerta de entrada y ella acudió a recibirlos. Llevé a Diego y a la morenita hasta los barraños con cervezas heladas y brindamos por nosotros.

—Yo también tengo una buena noticia —dijo con una sonrisa tímida—. He encontrado un trabajo. En una serie de televisión.

Diego no había tenido mucha suerte desde que dejamos la Escuela. Aquel primer guion que escribí acabó siendo dirigido por otra persona. Siempre quedó suspendida en el aire, como una fina capa de polvo, la sensación de que yo podría haber hecho algo más para que él hiciera la película, y aquello contaminó de alguna forma nuestra amistad sobre la que, a pesar de todo, seguía creciendo hierba verde. Después de eso había escrito un par de guiones que nadie había querido comprar, también había producido y dirigido un cortometraje —yo lo había financiado con algo de dinero—, pero no había tenido mucho éxito. Seguía viviendo en la casa familiar y trabajaba haciendo traducciones para la empresa de su padre.

—Televisión —dije—, no sabía que te interesaba la televisión. ¿Y qué pasa con el tratamiento que escribías sobre los que huían de una guerra? Sería un largo de puta madre.

—La verdad es que no he visto a muchos productores haciendo cola en la puerta de mi casa estos últimos cuatro años —me contestó con un punto de amargura.

—No digas eso. El corto que dirigiste era de premio. Y has escrito dos guiones muy buenos. Si no supieron verlo, es problema suyo. Inténtalo una vez más. Siempre hay tiempo para trabajar en una mierda de serie.

La morenita que fumaba mucho alargó su cuello y dejó escapar un gran chorro de humo blanco como si fuera una chimenea.

—Espero que alguna vez me cuentes qué es lo que hace que los del cine os sintáis tan superiores —dijo en un tono afectado y después me tiró la colilla a las zapatillas, se dio la vuelta y se marchó.

—Trabaja en una serie diaria —dijo Diego—. Una de la que seguro que no has oído hablar, pero que ven tres millones de personas cada tarde.

Negué con la cabeza.

—Lo siento. Soy un idiota.

Me dio un golpe afectuoso en un hombro.

—No te preocupes. La verdad es que estoy cansado del cine. Lo he intentado dos veces y no ha salido bien. Lo achacaremos a mi falta de suerte en lugar de a mi falta de talento. —Sonrió—. Y la verdad es que necesito un trabajo. No quiero seguir viviendo con mis padres ni hacer más traducciones. Me



conformo con un apartamento tan pequeño como el que tú tenías en el centro. Y lo de hacer una serie está bien pagado, es constante, y al fin y al cabo lo que voy a hacer es escribir guiones. Ahora mismo soy el tipo más feliz del mundo.

Le dije que, si él era feliz, yo también lo era.

—Tengo una hierba estupenda —me susurró al oído—, uno de mis hermanos la cultiva en la terraza de su casa. Tienes que probarla.

Entonces, por encima de su hombro, vi a nuestros vecinos cruzando la puerta del jardín. Alicia y Juan llevaban una botella de vino en la mano. Se habían vestido como si fueran a una gala de Nochevieja. Le pedí a Diego que escondiera la hierba.

—¿Quiénes son?

—Nuestros vecinos. Les gusta jugar a que viven en los años cincuenta en un barrio residencial de Maine —le contesté—. El día que nos mudamos aparecieron con una botella de vino blanco y dos docenas de madalenas caseras en una cestita.

—¿Están en contra del uso recreativo de las drogas?

—No lo sé. Pero van a misa los domingos.

—Joder —exclamó Diego—. ¿Y qué hacen aquí?

—Ni idea. Be debe haberlos invitado.

Juan y Alicia avanzaron con paso decidido hacia nosotros. Alicia, con el pelo sostenido por una diadema, los dientes enormes asomando un poco amenazadores, sus mejillas regordetas y de piel sonrosada, se adelantó a su marido y me plantó un par de besos al mismo tiempo que me agradecía que los hubiéramos invitado. Juan me estrechó la mano de una forma muy formal y me entregó la botella de vino y después pasó a un segundo plano, o quizá fue su mujer quien le sacó de foco. Lo que recuerdo es que ella hablaba y sonreía mucho. La morenita volvió y le contó a Diego que se había encontrado con un par de personas y que quería presentárselas, y se lo llevó de la mano. Yo me comporté como un buen anfitrión y les hice una visita guiada por la casa y la fiesta. En algún momento de ese recorrido, Alicia preguntó si toda la gente que inundaba la casa eran amigos nuestros. Le contesté que la mayoría eran compañeros del último rodaje en el que Be había trabajado.

—La gente del cine sois tan exóticos... —dijo Alicia.

—Esta noche solo han venido los más normales —le contesté, y ella apreció la ironía y se echó a reír.

Después me preguntó dónde estaba Be. Señalando con la mano hacia el exterior de la casa le contesté:

—Donde esté la música.

No me equivocaba. Al salir del salón atravesando las puertas acristaladas, al otro lado del jardín, vimos a Be bailando. A su alrededor había un grupo de amigos que se agitaba al ritmo de grandes clásicos de los ochenta. Era como si ella fuera una especie de diosa primitiva y salvaje y la adoraran los que estaban a su alrededor. Nuestros vecinos se quedaron un poco deslumbrados por la situación y yo sonreí con satisfacción. Bueno, en realidad, no era la primera vez que veía reflejado en el rostro de alguien la impresión que causaba Be en su papel de reina de la fiesta. No recuerdo si se quedaron mucho tiempo o no. Unos días después me encontré a Juan y con cierta timidez me dijo que no había estado nunca en una fiesta como aquella.

—Tu mujer —dijo— no es una chica corriente.

No, no lo era. Be nunca había sido una chica corriente.

La fiesta estaba en su punto más alto cuando mi mujer me encontró en un rincón del jardín. Hablaba con Diego sobre las nuevas ficciones emitidas en las cadenas de cable de Estados Unidos que habían revolucionado la manera de hacer series en televisión cuando escuché la voz de Be a mis espaldas.

—Este es mi chico —dijo.

Al darme la vuelta, me encontré con ella y con una jovencísima actriz de la que me había hablado en alguna ocasión.

—Ella es Helena.

—¿Cómo estás? —me preguntó con una voz suave y susurrante, y me dio un par de besos en la mejilla.

—Disfrutando del espectáculo.

Aquello hizo que las dos se rieran y me dio un segundo para observar a la actriz sin que resultara grosero o intimidante. Helena tenía unas facciones bonitas, la nariz estrecha y un poco respingona, los labios carnosos pintados con un carmín extraordinariamente rojo, los ojos grandes de un color azul claro, los pómulos altos y redondeados y, por alguna razón, el conjunto le daba un aspecto un poco inmaduro, como si todavía no hubiera acabado de salir de la adolescencia. Aumentaba esa impresión el hecho de que pequeñas marcas de acné o quizá de una varicela muy agresiva —aunque con un maquillaje profesional no se hubieran visto— habían marcado el cutis. Llevaba una larga melena de un color castaño muy claro que resaltaba el bronceado de la piel, y tenía el aspecto de una chica californiana de los setenta, con su biquini —tenía muy poco pecho y de alguna forma hacía que ir así vestida fuera moderno y elegante— y sus pantalones traídos de la India de una tela tan ligera que se transparentaba. Un gorro muy ancho de paja completaba su *look* artístico alternativo.

—Be me ha contado que estás escribiendo un nuevo largo.

—No sé hacer otra cosa. Cuando no estoy escribiendo me aburro mucho.

—He visto tus dos primeras películas. Me gustaron. Pero lo que me encantó fue el cortometraje que hicisteis en la Escuela de Cine —dijo—. Be me lo enseñó. Es maravilloso. Me hubiera encantado hacer de la madre.

Una madre adolescente, pensé, aunque no dije nada. Aquel corto me seguía trayendo, de cuando en cuando, comentarios que aumentaban mi autoestima. Estuvo hablando un rato, un buen rato, sobre el papel que ella había interpretado en la última película de Be. Nos contó cómo lo había preparado, cómo se había sentido y en qué rincones de la memoria había tenido que escarbar para darle vida a su personaje. Y después, casi sin interrupción, nos enumeró los proyectos que tenía para los próximos meses: un par de películas y una obra de teatro. Estaba «aterrorizada» con lo del teatro porque era un reto al que no se había enfrentado antes.

—Aunque la talla de un actor o de una actriz la determina el teatro mucho más que el cine —concluyó.

—Entonces, ¿no volverás a hacer cine? —le pregunté.

—No —dijo, y se echó a reír—, quiero hacerlo todo. Y tú tienes que escribir un papel para mí en tu próxima película. —Y añadió—: Estoy segura de que algún día trabajaremos juntos.

—Eso sería estupendo para los dos —le contesté.

Entonces un chico que pertenecía al equipo de vestuario llegó dando saltitos y la agarró de la cintura y la besó en la mejilla, y dijo algo sobre que estaba enamorado de ella y que debía acompañarle al baño. Se dieron la mano y salieron juntos a esconderse en el aseo de la planta baja. De espaldas, los pantalones casi transparentes de Helena dejaron a la luz un culo y unos muslos generosos, y sobre todo la ausencia de ropa interior.

—Es guapa, ¿verdad? —dijo Be.

—Mucho —le contesté—, y le encanta hablar de sí misma.

—Es actriz.

Y quizá la complicidad en su comentario me animó a añadir:

—Y creo que no lleva ropa interior.

Be se volvió y me lanzó una mirada curiosa. Bajó la barbilla y entrecerró los ojos, y sus largas pestañas me parecieron más largas que nunca.

—¿Te gustaría comprobarlo?

Traté de ocultar mi deseo bajo una mirada indiferente, un bufido, un balbuceo y un movimiento de negación con la cabeza. Al fin y al cabo, era mi mujer quien me había hecho esa pregunta, y una respuesta abiertamente afirmativa podía dar origen a un conflicto provocado por los celos.

—No —mascullé.

—Qué mal mientes. Te la follarías ahora mismo.

Me sentí profundamente avergonzado. Había sido muy torpe ocultando mi deseo. Creo que ella se dio cuenta de cómo me sentía, tomó mi mano y me dio un beso.

—A las dos. Os follaría a las dos —le susurré cuando nuestros labios se separaron.

Sonrió, me besó de nuevo y salió correteando, dejándome con la sensación de que había puesto algún tipo de mecanismo en marcha.

En realidad, todo había comenzado unos meses antes. Recuerdo muy bien la primera vez que me habló de la actriz. Estábamos en la cocina de nuestra nueva casa. Ella cocinaba y yo preparaba dos vasos con vermut rojo y hielo y una cáscara de limón en la gran mesa de madera que ocupaba el centro de la habitación. Me contó que había conocido a una de las actrices del largometraje en el que iba a trabajar. Se llamaba Helena y la había acompañado durante las pruebas de maquillaje y vestuario. Escribí su nombre en un buscador y encontré algunos artículos, pero, sobre todo, fotos de estudio, fotogramas de películas, un par de portadas de revistas y también varios posados en fiestas y estrenos de películas. La frase más repetida era la de «Una actriz que dará mucho que hablar en un futuro próximo». Be me había contado que era bastante joven —un par de años menor que nosotros— y que había tenido algunos papeles interesantes en películas de bajo presupuesto, pero que aquel era su primer personaje en una película importante. Al parecer, había causado una muy buena impresión durante el *casting* al director y a los productores, y le había arrebatado el papel a otra actriz mucho más conocida.

Debían llevar dos o tres semanas de rodaje la segunda vez que me habló de ella. Era tarde y yo estaba trabajando en el estudio cuando se abrió la puerta de la casa y Be dijo casi gritando que venía agotada de una jornada eterna en exteriores y se tiró sobre el sofá de cuero —lo único que había conservado de mi vida anterior y había luchado por no tirar a la basura— y me contó que Helena había tenido un par de escenas aquella jornada.

—A todos se les pone dura en cuanto se baja del coche de Producción. En serio, dejan el suelo mojado con tanta baba. Es un poco patético.

Recordaba las fotografías que había visto unas semanas antes.

—A ella le encanta sentirse deseada —añadió Be—, se pasa el día coqueteando con todo el mundo.

Luego dijo que necesitaba darse un baño y salió del despacho. Dejé lo que estaba haciendo y me fumé un cigarrillo y volví a buscar a aquella joven actriz en la red y de nuevo estuve viendo sus fotografías. Había alguna nueva y entendí perfectamente lo que les pasaba a los chicos del rodaje. Diez minutos después apagué el ordenador y subí las escaleras. Ella estaba tendida sobre el edredón, de espaldas a la puerta, vestida con unas braguitas de algodón blanco que se ajustaban perfectamente a sus bonitas nalgas y una camiseta blanca de manga corta. Se acababa de dar una ducha y su cuerpo olía a gel y al suavizante de su ropa limpia. Me tumbé a su lado.

—Abrázame —dijo, y me cogió de un brazo e hizo que lo pasara por encima de su cintura—. Así.

Y después la sentí dormir.

El rodaje de la película ya había terminado la tercera vez que me habló de ella. Era un viernes por la noche y, aunque todavía no era verano, habíamos abierto las puertas acristaladas del salón. La temperatura era agradable, teníamos música de orquesta americana de los años cuarenta y sobre la mesa había una botella de vino blanco casi vacía, y yo me estaba liando el segundo cigarrillo de hierba de la noche. Be se había quitado los zapatos y se había sentado atravesada sobre un sofá y sus piernas colgaban por encima de un reposabrazos. Pequeños trozos de hielo —sí, supongo que ya nos habíamos pasado a los vodkas con hielo y lima— tintineaban en la copa que sostenía en la mano.

—Se me insinuó un par de veces —dijo así de repente.

Detuve el movimiento de liar, levanté la vista y la encontré observándome con una sonrisa enorme. El movimiento de sus piernas sobre el brazo del sofá se hizo nervioso y noté que había algo ahí dentro que se moría por compartir.

—Desde el primer día, desde aquellas pruebas de maquillaje y peluquería y vestuario, empezó a flirtear conmigo de una forma muy tonta.

Encendí el cigarrillo de hierba. Las volutas de humo ascendieron hacia el techo y después se escaparon empujadas por una corriente invisible a través de las puertas abiertas del salón. Be hablaba. La actriz les había dicho a las compañeras de maquillaje que Be era la chica más atractiva que había conocido en su vida; a veces la cogía de la mano o por la cintura, o se apoyaba en su hombro, o le daba un abrazo y un beso en la mejilla, le había dicho al productor que la quería a su lado todo el tiempo y se sentaba junto a ella en las comidas y la invitaba a tomar café o una cerveza cuando acababa el rodaje.

—Un día, ya habíamos terminado la jornada, me dijo que la acompañara, que quería enseñarme una cosa. —Be sonrió misteriosa—. Le habían regalado un vestido en un *showroom*. Estábamos en su camerino y me lo ofreció. Dijo que, si me gustaba, me lo regalaría. Me desnudé y me probé el vestido. No me

quedaba bien, así que me lo quité enseguida y entonces, cuando estaba allí en bragas y sujetador, se colocó delante de mí y me dijo que tenía un pecho precioso y me pidió permiso para tocármelo.

—Qué educada. —Le pasé el cigarrillo de hierba.

—Me acarició las tetas y sus ojos no se apartaron de los míos ni un segundo.

—¿Te excitaste?

—Un poco.

—¿Ella estaba desnuda? —le pregunté.

—No. Llevaba una camiseta y un pantalón corto. Pero se habría desnudado en medio segundo si yo hubiera querido.

Se vistieron y después se marcharon a un bar del centro y estuvieron hablando de sus experiencias sexuales. Be le contó que la primera vez que había hecho el amor había sido con una mujer. La actriz le dijo que ella había participado en un trío con una amiguita y su novio, y que después se había montado un par de situaciones parecidas, aunque con dos hombres, pero que su preferida seguía siendo la experiencia con su amiga. Entonces la actriz reconoció que se moría de ganas por follarse a Be y le propuso que la acompañara a su apartamento. Be le contestó que era imposible, que estaba enamorada de otra persona —todavía se refería a mí—, que me era completamente fiel y que no haría nada que pudiera poner en peligro nuestra relación. La actriz aceptó su decisión con decepción y le dijo que se masturbaría pensando en ella, y Be le contestó que haría lo mismo.

—¿Y lo hiciste? —le pregunté.

—Claro —exclamó y después echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—, en cuanto volví aquí. Tú estabas en tu despacho. Te grité que tenía que ir al baño y subí volando las escaleras. Cuando me bajé los vaqueros, tenía las bragas mojadas y me corrí en un segundo.

—¿Y entonces? —le pregunté—. Ese no puede ser el final de la historia.

Be negó con la cabeza con una expresión traviesa. Me levanté del sofá y dije que iba a poner un par de copas más, y cuando volví de la cocina ella se había colocado con las piernas cruzadas en la postura de yoga, y cuando le pregunté qué era lo que le pasaba, dijo que le hacía gracia que yo estuviera tan serio y me pidió que sonriera porque no tenía nada de lo que preocuparme. Hice una mueca que intentó parecerse a una sonrisa y ella volvió a soltar una carcajada.

—Y llegamos al final.

Cuando la actriz terminó su última secuencia invitó a una parte del equipo a tomar unas cervezas y unas copas en el garito de un amigo suyo. La actriz le dijo

que tenía una colombiana muy buena y que quería invitarla, y le pidió que la acompañara al baño. Se metieron un par de rayas, se rieron, y cuando parecía que no ocurriría nada más, la actriz le pasó los brazos por el cuello y la besó. A ese primer beso le siguió otro, y al cabo de unos segundos su lengua penetraba en la boca de Helena y se toqueteaban por encima de la ropa. Entonces le metió la mano dentro de las bragas.

—Le dije que teníamos que parar.

La actriz se sintió rechazada y se enfadó bastante y aquella noche dejó de hablarle y se enrolló allí mismo con otro de los actores del rodaje delante de todo el mundo, aunque parecía que el espectáculo estaba destinado a una sola persona.

—¿Y si no estuvieras conmigo? Si no me quisieras, si yo no existiera, ¿te lo habrías hecho con ella?

Be cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que su mirada se perdiera por la habitación sin posarse en ninguna parte.

—Es muy guapa y tiene un cuerpo precioso. La vi desnuda en las pruebas de vestuario. Tiene el pecho pequeño pero bonito, está muy delgada y el vello del pubis muy recortado. Es solo una línea muy estrecha que baja hasta su sexo. Su piel es suave y es agradable acariciarla, y además, cuando la tocas se excita muchísimo y se pone muy muy guarra. —Y después de una pequeña pausa concluyó—: Sí, creo que ya me hubiera metido en la cama con ella. —Sonrió.

La habitación quedó en silencio. Se levantó del sofá y se arrodilló a mi lado. Un par de dedos jugaron con un mechón de mi cabello. Me miró a los ojos.

—¿Quieres saber cómo me lo haría con ella?

No era la primera vez en aquellos tres años de convivencia que jugábamos a una cosa así. Al principio de nuestra relación ella me contaba sus precoces experiencias con hombres y mujeres. Después comenzó a añadir detalles que solo habían ocurrido en su imaginación, y más tarde a crear fantasías completas. A veces me proponía una situación morbosa y excitante, y yo continuaba la historia. Ella era quien dirigía y retomaba el hilo del relato cuando una imagen potente aparecía dentro de su cabeza. La narración nunca era lineal, sino entrecortada y cambiante, y dependía de las posiciones que ella adoptaba o de la que adoptara yo. Y así, mientras la penetraba —por delante o por detrás— y movía mi sexo dentro del suyo muy lentamente, a veces desesperadamente lento, acercaba mi boca a su oído y le susurraba palabras sucias que describían situaciones igual de sucias. Hacer el amor de aquella forma le proporcionaba dos o tres orgasmos —a veces seguidos— durante el mismo coito. Y después, cuando yo también alcanzaba el orgasmo y nos quedábamos tumbados sobre la

cama, sentíamos una especie de vergüenza —dependiendo de lo lejos que hubiéramos llegado— que nos hacía explotar en carcajadas.

A Be le encantaba jugar, y aquella noche comenzó describiendo el escenario. Estaba en el camerino de la actriz frente al espejo. Se probaba un vestido. La pequeña actriz se había colocado detrás de ella y le sonreía de una forma seductora mientras le bajaba la cremallera del vestido, y después, entornando los párpados de una forma subversiva sobre sus bonitos ojos de color azul, había dejado que el vestido cayera hasta el suelo y comenzaba a tocarle el pecho y veía su imagen en el espejo, observando cómo sus labios se abrían y dejaban asomar la punta de unos pequeños dientes blancos y cómo la lengua los humedecía levemente.

Be y yo nos habíamos desnudado. Yo la había ayudado a quitarse las bragas y estaba sobre ella, y la luz que entraba por la ventana le daba la imagen de una película en blanco y negro. Estábamos frente a frente y nuestras piernas estaban entrelazadas, y por el estrecho hueco que había entre nuestros cuerpos mi mano estaba en su sexo y la suya agarraba el mío. Entonces, cuando su respiración se hacía entrecortada, se dio la vuelta en la cama y me ofreció su culo, y yo pasé la mano alrededor de su muslo y seguí acariciándole el sexo.

Be había girado la cabeza, y sus bocas —eran casi de la misma altura— se habían encontrado a muy pocos centímetros, y le apetecía probar el sabor de su lengua y se habían besado. Y mientras tenía la lengua de ella en su boca, metía sus dedos pulgares bajo la goma de las braguitas y había tirado de ellas y, con un movimiento suave de sus caderas, las dejaba caer hasta el suelo. Ahora estaba completamente desnuda ante el espejo. La actriz se separaba unos centímetros de ella y recorría con la yema de un dedo su espalda, desde su nuca hasta la ondulación donde comenzaban sus glúteos. Y después sus dedos se dejaban caer por la depresión que partía su culo y penetraban entre sus muslos obligándola a abrir las piernas, y su cuerpo se estremecía, y cuando la punta de los dedos de ella separaban los labios de su sexo, la encontraba empapada. La fantasía seguía en un sofá de su camerino, donde las dos acababan desnudas, abiertas de piernas jugando con sus sexos, lamiéndose y frotándose, follándose la una a la otra con celo.

Gimió y se volvió con vehemencia, tan excitada que apenas tenía un hilo de voz, y entonces me pidió, casi me suplicó, que la lamiera. Hundí mi cabeza entre sus piernas y comencé a mover la lengua en su hendidura rosada. Dejó de hablar, y durante unos minutos —quizá ni siquiera tanto— lo único que escuché fue el sonido de su respiración cada vez más agitada y el rozar de su piel con las sábanas de la cama. Hasta que en los momentos que precedían al orgasmo el



sonido de su respiración fue sustituido por un gemido gutural que se hizo cada vez más fuerte hasta que explotó en una especie de grito de liberación.

Durante las siguientes noches continuamos jugando con aquel cuento sucio, y aquella actriz se convirtió en una invitada habitual en nuestras fantasías, en las que Be cambiaba el escenario o los roles que interpretábamos. La narración se desplazó hacia una historia en la que yo aparecía en la escena —un hombre la descubría haciendo algo sexual, como en la historia que le escuché contar en el tren aquella primera vez—, las sorprendía y las castigaba y las obligaba a que me lamieran el sexo y después me las follaba a las dos una tras otra, por donde yo quería, por todos sus agujeros. En el último estadio de evolución de la fantasía éramos nosotros quienes seducíamos a la actriz, la compartíamos, nos la cedíamos y hacíamos que su lengua pasara de mi sexo al de Be, adoptando todas las posturas posibles, con la cabeza metida entre las piernas de Be mientras yo la penetraba de una forma violenta y eyaculaba dentro de ella. Y fantaseamos con la idea de llevarla hasta nuestra casa y meterla en nuestra cama.

Volví con Diego y continuamos con la conversación que habíamos dejado aparcada cuando aparecieron las chicas, pero lo cierto es que seguí el hilo de una forma mecánica, sin poder concentrarme, sin poder olvidar el suave tacto de los dedos de la actriz en mi nuca cuando me besó.

Estaba bastante borracho y fumado cuando mi amigo se despidió un rato después. Nos dimos un abrazo. Me disculpé una vez más con la morenita que le acompañaba, y le juré que no me sentía superior a los guionistas que escribían series de televisión. Pero creo que no me creyó. Diego no duró mucho con ella, y me alegré. Era una bruja. A las cinco de la mañana el último grupo de invitados —formado por un par de ayudantes de Dirección, alguien de Arte y un chico de Vestuario— cerró a sus espaldas la puerta del jardín. Habían decidido acercarse hasta un garito del centro que abría a esas horas. Me invitaron a acompañarlos, pero les dije que había tenido suficiente fiesta por aquel día. Me pidieron que le diera un beso a Be. Be. Hacía tiempo que no la había visto. La última vez bailaba descalza junto a un grupo de gente en la parte de atrás del jardín y parecía presa de la euforia del alcohol.

Creo que el peor momento de una fiesta es ese en el que todo el mundo se ha marchado y la música se ha detenido y miras a tu alrededor y ves el panorama de desolación, destrucción y caos que te rodea, y piensas que has de ser tú el que lo tiene que recoger. No había bebido mucho, pero estaba agotado. Cerré las puertas y las ventanas de la casa, apagué las luces del jardín y me dije que podía

hacer un esfuerzo y al menos vaciar los ceniceros de colillas y recoger los vasos que había por el salón y dejarlos en la cocina. Fue entonces cuando escuché un golpe, y después su risa, y después unos murmullos agitados. Venían del piso de arriba. Dejé lo que tenía en las manos y comencé a subir despacio los escalones. La puerta de nuestro dormitorio estaba entreabierta. La empujé suavemente hasta que se abrió del todo. Sentadas en la cama, apoyadas sobre unos cojines contra el cabecero de madera, estaban Be y Helena. Tenían las piernas extendidas, estaban descalzas y me pareció que estaban comparando los dedos de sus pies. La única luz del dormitorio era la de unas velas que habían colocado en el alféizar de una de las ventanas y que dejaba en sombra un lado de sus caras y de sus cuerpos.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

Be extendió su brazo.

—Ven —dijo.

Avancé los cuatro pasos que me separaban de la cama, le di la mano, ella tiró de mí y, sin resistencia, me dejó caer a su lado.

—Mi amiga Helena es preciosa —dijo—. ¿A ti qué te parece?

—Que podría provocar una guerra con Troya —le contesté.

—Te estábamos esperando —dijo.

Sabía lo que significaba esa frase, su sonrisa, el brillo de las velas en unas pupilas que aquella noche parecían más dilatadas que nunca y que expresaban algo más que deseo. Como en los de un animal salvaje que te observa agazapado entre la maleza de la jungla, en aquellos ojos había hambre. Aquello que estaba a punto de ocurrir había formado parte de nuestras fantasías sexuales casi desde el principio.

Me tendí al lado de Be. Lancé mis zapatillas fuera de la cama y me volví hacia ella. Me besó. Una vez y otra, mientras con sus dedos jugaba con mi pelo. Entonces, sobre su hombro apareció el rostro de la actriz. Sonrió. Be se dejó caer sobre la cama de espaldas y la actriz inclinó su cabeza sobre ella y también la besó. Su largo pelo formaba una especie de velo sobre la cara de Be.

—¿No debería ser yo la que estuviera en medio? —dijo la actriz.

Crucé con Be una mirada de complicidad, recordamos al mismo tiempo la conversación que habíamos tenido unas horas antes en algún momento de la fiesta y sonreímos.

—Creo que sí —dijo Be, y la desplazó al centro de la cama.

La actriz desató el cordón que ataba sus pantalones de tela casi transparente. Be tomó mi mano, la puso sobre el vientre de la actriz y la desplazó por su cuerpo hasta el pubis. Su respiración hacía que su pecho subiera y bajara con excitación. En el interior de su pantalón descubrí que no llevaba ropa interior y que el vello era una delgada línea que ascendía por su vientre. Be me

miró con una expresión que reflejaba deseo pero también serenidad, y de alguna forma, al soltar mi mano me dijo que caminara solo. La actriz dejó que la desnudáramos, Be deshizo el nudo de su biquini y yo hice resbalar su pantalón por sus caderas y sus muslos y hasta que finalmente cayó al suelo. Colocamos nuestras cabezas sobre la almohada y nos miramos alternativamente los tres. Nuestras manos recorrían nuestros cuerpos y era excitante cerrar los ojos y descubrir otra mano en otro lado. La actriz se giró hacia mí y comenzamos a besarnos. Su mano agarró mi sexo y comenzó a moverlo de una forma suave y delicada, como si manipulara por primera vez un juguete nuevo y todavía no supiera cómo funcionaba. Be la besaba en el cuello y le acariciaba un pecho. Yo le cogía su redondo culo. La mano de Be le abrió las piernas y comenzó a acariciar su sexo, y ella soltó un largo gemido y se agarró a mi cuello como si temiera caerse en un profundo vacío. Después me soltó y se volvió con rapidez hacia Be. Comenzaron a masturbarse mutuamente. Be me miraba, los labios entreabiertos, los dedos de la actriz estaban jugando en su sexo, frotándose con fuerza, y ella sentía placer. Había imaginado muchas veces a Be haciendo el amor con otra persona. Pero ninguna de aquellas imágenes ficticias tenía la fuerza de ver su cuerpo agitado frotándose con el de otra persona, sus piernas abriéndose para facilitar la penetración o cerrándose para retener los dedos de su amante en su sexo, su boca derramando saliva por los pezones de otra mujer, su mano agarrando otro culo y apretándolo como si quisiera arrancar un pedazo de carne, sus ojos cerrados, los párpados apretados con fuerza, su boca entreabierta, el pelo derramado sobre la cama, su rostro, su precioso rostro, con las facciones crispadas, como si sintiera un gran dolor, cuando lo que le estaba llegando era una gran ola de placer, una especie de gran marea densa que avanzaba por su espalda y que estalló por fin, y por su boca abierta emitió un gemido profundo y animal que rompió el silencio de la noche.

Durante un segundo permanecieron quietas, abrazadas la una a la otra, con sus frentes unidas y sus cabellos mezclados, y pareció que se habían dormido. Me dejé caer en silencio sobre la almohada. Mi sexo se había quedado blando y reposaba sobre mi muslo. Escuché sus risas entrelazadas. Después ambas cabezas se giraron hacia mí y sus risas se hicieron más fuertes. La actriz se incorporó sobre los codos y echó su cuerpo sobre el mío. Me besó en los labios y después se sentó sobre mis caderas.

—¿Tenéis un condón? —preguntó.

Be sacó uno de la mesilla, agarró mi sexo y, con un par de pequeños y suaves movimientos, hizo que recobrara la dureza y el grosor. La actriz me puso el preservativo y entre ellas cruzaron una mirada de satisfacción, como si estuvieran orgullosas de lo bien que les salía el trabajo en grupo. Después

Helena levantó el culo para que pudiera entrar dentro de ella con más facilidad. Estaba empapada. Empezó a moverse suavemente. Agarré sus caderas y alcé un poco la pelvis para que la penetración fuera más profunda. Ella lo agradeció con un gemido. Podría haber eyaculado después de escuchar aquel primer gemido, pero me controlé, me controlé con la estúpida idea de que la lealtad o la fidelidad a Be se extendía también hasta ese territorio, y que aunque me estuviera follando a la actriz, en algún momento saldría de ella y me follaría a mi mujer porque debía eyacular dentro de ella, que de alguna manera tenía que dejar claro que le pertenecía. Sin embargo, Be se tendió sobre la cama, colocó su cabeza a mi lado y me susurró al oído.

—Quiero que te corras dentro de ella.

Acaricié sus pechos con suavidad y poco después noté, por la vibración de su cuerpo —la piel de su vientre se puso tensa como el cuero de un tambor—, que estaba teniendo un orgasmo, y yo no pude aguantar más y entonces le agarré con fuerza las caderas y, después de dos o tres embestidas, noté cómo el semen se derramaba. La noche siguió. Me corrí otra vez dentro de Be, igualando el tanteo de la fidelidad. Nos chupamos los sexos los tres mutuamente, las penetré a las dos, nuestras bocas estuvieron lamiendo el sexo del otro simultáneamente y seguimos follando hasta que nuestros cuerpos estuvieron cansados y nuestras fuerzas agotadas y los músculos nos dolían y la sed agarrotaba nuestras gargantas y el sueño nos venció a uno tras otro, o quizá al mismo tiempo, y nos dormimos abrazados, con nuestras piernas entrelazadas y nuestras manos reposando sobre las caderas o los pechos de los demás.

Me desperté cuando la luz del día ya entraba por la ventana. Be estaba a mi lado y me miraba fijamente. La actriz agarraba mi sexo con una mano y su lengua jugueteaba con él. Cuando consideró que ya estaba lo suficiente duro y grueso, se sentó encima y empezó a moverse rítmicamente sobre él.

—Buenos días —me susurró Be al oído.

La vida era maravillosa.

Los recuerdos de aquellos meses —algo menos de un año— están archivados por estaciones, lugares, nombres y experiencias sexuales.

Verano, una playa de la costa atlántica de Francia, aquellos bungalós entre las dunas y aquella chica irlandesa, Fiona, una pecosa de pelo rizado y rojizo, a la que habíamos conocido en el pueblo y a la que invitamos una noche a cenar con nosotros, y bebimos vino y fumamos hierba y después la metimos en nuestra cama y no había querido salir de allí hasta que se acabaron nuestras vacaciones.

Ese mismo otoño, Sylvia, una fotógrafa que tenía alquilado un almacén en el centro de la ciudad que había convertido en su estudio y también en su apartamento. Nos habíamos conocido en una fiesta. Recuerdo que hablaba con una elocuencia muy apasionada, que tenía mucho carácter y una increíble decisión, y también una capacidad de convicción brutal. Solo así me explico que, cuando llamó a Be una semana después y le propuso participar en un experimento —fotografiarnos en la cama—, le dijéramos que sí. Las fotografías de aquellas sesiones colgaron enmarcadas de las paredes de nuestro dormitorio durante muchos años. Se nos ve desnudos, aunque nadie nos reconocería jamás porque nuestros rostros están disimulados bajo velos y telas de colores blancos, negros y grises. Recuerdo aquel espacio grande y vacío y los techos altos y unos enormes tragaluces de cristal por donde mirábamos el cielo raso y las nubes pasar. Recuerdo que hacía frío, que a pesar de los focos de luz colocados a los lados de una gran cama de armazón de latón con el cabecero labrado —era su propia cama—, salía vaho de nuestras bocas cuando nos desnudamos. Después de fotografiarnos dejó la cámara sobre una mesa con otro material de fotografía y nos pidió que le hiciéramos un sitio entre los dos.

Aquel invierno solo nevó un par de veces sobre la ciudad. Conservo una imagen compuesta por esos ligeros copos de nieve cayendo lentamente, nuestra ropa esparcida por el suelo del salón y el dibujo de un dios hindú con cabeza de elefante que ocupaba la piel de la espalda de Alex, la camarerita que habíamos conocido en un garito al que por entonces solíamos ir muy a menudo y con la que habíamos empezado a mantener una pequeña amistad. Llevaba el pelo corto

y tenía extraños y coloridos tatuajes por todo el cuerpo. Nos habíamos encontrado tomando el aperitivo. Después, en una tabernita pequeña donde comimos y nos bebimos un par de botellas de vino, ellas se fueron juntas al baño y es posible que allí se dieran unos primeros lametones. Debieron excitarse, y en cuanto volvieron a sentarse en la pequeña mesa de madera, Be dijo que le apetecía tomarse una copa en casa, y la camarerita apoyó la idea con entusiasmo. Pagué en la barra y me llevé a las dos chicas, y cuando se subieron al coche, Be se pasó al asiento de atrás y entonces comenzaron a enrollarse y yo apreté el acelerador y atravesé la ciudad. Los informativos habían dado la noticia de que una enorme borrasca pensaba azotarnos de forma inmediata y las calles estaban desiertas. Debimos llegar a casa a media tarde, satisfechos y exaltados, y Alex dijo que iba a preparar unos combinados como los que le pedíamos en la barra de su bar. Apenas quedaba hielo en la nevera y también andábamos escasos de tabaco. Les dejé mi pequeña reserva de hierba y salí a la calle. El frío me pareció mucho más intenso, así que conduje todo lo rápido que pude hasta una tiendecita que estaba siempre abierta. En aquel breve trayecto la oscuridad de las tardes de invierno cayó sobre la ciudad y todo se tiñó del color amarillo de las farolas. Llevaba una bolsa en cada mano y con una buscaba las llaves de la casa en el bolsillo del vaquero cuando me di cuenta de que había debido dejarme abierta la puerta de la calle. La empujé con la punta de la zapatilla y casi le di en la cara a nuestra vecina Alicia, que salía de nuestra casa en aquel momento, jersey de lana con motivos invernales, abetos nevados, las mejillas coloradas y aquellos dientes enormes sobresaliendo por encima de los labios. En aquella época había engordado bastante y se le había puesto la piel tersa, o quizá estaba embarazada y yo borracho. No sé. Farfulló algo sobre galletas recién hechas y chocolate y una invitación a una merienda con otras parejas de vecinos.

—La próxima vez llamaré a la puerta —dijo de una forma críptica, cruzó la calle corriendo y desapareció tras el muro de su jardín.

Entré en nuestra casa y casi desde la puerta vi a Be y Alex sentadas la una al lado de la otra en uno de los sofás besándose, medio desnudas. Entendí entonces por qué nuestra vecina salía corriendo con las mejillas encendidas como las puertas de un horno de fundición. Me senté junto a ellas y le di una buena calada a la hierba; me bebí casi de un trago mi primera copa y les conté lo que pensaba que había ocurrido con Alicia.

—Esta noche su marido va a tener un premio como hace tiempo que no lo recibe —dijo Be con descaro.

Nos reímos pensando en las ofendidas conciencias de nuestros vecinos victorianos. Y entonces empezó a nevar y aquellos gordos copos cayeron sobre la hierba del jardín y me acerqué a las puertas acristaladas para contemplar aquel

maravilloso espectáculo. Ese debe ser el sonido de la paz, pensé, ignorando que a unas pocas decenas de metros de distancia se improvisaba una leyenda negra.

Muy poco tiempo después nos dimos cuenta de que la actitud de nuestros vecinos había cambiado. Seguían saludándonos con educación, pero éramos conscientes de que nos miraban de otra manera y de que, cuando nos cruzábamos por la calle y creían que no los mirábamos, se hablaban al oído, intercambiaban comentarios, en sus caras aparecían expresiones de estupefacción o repugnancia y sus cabezas se movían de un lado a otro con disgusto. Encontré pronto la explicación de que aquella atención extraordinaria que nos prestaban había comenzado con la aparición —o más bien desaparición— de nuestra vecina Alicia cuando Be se lo hacía con la camarerita en el sofá del salón. Seguramente fuimos el tema de conversación muchas noches en el interior de sus casas cuando los niños ya se habían ido a la cama. A veces me enojaba, pero la mayor parte del tiempo sentía compasión por una conducta tan lastimosa. Nosotros éramos lo más interesante que pasaba en sus vidas. Me aterraba que alguna vez Be y yo nos convirtiéramos en lo mismo que ellos.

El incidente ocurrió una noche durante una cena que solo era el pretexto con el que una de nuestras vecinas quería vendernos un sistema de depuración del agua. Los invitados eran otras parejas que también vivían en las calles cercanas —entre ellos estaban Alicia y Juan— y que no tenían nada mejor que hacer en una noche de viernes. No recuerdo cómo me convenció Be para ir. Seguramente dijo que podría ser divertido conocer un poco más a aquellas personas —que alguna podría sorprendernos—, y que me vendría bien para desarrollar mi sociabilidad. Y yo acepté.

—Coge una botella de algo —dije—, vamos a tener que beber de lo lindo para sobrevivir a esta noche.

La anfitriona nos recibió en la puerta, dio las gracias por el vino y nos acompañó hasta una mesa que había dispuesto con comida y bebida. Sobre ella se alineaban en prietas y ordenadas filas legiones de pequeños canapés, un par de fuentes con ensalada de patatas y una larga barra de pastel de pescado y verduras.

—Es tipo cóctel para que sea más informal —dijo con voz alegre y chillona, y añadió—: Todo lo he cocinado yo.

Me serví una generosa copa de vino y abandoné a Be cuando la mujer comenzaba a explicarle su truco para hacer volovanes. Me integré en un grupo de hombres que hablaban sobre sus trabajos, coches, inversiones, deporte, y me di cuenta de que aquello era aún peor. Luego uno de ellos comentó la noticia —casi excitado— de la reciente inauguración de un casino en el sur de la ciudad.

Por lo visto, podías cenar y caerte al suelo bebiendo alcohol por una cantidad irrisoria.

—Lo hacen para que la gente juegue.

Uno de ellos propuso ir una noche con sus parejas, pero encontró una subterránea resistencia invisible y el plan se cambió por instaurar una timba semanal la noche de los viernes. Aquello los animó muchísimo más.

—Podríamos organizarla un fin de semana cada uno. —Y mirándome me preguntó—: ¿Te apuntas?

—No sé jugar a las cartas —contesté, aunque lo que quería decir realmente era que prefería deberle dinero a la mafia.

Puede que durante la siguiente hora me sirviera al menos media docena de copas. Aquello era una especie de huida de la órbita gravitacional de aquel grupo. Al llegar a la mesa del cóctel me servía más vino, me metía algo en la boca —el pastel de pescado tenía una consistencia babosa y estuve a punto de escupirlo— y miraba a mi alrededor, donde me encontraba con las miradas vacías y las sonrisas tontas del grupo de las mujeres, que habían ocupado el otro extremo del salón.

Be hablaba con uno de los pocos vecinos que no se habían integrado en la sociedad masculina. Era un hombre de mediana edad, guapo, aunque tenía un aire un poco triste, parecido al de un cantante francés de los años cuarenta. Alguna vez, por la noche, me lo había encontrado en la calle mientras paseaba a un enorme terranova de color negro. Se detenía y solíamos fumar un cigarrillo juntos. Al despedirnos siempre me daba la impresión de que usaba aquellos paseos nocturnos con su perro para escapar de algo, aunque no sabía de qué. Cuando me uní a ellos le contaba a Be que había estado embarcado en un mercante durante diez años y que una enfermedad muy grave le había atacado en el golfo de Bengala y había tenido que dejar el mar.

—Y ahora, ¿a qué te dedicas? —preguntó Be.

—Trabajo en el oleoducto que trae gas desde Argelia. Nada apasionante.

—¿Echas de menos el mar?

—De vez en cuando todavía sueño con el ruido de la sala de máquinas.

Él ya había oído hablar de nosotros y sabía a qué nos dedicábamos. «Los del cine», dijo, así era como nos llamaban todos. Volví a la mesa de cóctel a servirme más vino. Entonces uno de los miembros de la sociedad masculina me llamó.

—Tengo una historia con la que podrías escribir una de tus películas.

Fue doloroso que eligiera precisamente aquella frase para llamar mi atención. Be había insistido mucho en que debía ser sociable. Como suponía, era una idiotez y la escuché sintiendo que el aburrimiento estaba pudriéndome las



tripas y deseé que ocurriera cualquier cosa. Lo que fuera. Entonces la risa de Be se elevó por encima de las voces de los demás invitados. Los hombres dejaron de hablar, sonrieron, se encogieron de hombros y, después de unos segundos, volvieron a una tediosa conversación sobre sus deseos de adquirir propiedades en la costa. Sin embargo, en el otro lado de la habitación algo había comenzado a hervir. La pareja de aquel ex marinero mercante —una mujer de unos cuarenta y tantos años o quizá más, delgada, con una mueca de amargura en la boca, aunque era demasiado joven para sentir que la vida la había defraudado y que nunca cumpliría todas sus expectativas— dejó a medias una conversación y con paso decidido cruzó el salón hasta donde se encontraba su marido.

—Me estás poniendo en evidencia —habló en voz baja, pero aquel desfile militar hizo que el resto de las conversaciones se detuvieran y todos escuchamos con nitidez sus palabras—. Por favor, ¿podrías no humillarme por una vez?

Creo que lo que la espoleó a atravesar la habitación levantando tanto la barbilla, tratando de fingir una gran dignidad, fue el hecho de que Be había tomado a su marido del brazo o que él le había puesto una mano sobre su hombro.

—Por favor, cielo. Solo estamos hablando.

—Ya me imagino que antes de follártelas les das un poco de conversación.

—No vamos a follar —dijo Be.

—Aléjate de él —le contestó estirando un dedo índice amenazante, y después se volvió hacia su marido y añadió—: No lo aguanto más.

Durante unos segundos mantuvieron un tenso silencio que ella rompió, con un gesto eléctrico, abofeteándole en el rostro. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia mí. Pensé que intentaría golpearme o arañarme a mí también, pero se detuvo a un par de pasos de distancia y me observó con una mezcla de rabia y dolor. Respiraba con ansiedad y las aletas de su nariz estaban muy abiertas. Casi de una forma exagerada.

—Compórtate como un hombre.

Salió de manera apresurada de la habitación y después de la casa. Su marido se excusó en voz alta y también se marchó. Se elevó entonces un canto de carraspeos, murmullos y palabras a media voz acompañado de toda una mímica de cejas arqueadas, ojos desorbitados, bocas torcidas y narices arrugadas. Se apuraron bebidas de un solo trago y se perdieron miradas en el infinito. Me acerqué a Be.

—¿Nos vamos? —le pregunté.

—No. —Y sonrió con valentía.

La anfitriona, temiendo que los demás tomaran también el camino de salida, ocupó el centro del salón y alzó las manos sobre su cabeza.

—¡Vaya! —exclamó—, qué escenita.

Gotas de sudor se habían acumulado sobre su labio superior, y en su boca una sonrisa falsamente despreocupada era incapaz de ocultar la más que evidente agitación que la recorría. Estaba al borde del colapso. Inspiraba lástima.

—Bueno. —Y fingió una risa—. Necesito vuestra atención durante unos minutos para explicaros la razón por la que os he hecho venir.

La mayoría de los que estábamos allí recibimos con alegría el anuncio de que nos iban a arrastrar hacia una tediosa charla sobre el agua corriente y la necesidad de instalar filtros de iones en los grifos de nuestras cocinas. Después, cuando todo el mundo intentaba poner excusas para no comprar aquellos productos, Be se acercó a mí y me dijo al oído que era el momento de marcharse.

—Gracias a Dios.

Nos despedimos de una forma discreta. Esa fue la última cena, reunión o aperitivo al que nos invitaron. Esa misma noche Be me contó que había ido al baño y que, a través de una puerta abierta, había escuchado una conversación entre tres de nuestras vecinas. Una de ellas era Alicia. No se habían dado cuenta de que las escuchaba. Nuestra vecina más próxima advirtió a sus amigas de que debían tener cuidado con Be, que su conducta era muy liberal y que sus matrimonios peligraban si estaba cerca.

—Mirad lo que ha ocurrido. Ella lo estuvo provocando desde que puso un pie en la casa. —Y añadió—: Yo que vosotras ataría en corto a vuestros maridos.

Creo que aquella conducta puritana la hirió, pero fingió que le daba lo mismo, incluso que la divertía, y la espoleó a desafiarlos aún más. Puede que fuera ese sentimiento de rechazo lo que la animó a demostrarse a sí misma que no le importaba nada en absoluto lo que opinaran de ella.

Una calurosa mañana de sábado de finales del invierno fuimos dando un paseo hasta el centro. Se estaba bien en la calle con una camiseta y una cazadora vaquera, y convenía tener a mano unas gafas de sol para protegerte de la luminosidad del cielo azul. Al pasar junto a un mercado tradicional, a Be se le ocurrió la idea de hacer una receta que había leído en una novela y cruzó sus puertas al asalto. Recorrí los puestos a la zaga de mi mujer. Sabía perfectamente qué quería comprar y dónde lo encontraría. Hablaba y discutía con las verduleras y los pescaderos sin dejarse engatusar por sus palabras. Luego, con las bolsas en las manos —ella hablando muy satisfecha de la compra que había hecho—, nos tomamos algo en un bar que parecía llevar en aquella esquina toda la vida y más. Estuvimos hablando y riendo, y después volvimos a casa y yo observé cómo preparaba la comida sentado en uno de los taburetes de madera que ella había sacado de uno de sus rodajes y que había colocado junto a la isla que formaba la gran mesa de madera del centro de la cocina.

«Para que puedas estar cómodo y me des conversación mientras trabajo.»

Descorché una botella de vino blanco para ella y una cerveza para mí, y me senté con el codo apoyado sobre la madera y la palma de la mano sosteniendo la barbilla.

—El otro día me trajo Edgar de la oficina —dijo—. Llegamos a la puerta justo cuando nuestra vecina y otra de sus amigas de la liga de la justicia salían de su casa. Se quedaron observándome de una forma tan desvergonzada que me puse realmente furiosa.

—No les hagas caso —le contesté—, algún día se cansarán.

Dejó el cuchillo, grande y afilado, con el que estaba cortando verduras, cogió la copa de vino y dijo:

—Le di un beso en la boca. —Dio un trago a su copa—. Y después otro más, y pienso hacerlo cada vez que me traiga a casa si esas brujas están observando.

Me reí. Aunque mi risa fue algo dudosa. Artificial.

—Deberías parar —le dije.

—¿Por qué?

Después de comer nos tiramos en el sofá. La casa olía a café recién hecho y a través de las cristaleras del salón entraban unos rayos de sol de un color anaranjado que no engañaban porque la tarde era cálida. Ella llevaba un pantalón de algodón negro. Le desabroché el botón y metí mi mano dentro de sus bragas y le acaricié el sexo con suavidad. Nos besamos y nos excitamos. Follar en un sofá solo es una opción cuando no tienes un sitio más cómodo para hacerlo, y a los dos, aunque éramos muy adaptables, nos gustaba más entre las sábanas de una cama. Así que nos levantamos dejando un poco de ropa atrás y subimos las escaleras hasta nuestro dormitorio. A veces, mientras hacíamos el amor, ella me contaba una historia sobre sus relaciones sexuales, sospecho que muchas veces recreaba las situaciones acudiendo a su fantasía, yendo más allá de una descripción de los hechos reales, y a veces también tenía que taponarle la boca con la mano para que no siguiera hablando, porque sus historias tenían la virtud de ponerme muy caliente y me corría en unas cortas y brutales sacudidas. Y aquello me fastidiaba en el fondo, me fastidiaba porque de alguna forma —tal y como me había dicho una vez— era ella la que controlaba el acto y yo solo podía aceptar mi destino. Así que aquella tarde le di la vuelta y empecé a acariciarle el sexo mientras me pegaba con fuerza a su culo. Una de sus manos me acariciaba la nuca y la otra uno de sus senos. Fue así como comenzó a contarme una de sus fantasías, una en la que se metía en la cama con dos hombres, y al principio, mientras se la mamaba a uno de ellos, el otro solo miraba, pero después se unía a la fiesta y era follada por ambos de forma consecutiva, penetrada por su boca y

por su coño y después también por su culo. Aquellos dos hombres nunca se cansaban, así que era obligada a practicar el coito durante horas. Llegó al orgasmo muy rápido. Se dio la vuelta y cogió mi sexo, y después de un par de manipulaciones rápidas y ávidas, se lo encajó dentro de sí y continuó con su fantasía. Tenía los ojos cerrados y montaba batiendo su pelvis hacia delante y hacia atrás. Levanté las caderas un poco y ella abrió la boca, y por su labio inferior resbaló un poco de saliva. Tenía las dos palmas de las manos extendidas sobre mi pecho. Sus movimientos pélvicos se hicieron tan fuertes que por un momento temí que me partiera el músculo en dos, y aquella visión me ayudó a rebajar la excitación lo suficiente como para que ella alcanzara el orgasmo una vez más y al caer su cuerpo sobre el mío su pelo se esparciera sobre mi cara. Así se quedó, rendida, con sus pulmones atrapando todo el oxígeno de la habitación y un hilo de saliva resbalando sobre mi pecho. Giré lentamente sobre mí y me tendí sobre ella. Abrió mucho los ojos, sorprendida de que yo no me hubiera corrido todavía, y se quedó rendida, con los brazos alzados por encima de su cabeza y una mano agarrando la otra muñeca. Pasé mi mano por debajo de su culo y alcé su cadera con fuerza, y entonces comencé a moverme de forma muy suave y lenta, entrando y saliendo de ella, dejando que la punta de mi sexo rozara sus labios y después introduciéndoselo lentamente de nuevo, trazando imaginarios círculos dentro de su cuerpo, deteniéndome durante unos segundos y volviendo a comenzar la marcha cuando detectaba el anhelo de que siguiera impulsándome dentro de ella. Noté su cuerpo temblar y después, supongo que cuando el ansia pudo con su control, se agarró a mi espalda con fuerza y comenzó a mover sus caderas, una y otra vez hasta que me corrí dentro de ella. Me eché a un lado. Ella dijo que me quería, me besó, me tapó con las sábanas, se acomodó sobre mi pecho y sentí la presión de su cuerpo contra el mío. Probablemente un instante después estaba dormido.

Cuando abrí los ojos eran más de las seis de la tarde. Los últimos rayos de aquel sol de invierno entraban casi moribundos por los cristales de las ventanas. Algunos rincones del dormitorio ya estaban en semioscuridad y pronto haría falta encender las lámparas. Ella estaba tendida a mi lado y leía una novela que hacía mucho tiempo que cogía polvo en su mesilla de noche.

—Pareces un oso saliendo de su hibernación.

Estaba cubierto por el edredón y sudaba un poco, y me parecía que aquel era el mejor lugar de todo el planeta para estar en aquel momento de la historia de la humanidad.

—¿Quieres ir a una fiesta?

Durante unos segundos procuré que mi respiración sonara fuerte al golpear contra la tela de la funda del almohadón.

—Me da pereza.

—Será divertido. Vamos.

Se levantó y anduvo sobre la cama haciendo que mi cabeza rebotara contra la almohada como si fuera un muelle, y saltó al suelo. Entró en el baño y escuché cómo abría el grifo de la ducha y el agua al caer.

Se trataba de una pequeña reunión en la casa de un amigo de Be que trabajaba con ella, y los invitados eran gente en su mayoría de la productora. Entre ellos estaba Edgar, el chico al que había besado en la puerta de nuestra casa. Era moreno, mulato, y ponía un acento dulce a esa forma tan seductora que tienen de hablar a orillas del Caribe. Be me lo presentó. Ninguno de los dos aludió al beso que se habían dado en el interior del coche a las puertas de nuestra casa. Hablaron sobre el rodaje que iban a comenzar en dos semanas. Todo el equipo era muy joven y estaban muy nerviosos. Me encontré a una chica que había trabajado en una de mis películas y que no sabía que Be y yo estábamos casados. Estuvimos tratando de hacernos entender por encima de la música, que estaba muy alta, y de las conversaciones de los demás, y nos exiliamos en la cocina para seguir hablando. Le un cigarrillo de hierba y el olor atrajo a un par de invitados más. Charlamos, fumamos y bebimos cerveza. Puede que me distrajera en la cocina y que pasara más tiempo del que pensaba. Cuando volví al salón, Be se había puesto a bailar con los pies descalzos. Tenía un cigarrillo entre los dedos y fumaba mientras movía las caderas. Sonrió al verme y me llamó con una mano para que fuera a su lado. Me pasó los brazos por encima de los hombros y me pidió que bailara con ella. Me negué. Protestó. No sé bailar. Esa es la verdad. Pero lo intenté. Y lo hice de forma torpe, anulando mi sentido del equilibrio por la hierba. Recuerdo que la gente se reía. Dos o tres chicas más se pusieron a bailar a nuestro alrededor. Aproveché el momento para despistarla y acercarme hasta la nevera para coger otra cerveza. Cuando volví, en el equipo de música sonaba una canción latina que estaba muy de moda aquel año y Edgar agarraba a Be de la cintura. Él bailaba muy bien y movía a mi mujer por el pequeño salón como si fuera una pista de baile, con aires de profesional. El resto de los invitados se apartó y les dejaron sitio. Be era flexible y estaba en buena forma, así que podía seguir los pasos de Edgar y hacerlo con naturalidad. Estuvieron bailando, muy juntos, y quizá él se aproximó y se rozó más de lo necesario hasta que la música terminó, y él la recogió en sus brazos como una pluma y el resto de la fiesta aplaudió. Be besó a Edgar y después saludaron como si aquel fuera el final del espectáculo.

—Be es estupenda —me dijo la chica que había trabajado en una de mis películas—, tiene que ser la leche vivir con ella.

Aquella era una de las frases más comunes que me dirigía la gente cuando se enteraba de que estábamos juntos.

—La leche.

Ese fue el momento álgido de la fiesta. Después no tuvo mucho más recorrido. Se hizo tarde, y ya habíamos bebido y fumado mucho cuando agarré a Be de la mano y le dije que se despidiera de sus amigos. Protestaron y me acusaron de secuestrar al alma de la fiesta. Me mostré inflexible. Edgar me gastó la broma de esconder a Be en un cuarto para que no la encontrara. Nos reímos. Al final ella salió del dormitorio, se encogió de hombros y les dijo adiós. Un grupo de invitados se apostaron en los balcones y nos despidieron como la gente que se reúne en un puerto y agitan sus manos ante un barco que zarpa.

Todas las señales estaban allí. Me había bebido una caja de cervezas y fumado hierba, pero no estaba tan borracho como para no darme cuenta, probablemente hubiera sido absurdo hacerlo aquella noche, pero debí hablar con Be al día siguiente o después. Y todavía me pregunto si ella fue inocente y no se dio cuenta de lo que estaba provocando hasta que ocurrió.

El coche de Edgar, un pequeño utilitario moderno, bonito y caro, estaba aparcado en la puerta de nuestra casa, con dos ruedas montadas sobre la acera. Al abrir la puerta escuché sus voces en la cocina y me dirigí allí. Ella apoyaba la cintura contra la gran mesa de madera, una mano en el pecho de él como si tratara de apartarlo o detenerlo, y negaba con la cabeza. Él estaba muy cerca de ella y la agarraba por el brazo. La soltó un instante después de que yo entrara en la cocina. Me saludó con la mano y una sonrisa amable, y después agarró una cerveza abierta y le dio un trago rápido. La espuma estaba cerca del cuello, así que apenas si le había dado un trago antes de que yo llegara.

—Me voy. —Dejó la botella sobre la mesa—. Gracias por la cerveza. Mañana hablamos, Be.

Cuando pasó a mi lado casi pude oler las ganas que tenía de salir de la cocina, como si le acompañara el aroma almibarado de la culpa.

—¿Quieres una cerveza? —dijo Be, y abrió el frigorífico.

—Espera un segundo.

Salí a la calle. Edgar ya se había subido a su pequeño coche, pero todavía no lo había puesto en marcha. No entiendo a qué aguardaba. Golpeé en el cristal de la ventanilla con los nudillos.

—¿Puedes bajar? —le pregunté—. Quiero hablar contigo.

Dijo que tenía prisa. Abrí la puerta del conductor. Se había olvidado de echar el seguro. No tuvo más remedio que salir. Parados en medio de la calzada, le dije que se había equivocado.

—Eso que te imaginas no pasará. Te lo aseguro.

Me contestó que debería hablar con Be, que quizá ella tenía algo que contarme, que era un asunto que ella debía aclararme.

—No hay nada que aclarar. Eres tú quien está muy confundido. Vamos a dejarlo aquí. Pero aléjate de ella y no la vuelvas a traer a casa nunca más.

Entonces hizo una estupidez. Arqueó las cejas y sonrió de una forma muy arrogante y sobreactuada. Aquella actitud tan condescendiente me enfadó de verdad. Le agarré del pecho de la camisa y le empujé contra el coche. Le retuve con fuerza el tiempo suficiente para decirle muy cerca del oído que si volvía a acercarse a Be le arrancaría la cabeza.

—No es una broma. No me conoces. No tienes ni idea de con quién estás jugando. Te buscaré.

Aflojé la presión y se libró de mí con un empujón. Retrocedí un par de pasos. Tuve que alejarme aún más para dejar pasar a un vehículo que apareció justo en ese momento. Aprovechó para subir al suyo y arrancar el motor. Sin embargo, aceleró sin meter una marcha y se quedó allí, inmóvil, con el motor revolucionado y una nube de humo blanco saliendo de su tubo de escape. Di un par de pasos hacia él. Por fin arrancó y, con las ruedas girando en la pequeña plaza, me insultó a gritos por la ventanilla abierta y después salió pisando el acelerador. Me quedé en mitad del asfalto hasta que desapareció al doblar una esquina. En las casas de nuestros vecinos se habían encendido unas cuantas luces y se habían corrido unas cuantas cortinas y visillos. Figuras borrosas se apartaron cuando dirigí mi mirada hacia ellas. En la ventana del último piso de la casa de al lado seguro que estaba ella, nuestra vecina Alicia, observándolo todo. Podría haberles gritado que se metieran en sus propias vidas de mierda. Aquello hubiera sido el final perfecto para aquella escena. Un hombre loco por los celos gritando al universo. Pero no lo hice. Volví a entrar en la casa. La cocina estaba desierta y las cervezas habían desaparecido de la gran mesa de madera. Subí las escaleras con paso lento. La puerta de nuestro dormitorio estaba entornada y la habitación en penumbra. Be estaba sentada en el borde de la cama. Su figura se recortaba contra la luz de las farolas de la calle. Tenía la espalda encorvada y la melena —por aquella época se había aclarado el color del cabello y se había dejado un corte más largo que le daba el aspecto de la perfecta chica surfista del norte de California— le cubría la cara.

—No ha pasado nada —dijo, y las palabras casi no le salieron de la garganta.

Me senté a su lado y ella me cogió la mano.

—Creo que nuestros vecinos ya tienen tema para hablar durante una buena temporada. Hemos dado un espectáculo con el que enriqueceremos sus partidas de cartas de los viernes y sus reuniones de Tupperware.

—Nunca más —dijo—. Nos retiramos.

—Eso estaría bien.

Cuando recordábamos ese incidente, Be decía que aquel era un buen episodio para el documental que pensábamos producir algún día. Trataba de quitarle importancia al asunto. Aquella debió ser de las últimas veces en las que hablamos de *Desmontando a Be*.



¿En qué momento dejó la vida de ser maravillosa?

Fue durante la primavera del siguiente año. Era una tarde sombría cuando le propuse a Be hacer un gran viaje, escaparnos a algún sitio tropical, exótico y lejano, aprovechando que ella estaba en un paréntesis entre producciones y que yo había entregado la última versión de mi guion. En esas fechas —cuando nadie tiene vacaciones— los precios suelen ser más baratos.

—No tenemos ni un duro —dijo, y añadió con una sonrisa divertida—: ¿Hace cuánto que no miras la cuenta del banco?

Había dejado nuestras finanzas —como otras muchas cosas— en sus manos. Tenía razón. Con el dinero que teníamos en la cuenta apenas si nos habría dado para un fin de semana en un camping de la costa.

—Ya deberían haberme pagado —le dije a Be—. Mañana llamo a Bolea. Siempre hacen lo mismo. No te preocupes, nos iremos de viaje. Ve comprándote un par de biquinis. Pequeños.

Tal y como le había dicho a Be, a la mañana siguiente llamé a la productora preguntando por mi dinero.

—El director tiene algunas dudas —dijo Bolea— y le gustaría que le dieras una vuelta al guion. No te preocupes, son cuatro cosas sin importancia. Hacemos una reunión y lo hablamos.

La película la dirigía un chico al que yo conocía desde hacía tiempo. Tenía un par de películas pequeñas que a mí me gustaban, y durante dos o tres meses habíamos trabajado juntos haciendo varias revisiones. Era un chico inteligente, tenía ideas interesantes, era muy sensible y había sido una buena experiencia trabajar con él.

—La última versión la escribimos prácticamente juntos —le dije a Bolea—, no sé qué dudas puede tener ahora. Le llamaré.

—Se ha caído del proyecto —dijo el productor—, la película ya no la hace él.

—Entonces, ¿quién la dirige? —pregunté aturdido.

—Agárrate. —Y pronunció el apellido de un conocido director de cine.

Tenía, por entonces, diez o doce películas en su haber, algunas buenos éxitos de taquilla, varios premios de la Academia y otros cuantos en festivales internacionales. Un nombre con mayúsculas. Silbé y escuché la risa de fumador empedernido de Bolea a través del auricular del teléfono.

—Tu guion le ha encantado, de verdad, me lo ha dicho personalmente, y su agente va diciendo por ahí que esta va a ser su mejor película. Y a lo mejor, con un poco de suerte, se nos sube al carro alguien más —dijo con algo de misterio—. Aunque no quiero adelantar acontecimientos.

Era uno de esos directores que los actores y actrices siempre citan en las entrevistas cuando les preguntan con quién les gustaría trabajar.

—Es un hombre muy sencillo y muy educado —dijo Bolea, y añadió—: Es solo que hay un par de cosas que no le quedan claras y tú eres el autor. Quiere hablar contigo.

Al colgar el teléfono me di cuenta de que se me había olvidado insistir en que me pagara el dinero que me debía y también preguntar por qué no me había llamado antes para darme la noticia.

Cuando le conté a Be quién dirigiría la película, comentó que le parecía una elección genial y que era una historia que parecía escrita a propósito para él. Y después añadió que aquello sería muy importante para mí, que podría ganar algún premio que pusiera mi nombre en primera línea, que aquello sin duda era un salto, un punto de inflexión en mi carrera, un antes y un después. El aturdimiento que había sentido cuando Bolea me había dado la noticia dio paso a una emoción muy intensa. Cabalgaba a lomos de una montaña rusa y desde mi vagón descubierto solo podía ver las estrellas en el firmamento.

Al día siguiente llamé, por compromiso, al chico que iba a dirigir la película y le pregunté qué había pasado. Me dijo que simplemente no se habían entendido y que había preferido dejar el proyecto antes de que le echaran, y me deseó muy buena suerte, y aquella última frase me sonó algo así como «que no te pase nada», «ojalá sobrevivas» y «no me gustaría estar en tu lugar». Pero me pareció un ataque de celos, un arranque de envidia, el deseo de que las cosas se torcieran o fueran difíciles en su ausencia. Era algo muy humano, no lo tuve en cuenta y a las pocas horas ya lo había olvidado.

Celebramos la primera reunión en un restaurante del centro de la ciudad. El director se mostró muy amable y cercano —algo que me sorprendió porque le acompañaba una leyenda negra sobre su pésimo humor, su enorme vanidad y arrogancia, e incluso su propensión a la violencia—, y lo primero que dijo fue que el guion le había parecido un trabajo magnífico, que era una historia maravillosa y que se sentía muy afortunado de tener la oportunidad de dirigirla. Y me lo decía a mí —que, como el resto de los guionistas de este país, no tenía

ni voz ni voto en la elección del director o de cualquier otra persona del equipo técnico, artístico o de administración—, mirándome a los ojos y hablando con una claridad que no connotaba ninguna otra interpretación. Hablamos muy por encima sobre referencias literarias y cinematográficas, y en el transcurso de la conversación me hizo un par de preguntas sobre la trama. Me preguntó por qué en un momento dado de la historia un personaje tomaba una determinada decisión, y yo traté de explicarle que era algo que iba con su naturaleza y que otra decisión no tenía sentido, y entonces comentó que pensaba que de ese modo se ralentizaba mucho la acción. Le contesté que se trataba de una historia de personajes y que la acción estaba subordinada a ellos. Afirmó con la cabeza, como si le hubiera convencido.

—Tengo un puñado de notas que me gustaría enviarte para que las revisaras.

—Las incluiremos en la siguiente versión —le contestó Bolea.

Me molestó que diera por hecho que asumiría sus notas sin más. Entonces, quizá mi tono de voz fue demasiado autoritario, dije algo así como que las consideraría porque, como él mismo había dicho, yo era el autor y conocía mejor que nadie la historia.

—Genial —exclamó, dio una sonora palmada y le preguntó a Bolea por algo que ya no tenía relación con la historia.

Nada más terminar la comida dijo que tenía trabajo —estaba terminando la sonorización de su anterior película—, se levantó y, después de repartir abrazos y palmadas en los hombros, se marchó. Cuando nos quedamos a solas le expresé a mi productor las dudas sobre las preguntas que había hecho durante la comida.

—Es un director —dijo—. Tiene que echar su meada para sentir que la película es suya. ¿Conoces a algún director que no haga algo así? Yo no, créeme. Vamos a hacer una gran película. La mejor de todas las que hemos hecho.

Nos tomamos dos copas o quizá tres, y después nos marchamos a casa.

—Seguimos en contacto —dijo Bolea cuando nos despedíamos, y añadió —: Cuando te envíe esas notas de las que hemos hablado, míralas con cariño, ¿de acuerdo?

—Las leeré con todo mi amor.

De vuelta a casa, en el coche, me asaltó la extraña sensación de que había asistido a una especie de obra de teatro pactada y que allí se habían decidido cosas de las que no tenía ni idea. Aun así, el alcohol me aturdí un poco y me dije que debía deshacerme de todas esas paranoias.

—¿Qué tal? —me preguntó Be aquella tarde.

Le conté cómo había sido la comida y la sobremesa —obvié mis celos sobre una conspiración oculta debajo del mantel—, y le di mi impresión sobre el

director. Gente que trabajaba con Be le había hablado sobre él, pero la verdad es que ninguno de los relatos era concluyente. Algunos le detestaban y otros le amaban. En lo que todos coincidían era en que sus películas tenían una imagen muy potente y una buena dirección de actores, pero le fallaban las historias.

—Tú eres el guionista que necesita.

—Eso es lo que piensa Bolea —le contesté—, dice que vamos a hacer la mejor película de nuestras vidas.

Y satisfecho de haber pronunciado aquella frase, me dejé caer en un sofá del salón. Be también tenía una gran noticia. Había conseguido trabajo en una producción americana —realmente el trabajo se lo ofrecía una productora española que les hacía el *service*— que se iba a rodar en el sur del país.

—Diecisiete semanas —dijo Be—, ¿te lo puedes creer?

No, era increíble. El rodaje la obligaría a estar cuatro meses fuera de la ciudad. Cuatro largos meses. Desde que apareció aquel día en la puerta de mi apartamento con su maleta y una lámpara bajo el brazo, nunca habíamos pasado tanto tiempo separados. Pero no podía rechazar el trabajo. Una producción americana era el sueño de cualquier estudiante de la Escuela. Además, estaba mucho mejor pagada que cualquiera de las producciones que se hacían aquí. Aquel dinero nos vendría muy bien, le daría estabilidad a Be, se aseguraba trabajo durante casi medio año e impulsaría de alguna forma su carrera. Fingí, lo mejor que pude, una sonrisa que ocultara el temor y la sensación de abandono que me conquistaban por momentos.

—Haremos ese viaje cuando vuelvas —le dije.

—Y podrás darle un empujón a esa historia que estás escribiendo —dijo Be—, te vendrá bien. Podrás aislarte. Nada de fiestas ni de compromisos. Solo tienes que escribir. Y yo volveré de vez en cuando para que no te olvides de mí.

La noche anterior a su marcha salimos a cenar a un restaurante pequeño y familiar que estaba en nuestro antiguo barrio y nos sentamos en una mesa cubierta con un mantel de tela de cuadros blancos y rojos y hablamos de todo menos de lo que deberíamos haber hablado. Y como en todas esas ocasiones en las que no sabes lo importante y único que es, no aprovechamos ese precioso momento. Después de cenar nos tomamos un vodka rápido y al llegar a casa hicimos el amor de una forma un poco rutinaria. Supongo que ella estaba pensando en el reto que debía afrontar al cabo de unas horas y ya no estaba conmigo, sino en un trozo de la costa desértica del sur del país, que era donde los americanos pensaban reproducir una región de Oriente Próximo. A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano. La ayudé a llevar la maleta y una bolsa de viaje hasta el taxi y nos dimos un beso —también un poco deslucido, comparado con los besos de una despedida de ficción— en mitad de aquella fría

madrugada sobre la acera tapizada de blanco por la escarcha. Entré en casa huyendo del frío. Y desde aquel preciso instante me di cuenta del enorme vacío que dejaba aquel cuerpo tan pequeño.

Escribí una nueva versión del guion, pero al director no le gustó. A Bolea tampoco le convencí. Entonces entramos en una fase en la que todo eran dudas, en la que cualquiera que pasaba por un pasillo aportaba ideas —la mayor parte eran disparates o ideas copiadas de otras películas— y en la que se instaló la sensación de que la producción naufragaba. Hice otra revisión bajo la presión del ambiente y sin una idea muy clara de por dónde debía avanzar. Y aquella fue la peor versión de todas las versiones que había escrito o que podría escribir en cien años. Me había perdido. Me había perdido y ya no sabía dónde estaba.

Una mañana iba camino de aquella librería de segunda mano del centro que era como un viejo amigo para mí cuando me encontré con un chico de la Escuela, del grupo de Dirección, al que había tratado bastante. Después de saludarnos me dio una palmada afectuosa en el hombro y me dijo que le habían contratado para la producción de mi película.

—Tu primera versión me gustó mucho. No creo que él pueda mejorarla.

—¿Quién?

Se produjo una situación bastante embarazosa. Y debió sentir una profunda vergüenza al darse cuenta de que nadie me había informado y de que yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando con mi historia, mi guion y mi película.

—Lo que yo he oído —me dijo a modo de confidencia y haciéndome jurar que nunca diría que él me lo había contado— es que el director y dos amigos suyos se han ido a un pueblo lejos de la ciudad y están allí escribiendo.

—Eso no puede ser —le dije.

Se despidió rápidamente y me dejó con una amargura en la boca como no había sentido antes. En aquel momento me dije que aquello debía tener una explicación lógica y sencilla y que el ayudante con el que me había encontrado debía estar equivocado. Llamé a Bolea y no me cogió el teléfono. Llamé a la productora y su secretaria me dijo que estaba en una reunión y que le daría el recado. Cuando aquella tarde a última hora volví a llamar y nadie me cogió el teléfono, ya sabía que todo lo que me había contado el compañero de la Escuela era cierto. Por fin Bolea me llamó un par de días después. Era verdad. O peor. La verdad era peor de lo que imaginaba. Unas horas después de aquella comida, el director le había llamado y le había contado que había sentido que no podría entenderse conmigo y que quería escribir su propia versión de mi historia. Llevaba haciéndolo en secreto varias semanas o meses junto a un par de amigos suyos. Todas las versiones posteriores que yo había escrito habían sido lanzadas a la papelera seguramente sin que nadie las leyera.

—Quiere hacer su película —dijo Bolea—, escribir su propia versión.

—Pero la historia es mía —le contesté—, es mi guion. No puede hacer eso.

—Sí puede hacerlo —dijo Bolea en un tono que denotaba su cansancio y su necesidad de demostrar su autoridad—. Te recuerdo que ya te he pagado un adelanto y puedo hacer que se escriban las versiones que sean necesarias hasta que le dé el visto bueno. Es una de las cláusulas del contrato.

Lo sabía. Yo lo había firmado.

—Eso da igual. Yo sigo siendo el autor de la historia.

—Escúchame —dijo el productor tratando de serenarse—, no perdamos los nervios. Eres el autor, eso es verdad, y firmarás la película. Ni siquiera estoy seguro de que lo que esté escribiendo sea mejor que tu primera versión. En cuanto lo reciba, te lo enviaré. Lo leemos. Probablemente tendrás que darle una vuelta. Siento todo esto. Hemos trabajado bien juntos. Y todavía nos quedan muchas cosas por hacer. Tómate unos días de vacaciones. Vete a ver a tu chica. Despeja la cabeza.

Esa misma tarde llamé a Be. Hablábamos casi todos los días por teléfono o por videoconferencia. Estaba guapa y muy morena debido al viento del mar y al sol, aunque acabábamos de entrar en la primavera. Hablaba encantada de la experiencia de trabajar en aquel largometraje, de todo lo que estaba aprendiendo, de lo diferentes que hacían las cosas los americanos, del montón de pasta que se estaban gastando y de lo poco que les importaba si aquello servía para hacer el producto que querían, pero también de lo exigentes que eran con los resultados y con el trabajo de la gente, y de la profesionalidad que exigían y las maratónicas jornadas de trabajo, y de lo duro que se estaba haciendo aquello y de la gente que ya había renunciado o a los que habían despedido y se habían vuelto a casa.

Su rostro apareció en la pantalla del ordenador. Llevaba el pelo recogido en uno de aquellos pañuelos tipo pirata y dos coletas salían por detrás, y una camiseta que en algún momento había sido roja. Un par de collares de cuentas y cordón de cuero con lo que a simple vista me pareció un pequeño diente de tiburón rodeaban su bonito cuello.

—Quiero ir a verte —le dije—, esta misma tarde.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

Le conté por encima la historia del guion, Bolea y el director, y que la mierda me llegaba al cuello. Necesitaba estar con ella y que me abrazara.

—Estamos en una semana muy jodida del rodaje. Llevamos dos jornadas de retraso y la producción americana está de los nervios. Hay mucha presión.

—Quiero verte —le dije—, salir de aquí.

—Entonces ven. Yo también quiero verte, pero no sé si voy a tener mucho tiempo para ti. No sé, a lo mejor puedo pedir un par de días libres, pero ya te

digo que no es el mejor momento. Bueno, da igual, vente. Yo te espero.

Quizá debí prestar más atención a aquellas palabras, ser menos egoísta, exigirle menos, pero no lo pensé. Hice una bolsa de viaje que ella me había regalado por uno de mis cumpleaños, metí ropa y cosas de aseo, mi ordenador y un cuaderno y unos cuantos bolígrafos, la cargué en el maletero del coche y salí a primera hora de la mañana del día siguiente. Siete horas después llegué hasta las oficinas de producción del rodaje, donde había quedado con Be. Recorrí una carretera secundaria que atravesaba campos de invernaderos infinitos hasta que por fin, desde un punto elevado de la carretera sobre la cima de una colina, vi el lugar del rodaje y me dio la impresión de estar llegando a una base militar o a un campo de refugiados. Salí de la carretera y me acerqué por un sendero asfaltado hasta un puesto de control. Un guardia de seguridad me detuvo junto a la puerta de acceso. Le di el nombre de Be y el departamento al que pertenecía. Después de un par de minutos de espera me dio indicaciones de cómo debía llegar a la oficina de la producción española. Atravesé una avenida de camiones, caravanas, barracones prefabricados alineados, muy despacio, entre los que se movía un pequeño ejército de técnicos que iban de un lado a otro con el objetivo de cumplir una misión, empujando grúas, cargando camionetas, subiendo focos, moviendo grupos eléctricos. Grandes haces de cables metidos en tubos de plástico oscuro corrían como gigantescas serpientes amazónicas por todo el campamento. Encontré a un grupo que supuse eran del equipo técnico, comiendo y fumando sentados en una especie de pequeña grada formada por vigas de madera junto a unos barracones prefabricados, y me detuve para preguntarles dónde quedaba la oficina de producción. Tenían la piel y la ropa cubierta por una fina capa del polvo rojizo del desierto y parecían los supervivientes de una catástrofe natural. Un muchacho —pantalón corto, camiseta, chaleco reflectante y un *walkie* colgado de un lado del cinturón— se levantó diligente y se acercó a mi coche. Para llegar a la oficina de producción aún debía girar a la derecha en el próximo cruce y recorrer después dos manzanas más de barracones, camiones y caravanas.

—No tiene pérdida —dijo sonriente—, son las casetas que están pintadas de rojo.

No, no tenía pérdida. Aquellos cinco barracones prefabricados apilados en dos montones eran una nota discordante en aquel campamento donde el blanco y el gris eran los colores dominantes, tan socorridos pero tan aburridos al mismo tiempo. Aparqué junto a unas furgonetas, me bajé del coche y sentí cómo el polvo también comenzaba a cubrirme a mí. Una chica morena, de pelo largo y rizado, vestida con unos pantalones cortos, botas de campo y una camisa anudada a la cintura salió de una de las caravanas y se me acercó dando saltitos.

—Hola —dijo—, tú debes ser el chico de Be. Yo soy Anita.

Nos dimos un par de besos. Be estaba en el rodaje solucionando un problema con los extras en uno de los escenarios y aún tardaría unas horas en volver.

—Tu chica me ha pedido que me ocupe de ti —dijo sonriendo, y después miró su reloj—. La jornada está a punto de terminar.

Descubrí que Anita hablaba así. Todo el mundo tenía un chico o una chica. Daba igual que la relación tuviera seis semanas o llevaras diez años casado. No hacía diferencias.

—Ven —me dijo—, te enseñaré una vista general de lo que estamos haciendo.

Me llevó hasta el edificio construido por tres barracones prefabricados apilados uno encima de otro. Ascendimos por una escalera exterior hasta la terraza del último de ellos. La habían convertido en una especie de puesto de observación. Había una mesa de plástico, un par de sillas y un par de latas de refresco que alguien había dejado olvidadas allí. Desde aquel lugar se contemplaba todo el set del rodaje. Habían construido o semiconstruido varios edificios junto a un pueblo abandonado y colocado un enorme cromograma de color verde tras él. Al otro lado estaba el mar.

—Y eso es Damasco —dijo Anita—, o algo así.

Entre los edificios había un numeroso grupo de personas moviéndose de un lado a otro, en lo que debía querer ser una calle muy transitada por la que los coches apenas podían circular. A unas decenas de metros se encontraban unas pequeñas tiendas de toldos blancos donde supuse que debían estar los monitores y las sillas del director y de los productores. Nos sentamos en el borde del barracón. Ella sacó un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo. Fumamos con las piernas colgando en el vacío observando aquel pequeño ejército de hormigas que se movía junto al mar.

—Compartimos habitación tu chica y yo —dijo—, es genial. Realmente es una de las personas más geniales que he conocido en mi vida.

Dibujó en su rostro una sonrisa de satisfacción, como si se le hubiera revelado un secreto o hubiera tenido una iluminación divina. Y fuera lo que fuera, aquello la había hecho muy feliz. Estuvimos hablando un rato de lo divertido que era vivir al lado de Be, de lo estupenda profesional que era, de lo duro que trabajaba, de la forma en la que se había ganado el respeto de los jefes y del resto del equipo.

—Si el rodaje dura cuatro semanas más, le dan la silla del director de producción —bromeó—. Es la bomba tu chica.



Un rato después el *walkie* que llevaba sujeto al cinturón de su pantalón corto crepitó y una voz lejana y metálica anunció que la jornada había terminado. Bajamos de la terraza y mientras caminábamos hasta la oficina de producción nos adelantaron varios coches que transportaban —lo supuse porque los cristales eran tintados— al director, a los actores y a los productores de la película. En la oficina de producción Anita me ofreció una botella de agua y me dijo que podía esperar junto a una mesa donde se acumulaban versiones de guion y separatas impresas en papeles de varios colores. Leí unas cuantas de aquellas separatas y después me asomé a la ventana y fui a mi coche a por el paquete de tabaco que me había olvidado y me fumé un cigarrillo y entonces vi a Be llegar caminando por el sendero de tierra desde el set de rodaje, encabezando una marcha de cientos de árabes —los extras de la película— como una especie de Lawrence de Arabia femenina. La imagen era tan asombrosa que el cigarrillo casi se me cayó de los labios. Al llegar junto a las oficinas de producción, Be le indicó algo a uno de sus compañeros, dejó el frente de la marcha, se acercó y me dio un beso rápido en los labios. Se escucharon algunos silbidos y aplausos que provenían de la marcha árabe. Después me cogió de la mano y entramos en la oficina de producción —estaba casi vacía—; y al lado de unos armarios me pasó los brazos por el cuello y me dio un beso largo y con sabor a tierra del desierto. Estaba más delgada y los músculos de sus piernas y de sus brazos parecían muy definidos, como los de una atleta.

—Ahora tengo una reunión —dijo— para ver el plan de mañana.

Le contesté que la esperaría fumando un cigarrillo en el aparcamiento. Casi medio paquete después, ella y Anita cruzaron la puerta del barracón prefabricado.

—Qué bien que estés aquí —dijo Be al subirse al coche, y volvió a besarme.

Se alojaban en un hotel de playa que habían abierto fuera de la temporada turística solo para el equipo del rodaje.

—Os dejo la habitación para vosotros —dijo Anita recogiendo algo de ropa de un armario—, me traslado con las chicas de Dirección.

Be le dio las gracias, se dieron un abrazo y nos quedamos solos.

—Necesito una ducha. —Y se metió en el baño.

Me asomé al balcón, que daba a un jardín con una piscina grande en forma de riñón que estaba vacía. A un lado había un kiosco de madera con cierto aire tropical y unas cuantas tumbonas esparcidas por la hierba. A los pocos minutos, una muchedumbre se bajó de un par de autobuses de Producción y el hotel se llenó de ruido de pasos y voces, de gritos y risas, como en una especie de sinfonía del caos. Hacía buen tiempo, el sol estaba a punto de ponerse por el

horizonte y en los balcones aparecieron chicos y chicas jóvenes y alegres. En los dormitorios se liaban cigarrillos de hierba y se abrían botellas de cerveza y se servían copas de vino helado. En el balcón de al lado apareció un chico alto y delgado, sin camiseta, muy fibroso, algo mayor que yo, con el pelo muy rizado recogido por una especie de cinta de tenista que le daba un aspecto muy de los setenta. Se apoyó en la barandilla y encendió un cigarrillo de hierba y le dio una calada profunda antes de darse cuenta de mi presencia.

—Eh —dijo—, ¿tú quién eres?

Le contesté que era el marido de Be.

—¿Está casada? —dijo arrugando la frente, y luego exclamó—: Vaya.

Antes de que pudiera preguntarle qué significaba ese «vaya» añadió:

—¿Quieres una cerveza fría?

Acepté. Se metió en el interior de la habitación y volvió a salir al balcón y me pasó la cerveza. Era verdad que estaba muy fría. Después del primer trago, le pregunté por qué se había sorprendido.

—Ella siempre habla de su chico —dijo—. Pero no pensamos que estuviera casada. ¿Cuántos años tenéis?

Charly, así se llamaba el vecino de balcón, formaba parte de uno de los equipos técnicos que trabajaban directamente con los americanos. En ese momento, Be salió arropada por una toalla al balcón.

—Los de Sonido hacemos esta noche una fiesta en el jardín —dijo antes de que Be tirara de mí hacia el interior de la habitación—. Cuento con vosotros.

Nos tumbamos sobre su cama. Le desanudé la toalla. Estaba morena, excepto en las partes de piel que había cubierto la tela de un biquini. Hacía seis semanas que no la veía. Hicimos el amor y, aunque yo pretendí que durara, se notó demasiado cuánto la había echado de menos. Después la abracé y me pegué a su culo duro y redondo todo lo que pude y metí mi nariz en su pelo y me reconfortó el hecho de que no hubiera cambiado de champú.

—¿Qué es lo que pasa con la película? —me preguntó.

—Es una mierda de proporciones gigantes —le contesté, y añadí—: Te lo cuento durante la cena.

Se estaba tan bien así. Sobre las sábanas, abrazado a su cuerpo, con los últimos rayos de aquel sol de otoño cruzando los cristales y calentando nuestros pies descalzos, que permanecían entrelazados. Me pregunté cómo había podido soportar aquellas semanas sin ella, cómo había podido dejarla marchar, cómo había podido dormir por las noches sin tenerla a mi lado. No volvería a dejar que se fuera. Me dormí con esa idea en la cabeza y cuando desperté el sol se había puesto y el dormitorio estaba sumergido en una oscuridad rota por la luz que provenía de los balcones de otras habitaciones. Se escuchaba música en el jardín.

Entré en el baño y me di una ducha. Al salir, ella ya se estaba vistiendo y parecía un poco ensimismada, atrapada por sus pensamientos. Le pregunté dónde podíamos ir a cenar y me habló de un restaurante —más bien un chiringuito— que estaba en la playa y al que había ido alguna noche. En ese momento llamaron a la puerta del dormitorio. Charly, el chico del balcón, volvía para asegurarse de que asistiríamos a su fiesta. Be le explicó que íbamos a cenar en la playa.

—No nos hagas esto, chico de Be —le escuché decir desde la puerta—, te lo pido por favor. Una fiesta sin ella no es una fiesta. Vamos, te lo suplicamos, no nos la quites. Tú la vas a tener el resto de la vida.

Be cerró la puerta y dijo que haríamos lo que yo quisiera. Al final decidimos bajar a la fiesta. Todo el mundo —el equipo español y el americano— conocía a Be y todo el mundo parecía estar encantado de haberla conocido. Recibió un millón de besos y abrazos. Be había adoptado el lenguaje de Anita y me presentó a todo el mundo como «mi chico».

—En realidad, soy su marido —le decía yo a la gente, y entonces ellos asombrados preguntaban:

—¿Cuántos años tenéis?

La fiesta se celebró en el jardín del hotel junto a la piscina. Había bebida y comida y también música. Unos miembros del equipo habían formado una banda y tocaban versiones de temas clásicos. A pesar de que Be me había dicho que era una excepción, me dio la impresión de que cada noche debía celebrarse una de aquellas fiestas. Parecía una vida estupenda y sentí una profunda envidia. Hice amistad con un grupo de técnicos, con los que fumé hierba con los pies colgando del bordillo de la piscina vacía. Anita apareció un rato después y vino a sentarse a mi lado. Los técnicos le tiraron los tejos diciéndole que era la chica más bonita que había en Producción y que todos se habían enamorado de ella. A nuestro alrededor florecían las parejas, aunque todos sabían que muy pocas superarían el final del rodaje. Anita se rio y dijo que por nada del mundo se liaría con uno de ellos.

—Me voy a bailar con tu chica antes de que uno de estos se me declare aquí. —Se levantó y se acercó a Be, que bailaba sobre la hierba a una decena de metros de distancia.

Hacían una buena pareja, y por un momento sentí que podía pasar algo aquella noche. Un rato después Be se sentó a mi lado en la piscina. Cuando volví la cabeza hacia el lugar donde habían estado bailando, vi que Anita se marchaba con un grupo hacia el interior del hotel y supuse que iban a seguir la fiesta en otra parte. Fue una pequeña decepción y me sentí mal por desear que pasara algo con ella. A fin y al cabo, había hecho aquel viaje para estar con Be y solo con

ella. Una hora más tarde nosotros también nos marchamos. Nos tendimos en la cama. La música seguía sonando en el jardín.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, Be ya se había marchado a trabajar. Los recogía un autobús muy temprano. Bajé a desayunar, después caminé hasta la playa y di un largo paseo por ella. Llegué hasta un pueblo que estaba en el extremo. Era de esa clase de pueblos de costa animados en verano pero vacíos de vida en invierno. La mayor parte de los comercios estaban cerrados. Aun así, encontré el bar pegado a la playa del que me había hablado Be la noche anterior, me senté en la terraza y estuve tomando el sol, escuchando música, bebiendo cerveza y hablando con el patrón, que no tenía mucho que hacer. Me preguntó si yo también estaba con los de la película. Le dije que me dedicaba al mismo negocio, pero que solo había venido de visita, que llevaba seis semanas separado de mi mujer y que la echaba de menos.

—Seis semanas son muchas semanas para estar separado de la persona de la que estás enamorado. Lo sé. De joven estuve embarcado. No se puede estar tanto tiempo sin ellas. Se te llena la cabeza de tonterías.

Fumamos y bebimos más cerveza, y pensé que aquel podría ser un buen sitio para empezar una historia. Me había traído mi ordenador portátil. Y me imaginé allí sentado, escribiendo bajo aquel techo de cañizo, con la luz de primavera del sur, bebiendo café y cerveza, fumando tabaco, y por las noches metido en una cama pegado al culo de Be. California, pero sin ir tan lejos.

—¿Hay algún otro hotel por aquí cerca? —le pregunté al patrón.

Me dijo que el único sitio abierto en aquellas fechas era un hotel muy pequeño detrás de las dunas. Que era bonito y que lo visitaban muchas parejas.

Me preparó la comida —una ensalada y un pescado a la plancha— y después tomamos café juntos. Me habló de sus tiempos de marinero embarcado en un pesquero en los caladeros de Marruecos en mitad del océano Atlántico. Cuanto más lejos iba, mayor era el beneficio. Con lo que había ganado se había comprado aquel pequeño restaurante, pero había perdido a la mujer con la que había estado casado.

—Pasan cosas —dijo—, pasan cosas que uno no puede evitar.

A media tarde decidí volver al hotel. Antes de marcharme caminando por la playa reservé una de las mesas de la terraza para cenar aquella noche con Be.

Desde el balcón de la habitación vi la llegada de al menos cuatro autobuses cargados del equipo humano de la película, y el hotel, que hasta ese momento había sido un buque fantasma, recobró la vida. Charly, el de sonido, apareció en el balcón y me invitó a fumar y a otra cerveza mientras se ponía el sol. Entonces llegó Be y me abrazó por la espalda.

—He reservado mesa para cenar en un bar de la playa.

—Conozco ese sitio —dijo Be— me encanta.

La terraza del pequeño restaurante, con las luces encendidas, unos farolillos y unas lámparas que lo iluminaban de forma indirecta, parecía mucho más bonita que por la mañana. El patrón salió desde detrás de la barra en cuanto entramos por la puerta, y al ver a Be dijo algo así como que entendía que alguien hiciera más de setecientos kilómetros solo para estar un rato con aquella preciosidad.

—Yo cruzaría el Atlántico —dijo.

Nos había reservado un rincón de la terraza frente a la playa, donde dijo que estaríamos más cómodos si queríamos un poco de intimidad. Había otras dos mesas ocupadas también por gente del equipo a los que Be saludó al entrar. La oscuridad se había tragado el océano y solo escuchábamos el romper de las olas contra la arena. No hacía apenas viento y era una noche agradable. El patrón nos trajo una botella de vino, dos de sus mejores copas y una especie de candil que tenía una vela encendida en su interior, y que dejó en el centro de la pequeña mesa cubierta por un mantel de tela de cuadros rojos y blancos.

—Be —dije—, he pensado que quizá podría alquilar una habitación en otro hotel, por aquí, y quedarme un poco más de tiempo. Y tú podrías venir a vivir conmigo. Yo te llevaría cada mañana al trabajo. No me importaría nada.

Be le dio un sorbo a su copa de vino y después negó con la cabeza.

—No creo que sea muy buena idea —dijo—. Nos levantamos antes de que amanezca, y cuando volvemos estoy tan derrotada que casi no puedo ni caminar. Además, no puedo irme del hotel. Nunca terminamos de trabajar. Siempre hay un marrón que solucionar. Vivir en el hotel, con toda la gente del equipo a mano, hace más fácil mi trabajo.

Encendí un cigarrillo y me quedé en silencio con la mirada puesta en la profunda oscuridad que se había tragado el mar.

—Y también pienso en ti. Me sentiría fatal sabiendo que tú estás esperándome, y que yo no voy a llegar o que voy a llegar tarde. No sé, creo que me crearía una angustia que ahora no necesito. Entiéndelo.

—Es solo que tantas semanas sin verte se me hace muy duro —dije después de un pequeño silencio.

—Dentro de poco nos dan unos días de descanso. Volveré a casa y después la producción se traslada a unos platós allí. Y será como siempre.

—¿Habrías preferido que no hubiera venido a verte? —le pregunté mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero.

—No —dijo contundente—. ¿Por qué me preguntas eso? Me encanta que estés aquí. Vamos a tratar de aprovechar bien esta noche, ¿de acuerdo?

Cenamos y bebimos vino, y estuvimos hablando de lo que pasaba con la película. Dijo que no me enfadara demasiado, que tuviera confianza, que había

hecho un gran trabajo —ella había leído el guion—, que al final todo se resolvería y que los mandara a tomar por el culo si realmente creía que se lo merecían.

—A lo mejor te vendría bien alejarte de Bolea. No es el único productor de este país. Tienes talento. Nadie puede negarte esto. Después de esta historia escribirás otra. Y será mejor.

Habíamos pedido una segunda botella de vino. La cogimos, y por unas pequeñas escaleras de madera bajamos hasta la arena y fuimos hasta la orilla del mar. Nos mojamos los pies con el agua salada, fría por la corriente del Estrecho, y después nos sentamos en una especie de tela fina y suave que Be llevaba en un bolso grande. Bebimos más vino directamente de la botella y contemplamos las estrellas, y después me susurró algo que no entendí, pero noté su aliento caliente en el cuello y me empujó suavemente para que me tendiera en la tela. Se quitó las braguitas, se remangó el vestido, se montó sobre mí y me folló allí mismo, bajo las estrellas, iluminados por la débil luz de los farolillos de la terraza del restaurante y el haz de luz de un faro lejano.

Al día siguiente, cuando me desperté a media mañana, hice mi maleta y volví a la ciudad.

—Es una puta mierda —dije—, no tiene nada que ver con lo que yo escribí, joder. Es una basura y no hay dios que lo entienda. Lo que hacen los personajes no tiene ningún sentido. En serio, ¿esta es la historia que quieres producir?

Estábamos sentados en su despacho de la productora. Dos días antes me había enviado una copia del guion que habían escrito el director y sus dos buenos amigos. Lo leí un par de veces del tirón y una tercera nada más levantarme al día siguiente, y blasfemé tanto que el cielo me cagó encima. No podía ser de otra forma.

—Sí —me contestó—, esto es lo que quiero producir. Y ojalá pudiera hacer más películas como esta.

Y añadió que la historia tenía más fuerza que la que yo había escrito, que era más cinematográfica y que una actriz y un actor, que eran una garantía de taquilla, se habían subido al proyecto porque la nueva versión les había encantado.

—Yo no voy a firmar esa mierda.

Esa fue mi última frase.

Durante los años de la Escuela de Cine, un grupo de amigos solíamos reunirnos casi cada viernes y cada sábado en un bar del centro, en una de las

callecitas que bajaban hacia un famosa plaza muy animada por las noches. No sé quién fue el primero que tomó aquel bar como base de operaciones, pero sí, sé que estaba relacionado con la cercanía de un camello que pasaba muy buena hierba y que también se dejaba caer por allí. Acabado el último curso, seguimos viéndonos en aquel bar, aunque después de unos meses quedamos reducidos a un grupo pequeño de pretorianos, y al cabo de dos o tres años el bar y nuestras reuniones se convirtieron en pasado. Por algún motivo, por la melancolía, por el recuerdo de un tiempo en el que éramos más inocentes, o quién sabe por qué, aquella noche Diego y yo quedamos en aquel bar.

No había cambiado durante aquellos años e incluso el nombre del camarero me seguía resultando familiar. Aquella sensación de familiaridad y de recuerdos me reconfortó. Era como una vuelta a casa. Pedí una cerveza y me quedé allí durante unos segundos inmerso en aquel pasado repentino, como si hubiera atravesado el espacio-tiempo, saltado a una realidad paralela que iba unos años por detrás de la nuestra. Diego llegó a los pocos minutos. Nos dejamos caer hasta una esquina de la barra para hablar con tranquilidad. En esos malos momentos todos necesitamos un amigo. Necesitamos que esa persona apoye las decisiones que hemos tomado, aunque solo sea para estar seguros de que no nos hemos equivocado dejando a nuestra novia de toda la vida, alistándonos en las fuerzas especiales de la Marina o pegándole un puñetazo en la cara a nuestro jefe.

—No le has pegado, ¿verdad? —me preguntó con algo de temor en su voz.

Negué con la cabeza. Aunque desde luego no había sido por falta de ganas. Había algo que me decía que me había equivocado saliendo de aquella manera de su despacho. Probablemente aquella puerta estaba cerrada para siempre. Tenía esa sensación de angustia que trataba de aliviar diciendo que mi dignidad estaba por encima de ese trabajo y que el productor y el director eran unos tipos indecentes y deshonestos y que se habían comportado de una forma rastrera conmigo. También me dije en voz alta que era posible que aquella fuera la última película que escribía para él. Y que yo también tenía ganas de apartarme de su interesada amistad, de su falso cariño, de la forma en la que me había subestimado durante aquellos años.

—Se arruinará —le dije a Diego—, tienes que leer el guion. Es una auténtica mierda. Se ha atado una piedra al cuello y se hundirá con ella y compartirá el fondo del mar con los cadáveres de todos los productores que se han arruinado en este país.

Diego, que siempre había sido mucho más juicioso y reflexivo que yo, argumentó que las producciones de Bolea siempre le habían parecido un poco miserables, que siempre había intuido que se preocupaba más por los beneficios

que por el producto y que, sin duda alguna, con la perspectiva que le daba la distancia, podía decir que por los trabajos que me había encargado me había subestimado.

—Sé que ahora estás jodido —dijo—, pero creo que has hecho lo correcto.

Brindamos por mi decisión. Le dije que aquella noche quería emborracharme y ver el amanecer como cuando éramos estudiantes y se nos hacía de día hablando. Nos tomamos un par de cervezas más, y cuando estábamos a punto de pagar y ya habíamos llamado al camarero cuyo nombre todavía recordábamos, apareció un chico que había estudiado con nosotros en la Escuela. Nos estrechamos la mano.

—Vivo en la calle de al lado —dijo—, vengo mucho.

Pedimos una nueva ronda de cervezas y brindamos por los tiempos de estudiantes. Nos preguntó qué hacíamos por allí.

—Estamos celebrando mi despido —le dije tratando de parecer cínico.

El chico replicó que también brindaría por eso. A él también le habían despedido unas semanas antes de una producción americana que se estaba grabando junto a una playa del sur.

—Era —dijo— una puta explotación. Jornadas de dieciséis horas, un trato de mierda y la mitad del sueldo que los técnicos que ellos se han traído. Me puse reivindicativo y una mañana me dijeron que no hacía falta que volviera.

Entonces, y no sé por qué, dije que Be trabajaba de ayudante de producción en la película. El tipo se palmeó la rodilla y sonrió de oreja a oreja.

—Joder, es verdad —dijo elevando la voz de una forma que los que estaban a nuestro alrededor giraron sus cabezas—. Estaba buena en la Escuela, pero os aseguro que ahora está mucho mejor. Y sigue teniendo ese culo que hace que se giren los ojos de todo dios.

Sonreí sin querer hacerlo.

—Nos casamos hace tres años —le expliqué—. Be y yo.

El tipo me miró sin poder disimular la sorpresa.

—¿Estás de coña? —dijo—. ¿Be está casada? ¿Contigo? —Y sonrió de una forma burlona un poco ofensiva.

Ya estaba acostumbrado a ese tipo de reacción entre la gente que nos había conocido en los tiempos de la Escuela. Afirmé solemne con un movimiento de cabeza.

—Oye, pues no te lo tomes a mal, pero si yo fuera tú me cogería un tren y me iría a ver lo que hace allí. —Y después, girando la cabeza hacia Diego, añadió sarcástico—: Es de esa clase de chicas que tiene mucho peligro si está sola.



—Deberías guardarte la lengua en el culo. —Di un paso al frente y Diego me agarró de un brazo.

—Eh, joder, ¿qué te pasa? —chilló—. ¿No sabes cómo es tu mujercita? Hasta el último de los tíos y las tías que hay en ese rodaje se ha metido en la cama pensando en ella. Te he dado ese consejo por tu bien.

—Te lo agradezco. Yo te pago la cerveza. Y ahora hasta luego.

Cerró la boca, respiró con fuerza, apuró su cerveza y dejó la botella en la barra.

—Joder, desde luego hay que estar hecho de una pasta especial —dijo—. No sé si yo podría vivir sabiendo que mi novia se tira cualquier cosa.

Y se dio la vuelta en dirección a la salida del bar. Le agarré por el hombro, le di la vuelta y sin dejar que reaccionara le solté un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas. No conseguí tumbarle. Creo que le di de refilón en un pómulo y no con mucha fuerza. A cambio recibí un empujón que me lanzó hacia atrás y caí de espaldas, y con uno de los brazos arrastré todas las copas de una mesa. Me levanté y cargué contra él como una locomotora, y los dos rodamos por el suelo. Debió ser el golpe con una de sus rodillas lo que me partió el labio. Conseguí acorralarle entre unas cuantas sillas y mesas volcadas y le lancé un par de puñetazos con algo más de éxito, pero cuando iba a sacudirle de verdad noté que alguien me cogía por debajo de los brazos y tiraba de mí hacia atrás. El camarero cuyo nombre nos era familiar me lanzó a un lado como si fuera un niño y después Diego me sujetó junto a la barra. El ayudante de Dirección seguía gritando mientras el camarero le empujaba hacia la puerta de salida.

—¿Y sabes por qué a ella nunca la van a despedir? Porque a sus jefes les gusta sentir su bonito culo encima de sus rodillas, y eso se le da muy bien. Le gusta mucho follar y le da igual el género.

—Te voy a matar, hijo de la gran puta —grité.

—Como tengas que matar a todos los que se ha follado en ese rodaje, no vas a tener vida para cerrar bocas —gritó ya desde la calle—, pero yo te puedo dar un par de nombres. Te has casado con una máquina de follar. En serio, Be es la chica ideal. Se tira cualquier cosa. Eres un hombre afortunado. Eso lo sabe todo el mundo.

Y soltó una carcajada. Quise deshacerme del abrazo de Diego, pero no dejó que lo hiciera. Vi cómo el tipo se marchaba caminando a paso rápido calle arriba. El camarero dijo que nos terminaríamos las cervezas y que nos marcháramos de allí. La gente que estaba en las mesas me miraba como si Miles Davis estuviera tocando una de las canciones más tristes escritas por el ser humano.

—Todo eso que ha dicho es mentira —le dije a Diego—, es mierda.

—Lo sé —dijo Diego—, es un anormal. Y solo dice estupideces. Está jodido porque le echaron. Eso es todo. Yo creo que estaba puesto.

Diego pagó las cervezas, cogí un puñado de servilletas para cortar la hemorragia del labio y salimos a la calle.

—Deberían mirarte ese labio.

—No es nada. Ya casi no sangro.

Comenzamos a caminar. Hacía frío. Era una primavera muy fría la de aquel año y parecía que estaba a punto de nevar.

—¿Tuviste alguna movida con él en la Escuela?

—No, joder, ni siquiera me acordaba de su nombre. —Y después de unos segundos de silencio añadí—: Oye, tú sabes cómo es Be, tan extrovertida, a veces puede parecer lo que no es. La mierda está en la cabeza de los que la miran.

—¿Crees que te está siendo infiel? —me preguntó Diego.

—No —le contesté—, ella jamás haría eso. La conozco. Jamás.

—Entonces ya está —me contestó—, no tenemos nada más de qué hablar.

Y de repente, al doblar una esquina, nos lo volvimos a encontrar. El ayudante de Dirección intentó esquivarme saltando por encima de un coche, pero le cogí de una pierna y se dio de bruces contra el helado suelo de adoquines. Caí sobre él como un perro de presa. Cuando Diego intentó apartarme, recibió un golpe en la nariz y le hice saltar las gafas por los aires. Los tres visitamos aquella noche un ambulatorio y una comisaría, y me libré por muy poco de un juicio por agresiones.

Diego me había preguntado si creía que ella me engañaba y yo le había contestado que no dudaba de su fidelidad. Pero aquella mierda me fue comiendo lentamente durante las semanas siguientes. Escribía, leía, escuchaba música, tomaba café y bebía cerveza. Y a todas horas, hiciera lo que hiciera, aquello estaba ahí dispuesto a asaltarme. Recordaba imágenes, pequeños detalles de aquellos dos días y dos noches en los que había estado en el rodaje, en sus intentos de convencerme de que no fuera, en la frialdad con la que Be me había recibido, en su negativa a que me quedara allí más tiempo.

Casi dos meses después de aquella mañana en la que se marchó, otro taxi volvió a dejarla en la puerta de nuestra casa. Algunas cosas habían cambiado. Sus maletas habían engordado y las cremalleras estaban a punto de estallar. Ella estaba muy morena y más delgada. Yo no era el mismo. Estuve aguardando su llegada al lado de la ventana desde el momento en el que me dijo que el autobús que trasladaba a parte del equipo del largo había llegado a la ciudad. Me esforcé por sonreír y, como si quisiera romper alguna clase de maleficio, la cogí en brazos y crucé con ella la puerta de nuestra casa igual que había hecho el día que

nos habíamos mudado allí. Nos reímos, es verdad, y mientras yo cargaba las maletas y las metía dentro, ella recorrió la casa y la miró como si fuera un viejo amigo al que encontraba de repente. Tenía un regalo para mí. Una tontería, una cajita de barro con bonitos detalles labrados, que me había comprado en un mercado de artesanía. Le di las gracias. Abrió sus dos maletas en la cocina y una fina capa de arena y polvo del desierto se desprendió de su ropa y se esparció por el suelo. Después, mientras la lavadora daba vueltas, hablamos sobre el rodaje y sobre lo que haríamos durante ese puñado de días libres que le habían dado. Habíamos dejado la fría primavera atrás y se había instalado en la ciudad una especie de preverano que hacía muy agradable vivir las calles. Yo quería recuperar la vida que llevábamos antes de que se hubiera ido al desierto a rodar aquella jodida película.

—Lo que necesito es descansar —dijo.

Era verdad que parecía agotada. No hablamos mucho más. Me preguntó qué tal estaba yo, pero no se detuvo a escuchar la respuesta. Después preparó un baño y una hora más tarde cambió la bañera por la cama y durmió durante dieciséis horas seguidas. Cuando se levantó, el clima entre nosotros se había transformado, el ambiente estaba enrarecido y había algo pesado, algo fatalista, sobrevolándonos, como si ya estuviera escrito lo que iba a ocurrir. Ella estuvo hablando un buen rato por teléfono sobre su trabajo en la película y sobre planes de dirección e historias de consumo interno, y yo escuchaba las risas y después su voz se volvía más queda y de cuando en cuando se hacían sonoros silencios. Y más tarde, cuando parecía que nos negaríamos a aceptar el destino, se desató la tormenta. Yo estaba en el salón. Tenía un disco puesto y estaba leyendo un libro sentado en uno de los sofás, frente a las puertas acristaladas, y el viento, ligero pero frío, hacía moverse los arbustos, y el día estaba tan cubierto de nubes que al principio, cuando me levanté, pensé que algo andaba mal porque todavía era de noche. Ella había pasado a mi lado y se había sentado en el otro sofá con el portátil sobre las rodillas y tecleaba, y después la había sorprendido mirando abstraída a través de la ventana.

—Para esto podrías haberte quedado en el rodaje —le dije levantando la mirada del libro, que solo fingía leer porque en realidad toda mi atención la tenía ella—. Así por lo menos podría engañarme diciéndome que estás pensando en mí.

Arrugó la frente y se quedó un poco confundida.

—Solo estaba enviando unos correos —dijo—. Voy con un poco de retraso. Dejó el ordenador sobre la mesa, se levantó y se sentó a mi lado.

—Tienes que cortarte el pelo —dijo tomando un mechón de cabello entre sus dedos.

Aparté suavemente la cabeza.

—Oye —dijo—, lo siento. ¿Qué quieres hacer?

—Nada.

Me levanté del sofá. Ahora, recreando ese recuerdo, me parece que me moví por el salón como si fuera un actor en una obra de teatro. Estaba actuando, preparando lo que yo pensaba que era la introducción a una escena en la que haría estallar el conflicto. Be intentó explicarse. El último día de rodaje había sido intenso y después se había quedado bebiendo unas cervezas con Anita y otra gente del equipo de producción. Esperaba dormir algo durante el viaje, pero no había podido. Estaba agotada. Y además, dijo también que en aquellos momentos se sentía como un submarinista después de una larga inmersión a una gran profundidad. Necesitaba un tiempo para despresurizar su cabeza. Y yo sabía que tenía que hacer la pregunta.

—¿Seguro que no hay nada más que quieras contarme?

Guardó silencio, recogió sus piernas sobre el asiento del sillón y negó con la cabeza. Parecía que no entendiera lo que yo quería decir. O quizá me estaba dando la oportunidad de cerrar la boca.

—¿Te has enrollado con alguien allí?

Me miró como si realmente no creyera lo que le había preguntado.

—Todos sabemos lo que pasa en los rodajes.

Todos lo sabemos. Trabajo duro, mucha gente sola, muchas semanas apartado de tu pareja, la necesidad de sacarte de encima la presión, coqueteos, flirteos, una especie de convivencias para adultos, lejanía con el resto de tu mundo, una fiesta, una noche solitaria, unas cuantas copas de más, un hotel, el deseo de no estar solo, el deseo.

—No he estado con nadie. Te lo juro. Yo te quiero.

Estuvo a punto de desarmarme con ese te quiero. Ahora me doy cuenta de la sucesión de pequeños acontecimientos que nos llevaron hasta ese punto, el determinismo, la suma de causalidades, la breve estancia en Almería, la frialdad que noté, el encuentro con aquel imbécil en el bar, la vuelta de Be, su desapego durante aquellos dos días, lo solo que me había sentido durante aquellos meses, el revés de la pérdida de mi historia, el guion de la película, mi trabajo y mi carrera, y que ni una sola vez desde su vuelta ella hubiera querido hablar del tema, que toda su preocupación, su piedad, lo que yo echaba en falta hubiera sido un ¿cómo estás? Que esas dos palabras hubieran sido toda la atención que me había prestado desde su vuelta. Todo aquello era demasiado potente para que lo pudiera detener un te quiero. Así que seguí empujando.

—Me han llegado rumores. ¡Hasta aquí, joder! Es mucha distancia para que la recorra una mentira.

—Si me meto en la cama con otra persona, será porque ya no te quiero, y te juro que antes de que ocurra, serás el primero en saberlo.

Negué con la cabeza. Aquella declaración solemne —había pronunciado aquella misma frase, casi palabra por palabra, unos años antes y entonces la creí, pero aquella mañana no podía, o sinceramente, no quería hacerlo— no me impresionó lo más mínimo.

—¿Qué te han contado? —dijo. En su voz había cierto cansancio mezclado con nerviosismo.

Le expliqué el encuentro en el bar con nuestro antiguo compañero de la Escuela, lo que había dicho de ella.

—Ya sé de quién hablas, joder, ¡oh, mierda! —dijo levantándose del sofá—. Es un idiota. Le echaron de allí en cuanto se dieron cuenta de la clase de vago que era. Y además, estaba todo el tiempo metiéndose en problemas. Cogió la bandera de los derechos de los trabajadores y empezó a ondearla de un lado a otro como si el pueblo le hubiera elegido. Y lo único que hacía con ese trapo era tapar su propia incompetencia.

—Yo estuve allí. La noche de la fiesta vi cómo te movías delante de todo el mundo y vi cómo te miraban. Y en la cabeza de toda esa gente estabas desnuda y abierta de piernas.

—¿Sabes quién se puso muy cariñoso? El idiota ese de Dirección, y le mandé a la mierda. Quizá esa es la razón de que te soltara todas esas mentiras.

—Le partí la cara —dije— al idiota ese de Dirección. Y acabamos los dos en comisaría.

Los dos guardamos silencio y nos miramos como dos animales heridos ocupando las esquinas de una imaginaria arena.

—Quiero saber la verdad —le dije—. ¿Te has estado follando a alguien o no?

—¡No! —gritó.

—¿A Anita?

—No, no me la he follado. ¿Te gustaría que hubiera pasado?

—Lo preferiría antes que al tipo ese que vivía en el apartamento de al lado o a cualquiera de los productores que están tan contentos con tu trabajo.

—¡Joder! Puedes llegar a ser muy imbécil. Para ponerte los cuernos yo debería haber querido follarme a alguien, ¿no? —gritó.

—No me creo que nadie te haya hecho una proposición.

Entonces se quedó boquiabierto. Debió sentir que cada una de aquellas palabras la habían herido como si le hubiera arrojado con toda mi fuerza piedras llenas de aristas. Aunque lo que realmente la hirió fue el subtexto. Y entonces me miró fijamente como si no pudiera creer que yo hubiera insinuado aquello.

—No me crees capaz de rechazar una proposición, ¿no es eso? Piensas que me gusta tanto follar que sería incapaz de rechazar una invitación de cualquiera. ¡Joder! Que una noche después de haberme tomado unas copas estoy tan caliente que me muero por abrirme de piernas. Y al primero que llega le digo que se meta en mi cama. ¿Y a quién piensas que me tiré? ¿A Charly, a los productores, a Anita? La verdad es que me los tiré a todos. Cada noche me he abierto de piernas para uno de ellos porque me encanta follar. —Y entonces aquellos bonitos ojos comenzaron a perlarse de lágrimas—. Esa es la verdad.

Se marchó de casa. Salió sin dar un portazo, pero fue peor que si lo hubiera hecho. Sé que en el interior de su pequeña cabecita había rabia, y que sobre los hombros cargaba con una infinita tristeza y una amarga decepción. Solo cuando cerró la puerta comprendí hasta dónde la había herido.

De lo que ocurrió aquel día me enteré más de un año y medio después.

Estuvo vagando por el centro de la ciudad durante gran parte del día. Hacía calor y paseó durante un tiempo, comió en una terraza y después se metió en la primera sesión de un cine, pero no terminó de ver la película. En la puerta del cine cogió un taxi y le dio al conductor la dirección de un hotel en el centro de la ciudad. Era el lugar donde la productora para la que trabajaba alojaba a los actores y las actrices que no vivían en la ciudad cuando tenían un rodaje. Be sabía que tenía unas habitaciones cómodas, limpias y no demasiado caras. Le dieron una habitación en la cuarta planta con vistas a una pequeña plaza donde habían plantado esa misma primavera unos jóvenes árboles de delgados tallos que no sobrevivirían a aquel verano. Puede que estuviera mirando por aquella ventana cuando llamó a Anita. Le dijo dónde estaba y que necesitaba hablar con ella. La esperó tumbada sobre la cama, acompañada por el zumbido del aire acondicionado y los ocasionales pasos de los turistas que habían escogido el hotel para pasar unos días en la ciudad. El ruido de la puerta del ascensor, el de los pasos amortiguados por la moqueta del pasillo, el de unos nudillos golpeando una puerta hacían que su respiración se acelerara y que se le dispararan los latidos del corazón. Había saltado a la calle decidida, con la idea de tomarse venganza en la cabeza, llena de la fuerza que le había proporcionado mi estupidez y nuestra discusión. Luego, mientras caminaba, se dijo que haría cierta mi suposición de que le había sido infiel. Se follaría a Anita.

Había estado a punto de ocurrir unas semanas antes, al comienzo del rodaje de aquella producción americana en la costa del sur, cuando apenas se conocían porque nunca habían trabajado juntas y eran dos ayudantes de producción un poco sobrepasadas por los acontecimientos. Por alguna razón —quizá simplemente llegaron a la conclusión de que si querían sobrevivir debían estar unidas—, poco a poco aquella relación laboral se convirtió en algo personal y

comenzaron a hacerse confidencias, contarse historias de su pasado, confiarse secretos, y nació entre ellas una amistad, y casi de una forma natural decidieron compartir el dormitorio. No sé cómo nació el deseo en Anita. Quizá una mañana se despertó temprano y, al girar su cabeza hacia la cama de al lado, vio el cuerpo de Be desnudo, su pecho o quizá su pubis asomando por debajo de las sábanas revueltas, con su pelo cayéndole sobre la cara y los labios un poco entreabiertos formando una imagen tan sensual que —como, por otra parte, cualquiera que cayera en la órbita de Be— se sintió extrañamente atraída por ella. Nunca había mantenido una relación con una chica y estaba bastante segura de cuál era su orientación sexual. Be tampoco había tratado de seducirla, como sí lo había hecho con esas otras chicas que habían ocupado nuestra cama. Estaba centrada en el trabajo y, por otra parte, Anita le caía bien, pero no se había fijado en ella como alguien con quien pudiera mantener una relación sexual. Y sin embargo, una noche después de un duro día de rodaje en el que habían tenido un millón de problemas y habían sufrido la presión de los productores, decidieron que debían emborracharse. Se marcharon al mismo restaurante de la playa donde yo cenaría con Be semanas más tarde y allí, casi sin nadie a su alrededor, y en un rincón alumbrado por el resplandor de las velas y de un farolillo lejano, comenzaron a hacerse confidencias. Be nunca había sido muy reservada para esas cosas y le habló con total franqueza de las relaciones que había tenido y de las mujeres con las que se había metido en la cama. Supongo que ya ambas estaban bastante borrachas y quizá también excitadas —conozco perfectamente esa sensación— por la charla que estaban teniendo y decidieron volver al hotel caminando por la playa con una botella de tequila en la mano, y en algún punto de ese camino Anita dijo algo así como que le gustaría besarla.

—Me gustaría besarte porque eres preciosa y me encanta estar contigo, y eres lo mejor que me ha pasado en este rodaje —dijo—. Estoy un poco borracha, lo siento.

Y Be se acercó a ella y sostuvo su cara entre sus manos y la besó en los labios, y Anita dejó caer la botella de tequila de sus manos y el líquido se derramó sobre la arena al mismo tiempo que sus lenguas se entrelazaban dentro de su boca. Y cuando se separaron, Anita soltó una exclamación y ambas se rieron, y Anita se dejó caer sobre la arena y atrajo a Be hacia ella, y volvieron a besarse. Y después llegaron a la habitación y se desnudaron y Anita se metió en la cama de Be, pero ella le dijo que no quería hacerlo. Le dijo que me quería y que pensaba que aquello no estaba bien, que no quería llegar más allá de aquellos besos que se habían dado en la playa, que eso le parecía suficiente, y después Anita estuvo de acuerdo en que era lo mejor y gastaron una broma para deshacer la tensión.

—Lo siento —dijo Anita.

Be replicó que no pasaba nada y después abrieron las ventanas y se durmieron escuchando el ruido del bar. Es posible que Anita se sintiera un poco incómoda después, pero lo hablaron y se dijeron que un puñado de besos — aunque habían sido unos besos húmedos— no cambiaban nada, y siguieron trabajando como si tal cosa. Aunque lo cierto es que Be se sentía rara. Cuando pensaba en Anita, en su cuerpo desnudo que tanto le gustaba y en esas caderas anchas y aquellos senos y los pezones, se excitaba, y estaba sumida en aquella tormenta cuando yo le dije que iría a visitarla. Aquella manera de follar la primera vez después de que yo llegara al hotel de la costa había sido una liberación. Había tenido dudas al principio y hubiera preferido que no fuera, pero luego todo había ido bien. Pero en su cabeza seguía Anita. Las bragas todavía se le humedecían cuando alguna vez pensaba en ella, como en el trayecto del autobús que la trajo desde la costa, cuando apretó los muslos sobre el asiento y recordó aquella noche, el sabor del tequila, la sal y el limón, y el tabaco en su boca, sus melenas mezclándose sobre la almohada de la cama de aquella habitación de hotel.

Sintió dudas. Eso también es verdad. Se dijo que lo que debía hacer era olvidarse de Anita, considerar que aquella noche había sido un momento único que no se volvería a repetir, que le pesaba más en el corazón la relación que manteníamos desde hacía varios años que el capricho pasajero por una compañera de trabajo. Y quizá no pasaron por su memoria imágenes exactas de lo que habíamos vivido juntos, pero sé que bajo esa informe conciencia de lo que debía hacer estaban acumuladas como postales, una encima de la otra, las fotografías de los momentos de todos esos años: desde la visita a aquella casa abandonada que había sido la suya hasta que sus padres murieron en el accidente, hasta aquel primer beso, los vodkas con hielo y lima que bebimos la noche que nos acostamos por primera vez, el momento en el que apareció en la puerta de mi apartamento con aquella maleta rota y la lámpara debajo del brazo, la noche en la que me convenció para comprar la casa y las lágrimas se le saltaban de alegría, nuestro viaje por el norte de África, la noche en la que metimos a la actriz en nuestra cama. Todos esos momentos pesaron en su mente a la hora de tomar una decisión. Se dijo, quizá incluso en voz alta, que no pondría en riesgo nuestra relación por un polvo con Anita.

Se sentó en el borde de la cama, se calzó las sandalias y guardó el tabaco y el mechero y otras cosas que se habían esparcido por la superficie de una cómoda en su bolso cuando escuchó el suave golpeteo de una mano contra la madera de la puerta. Era Anita. Tras una breve conversación, se dieron el primer beso. Be se entregó con decisión a la obra de serme infiel. Hizo que Anita se



corriera casi nada más lamerle el sexo y después descubrió que era una amante ansiosa que reclamaba placer una y otra vez, casi con desesperación. Y Be estaba encantada de dárselo. Cuando se tumbaron exhaustas sobre la cama, se dieron cuenta de que habían empapado las sábanas. Sus cabellos estaban revueltos, la piel alrededor de sus labios estaba enrojecida, tenían temblores en las piernas y en los brazos y se sentían como si alguien las hubiera vaciado por dentro.

Pasaron la noche juntas. Volvió a casa después del mediodía. Dejé a medio escribir una frase y me asomé a la puerta. Cruzamos una mirada.

—Lo siento —dije.

—Yo también —dijo ella.

No me atreví a preguntarle dónde había estado. Cuatro días después volvió a marcharse a la costa. Le llevé las maletas y la bolsa de cuero hasta un taxi que, como las otras veces, esperaba en la puerta de nuestra casa, y nos despedimos con un beso. Aún no se había ido y ya estaba deseando volver a verla. Ella no pensaba lo mismo.

La Policía localizó a Anita a última hora de la mañana de aquel mismo día. Había vuelto a su casa, aquella moderna obra de arquitectura y diseño contemporáneo que Tomás y ella se habían comprado tres o cuatro años atrás a unos treinta kilómetros al norte de la ciudad, después de una jornada de visitas a tiendas de muebles. En aquel momento no estaba en ninguna producción. El agente que habló con ella le contó —obviando los detalles importantes— lo que le había pasado a Be y le pidió que fuera al hospital. Ella lo hizo inmediatamente. El inspector Driza me concedió entonces el deseo de volver junto a mi mujer. Habían registrado nuestra casa, hablado con los vecinos y poco más podían hacer allí ya. No podía detenerme —al menos, hasta tener pruebas más sólidas contra mí—, pero necesitaba tenerme vigilado en todo momento. Así que volvimos a subirnos a su coche.

La cinta de balizamiento todavía permanecía tendida entre los troncos de los árboles del bosque a ambos lados de la carretera, y algunos agentes de uniforme y un par de miembros del grupo de Homicidios de la Policía Judicial permanecían en el escenario de la agresión. Me pareció que hacía tiempo que habían terminado su trabajo allí y charlaban indolentes a la sombra de un árbol viejo con una copa muy extensa. El inspector Driza negó con la cabeza, como si esa actitud fuera reprobable. En el exterior del coche la temperatura era de más de treinta y cinco grados. Seguramente estaban deseando regresar a las oficinas de la brigada y ponerse frente a un aparato de aire acondicionado. Había una razón para que siguieran allí, pero no quise preguntar. Volvimos a cruzar la entrada del hospital, tomamos el mismo ascensor y recorrimos una vez más los mismos pasillos solitarios hasta llegar ante las mismas puertas automáticas donde había conocido al inspector unas horas antes. Driza recibió una llamada de teléfono y habló en voz baja de forma precisa y un poco lacónica. Después se dirigió a uno de los agentes de su grupo, que nos había acompañado, y habló con él. El inspector le explicó que no debía dejarme ni un segundo a solas, y después se acercó de nuevo a mí.

—Espero que los médicos tengan mejores noticias. —Como si el hecho de que Be despertara fuera mejor noticia para él que para mí—. Volveré en unos minutos.

Se marchó y me pregunté si iría a reunirse con Anita. Imaginé que quizá había estado allí, antes de que nosotros llegáramos, puede que solo unos minutos, delante de aquellas puertas automáticas, a la espera de noticias sobre la evolución de Be. Olfateé el aire como un perro cazador tratando de percibir el rastro de su perfume, pero lo único que distinguí fue el olor a desinfectante mezclado con el de tabaco en mi ropa. No, no había estado allí. El inspector Driza no se hubiera arriesgado a que nos encontráramos antes de que ella le hubiera contestado unas preguntas. Imaginé que le estaría esperando en ese momento en un rincón tranquilo de la cafetería o quizá en uno de los patios interiores ajardinados. Caminé hasta las ventanas por la curiosidad de saber si había acertado. El patio estaba vacío. Anita había dejado de fumar unos meses antes. Recuerdo que Be me lo había comentado en una ocasión.

Driza escogió una mesa apartada en la cafetería, al fondo del local, lejos de las cristaleras que daban a un pasaje peatonal que se abría entre dos de los edificios del hospital. Hizo que Anita se sentara de espaldas a la puerta de entrada para que hubiera menos elementos que la distrajeran y se concentrara mejor en contestar a sus preguntas. Anita movía el hielo dentro del vaso —el inspector había insistido en que bebiera algo y ella había pedido un agua con gas, aunque lo que realmente le hubiera gustado beber habría sido vino o algo con más alcohol— cuando el policía le contó lo que le había ocurrido a Be con todos esos detalles que no le habían dado por teléfono. Anita se estremeció. Driza podía haberlos omitido, pero quería que fuera muy consciente de la brutalidad de la agresión.

—¿Se pondrá bien? —Su voz era temblorosa y el movimiento de su mano provocaba ondas circulares dentro de su vaso.

Las consecuencias de los golpes, las lesiones en todo el cuerpo, el edema cerebral, los terribles efectos secundarios que podrían quedarle incluso si despertaba alguna vez. Driza volvió a ser muy explícito con los detalles con un claro propósito.

—No quiero mentirle. Los médicos no tienen muchas esperanzas de que despierte del coma. Es posible que incluso no supere esta noche.

Anita se echó a llorar. Llevaba un vestido de verano también ligero, parecido al que vestía Be en el momento de la agresión, y el inspector se preguntó si lo habrían comprado juntas en la misma tienda o si era solo que estaba de moda aquel verano. Esperó pacientemente a que recobrarla la serenidad y entonces le pidió su ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —Se enjugó las lágrimas con una servilleta de papel.

—Conteste con sinceridad a las preguntas. Esa es la mejor manera de ayudarme.

Anita afirmó con la cabeza.

—¿Beatriz y usted eran amantes?

Anita se dio cuenta en ese momento de que no estaba allí simplemente como la amiga de Be, y que el inspector ya tenía bastante información sobre su relación. Se imaginó que habían tenido acceso a su ordenador y a su teléfono y que habrían encontrado mensajes, fotografías y correos más o menos explícitos. Y aun así, estuvo a punto de protestar y exigir que le explicara qué tenía que ver su vida íntima y sus relaciones sexuales con lo que le había ocurrido a mi mujer. Driza percibió el gesto turbado y suavizó su discurso.

—Lo siento. Quizá he sido demasiado directo. Intento detener a la persona que le hizo eso a su amiga. Créame que, si pensara que su relación no es importante para resolver este caso, no le preguntaría sobre ella. —Y después suspiró como si hubiera sido muy sincero, y en ese momento Anita comenzó a confiar en él como yo mismo lo había hecho unas horas antes.

El inspector le dio unos segundos de tregua y mientras, sacó su libreta, la abrió sobre la mesa y dejó un bolígrafo a su lado. Anita levantó la barbilla y se aclaró la garganta.

—Sí.

—¿Cómo comenzó su relación?

—Antes de nada, me gustaría decirle que nunca me había sentido atraída sexualmente por otras mujeres hasta que conocí a Be. Lo que quiero decir es que no hay mucha gente como ella. Solo así soy capaz de explicarme que me enamorara con esa intensidad. Es muy especial. No sé cómo definirlo. Cuando la conocí pensé que era muy afortunada, que había tenido suerte de que me aceptara en su mundo, y cuando nos besamos por primera vez pensé que la vida merecía la pena, que vivir merecía la pena de verdad. Hace que todo lo que está a su alrededor parezca mejor.

Anita comenzó su relato enumerando las razones por las que se había enamorado de Be en aquel rodaje. La había seducido bailando sobre el techo de la oficina al son de una música imaginaria; la había cautivado su carácter y la fuerza con la que defendía sus ideas, y también el encanto y la sensualidad con las que hacía las cosas más pequeñas.

—Explotaba uvas con los dientes —dijo, sonrió y se sintió tonta.

Recordó lo excitada que llegaba a ponerse solo con una de aquellas sonrisas o miradas suyas que parecían prometer tanto. Compartir la vida con ella la hacía sentirse especial. Yo mismo hubiera podido describir todas esas experiencias con

palabras muy parecidas. Después le contó lo que había pasado aquella noche en la playa —el tequila, el beso, su piel húmeda por la brisa del mar— y en la habitación del hotel, donde había acariciado su cuerpo brevemente.

—Estaba muy borracha. Creo que bebí con la única intención de tener una justificación si me rechazaba. Y eso fue lo que ocurrió. Ella dijo que no podía traicionarle.

Anita tenía la mirada perdida en algún punto del espacio entre el policía y el techo de placas de yeso blanco de la cafetería del hospital. El inspector estaba atento a sus gestos —era tan importante lo que se decía como lo que no se decía —, y si Anita hubiera hecho lo mismo, se habría dado cuenta de que se había secado un par de veces el sudor de las palmas de las manos en el pantalón, que se había removido con desazón sobre el asiento y que había comenzado a jugar de forma mecánica con el tapón de plástico de una botella de agua vacía. Aquel relato de una infidelidad le perturbaba de una forma que no se había imaginado cuando se sentó en aquella silla.

—Así que no esperaba que me llamara en nuestra semana de permiso — continuó Anita—. Y menos que me citara en aquel hotel. Pero nada más colgar el teléfono, supe lo que iba a pasar. Hasta aquel día nunca lo había hecho con otra mujer. Y ha sido lo más excitante que he vivido nunca.

En otro momento se habría excitado —le había ocurrido otras veces con el simple hecho de traer a la memoria las horas en aquella habitación y recordar sus cuerpos entrelazados, el olor del sexo y aquellos gemidos primitivos—, pero allí, en la fría cafetería del hospital, le sobrevino un escalofrío que erizó el vello de sus brazos. No había espacio para el deseo porque todo lo ocupaba la pena y los remordimientos. Observó brevemente a Driza y le dio un sorbo a su bebida. El hielo casi se había deshecho y aquel agua con gas le resultó un brebaje insípido, y de nuevo pensó que un vino, un vino blanco muy frío, era lo que necesitaba en ese momento. Driza guardó silencio y esperó a que ella continuara con el relato.

—A los pocos días tuvimos que volver al rodaje. No hablamos en el autobús. Estábamos rodeadas de compañeros y decidimos retrasar esa conversación hasta que llegáramos al hotel. Ya había anochecido y recuerdo que escuchábamos las voces de la gente del equipo hablando por los pasillos y de balcón a balcón, música, golpes, gritos que salían de los dormitorios y se mezclaban en una especie de bullicio alegre. Casi no podía oírla cuando me explicó que quería serle fiel.

Anita se defendió de aquel segundo rechazo asegurándole a Be que estaba de acuerdo con esa decisión. Ella también quería a Tomás y «su noche» —así la llamó— había sido una experiencia maravillosa que nunca olvidarían, pero debía quedarse en eso. Ninguna de las dos quería meterse en problemas. Eso se

dijeron. Su sagrado juramento tuvo una validez de menos de una semana. Una tarde, después de una jornada festiva de playa, se metieron juntas en la ducha y después pasaron a la cama. Cuando las dos ya habían tenido varios orgasmos y descansaban la una sobre la otra, la cabeza de Anita sobre el vientre de Be, acordaron que podrían alargar aquel *affaire* solo las semanas de rodaje, y que después se despedirían como amigas.

Las siguientes cuatro semanas se comportaron como dos adolescentes salidas —así lo definió Anita— que aprovechaban cualquier momento para darse un beso detrás de unas mamparas a resguardo de miradas ajenas, que mientras compartían un cigarrillo sobre el tejado de su oficina mirando el horizonte o la puesta de sol se daban la mano, que en la comida, en aquellas mesas corridas donde podían llegar a sentarse treinta o cuarenta personas, solían quedarse rezagadas, con cualquier excusa, y al final en el último turno se sentaban juntas y bajo la mesa se acariciaban los muslos o una metía un pie en la entrepierna de la otra. Y por las mañanas, cuando Be todavía estaba dormida, a Anita le gustaba meterle la mano y bajarle las bragas, y empezar a soplar aire caliente en su sexo para ver cómo crecía. Y con la punta de su lengua lo humedecía levemente hasta que la mano de Be se posaba ligera sobre su cabeza o su hombro y susurraba con la voz todavía pastosa que no la torturara más y se lo hiciera de una vez. Aquel fue su pequeño pero intenso verano de noviazgo.

—Cuando faltaba una semana para terminar, nos entró una tristeza horrible. Es algo que ocurre en todos los rodajes a medida que ves llegar el final, pero aquel fue especial. Creo que nunca he visto a Be tan triste como el día que nos despedimos.

Es verdad que Be volvió de aquel rodaje en un estado de semidestrucción. Durmió muchas horas seguidas y durante los días posteriores cayó en una especie de abatimiento y abandono, en una especie de apatía, a la que nos referíamos como «el periodo de descompresión». Luego un día, un par de semanas después, aceptó un trabajo para otro rodaje, uno sencillo y pequeño, en otra productora —lejos de Anita—, y aquello me devolvió a la chica alegre y entusiasta que había sido siempre.

Driza había tomado un par de notas en su libreta. Fechas y un par de apuntes poco reveladores. Se había bebido su botellín de agua. Metió la mano en su bolsillo, sacó el paquete de tabaco y el mechero y los dejó encima de la mesa.

—¿Quiere fumar? —le preguntó Anita.

—Solo si usted también quiere.

—Lo dejé hace unos meses.

El inspector se preguntó si lo habría hecho al mismo tiempo que nosotros, y en ese caso le pareció curioso que la víctima, su amante y su marido hubieran

dejado de fumar al mismo tiempo.

—Está bien. —Abrió el paquete y vio que solo le quedaba media docena de cigarrillos—. De todas maneras, hoy he fumado demasiado. Continúe, por favor. ¿Cuándo volvieron a encontrarse?

—Más o menos, un año después coincidimos en otra producción. Ella estaba mucho más guapa de como yo la recordaba. Cuando nos vimos por primera vez, fue un momento realmente eléctrico, pero a los diez minutos ya nos sentíamos muy a gusto la una al lado de la otra, y fue cuestión de pocos días que recuperáramos la confianza. Ella era la misma, pero en su vida las cosas habían cambiado. Ya no estaba bien con él, ¿sabe? Tenían problemas. Él había perdido su trabajo. Le echaron de la película que había escrito. Y luego la película fue un gran éxito. Creo que eso fue lo peor. Los cuatro o cinco productores que podrían haberle dado trabajo le cerraron las puertas. Y eso fue muy duro.

Anita tenía razón. Fue duro. Después de meses de espera, de llamadas y conversaciones y amenazas de llegar a juicio y no sé cuántas cosas más, conseguí que me pagaran casi todo lo que me debían por el guion de la película que nunca llegué a firmar. El que debería haber sido mi tercer largometraje comenzó a rodarse a principios del año siguiente sin mí. Por aquella época me encontré con un segundo ayudante de Dirección que trabajaba en el rodaje. Me contó que era un auténtico desastre. Habían despedido a equipos completos y llevaban semanas de retraso. Escribían secuencias sobre la marcha y todos los días cambiaban los planes de producción. «Si pudiera —dijo— lo dejaría mañana mismo. Es el infierno, te lo juro.» Alguien le había dicho que yo lo había escrito. Le corregí. Solo había escrito la primera versión. «Salté del barco —le dije— cuando vi llegar la ola que se venía encima.» No quería que nadie me relacionase con aquel desastre. El segundo ayudante alabó mi sentido común por alejarme de aquello que podría ser el mayor fracaso de la historia del cine reciente. Saber que otros consideraban que aquello era un desastre y que probablemente hundiera la carrera del director y arruinaría a Bolea y a todos sus socios y que se matarían entre ellos me producía una íntima satisfacción que por otro lado no quería que nadie pudiera percibir. Quería disfrutarla yo solo. Me limitaba a poner cara de pena y ocultaba que gozaba de una pérfida y malvada alegría con aquellas noticias. Trataba de contener una sonrisa miserable que asomaba por las comisuras de los labios cuando una voz interior me decía «Que se jodan».

La película se estrenó en el otoño de aquel año y en los títulos de crédito no apareció mi nombre. Tuvo un primer fin de semana de taquilla bastante mediocre, pero —aunque la crítica fue bastante tibia— la gente empezó a hablar de ella. Los medios les dieron una buena cobertura a los actores protagonistas, y

al cabo de unas semanas la película se había convertido en uno de los grandes éxitos del año. «El guion —decía yo a propios y extraños— es una mierda.» La gente se encogía de hombros y hablaban de lo bien que estaban los actores y recordaban lo emocionante que era una escena determinada o el final de la película. El mundo llega a ser muy deprimente cuando te das cuenta de que aquello que detestas es justo lo que aprecian los demás.

Busqué trabajo. Llamé a amigos y conocidos que podían echarme una mano, pero muchos estaban en las mismas penosas condiciones que yo, y otros no quisieron hacerlo o les daba igual lo que me pasara porque estaban muy ocupados intentando sobrevivir como para compartir el flotador con otra persona. Después de muchas llamadas conseguí un par de reuniones y entregué un par de tratamientos de dos historias que durante meses había desarrollado en la soledad de mi mesa. Eran buenas historias, pero no recibí ninguna llamada. Mi carrera en el cine se había terminado.

—Es una profesión muy pequeña y es difícil que te levantes de algo así — reflexionó Anita, y el inspector rastreó en el fondo de su garganta un resto de compasión.

Un hombre roto. Esa imagen encajaba de una forma nítida en el retrato psicológico que ya había empezado a esbozar sobre mí. Anita había llegado por sí sola a un punto de la narración que, pensaba el inspector, podía aclarar muchas cosas sobre lo que le había ocurrido a Be en el bosque.

—¿Qué clase de problemas tenían? —le preguntó Driza.

—A Be la película de los americanos le abrió muchas puertas. Enganchó varios trabajos seguidos. Él se encerró en su casa. Decía que escribía, pero creo que lo único que hacía era fumar hierba y beber. Be tenía cada vez más responsabilidades en las producciones. Eso significa que cada vez se iba antes de su casa y volvía más tarde, y trabajaba muchos fines de semana. Creo que él no pudo soportarlo. Se volvió obsesivo con ella. Pensaba que le engañaba. Discutían casi cada noche. Ella lo pasó muy mal. Una vez la encontré llorando en los baños de la productora. Estaba destrozada. Él la castigaba con su silencio. No le hablaba durante días. Ella no lo soportaba. Eso la hacía sufrir.

Como esas heridas que mucho después de cicatrizar nos siguen escociendo, aquella gran pelea, mis palabras, mis celos y mi estupidez, sus lágrimas, su decepción, su marcha, seguían allí bajo la piel de nuestro matrimonio. Y periódicamente emergía de nuevo porque ella había bailado con alguien en una fiesta, porque alguien había malinterpretado un gesto, porque había escuchado un comentario desafortunado, porque yo había bebido demasiado. Y entonces todo explotaba, provocado por la combinación de desconfianza y temor. Nuestras discusiones podían alargarse varios días y tener varios escenarios.



Podían empezar en nuestra casa o en casa de unos amigos o conocidos, o en algún local, y continuar por la calle, y después alargarse en un trayecto en nuestro coche o en un taxi, y después detenerse momentáneamente —durante unas horas o durante días— cuando ella subía las escaleras, se encerraba en nuestro dormitorio y yo me metía en el despacho. Y podíamos estar sin hablar durante días, y en la cama procurábamos ocupar lugares muy apartados el uno del otro, refugiándonos en nuestras posiciones y zonas de confort. «Eso forma parte de su atractivo —me decía Diego—, es de esa parte de ella de la que te enamoraste. ¿Recuerdas aquel día en el tren que nos llevaba a la Escuela? Claro que te acuerdas. ¿Y qué ocurriría si dejara de ser así? Quizá dejaría de gustarte. Y yo creo que es sincera. Y que te quiere más que a nada en el mundo.» Diego haciendo, como desde el principio, de mediador en los conflictos de nuestra relación. Un cigarrillo de hierba, una cerveza fría y la voz de Diego, y solía tranquilizarme. Y aquella idea conseguía penetrar en mi mente y de alguna forma iluminaba las paredes de la caverna, y yo conseguía apartar el temor de perderla. «Comportándote de esa forma es como conseguirás que acabe huyendo de ti.» Y tenía razón. Y una tarde Be llamaba a la puerta del despacho con cualquier excusa y decía que teníamos que hablar. Nos sentábamos en los sofás del salón y ella afirmaba que, si la vida iba a ser así, prefería pasar, dejarlo, dejar de hacer que sufriera por ella y dejar de hacer que ella sufriera por mí. Yo le pedía perdón. No quería que llorara, no quería hacerle daño y no quería vivir sin ella. Y también le decía que no podía controlarlo, que era superior a mis fuerzas, y que sentía enfadarme de aquella manera. Y los dos nos arrepentíamos de las cosas que habíamos dicho y nos besábamos, al principio de una forma bastante torpe —nuestros dientes se chocaban—, como si fuera la primera vez, y después nos subíamos al dormitorio y hacíamos el amor, sin cuentos, sin historias figuradas, sin acordarnos de nadie más, sin meter a nadie más —ni siquiera de una forma imaginaria— en nuestra cama. Decía que solo me quería a mí y que no podía estar con nadie más que no fuera conmigo. Y yo quería creerla. Lo contrario era terriblemente agotador. Pero no podía evitarlo.

—¿Había alguien más? —preguntó el inspector Driza.

—No —le contestó con una seguridad rotunda—. Ella le quería. No se haga una imagen retorcida de Be. Ella solo le fue infiel conmigo. Nada más.

—¿Cuándo se convirtieron de nuevo en amantes?

—Fue por aquella época. Trabajábamos en las oficinas de una productora en el centro. Estábamos arrancando una producción y teníamos mucho trabajo, un millón de llamadas que hacer, cerrar un calendario, montar reuniones de equipos y estudiar los presupuestos. Las jornadas eran larguísimas. Pero recuerdo que ella estaba de buen humor. Aquel día nos quedamos hasta tarde

trabajando. Teníamos una nevera en la oficina y ella abrió una botella de vino que alguien nos había regalado. Quizá fue el vino, no sé, pero el caso es que comenzamos a hablar de lo que había ocurrido aquella noche en la playa. Nos fuimos al baño y nos lo hicimos allí. Fue como una explosión. Como si nos hubiéramos estado esperando todo ese tiempo la una a la otra. Y así volvió a comenzar todo. Solíamos vernos al mediodía. Dos o tres días por semana. De esa forma evitaba que él se enfadara por llegar tarde a casa. Una o dos veces que tuvimos rodaje fuera de la ciudad, ella lo arregló para que pudiéramos estar juntas. Eso fue lo mejor. Recuperar todo lo que habíamos tenido en el desierto. A veces aprovechábamos que nos quedábamos a solas en la oficina para hacerlo allí mismo. Era muy excitante. El corazón se me disparaba al despertarme pensando en ella. Me sentía genial. No tanto por el deseo, sino por compartir algo tan íntimo con Be. Teníamos tantas ganas de vivir...

El inspector Driza sonrió como si él también sintiera nostalgia de un tiempo pasado que sin duda había sido mejor. Sin embargo, había algo en ese relato que empezaba a molestarle, aunque no quería que Anita se diera cuenta. Cogió el bolígrafo, subrayó una palabra y después levantó la mirada y le hizo una pregunta muy directa:

—¿Sabe si él fue violento con ella alguna vez?

Anita le miró como si de repente la conversación hubiera girado hacia un lugar inesperado para ella. Tardó unos segundos en interpretar cuál era el objetivo de la pregunta, pero cuando lo hizo se recostó en el respaldo de la silla y miró al inspector con algo de incredulidad.

—¿Se refiere a...? ¿Creen que él tiene algo que ver con lo que le ha pasado a Be?

—En estos momentos tenemos que valorar todas las opciones. Es importante que no dejemos ningún cabo suelto.

—No sé —dijo Anita—, no creo que él hiciera algo así.

La respuesta no fue la que Driza esperaba de la amante de la víctima, a la que imaginaba enfrentada al marido —es decir, a mí—, y aquello le desubicó lo bastante como para que intentara imponer de nuevo su autoridad en aquella mesa afirmando algo que todavía no podía demostrar.

—Hemos encontrado algunas pruebas. No puedo contarle nada más. Haga memoria, ¿sabe si él la agredió alguna vez?

La seguridad de Driza y el misterio que se escondía detrás de esas palabras desarmó a Anita. Arrugó la frente.

—Nunca me contó nada —dijo Anita, y después, como si una imagen hubiera sido iluminada por grandes reflectores, aquellas líneas de expresión desaparecieron de su rostro—, pero una vez vi cómo él se ponía muy agresivo.

Fue durante una fiesta de la productora. Yo no le había visto desde aquel día en el rodaje de la producción americana. Habían pasado casi dos años. Y él estaba muy cambiado.

Yo no quería ir a su fiesta. No quería estar con gente de la profesión y menos relacionarme con el éxito cuando mi carrera y yo mismo éramos un fracaso. Pero ella insistió y, como siempre, no pude decirle que no. Celebraban el estreno de una película y después de la proyección dieron una fiesta en un local de moda en una de las calles del centro de la ciudad. Mientras Be saludaba a sus compañeros del rodaje, yo me fui hasta la barra y me bebí, casi en un par de tragos, mi primer vodka con hielo y lima de la noche. Los servían en unos vasitos cortos y me imaginé que aquello era una especie de estrategia comercial para ahorrar alcohol. Me dije que debía aprovechar el momento antes de que comenzaran a llegar los invitados y fuera imposible alcanzar la barra, y me pedí una segunda copa. Examiné el flujo continuo de sedientos invitados que entraba por la puerta y me alegré de haber tomado una buena decisión. El alcohol me hacía más sociable y disminuía mi incomodidad en actos en los que hubiera más de tres personas desconocidas. Me daba esa excusa, pero lo cierto es que llevaba meses bebiendo a ese ritmo en soledad. Be había encadenado dos o tres rodajes muy exigentes y cada vez con una responsabilidad mayor. Durante ese tiempo yo había escrito dos proyectos y el guion completo de un largo. No había conseguido que le interesaran a nadie. Ella pasaba cada vez más tiempo fuera de casa y yo me sentía cada vez más inseguro. Llegó un momento en el que ya no supe qué escribir. No se trataba de una crisis de creatividad. Simplemente ocurre que cuando recibes muchas negativas acabas perdiendo la seguridad, y entonces las dudas te consumen y sentarte frente al ordenador se hace insoportable y te causa dolor. Un dolor físico. Al principio uno trata de llenar el vacío con lecturas, paseos o películas. Pero lo único que es capaz de llenar ese agujero es un vaso con unos cuantos hielos y un chorrito de vodka y una rodaja de lima. Recuerdo que esperaba a que ella llegara para abrir el armario de la cocina y sacar los vasos. Un día me llamó y me dijo que llegaría tarde, y también abrí el armario. Luego empecé a servirme la primera copa a media tarde y dejé de esperar a que ella llegara. Hasta que un día me sorprendí al descubrir que la botella que había comprado el martes ya estaba vacía y ni siquiera era jueves.

Desde un lugar de la fiesta me llegó una carcajada explosiva que me resultó familiar. Be hablaba con una pareja. Deslizándome lentamente —empezaba a surfear sobre olas de alcohol—, me acerqué a ellos. Be, alegre y haciendo un gesto con la mano, señaló a la mujer y me preguntó si me acordaba de ella. Era Anita. Había pasado más de un año desde la última vez que nos habíamos visto en la fiesta en los jardines de aquel hotel de playa donde había escuchado aquella

carcajada por primera vez. Anita llevaba un vestido elegante con un escote en la espalda que le llegaba hasta la cintura, y tenía el pelo suelto, largo y ondulado, y casi no reconocí a aquella chica de pelo recogido y pantalones vaqueros cortados con tijera y botas de montaña que me recibió en el aparcamiento polvoriento de aquel desierto del sur. Era una mariposa de brillantes colores surgida como por arte de magia de una fea crisálida. Me besó y me abrazó, quizá excesivamente, y se mostró entusiasmada de volver a encontrarnos. Aquella noche conocí a Tomás. Anita me lo presentó como «su chico», pero en realidad era su marido, porque, según me explicó él en otro momento de la noche, se habían casado un par de años atrás. Tomás era cinco o seis años mayor que nosotros —y dos o tres más que Anita, aunque me pidió que no se lo dijera a nadie—, un poco más bajo que yo y de una constitución que definiría como compacta. Tenía profundas entradas en el cabello, los ojos pequeños y una nariz grande, y aunque ninguno de sus rasgos eran atractivos, el conjunto hacía de él alguien peculiar. Vestía de una forma informal con vaqueros, chaqueta de color azul, una camisa de un blanco tan blanco que hacía daño a los ojos y unos zapatos sin cordones. Todo era caro. Tomás formaba parte del servicio jurídico de una gran empresa y debía tener un buen sueldo. Puede que incluso tuviera participación en los beneficios. No era el tipo que yo hubiera elegido como amigo, pero era educado, abierto y pacífico, y no sabría decir si aquel saber estar sin que pareciera que estaba era una consecuencia de su timidez o formaba parte de un papel ensayado una y mil veces.

Recuerdo a Be agarrada a mi brazo y a Anita de la mano de Tomás. Follaban desde hacía al menos tres o cuatro meses, pero podían estar allí ejerciendo el papel de fieles esposas con una enorme sonrisa y sin un solo titubeo. Después alguien las llamó para hacerse una fotografía de equipo y Tomás y yo nos acercamos a la barra. Fue agradable hablar durante un rato con alguien que no pertenecía a ese mundo y al que tampoco parecía atraerle nada. No conocía a ninguno de los actores o las actrices que estaban en la fiesta y se sorprendió mucho cuando le conté que algunas de ellas eran muy conocidas. No había visto ni una sola de sus películas. Me encantó aquella falta de absoluto respeto que me recordaba mucho a la inocencia con la que un crío se acercaría con las manos manchadas de barro a un Picasso. A la imitación de un Picasso, para ser más correcto. No era un hombre impresionable, y el mundo del cine le traía bastante sin cuidado. Tomás era el amigo que yo necesitaba en una noche como aquella: alguien que desmitificara la profesión, alguien que no respetara a nadie, alguien que pusiera a aquellos ególatras presuntuosos en su sitio.

Cuando el hielo de mi tercera o cuarta copa se deshacía en mi mano, Be vino a buscarme y me dijo que quería presentarme a alguien. Pensé en Helena.

La situación resultaba parecida. Hacía tiempo que no habíamos metido a nadie en nuestra cama. Alex, la camarerita tatuada, había sido la última. Y solo con escuchar aquella frase se despertó mi libido. Si hubiéramos querido —realmente si Be hubiera querido—, habríamos podido compartir nuestra cama en más ocasiones, pero ella era mucho más selectiva de lo que cualquiera que estuviera fuera de nuestro pequeño círculo pensaría. Tenía que gustarle mucho alguien o interesarle o excitarle de alguna manera para que diera el paso. Yo lo dejaba todo a su criterio porque lo cierto es que no necesitaba nada de aquello. Con Be me era suficiente. Aunque ya no lo hacíamos como antes, o al menos tan a menudo como antes. Y entonces, no sé por qué, pensé que acabaríamos la noche mejor de lo que la habíamos empezado, que quizá una cosa así reactivaría nuestra relación. Me equivocaba.

La seguí entre la multitud que ya abarrotaba el local, envuelta en una especie de bruma alcohólica que flotaba sobre las cabezas de todos ellos. Be me condujo hasta un hombre de unos cincuenta años, de aspecto contundente y una mirada cargada de autoridad. Sostenía un cigarrillo con una mano y mantenía la otra oculta dentro del bolsillo del pantalón de un traje color oscuro muy estrecho. Era uno de los socios propietarios de la productora para la que Be trabajaba. Se encontraba con un grupo de personas, dos o tres hombres y mujeres que saludaron a Be con alegría. Tenían una intimidad desconocida para mí. Hablaron sobre el rodaje, sobre un par de veces en las que Be les había salvado la vida, y contaron varias anécdotas que debían resultar divertidas. Entonces Be llamó la atención del gran hombre, me presentó como «su chico» y le dijo que había escrito un guion estupendo que debía leer. Había imaginado que esa era la intención de Be cuando agarró mi mano y me llevó hasta ellos. Aquello me hizo sentir un nudo en el estómago y solo pude refugiarme detrás de una rígida sonrisa. La misma que un niño exhibe cuando su madre, una sociópata pasivo-agresiva, comenta delante de sus amigas lo orgullosa que se siente de que su hijo se sepa todas las capitales del mundo o una nueva canción al piano, o quién sabe qué otra cosa: «Enséñanoslo, cariño». Estuve a punto de bajarme la cremallera del pantalón. Odié profundamente a Be. La odié con toda mi alma.

—¿De qué trata?

—Es la historia de dos mujeres que se cruzan en los días previos a la caída de una ciudad durante una guerra —dije secándome los labios con el dorso de la mano.

—No parece una comedia. —Esbozó una sonrisa y dos de sus amigos dejaron escapar risas fugitivas—. Estamos buscando comedias. Esa es la verdad. Pero me gustaría leer tu historia.

—Se la enviaré. Muchas gracias. —Hice tintinear el hielo contra el cristal de mi copa vacía—. Voy a por otra copa.

Me despedí con una inclinación de cabeza del resto de sus amigos. Un rato después Be me encontró esperando pacientemente mi turno para pedir una nueva copa en la barra. Me preguntó, medio ofendida, por qué me había marchado de esa manera. Le contesté que necesitaba otra copa.

—¿No crees que has bebido mucho? —dijo.

Aquello me enfureció de verdad. Apreté la mandíbula como si pudiera masticar mis propios dientes.

—Deberíamos marcharnos.

—¿Por qué? Es una fiesta estupenda y todavía no has hecho el número de baile en mitad de la pista. Tu público se sentirá muy defraudado si te marchas ahora.

Había una tonelada de desprecio bajo cada palabra. Me sentí enfermo. No conseguía avanzar hacia el siguiente vodka con hielo que tanto deseaba y proclamé en voz alta que era una vergüenza que se hubieran gastado tanta pasta en la película y que en la fiesta solo hubiera una barra de bebidas, y conseguí que se volvieran hacia nosotros las miradas de los que nos rodeaban. Y con la poca dignidad que me quedaba le dije que me marchaba a beber a otro sitio y que ella podía quedarse. Debería haber seguido mi consejo, pero no lo hizo.

—¿Por qué me tratas así? —me preguntó.

Me detuve a unos pasos de la puerta de salida.

—He sentido vergüenza ajena al escucharte hablar con tu jefe. —Imité su voz—: Este es mi marido. El guionista sin trabajo. Ayúdenle. Tiene mucho talento. Créanme. Yo, que soy su mujer, se lo aseguro.

—Solo trataba de ayudarte. Llevas meses quejándote de que nunca suena el teléfono y de que necesitas hacer algo porque si no te volverás loco, y él puede darte trabajo. Si esta película les sale bien, puede que produzcan dos o tres más el próximo año. Están buscando guiones y tú tienes uno que me parece estupendo. No entiendo qué hay de malo en hablar con él.

—Quizá no era el momento —le dije—. Me has llevado con una correa como a un jodido animalito exótico y me has sacado a la pista para que hiciera mi actuación. Ha sido patético. Pensaba que me habías invitado a una fiesta, no que tenía que hacer una venta. Menuda mierda. ¿Y qué coño ha querido decir con eso de que haría cualquier cosa por ti? ¿Qué le haces tú a él?

Ya estaba fuera de mí. Aquella frase la hirió y me dio una bofetada. Yo la empujé contra la pared. Llevaba unos zapatos de tacón y perdió el equilibrio, y se cayó al suelo. Una pareja se acercó para ayudarla a levantarse. Se dio la vuelta y se marchó. Alguien me puso una mano en el hombro que yo aparté de un

manotazo. Salí a la calle y busqué otro bar para seguir bebiendo. No la golpeé. De eso estoy seguro. Por muy borracho que estuviera. No la golpeé.

—La encontré llorando en el baño. —Anita tenía un nudo en la garganta—. Dijo que no podía más y que iba a abandonarle.

Cuando Anita alzó la vista, notó que aquella pequeña historia había conmovido al inspector. Su mano sostenía el bolígrafo, pero no había escrito ni una sola palabra. Parecía ausente, como si él mismo se hubiera encontrado en el local en el que se celebraba aquella fiesta y fuera testigo de aquella escena. Anita se aclaró la garganta con educación y el inspector volvió de aquel universo interior.

—¿Por qué no le abandonó? —Fingió que no se había producido aquel silencio.

—Estuvo a punto —le contestó Anita—, pero entonces él tuvo un accidente de tráfico. Nada importante, pero le cambió. Al poco tiempo encontró un nuevo trabajo, le pidió que le diera otra oportunidad y ella aceptó.

—Pero ustedes dos siguieron siendo amantes, ¿no? —dijo al fin.

—Sí, nada cambió entre nosotras. Se puede querer a dos personas al mismo tiempo, inspector. Yo tampoco pensaba que fuera posible, pero la verdad es que ella me enseñó que podía querernos a los dos.

El inspector dejó el bolígrafo sobre la mesa y se recostó en el respaldo de la silla. Miró su agenda e hizo la pregunta que estaba deseando hacer desde que se había sentado en la mesa de aquella cafetería frente a Anita.

—¿Cree que él pudo averiguar en algún momento lo que había entre ustedes?

Anita le miró realmente sorprendida, como si aquella fuera una pregunta absurda, porque la respuesta, pensaba ella, estaba sobreentendida desde el principio de la conversación, y sonrió con un poco de prepotencia, segura de haber descubierto una jugada que le daba ventaja. El inspector se percató de ese gesto y sintió que el corazón aceleraba sus pulsaciones. Sabía que había cometido un error, aunque ignoraba de qué se trataba.

—Sí —le respondió Anita—, claro que lo hizo. Pensaba que ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Descubrió lo nuestro. Nos encontró en un momento bastante íntimo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace más o menos un año.

No esperaba aquella declaración. Un año. Tragó saliva.

—Él se marchó unos días, pero ella le convenció para que volviera. Le ofreció un trato y él aceptó que fuéramos amantes.

—Solo para que me quede claro —dijo el inspector levantando una mano como tratando de impedir que Anita siguiera hablando—, ¿él sabía que ustedes eran amantes y consintió su relación?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo. Be le quería, pero también quería estar conmigo. Y él haría cualquier cosa para no perderla.



Haría cualquier cosa para no perderla.

Me había levantado a las cinco de la mañana. En la cocina preparé una cafetera, salí a la terraza y me detuve sobre el entablado de madera unos segundos mientras le daba el primer trago a un café con leche caliente, y después di un paso y caminé sobre el trocito de hierba que rodeaba la pequeña piscina y lo noté todavía mojado por el riego automático, y aquella fría humedad me reconfortó después de una noche en la que la temperatura no había bajado de los veintitantos grados. Todavía era noche cerrada y solo se escuchaba el sonido de algunos pájaros que, supongo, intuían el alba. Miré hacia el piso de arriba, hacia las ventanas de nuestro dormitorio. Be todavía dormía bajo la sábana de delgado algodón blanco de nuestra cama. Un escalofrío recorrió mi espalda y volví a entrar en la casa. Me levantaba todos los días muy pronto y así podía trabajar unas horas antes de que el calor hiciera asfixiante el aire en el despacho y fuera realmente difícil estar concentrado en lo que estaba escribiendo. A mediodía dejaba el trabajo y dedicaba el resto del día a hacer lo que me diera la gana. Leer, visitar exposiciones, bajar las persianas y tumbarme en el sofá a ver una película con brisa artificial de un ventilador revolviendo mi pelo, o meterme en la piscina con una cerveza fría en la mano. Be volvía a media tarde —estaba trabajando en la preproducción de un nuevo rodaje—, solía darse una ducha o un baño rápido en la piscina y después se concentraba en su presupuesto, sus localizaciones y sus llamadas a tal o cual representante, o a tal o cual proveedor. Cuando cerraba el ordenador —probablemente solo lo hizo en una ocasión, pero a mí me gusta recordarlo como si fuera uno de sus comportamientos habituales—, se bajaba las braguitas y venía hacia mí con ellas en la mano, vestida solo con una camiseta que le dejaba a la vista el ombligo, y hacía que aquel delicado tejido flotara delante de mi cara o me rozaba la mejilla con él, y cuando giraba la cabeza —yo estaba viendo una película o leyendo una novela y no me había percatado de que se había acercado con las braguitas colgando de sus dedos—, veía sus bonitas y redondas nalgas alejándose escaleras arriba.

—Solo te esperaré un minuto —decía, y una risa se enredaba entre sus palabras.

Y yo saltaba del sofá o de donde estuviera y corría detrás de ella prometiéndole que le mordería su hermoso culo. Y eso era lo que hacía cuando la atrapaba en la cama.

Nuestra relación había dado un giro de ciento ochenta grados en solo unos pocos meses. Como Anita le contó al inspector Driza, el punto de giro, el incidente que lo cambió todo, fue un accidente de tráfico. Una noche estrellé el coche contra la marquesina de una parada de autobús en medio de la ciudad. Eran las cinco de la mañana y por suerte no había nadie esperando dentro. Apagué el contacto, guardé las llaves en el bolsillo de la chaqueta, bajé del coche y me marché. A unas cuantas manzanas de distancia me subí a un taxi que me llevó a casa. Entré en el baño de la planta baja y me provoqué el vómito. Expulsé hasta la última gota de alcohol que quedaba dentro de mi estómago. Al salir, vi la luz de la cocina encendida. Be estaba allí con los brazos cruzados apoyados en el pecho.

—He tenido un accidente con el coche —dije.

—¿Dónde?

—No sé. Por ahí. Ahora mismo no me acuerdo.

—Vamos a un hospital.

—No. Voy a hacerme un café. Necesito estar lo más sobrio posible antes de que llegue la Policía. Quizá sea mejor que me vaya a dormir —me corregí—. Es mejor que les digas que no estoy aquí.

—Podrías haberte matado.

—Da igual —le contesté—, ya estoy muerto.

Ella tenía el pelo revuelto, los pies descalzos, y se arropaba con una bata ligera parecida a aquella con la que había llegado al apartamento del centro. No había dormido y aun así estaba bonita.

—Estoy muerto, Be. Estoy muy muerto. Tengo treinta años y mi carrera como guionista ha terminado. Casi antes de empezar. Ha sido fugaz. Me gusta cómo suena esa palabra aunque no me gusta lo que significa. No sé qué coño voy a hacer. Me siento muy perdido. Siento terror ante el día de mañana. Sé que no escribiré nada. Igual que he hecho hoy.

—No es verdad. Seguirás escribiendo. Alguien te comprará esos guiones, alguien te llamará para escribir un nuevo proyecto.

—Deja de decir eso. No es verdad. Nadie va a volver a darme trabajo. Hay mucha gente con mucho más talento que yo y tienen mejores contactos. La he cagado tanto, Be. Deberían colgarme públicamente en una plaza para que sirviera de ejemplo.

—Que se vayan todos a la mierda. Es trabajo. Solo es trabajo.

—Es mi vida, joder —grité—, pero ¿es que no lo entiendes? Escribir es mi vida. Es lo más importante. Me muero cada vez que pienso que no lo volveré a hacer.

Me di la vuelta y me dirigí hacia el dormitorio.

—Deberíamos dejarlo, Be. Una vez dijiste que, cuando ya no quisiera tenerte en mi vida, recogerías tus cosas y te irías. Seré yo el que recoja las cosas. Eso haré.

Subir cada peldaño de la escalera fue como escalar la pared vertical de una montaña. Tiré al suelo la ropa, que apestaba a alcohol y sudor. En el pecho tenía un hematoma de color rojo intenso, me dolía un brazo y escupí un trozo de diente. Maldije mi suerte. Deseé que el mundo se terminara aquella misma noche, que un meteorito impactara sobre la Tierra, que se desencadenara una guerra nuclear total, que resbalara en la ducha y me partiera el cuello. Me había dormido ya muchas veces deseando no despertar a la mañana siguiente, rezando para que la muerte me atrapara por la noche, una cardiopatía congénita, un derrame cerebral, una apnea del sueño. Lo que fuera para no tener que soportar esa angustia ni un día más. Me senté sobre el suelo rugoso de piedra negra de la ducha y dejé que el agua resbalara por mi cuerpo hasta que otro nuevo sentimiento desplazó aquellos deseos infantiles de mi cabeza, y me dije que trataría de salir con las menores heridas posibles.

Me desperté diez o doce horas después. El hematoma del pecho había adquirido un color violáceo. Tenía un terrible dolor en la cabeza, en la espalda y en una pierna. Bajé las escaleras tambaleándome y, cuando entré en la cocina, descubrí que Be no se había marchado y que Diego también estaba allí. Quería ofrecirme un trabajo en su serie. Acepté.

Be me salvó la vida. Sí, creo que ella lo hizo.

Dejé la taza de café sobre la mesa, encendí el ordenador y abrí el archivo que contenía el tercer capítulo que escribía para Diego. Me sentía realmente muy afortunado. Estuve trabajando y después, cuando ya hacía horas que había amanecido y la luz comenzaba a tener más tonos blancos que dorados, decidí hacer un descanso y subí al piso de arriba y entré en el dormitorio y la encontré todavía dormida, con la sábana enredada en su cuerpo como una gran serpiente de la selva del Amazonas, boca abajo, los labios abiertos, el pelo revuelto entrando en su boca, la braguita de algodón metida entre los glúteos blancos, igual que sus senos aplastados contra el colchón, en comparación con el resto de su piel bronceada. Era uno de esos espectáculos que la naturaleza brinda en muy contadas ocasiones y ante los cuales los hombres suelen inspirar con fuerza por la boca y toman conciencia de lo pequeños que son. Me tendí a su lado y con la

yema de los dedos comencé a acariciar la piel de su espalda trazando suavemente líneas curvas redondeadas, describiendo giros rápidos con los que cambiaba el sentido, trazando un dibujo sobre su piel, saltando y volviendo a caer como lo haría un patinador solitario sobre una pista de hielo.

—Buenos días —dijo sin hacer ni un solo movimiento para despejar su cara del cabello que lo ocultaba—. ¿Cuándo te has levantado?

—Hace horas. Todavía no había amanecido.

—Me desperté y no estabas en la cama.

El patinador que trazaba dibujos geométricos sobre la pista de hielo hizo un giro sobre sus omóplatos y, aprovechando el surco que dividía su espalda, cogió velocidad y ganó el impulso necesario para saltar la rampa que formaba el final de su espalda y caer sobre las sábanas, que parecían la masa de un enorme glacial, y aterrizó sobre uno de sus glúteos. Desde allí se desplazó muslo abajo hasta donde mi brazo llegaba.

—Sigue —murmuró—, me estaba gustando mucho.

El patinador hizo el camino de vuelta, pero se quedó un buen rato trazando ochos sobre la piel de sus glúteos. Después el patinador desapareció y su lugar lo ocuparon mis labios. Ella se dio la vuelta y yo dejé caer la cabeza sobre su pubis. Se apartó el pelo de la cara y me miró desde allí arriba. Dijo que tenía que ir al baño, y yo me quedé en la cama, y la escuché sentarse en la taza del baño y después abrir un grifo de agua. No me hacía falta mirar para saber que sus bragas estaban a la altura de sus tobillos y que había doblado las piernas y sus rodillas se tocaban, y sus bonitos empeines estaban erguidos sobre los pequeños dedos de los pies con las uñas pintadas de naranja. Cuando salió del baño dijo que tenía hambre, se vistió con una especie de bata de un tejido muy liviano, de mangas cortas pero muy anchas, y se lo ató con un cordel a la cintura y salió de la habitación. Me hubiera gustado que volviera a la cama, pero me conformé con su sonrisa y con la forma de tirar de mi pie para que la siguiera al piso de abajo. Desayunamos juntos y después yo volví a meterme en el despacho y la escuché hablar por teléfono durante un buen rato. El sonido de su voz venía o se alejaba al tiempo que deambulaba de un lado a otro de la casa. Por fin, un rato después se asomó a la puerta del despacho.

—¿Te apetece ir a casa de Anita y Tomás? Nos invitan a comer.

Levanté las manos del teclado y puse un gesto de indecisión o quizá de aburrimiento o quizá de ambas cosas a la vez.

—Esta tarde es la presentación del libro de Diego. A las ocho en el centro.

—Volveremos a tiempo. Y podemos nadar en su piscina, y Anita me ha prometido que tendrá un postre especial en la sobremesa. —Hizo un gesto de complicidad y se le escapó una sonrisa y miró hacia el techo con una expresión

tan graciosa que tuve que sonreír, pero negué con la cabeza y ella casi suplicó—: Por favor. No podemos pasarnos el verano encerrados aquí.

Hubiera pasado aquel verano y el resto de mi vida encerrado en aquella casa solo con ella.

—Está bien —dije—, tengo que acabar de escribir una secuencia.

Me lanzó un beso y desapareció por la puerta diciendo que iba a ducharse. En el piso de arriba se metió la mano en las bragas y las notó húmedas. Húmedas como solo Anita podía ponérselas. La conversación con su amante la había excitado mucho. Anita se moría por verla y le había pedido que buscara una excusa para pasar el día a solas o, al menos, unas horas en un hotel. Estaba deseando que la producción en la que estaban trabajando se trasladara a una ciudad de la costa, donde habían planeado rodar durante dos semanas. Ocuparían la misma habitación de un hotel y cada noche hundiría la cabeza entre las piernas de mi mujer. Se moría por hacer eso. Be, a la que había sorprendido que Anita le hablara de esa forma, supuso que Tomás no estaba cerca y le imaginó nadando en la piscina y tuvo que caminar hasta la esquina de la cocina, que era el lugar más distante de la casa, desde donde yo no podía escucharla, para decirle que era imposible deshacerse de mí aquel día y que tendrían que esperar a que el rodaje comenzara y que ella también se moría de ganas de meterse entre sus piernas. Y entonces Anita le propuso subir a su casa, subir hasta esa casa al norte de la ciudad y hacer lo que fuera necesario para poder estar un rato juntas. Cuando se metió en la ducha fue incapaz de reprimir las ganas de tocarse. Apoyó la frente en la pared de placas de pizarra negra y solo tuvo que pensar en la lengua de Anita lamiendo su culo para llegar al orgasmo en menos de medio minuto. La escuché reír en la ducha y me asomé a la puerta. Una nube de vapor había empañado los espejos y los cristales de la mampara.

—¿Qué es eso tan gracioso? —le pregunté.

—Una tontería. Dúchate, corre —dijo arrojándose con la mullida tolla—. Quiero irme cuanto antes.

En el coche, en el camino de ida, puso la radio en el equipo de música y fue mordiéndose la uña del pulgar con un gesto pensativo, aunque no parecía que nada le preocupara realmente. Tomás, la pareja de Anita, nos recibió en la puerta de la casa con unas bermudas de color caqui y una camisa de manga corta con dibujos hawaianos. Tenía el pelo ondulado despeinado hacia atrás y, sobre él, unas gafas de sol que iban atadas al cuello con un cordoncillo. Era un hombre afable, de esos que no pierden la educación ni la tranquilidad bajo ningún contratiempo y que están acostumbrados a soportar situaciones de tensión casi todos los días. Parecía un tipo amable y sincero, tenía una mirada un poco distante, producto de una de esas operaciones que curan la miopía, pero que les

dejan a sus propietarios una expresión como la de los animales sorprendidos en mitad de una carretera por los faros de un coche. Be me había contado que era un buen abogado y que en su empresa le estimaban mucho, y que en muy pocos años había ascendido hasta un puesto que estaba a un paso de la dirección general y que tenía un sueldo de esos que generan envidia entre la mayoría de la gente. Sin duda, el lugar donde vivían, una urbanización privada, con viviendas unifamiliares sobre dos o tres mil metros de parcelas independientes, con seguridad privada y club social, era algo que solo se podía comprar con mucho dinero. La casa era de un diseño arquitectónico moderno, construida en una sola planta, recubierta por grandes losas de piedra blanca —o quizá se trataba de uno de esos microcementos térmicos— y rodeada de un par de árboles grandes que ya debían estar ahí cuando se construyó. Atravesamos el salón hasta el jardín, donde Anita —vestida con un biquini y un pareo anudado a la cintura— estaba leyendo. La socialización me empujó a alabar la casa, a decirles que me encantaban aquellos grandes espacios, la forma en la que lo habían decorado, los techos altos, el enorme jardín, las vistas del campo y unos montes al fondo, la limpieza del aire, el silencio. Recursos aprendidos.

—La decoración es cosa de Anita —dijo Tomás.

Be ya había estado allí al menos una vez, una noche en la que Anita había invitado a cenar a unas cuantas compañeras de la productora. En aquel momento yo estaba hasta arriba de trabajo en la serie y Be había ido sola. Anita se prestó a enseñarme la casa. Be y Tomás nos siguieron. Una de las habitaciones había sido decorada como una biblioteca y tenía una estantería que ocupaba una pared completa desde el suelo hasta el techo llena de libros.

—Hay mucho ensayo y también alguna cosa de arquitectura y arte, pero sobre todo son libros de derecho —dijo Tomás—. Deformación profesional. A ti supongo que te gustarán más las novelas.

Un auténtico sillón Charles Eames, una lámpara de pie también de diseño y una bonita alfombra ocupaban un lugar privilegiado dentro de la habitación, junto a una puñetera chimenea de acero que se sostenía en el aire, flotando, como un milagro de la ingeniería. Era un rincón magnífico y me imaginé que podría pasarme allí sentado leyendo el resto de mi vida. Los envidié profundamente.

En el jardín Be se bajó los pantalones vaqueros que ella misma se había cortado, se quitó la camiseta y se quedó con aquel biquini de color aguamarina que le sentaba tan bien, y después de extender la toalla cerca de la piscina, comenzó a aplicarse protector solar. Anita colocó otra toalla a su lado. Quería enseñarle el presupuesto en el que había estado trabajando y comentarlo con ella antes de que se incorporaran el lunes y tuvieran una reunión con el director de

producción y los productores ejecutivos. Tomás y yo nos quedamos a resguardo del sol bajo una lona de color blanco que parecía la vela de una goleta, con un par de cervezas frías en la mano, y estuvimos hablando un rato.

No me di cuenta de que uno de los dedos de Anita se metía dentro del cordoncillo del biquini de Be y lo hacía vibrar como la cuerda de una guitarra. En aquel momento es posible que Be le dijera que no podía hacer eso y que Anita le contestara que tenía pensado un plan para estar solas y que solo debían esperar el momento. Y quizá no llevábamos ni media hora en la casa cuando Tomás salió de la cocina y dijo algo así como que apenas quedaban cervezas y que no había vino blanco, y que tampoco había encontrado los aperitivos. Anita se disculpó, dijo que debía haberlo previsto, que se le había ido la cabeza, y se acercó a Tomás y le dijo que iría a un supermercado de un pueblo cercano, uno que no estaba a más de tres o cuatro kilómetros, y compraría todo lo necesario, y además encargaría comida para traer a casa en un sitio espectacular donde hacían un arroz que debíamos probar porque era el mejor que habían comido en toda su vida. Tomás se ofreció a hacer él mismo todos esos recados. Anita le besó. Mi sentido de la lealtad masculina me obligó a ofrecerme para acompañar a Tomás. Crucé el jardín delantero y les dije adiós con la mano. Be y Anita me despidieron con un movimiento de sus manos y una gran sonrisa. Atravesé el salón siguiendo a Tomás, y cuando estábamos a punto de salir por la puerta de la casa, se volvió y dijo:

—Escucha, no hace falta que me acompañes. Hace demasiado calor y yo puedo hacerlo solo. Y al fin y al cabo, eres el invitado y esto es nuestro problema de logística y me sabe mal que tengas que pagar las consecuencias. Quédate. Date un baño.

—¿Puedo echarle un vistazo a tu biblioteca? —le pregunté agradecido de que no me hiciera padecer una excursión a un supermercado de pueblo mientras manteníamos una conversación tan educada como convencional.

—Claro —me contestó sonriendo, halagado por mi petición.

Fui hasta la biblioteca. Me detuve a examinar el prodigio de chimenea que se descolgaba desde el techo y flotaba en el aire. Contemplé el paisaje que se veía desde una gran ventana abierta al jardín, no a la piscina, sino al otro lado de la casa, y por donde se extendía una bonita manta de hierba muy verde y recién cortada que cercaba arriates de plantas aromáticas y unos alcornos de copa muy ancha. Después, revisando los estantes, certifiqué que Tomás no había mentido. La mayoría de los libros de su biblioteca eran ensayos, tratados de historia, filosofía o arte, y manuales de derecho. Cogí un bonito libro de arte contemporáneo, me senté en el sillón Eames, apoyé los brazos en el cuero y me descalcé. El suelo era de unas grandes losetas de piedra de color gris, estaba frío

y era agradable pisarlo con los pies desnudos. ¿Cuánto tiempo estuve allí sentado? No lo sé. Al cabo de un rato me aburrí y decidí que me liaría un cigarrillo de hierba. Salí de la biblioteca y atravesé la casa en dirección a la cocina. Escuché la voz de Anita, que llamaba a Be para que se metiera en el agua, y a Be, que se negaba a hacerlo porque quería tomar el sol y broncearse un poco más, y después el ruido de las salpicaduras y el de su chapoteo, y aquello me hizo sonreír. Me acerqué a una de las ventanas que estaba sobre el lavadero y vi salir del agua a Anita. Llevaba un biquini de color negro, que bajo la luz del sol producía un curioso efecto óptico y brillaba como la piel de serpiente o algo así. Tenía un bonito pecho, las caderas anchas, un culo hermoso a juego con unos muslos un poco gruesos, pero proporcionados dentro de sus largas piernas, y el abdomen muy plano. Era posible que hubiera adelgazado desde la última vez que nos habíamos visto. Me llevé el cigarrillo de hierba a los labios y lo encendí. Le di una profunda calada y me quedé observando cómo las gotas de agua caían de su cuerpo a medida que salía de la piscina. Se acercó a Be recorriendo los tres o cuatro metros que la separaban de la toalla de mi mujer, a paso lento, como si estuviera pensando en algo o se moviera sigilosa, como el animal salvaje acechando a una presa que ignora lo próximo que se encuentra el final de su vida. Y entonces dejó caer unas pocas gotas de agua sobre el cuerpo de Be, que protestó, alzó un brazo, la cogió de la mano y tiró de ella. Anita se arrodilló a su lado y entonces la besó en los labios.

—Vamos al dormitorio —le dijo Anita al oído.

Aquello iba más allá de lo que Be había imaginado; quizá unos besos y unos manoseos en el baño o en la cocina mientras preparaban los aperitivos y sus maridos nadaban en la piscina; una copa de vino blanco alta, el sabor ácido en sus labios y la lengua, quizá su mano sobre la parte de arriba del biquini mojado, unos besos en el cuello y poco más.

—No —le dijo Be—, mejor házmelo aquí.

Las palabras de Be sorprendieron a Anita, pero le excitó la idea de meter la mano entre sus piernas en el jardín, donde alguien podía verlas. Estaba cansada de esas habitaciones de hoteles —las que compartían en los rodajes, pero también en la ciudad—, donde solían encontrarse bajo sábanas con mil lavados y mantas de colores neutros funcionales pero sin ningún encanto. La mano de Anita resbaló sobre la piel brillante del vientre de Be. Sus dedos alcanzaron la frontera marcada por el borde de la braguita del biquini, lo sobrepasaron con destreza y entraron en aquel territorio tan misterioso y deseado.

Ocurre de una u otra forma en todas las infidelidades. Existe un momento en el que realmente quieres confesar lo que está ocurriendo, pero no puedes, y es tu subconsciente quien te hace un favor y confiesa por ti. Be había visto una



sombra pasar, un reflejo en la ventana, había escuchado el golpe de una puerta, de un armario de la cocina cuando buscaba un cenicero. Quizá sí o quizá no. Quizá no fue consciente o sí lo fue. Quizá por eso aferró un segundo la muñeca de Anita cuando la punta de sus dedos penetraban bajo la tela de su biquini. Y quizá por eso mismo dejó que siguiera.

Recuerdo que no me costó mucho decidir qué era lo que haría. También es verdad que durante los días siguientes me busqué una excusa —reuniones, trabajo, compromisos— para no hacerlo. Al final, no pude aplazar más lo inevitable. Cuatro días después de aquel episodio de la piscina —cuatro días sorprendiéndome a mí mismo mirando un reloj y pensando y preguntándome si en aquellos momentos Be y Anita estarían juntas, metidas en una cama, o de pie en un cuarto de baño, o en el vestidor de una tienda de ropa o en el asiento trasero de un coche—, terminé el guion en el que trabajaba, se lo envié por correo a Diego y me eché a la calle en dirección a las oficinas de su productora con la esperanza de averiguar cómo se escribiría el siguiente capítulo de nuestras vidas.

Las oficinas de la productora para la que Be trabajaba aquel año estaban en uno de esos barrios del norte de la ciudad con un urbanismo cuidado, grandes calles de varios carriles en cada sentido y grandes árboles en las aceras. A cambio, carecía de la vida comercial del centro de la ciudad, pero los apartamentos y las casas allí eran grandes y caros. La productora ocupaba una planta completa de un edificio de oficinas, con la fachada cubierta de cristal de un color opaco y una terraza en el último piso en la que había árboles y plantas, y también sillas y mesas, y que la gente utilizaba para fumar o para perder el tiempo con los compañeros de trabajo. Justo frente al edificio había una cafetería. Yo estaba allí sentado en un taburete de la barra esperando sin saber muy bien a qué. No parece muy honesto vigilar, espiar o seguir a tu pareja. Tampoco sé qué era lo que esperaba conseguir. No era desde luego una prueba de su infidelidad. Ya la tenía. Y además sabía que, si decidía enfrentarme a Be, ella no lo negaría. Be nunca lo habría negado.

Dejaron la productora a media tarde, cuando el sol todavía estaba muy alto y la calle totalmente vacía. Las seguí caminando hasta que llegaron a la altura de un utilitario pequeño, de color claro y dos rayas negras pintadas sobre el capó y un número cinco dentro de un círculo en cada puerta. Sabía adónde iban. Uno de los días anteriores había fisgoneado entre las cosas de Be y había encontrado un trozo de papel con el logotipo de un hotel de un barrio del norte de la ciudad, moderno, discreto y lejos de cualquier parte, y después de una rápida investigación descubrí que alquilaban habitaciones por horas y que era muy utilizado por parejas infieles. En el mismo artículo donde encontré la referencia

al hotel también se decía que la mayoría de las parejas que frecuentaban ese tipo de establecimientos eran compañeros de oficina o de trabajo, y que las horas de máxima ocupación eran el mediodía y las primeras horas de la tarde.

Tenía la dirección, así que llegué a tiempo para ver cómo cruzaban la calle y entraban en la recepción. Pasé por delante del coche de Anita y aparqué unos cientos de metros más allá. Y me senté a esperar. ¿A qué esperaba? Ya sabía lo que estaban haciendo en aquella habitación, no hacía falta que nadie me hiciera un dibujo. Quizá, me planteé, podría averiguar el número de la habitación en la que se amaban —sobornando a la recepcionista— y darle una patada a la puerta para sorprenderlas en pleno acto, como en una de esas películas de cine negro norteamericano de los años treinta y cuarenta en las que el detective descubre al adúltero con una chica alegre entre las sábanas de un motel de carretera. Y el divorcio arruinaba al pobre tipo. Pero ¿qué ganaría yo con eso? Nada. Quizá reírme un poco si conseguía asustarlas de veras. A lo mejor, si llevara en las manos una pistola o un cuchillo de juguete. No se me había ocurrido pensar en eso. No tenía nada. Así que salí del coche y me acerqué a un bar que estaba casi a la altura de la puerta del hotel, en la acera contraria, y pedí una cerveza.

Aguardé durante dos horas y media —y habría esperado mucho más, hasta que anocheciera, y podría haber seguido allí días porque, una vez que había dado el paso de salir de casa, la decisión estaba tomada y no pensaba retirarme—, sentado en aquel taburete tomando cerveza a tragos cortos y espaciados. No quería emborracharme y que el alcohol emborronara mi mirada. Salía de cuando en cuando a fumar un cigarrillo a la calle, me apoyaba contra el tronco de un árbol, bajo la sombra de su copa, y recibía las miradas de la clientela del bar. Me pregunto qué pensaría toda aquella gente que me observaba beber a solas, fumar y caminar unos pocos pasos sobre la acera antes de girar de nuevo y tomar la dirección contraria. ¿Qué impresión les di? Quizá les parecí un chico sin trabajo que un día laboral no tiene que asistir a una oficina o a un taller o a una fábrica y que puede perder el tiempo, la tarde entera bebiendo cerveza en la barra de un bar y fumando cigarrillo tras cigarrillo y fingiendo que un pensamiento profundo le ocupa su cabeza mientras el corazón le late con fuerza. O a lo mejor pensaban que yo era un prostituto que se dejaba ver por la acera buscando a un cliente o a una clienta para cruzar la calle y hacer lo que fuera en una de las habitaciones del hotel. Estoy seguro de que aquellos hombres y aquellas mujeres, aquellos peces dentro de un acuario, maniqués de un escaparate, podían detectar la inseguridad que me devoraba por dentro, pero no se imaginaban que lo que hacía allí era aguardar el momento de enfrentarme a mi mujer, aquella chica que sería la portada ideal de una revista de surf. A veces me daba la impresión de que estaba a punto de perder el control de los músculos y se me nublaba la vista. Y

aun así, hubiera esperado toda la tarde y toda la noche para verla salir. No tuve que hacerlo. Al cabo de dos horas salieron por la puerta del hotel, cruzaron la calle y se dieron un beso de despedida. Anita se subió a su coche y unos instantes después desapareció entre el tráfico. Be comenzó a caminar hacia donde yo me encontraba. Me dieron ganas de huir. Si ella no me ve, pensé, no tendremos que hablar de esto, no tendremos que tomar ninguna decisión, podríamos ahorrarnos los gritos, las lágrimas, los reproches, las justificaciones, el dolor; simplemente podría dejarla pasar delante de mí y hacer como que no he visto nada. Al fin y al cabo, y ahora estaba seguro, llevaban siendo amantes durante cierto tiempo y eso no había cambiado en nada nuestro matrimonio. Pero Be ya me había visto. Cómo no iba a verme. Era la única persona que a aquella hora de la tarde estaba parado como un poste en mitad de la acera. Y ya era demasiado tarde para echar a correr. Creo que tardó unos segundos en asimilar qué significaba mi presencia allí, como si yo fuera un elemento sacado de su escenario y puesto en otro que no le corresponde, como un romano en el Oeste o un submarinista en medio del desierto. Un instante después lo comprendió y entonces detuvo su paso. Me encogí de hombros. Ella negó con la cabeza y, con ese acto reflejo que era tan suyo cuando algo la asustaba o la impresionaba, se llevó la mano a los labios, cerró los ojos y los apretó con fuerza, y creo que susurró algo que no pude oír.

—Tengo el coche aparcado ahí —dije.

Caminamos separados por al menos un par de metros de distancia sin decirnos una sola palabra. Sentí las miradas de los cuatro habituales de aquel bar clavadas en la espalda. Prometíamos un gran espectáculo, pero nos quedamos solo en un buen planteamiento. Sin nudo ni desenlace. Subimos al coche y, al pasar por delante de las cristaleras del bar, giré mi cabeza y lo que vi fue un grupo de miradas vacías perdidas en el pasado de sus desastrosas vidas.

Hicimos todo el camino de vuelta sin hablarnos y también bajamos del coche y entramos en nuestra casa sin decirnos una sola palabra. Ella se sentó en el borde de uno de los sillones. Tenía la cabeza agachada y la espalda inclinada, y con las manos se tapaba la cara. Ante su silencio, fui a la cocina y abrí la nevera y cogí una cerveza, pero después la volví a dejar y lo que hice fue servir hielo en un vaso grande, llenarlo de agua hasta el borde y volver a entrar en el salón.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el fin de semana. Os vi en la piscina. En la casa de Anita.

Se me quedó mirando un segundo desconcertada.

—¿Por qué no hiciste algo?

—No lo sé —le contesté, ahorrándome la vergüenza de contarle lo de la erección que había tenido observándolas a través de la ventana.

—¿Y has podido vivir con eso dentro de ti cuatro días?

Le dije que había estado meditando lo que debía hacer.

—Estuve a punto de darme la vuelta cuando os vi salir del hotel. Me pregunté si no era mejor dejarlo pasar. Hacer como que nunca os hubiera visto en la piscina, pero después me he dado cuenta de que lo que me ha mantenido pegado a la acera ha sido la curiosidad. Necesito que me contestes unas cuantas preguntas.

Fue entonces cuando me contó la historia de su relación con Anita. El origen, el desarrollo, los periodos críticos, los giros dramáticos, las peleas, las reconciliaciones. Aquella primera vez lo hizo sin entrar en los detalles, casi de una forma esquemática, como si fuera una enumeración de las líneas de argumento de un capítulo de ficción. No puedo negar que sentí un poco de asco, y también de rabia y de furia, al escucharla describir los momentos sobre los que se había construido su adulterio.

—Estoy enamorada de Anita.

—Una vez me prometiste que, si alguna vez dejabas de quererme, yo sería el primero en saberlo.

—Es que no he dejado de quererte —me contestó.

Fue en aquel momento cuando la insulté y le dije que me sentía traicionado, que había hecho saltar por los aires nuestra relación, que me había jodido la vida. De un manotazo hice volar el vaso de agua con hielo. No era mi intención, pero pasó cerca de su cabeza, aunque no le dio. Se sintió lo bastante amenazada como para levantarse del sofá y mirarme de una forma como nunca antes lo había hecho. Asustada. Con miedo.

—No voy a hacerte daño. —Y después de un segundo añadió—: Me gustaría estrangularte, pero no quiero. No, para qué nos vamos a mentir, la verdad es que no puedo.

Me dejé caer sobre el sofá. Me hubiera gustado beberme una caja de cervezas frías, coger el coche después y estrellarme contra un árbol. Mi muerte la haría sentirse tan culpable que arruinaría su relación con Anita y, por qué no, el resto de las que aún pudiera tener a lo largo de su vida. Y esperaba que la Policía le diera detalles de la forma horrible en la que me habían encontrado o, mejor, que ella debiera reconocer mi cuerpo en el depósito de cadáveres. Necesitaba esa caja de cervezas cuanto antes.

—¿Cómo quieres que lo hagamos, Be? —le pregunté.

Se me saltaron las lágrimas. Ella también se echó a llorar.

—Está bien —dije—. Haré las maletas. Me buscaré un apartamento. Me voy.

Subí las escaleras. No la escuché llamarme y tampoco trató de detenerme. Metí cuatro cosas en la maleta sin pensar en lo que haría o adónde iría o cuánto tiempo estaría fuera. Lo único que no quería era llevarme una maleta vacía. Recogí mi portátil, me lo colgué del hombro y salí de la casa sin decir ni adiós. Ella ya no estaba allí, puede que hubiera salido al jardín, que se hubiera escondido en algún otro lugar o que se hubiera ido corriendo a refugiarse en los brazos de Anita. Yo tampoco hice intención de ir a buscarla y me marché sin despedirme.

Diego tenía un apartamento de un solo dormitorio. Tuve suerte de que acabara de abandonarle su penúltima novia. Me dijo que podía quedarme en su sofá el tiempo que hiciera falta.

—No creo que sea algo temporal —le contesté—, tengo que buscarme un nuevo sitio donde vivir. Alquilaré algo pequeño.

—Vamos a emborracharnos —dijo.

Y lo hicimos. Una gran y enorme borrachera. Le conté todo lo que debía saber, incluso los detalles más íntimos y vergonzosos, como mi erección bajo los pantalones cortos cuando Anita masturbaba a Be al borde de la piscina. Diego escuchó, básicamente escuchó y no dijo ninguna tontería, que es lo que debe hacer un buen amigo en momentos como ese. Y no se rio de mí cuando, mareado por los vapores del alcohol, yo pronunciaba frases categóricas sobre el amor y el desamor y las mujeres y otras mierdas seudofilosóficas existencialistas por el estilo. Fue comprensivo y amable y cariñoso, y me abrazó y me sostuvo en los momentos en los que parecía que las rodillas se me doblarían —no a causa del alcohol, sino porque se me escapaba el alma— y me estrellaría de cabeza contra el suelo. Bebimos de lo lindo hasta que, a mediodía del día siguiente, nos echaron de un bar y entonces volvimos a su casa. Caí sobre el sofá y perdí el conocimiento. Seguramente dormí un día entero, y cuando desperté, me sentía como si hubiera estado peleando quince asaltos contra un campeón de los pesados.

Después de una ducha fría y un par de tazas de café bien cargado, me acordé de mi primer apartamento y me pregunté si estaría libre o alguien lo tendría alquilado. Me dije que sería una bonita paradoja volver a vivir allí. Empezar de nuevo en el mismo lugar donde lo hice por primera vez. Aquel lugar me trajo suerte. Podría traerme suerte de nuevo, pensé. Abrí la maleta —fue entonces cuando me di cuenta de que había cogido cosas sin sentido y de lo ofuscado que estaba cuando la hice—, me vestí y me marché a la calle. Caminé hasta mi antiguo edificio de apartamentos y me detuve a la sombra de un

pequeño árbol. Miré hacia las dos altas y estilizadas ventanas con balcón de la segunda planta, que era donde yo vivía. Un hombre —quizá no mucho mayor que yo— se asomó en ese momento. Fumaba un cigarrillo. Una mujer se acercó por su espalda y rodeó su pecho desnudo con un brazo y le susurró algo al oído, y desaparecieron en el interior, y me imaginé qué iba a ocurrir a continuación. Bueno, me dije, encontraría otro lugar para vivir. No tenía que ser exactamente el mismo. Bastaba con que estuviera cerca de allí, que al salir pudiera pisar las mismas calles, beber en los mismos bares, sentarme en los mismos bancos.

Recorrí el centro y descubrí media docena de anuncios de alquiler, aunque solo me contestaron en la mitad y solo pudieron enseñarme dos ese mismo día. Uno era un lugar muy pequeño, algo así como un trastero, en el que apenas podía estar erguido en la mitad del espacio, y pedían un precio desorbitado. El otro era un lugar interior sin apenas luz en pleno verano y me imaginé cómo sería aquello en una fría y oscura tarde de invierno y pensé que la falta de vitamina D me arrastraría hasta una depresión devastadora y que aquel baño con manchas de óxido sería el lugar donde acabaría mi vida. Volví a la casa de Diego con la sensación de que no sería tan fácil encontrar otro sitio donde vivir.

—No creo que sea el mejor momento para estar solo —dijo Diego—. Así que tómatelo con calma.

No me lo contó en aquel momento, pero aquel día había estado con Be. Ella quería saber cómo estaba yo, quería saber qué le había contado, le dijo que todavía me quería y que estaba dispuesta a romper su relación con Anita por mí. Aunque al pronunciar esas últimas palabras la voz le tembló. Diego le prometió que hablaría conmigo y que no me permitiría hacer ninguna tontería.

—Tengo que escribir los dos últimos guiones de esta temporada —dijo Diego esa noche—. La cadena ha adelantado los tiempos, así que me vendría bien que me echaras una mano. He pensado en que sean en continuidad directa. Que acabe con un gran *Continuará* que deje a todo el mundo pegado a la pantalla y maldiciéndonos por tener que esperar una semana más para averiguar el final.

Durante las siguientes dos semanas me concentré en escribir —con el paso de los años, he descubierto que esos dos guiones son los mejores que he escrito nunca— y en terminar el trabajo en los plazos que la productora había marcado. Escribí, pensé en Be, y a veces lloré. No hice otra cosa.

Las camisetas de Diego eran demasiado estrechas y pequeñas para mí, y el día que terminamos una versión aceptable de los dos últimos guiones de aquella temporada de la serie, decidí volver a casa para recoger algo de ropa y algunas otras cosas que echaba de menos. Ya había llenado una maleta —esta vez con serenidad y tratando de seguir un orden lógico— y había bajado al despacho

para recuperar unos archivos cuando escuché la puerta abrirse y unos pasos por el salón. Inspiré profundamente y salí del despacho cuando Be se dirigía hacia las escaleras. Supongo que, como no esperaba encontrarme allí, la asusté, flexionó los brazos contra el pecho y dio un pequeño grito.

—Lo siento —dije—. He venido a recoger un poco de ropa y un par de cosas más. Me voy en un minuto.

Escucharme decir esas palabras ensombreció su rostro.

—Me gustaría que te quedaras un poco. Necesito hablar contigo. ¿Quieres beber algo? Yo voy a tomarme un vino.

Negué con la cabeza, pero me acerqué a uno de los sofás y me senté. Pensé que debía comportarme como un adulto y al menos entablar una conversación para saber cuáles serían nuestros siguientes pasos: contratar uno o dos abogados, poner en marcha el proceso de divorcio, poner en venta la casa, cerrar la cuenta común, anunciárselo a mis padres. La liquidación de los restos de un matrimonio. Volvió, se sentó en el borde del otro sofá y dejó la copa de vino sobre la mesa.

—Me gustaría saber una cosa. —Tenía las manos unidas y el pelo le caía sobre la frente—. ¿Todavía me quieres?

No podía dejar de quererla en tan solo dos semanas y, sin embargo, me tomé mi tiempo para pensar una respuesta. Pensé que lo que realmente quería saber era si estaba dispuesto a perdonarla, si podía perdonarla. Pensé que iba a anunciarme que había dejado a Anita o que pensaba dejarla en el caso de que yo le dijera que todavía la amaba. Eso era lo que esperaba.

—Sí, todavía te quiero —le respondí.

Una pequeñísima sensación de alivio prendió en su rostro y después inspiró profundamente y siguió hablando:

—No quiero perderos a ninguno de los dos. ¿Podrías compartirme con ella?

Me quedé tan sorprendido y al mismo tiempo tan fascinado como me había dejado aquella escena al lado de la piscina. Miré a otro lado. Estaba realmente confuso. Dudé. No sabía si creerme lo que me estaba proponiendo. Me pregunté si lo decía en serio y también me pregunté qué era lo que ella esperaba que contestara. ¿Qué significaba aquello? Cuando la inquietud se disolvió, la perplejidad se transformó en irritación. No hubiera aceptado ni un vaso de agua que viniera de su mano.

—Tienes que elegir, Be. Tienes que elegir entre ella o yo. No puedo compartirme. No quiero. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —le pregunté.

—Me gustaría que fueras uno muy valiente.

—¿Y cómo lo haríamos? —la interrogué—, ¿te la follarás a ella martes, jueves y un fin de semana alterno, o ya has pensado en otra forma de dividir tu

tiempo entre los dos?

—¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora? —me preguntó—, ¿por qué no podemos hacer como si no te hubieras enterado?

Dio un par de pasos hacia mí. Me miraba con aquellos bonitos ojos y en su cara había una especie de súplica, la petición de un condenado a muerte. Me revolvió las tripas y creció dentro de mí un deseo de hacerle daño, de la manera que fuera.

—Debería partirme el cuello. Eso es lo que debería hacer. Ni siquiera sé cómo procesar esto. ¿De verdad me estás proponiendo que te compartas con otra persona? Estás mal de la cabeza. Tu tía tenía razón. Eres una puta enferma. O quizá no es una enfermedad, simplemente es que quieres que te follen continuamente y te da lo mismo quién lo haga. Me das pena, joder, de verdad. Quédate con Anita.

Volví al apartamento de Diego, pero no le conté lo que había pasado. Aquella noche no paré de dar vueltas en el sofá. De un lado a otro. Me levanté y me fumé unos cuantos cigarrillos apoyado en el alféizar de la ventana mirando hacia la calle desierta en mitad de la noche. Un borracho nauseabundo apareció caminando por la acera y se sentó en uno de los escalones de uno de los soportales. Pensé que yo no estaba mejor que él.

Be me seguía amando. Ella lo había dicho. No quería perderme, y yo era consciente de que los últimos meses —esos en los que había estado liada con Anita— habían sido estupendos, de una riqueza emocional mayor que otros muchos. Yo la había elegido sabiendo cómo era. Aquel era un argumento válido. Debía aceptar su propuesta. ¿Cuántas chicas hubieran traído a unas estupendas amiguitas a la cama para que yo las compartiera? El problema con Anita era que ella no la había querido compartir. Eso era lo que la hacía distinta. Lo que hablaba por mí era el miedo. Sí, no era el despecho o el desamor, sino el miedo a perderla. ¿Y no era eso mismo lo que estaba haciendo? Estaba cabalgando encima de un caballo desbocado que iba directo hacia un precipicio. Iba directo a perderla. ¿Y por qué no podría seguir como hasta ese momento? ¿Es que no habían sido unos buenos meses juntos? Y si nos separábamos en ese momento, la habría perdido para siempre, pero si aceptaba ese trato —aunque pusiera algunas condiciones—, tendría la posibilidad de que Be se cansara de Anita y entonces volviera a mi lado y fuera toda para mí.

Cuando Be despertó, yo estaba en el jardín. Sentado en la mesa bajo la terraza cubierta, mirando la superficie en calma del agua de la piscina. Salió descalza, vestida solo con una de esas camisetas que le quedaban por encima del ombligo.

—¿Está aquí? —le pregunté.



Ella negó con la cabeza.

—Creo que podría intentarlo —dije—, creo que podría hacerlo. La otra posibilidad, la de pasar el resto de mi vida sin ti, se me hace demasiado insoportable. Al menos, quiero intentarlo. En un futuro nadie podrá echarme en cara que no hice todo lo humanamente posible.

—Saldrá bien. —Se acercó y se sentó a mi lado—. Te quiero.

Aquello era muy importante para ella. Durante las últimas semanas había sentido como si se le desgajara una parte de su alma. Había dormido poco y también había dado vueltas de un lado al otro de la cama, y había pensado que tampoco quería seguir con Anita, que la dejaría esa misma mañana y que se marcharía lejos de allí. Sabía que podríamos haber sido felices haciendo aquello que me había propuesto, pero yo le había parecido muy firme en mi decisión y se había convencido de que no cambiaría de opinión. Y de repente se sentía de nuevo muy feliz. Ella no dejaría de ser mi mujer. Y ni siquiera me daría cuenta de la existencia de Anita, y ellas serían muy discretas, mucho más de lo que lo habían sido hasta ese momento. Cogió mi mano y subimos a nuestro dormitorio, y me desnudé y nos metimos en la cama y sentí cómo se abrazaba a mí y el peso de su cuerpo sobre el mío y, al poco tiempo, unos segundos después, su respiración se había vuelto uniforme y me di cuenta de que se había dormido. Y entonces yo también me dormí.

Un par de días después escuché el sonido metálico de la puerta del jardín al cerrarse. Sentí el ruido de pasos, y después la puerta de la casa se abrió y Be entró en el salón y detrás de ella lo hizo Anita.

—Hola —dijo Anita, y alargó aquel saludo como cinco veces más de lo necesario.

Era la primera vez que nos veíamos desde que había averiguado su doble infidelidad, y en su mirada encontré vergüenza, en sus mejillas rubor y en sus labios una insolencia que la hicieron mucho más deseable que a la chica a la que conocí en aquel rodaje. Anita se sentó en el sofá. Llevaba una minifalda de punto o de un tejido que lo imitaba, con bandas de diferentes colores, una cazadora de cuero negro, medias negras y unos botines que se quitó en el momento en el que se sentó en el sofá, porque «la estaban matando». Be se sentó sobre mis rodillas y me besó y comenzó a jugar con mi pelo.

—Hemos cenado aquí al lado —dijo Be—. ¿Nos pones unas copas?

Habían estado bebiendo y se notaba en el brillo de sus ojos un poco vidriosos y en su risa fácil y en el aliento de Be cuando me besó. Mientras yo me acercaba a la cocina y servía tres vasos cortos de vodka con hielo y lima, Be se acercó al equipo de música y puso un disco. Volví al salón y dejé las tres copas sobre la mesa. Brindamos por algo que era una tontería, pero Be quería brindar.

Mi mujer se había sentado junto a Anita en el salón. Saqué algo de hierba que me había regalado Diego antes de dejar su apartamento. Me lié un cigarrillo y lo encendí, y el olor de la hierba inundó el salón y después se lo pasé y le dio una buena calada.

Be comenzó a jugar con el pelo rizado de Anita y esta se reía. Y después, cuando sonó una canción, cogió de la mano a su amante y la arrastró hasta el suelo de madera y comenzaron a bailar. Anita cogía a Be por la cintura y los brazos de Be estaban sobre los hombros de Anita. En aquel momento se besaron, y después Anita soltó un juramento y volvieron a besarse. Yo las miraba desde el sofá, sin decidirme a levantarme y unirme a su baile o qué hacer. Una erección comenzaba a crecer dentro de mis pantalones. Se besaron y reclinaron sus cabezas una encima de la otra, y la mano de Anita acarició el bonito culo de Be por encima de su ajustado pantalón vaquero. Y cuando terminó la canción, Be cogió su mano y la condujo de nuevo hasta la zona de los sofás, y con un movimiento dejó caer a su amiga sobre mí. La abracé. Ella encogió las rodillas y se subió al sofá.

—Entretenla un segundo mientras yo vuelvo —dijo Be, y caminó sobre sus pies descalzos y la vimos subir por las escaleras hasta el piso de arriba.

Nos besamos. La boca de Anita sabía a cigarrillos y a hierba. Mi mano acarició sus piernas, su culo y después su pecho, y nuestras lenguas no se separaron. Noté su culo moverse sobre mi entrepierna, sus muslos frotándose el uno contra el otro, sus pies estirándose y contrayéndose. Le metí la mano bajo la falda y noté cómo su rostro se crispaba y cómo de sus labios salía un pequeño gemido de excitación. Y sin embargo agarró mi muñeca y detuvo el movimiento de mis manos. Durante un segundo nos miramos directamente a los ojos. Le agarré la nuca y atraje su boca hacia la mía.

—Espera —susurró—. ¿Dónde está Be?

—Estoy aquí.

Be se había cambiado de ropa y bajaba las escaleras. Al llegar al salón, apagó las luces y se unió a nosotros, y después comenzamos a desnudarnos. La luz de las farolas de la calle entraba por las cristaleras y fuera comenzaba a llover.

—Nos acostamos una sola vez —dijo Anita—, los tres juntos, quiero decir, y todavía no sé muy bien por qué. Él nunca me ha atraído de esa forma. Creo que tampoco tuvo mucho interés en repetir. Al fin y al cabo, yo era la persona con la que su mujer le era infiel.

Hacía unos minutos que el inspector Driza había dejado de escuchar el relato de Anita. Ella no había sido muy concreta en los detalles, pero no era esa la razón por la que el policía había perdido el interés. Desde que nuestra vecina le habló del comportamiento disoluto y promiscuo de Be, el inspector había ido dando forma a la idea de que el móvil de aquel crimen era la infidelidad. Ese era para él, con toda seguridad, un buen motivo por el que un hombre como yo podía perder la razón y cometer una agresión brutal. Los correos que mi mujer y su amante habían intercambiado a lo largo de muchos meses —algunos con un contenido sexual muy explícito— le habían persuadido de que su teoría era correcta. No le había dado importancia al hecho de que la persona con la que Be había cometido adulterio fuera una mujer. Y pensándolo con frialdad más tarde, se había dado cuenta de que ese detalle —el género de su amante— era algo que apoyaba su tesis sobre un crimen de violencia machista. Las pruebas físicas que había encontrado en la casa, pero sobre todo la brutalidad de la agresión, estaban impregnadas de un componente tan emocional que apuntaban a mi culpabilidad como la aguja de un imán al norte. Entró en la cafetería del hospital con la seguridad de que ella confirmaría sus sospechas: yo había descubierto su relación amorosa y me había vengado con violencia. Pero lo que había hecho Anita era tumbar su teoría como el soplido de un niño derriba un castillo de cartas.

—¿Por qué cree que la empujó a hacer algo así? —preguntó el inspector.

—Dijo que esa sería una buena forma de empezar de nuevo.

Anita se encogió de hombros. Aunque solo lo hiciéramos aquella noche, yo creo que Be intentó suavizar el trato metiendo a Anita en nuestra cama. Fue algo así como aplicarme una crema hidratante o un poco de vaselina en el culo antes de penetrarme hasta el fondo. Creo que pensó que yo lo aceptaría mejor. O quizá

quiso hacerme una ofrenda o algo por el estilo, y la causa de que no volviera a ocurrir —una vez quise preguntárselo, pero no me atreví a hacerlo— fue porque a Anita simplemente no le gustaba o porque Be no quería compartirla. Ellas habían bebido bastante en la cena y creo que hubo un poco de artificio en todo lo que hicimos. No es que algo fuera mal, pero —es una conclusión a la que he llegado después— todo fue demasiado rápido. Las penetré a las dos, pero eyaculé dentro de Be. Ella quiso que fuera así. Hizo todo lo que pudo —después de protagonizar diez mil actos sexuales con ella como pareja, sé lo que significa cada variación en su respiración— para que terminara rápido. Luego ellas siguieron acariciándose. A la mañana siguiente, cuando me desperté, Anita se había marchado. La casa olía a café y a tostadas, y Be tenía una mirada de expectación en el rostro. Estuvimos hablando un rato y bromeamos. Ella hizo un par de comentarios atrevidos sobre la forma en la que Anita gemía y hablaba mientras follaba, y me hizo reír y ella también se rio, y fue durante aquellos breves minutos en nuestra cocina cuando nuestra relación volvió a quedar sintonizada y cuando ambos pensamos que quizá éramos diferentes al resto de las parejas del mundo y que aquello —nuestro acuerdo— podía tener alguna posibilidad de funcionar. Nos excitamos lo bastante hablando como para que ella me cogiera la mano, se la metiera entre las piernas y me pidiera que se lo hiciera allí mismo, contra la mesa de madera gruesa que formaba una isla en el centro de la cocina.

—¿Quiere beber algo más? —preguntó el inspector.

Anita negó con la cabeza. En realidad, era él quien necesitaba beber algo más. Le pidió disculpas y se acercó hasta la barra, donde tomó dos botellines de agua fríos y se bebió uno casi de un trago. Al mirar hacia el exterior de la cafetería, me vio allí. Fumaba un cigarrillo cerca del agente que me vigilaba en la sombra del pasillo exterior, formado por dos edificios del hospital. La pared de uno de ellos proyectaba sombra sobre el pasadizo y corría una leve brisa que a aquellas horas —las más calurosas en la ciudad— era un alivio. Los cristales de la cafetería estaban polarizados y desde la calle no podíamos ver a los que estaban dentro. A mis pies, una colonia de hormigas se internaba en el edificio por un pequeño hueco, y seguramente lo deshacía poco a poco por dentro. De la misma forma que se deshacía la teoría del inspector Driza sobre mi culpabilidad. Me observó durante unos segundos. Él también tenía ganas de fumar, pero su carácter le impidió tomarse un descanso. Debía seguir a la búsqueda de la verdad, no importaba lo fatigado que estuviera. Volvió a la mesa.

—Se me hace difícil imaginar que él aceptara de buen grado esa... —dudó — situación. Que él aceptara que ella se acostara con usted y fuera feliz.

Anita entendía los prejuicios del inspector. Al fin y al cabo, ella había tenido al principio ideas muy parecidas y había apostado a que el «trato» no funcionaría. El inspector tenía una disculpa mejor que la suya. No conocía a Be.

—Se lo conté antes —dijo por fin—. Él haría cualquier cosa para no perderla.

Como en toda nueva relación, se produjeron una serie de ajustes, necesidades, espacios y tiempos que debimos aceptar. Aunque la mayoría de las veces no estuviéramos a gusto o de acuerdo con ellos. Las normas que acordamos —una de las pocas condiciones que puse fue que nunca se verían en nuestra casa— poco a poco ayudaron a sostener de alguna forma la situación. Y después estuvo la labor brutal, enorme, gigante, que Be hizo conmigo. La rabia me mordía las entrañas como un perro rabioso cuando una tarde cualquiera ella me telefoneaba y me decía que tenía mucho trabajo, un presupuesto, una reunión con el agente de tal actor o actriz, la lectura técnica del guion que podía alargarse durante horas, una jornada de localizaciones con el director —mil asuntos que eran verosímiles, pero que yo no creía— y que llegaría tarde, que no cenaríamos juntos y que tampoco la esperase despierto. A la mañana siguiente, cuando los celos y el odio y la ira me habían llenado por dentro, gota a gota, y estaba inflado como un odre de vino, una sola palabra suya, una sonrisa, una mano tendida, un beso, una palabra susurrada al oído hacían que todo eso desapareciera. Y entonces era como si una luz cálida inundara el mundo y me arrojara entre sus brazos eléctricos, y la sensación era algo muy muy parecido a la felicidad. Como Be me había prometido, apenas noté que Anita estaba ahí. Era más bien como un ente intangible, como un fantasma, como algo que raramente se manifiesta de una forma física. Seguían trabajando juntas y se veían todos los días, y quedaban a la hora de comer o a la salida del trabajo y buscaban un hotel o a veces una casa prestada por alguien para verse. ¿De qué podía quejarme, entonces? Daba igual que ese mediodía o que el fin de semana pasado después del estreno de aquella obra de teatro, o de lo que fuera que habían hecho, estuvieran metidas bajo las sábanas de algodón barato de uno de esos hoteles modernos e impersonales del centro. Lo realmente importante es que ella volvía a casa después y se sentaba sobre mis rodillas y pasaba sus delgados brazos por encima de los hombros y me acariciaba la nuca y me besaba. En aquellos momentos, el tiempo se detenía y el planeta dejaba de rotar.

—Una noche —dijo Anita— le dije a mi marido que tenía un compromiso con un actor de la película que rodábamos. Nos había invitado a ver no sé qué obra. Después del teatro, en lugar de volver a casa, nos fuimos a un hotel. Mi marido le telefoneó en mitad de la noche y le dijo que no conseguía localizarme y que estaba preocupado. Y él le mintió. Le contó que Be y yo habíamos llegado

muy borrachas y que estaba durmiendo en el cuarto de los invitados. Es un detalle, pero no sé contestar mejor a su pregunta.

Cuidábamos el uno del otro.

A veces usábamos a Anita como catalizador de nuestras fantasías. Por la noche, iluminados solamente con la luz que salía de la pantalla del televisor, cuando estaba medio adormilada, agotada por un día duro de trabajo, yo podía bajarle suavemente el pantalón del pijama y meterle la mano entre las piernas, rozarla y notar cómo el vello de su piel se erizaba. A ella le gustaba hacerse la dormida hasta que ya le era imposible apagar los suspiros y los pequeños gemidos, y elevaba las caderas para que yo pudiera acceder mejor a su sexo. En aquellas sesiones, que siempre comenzaban con una masturbación, a veces ella pronunciaba el nombre de Anita y yo le pedía que me contara con detalle lo que le hacía. Be no abría los ojos, y con un hilo de voz entrecortado —a veces apenas audible— me narraba esos encuentros en los que ejercía algo de dominación sobre Anita, que se resistía a dejarse hacer, como si aquello fuera algo inesperado, y así jugaban a que ella no quería estar en la cama de la habitación de hotel, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y forcejeando contra sus caricias y sus besos. Como si no quisiera que aquellas manos la fueran desnudando poco a poco, que le bajaran los pantalones o le subieran la falda para poder bajarle sus bragas hasta los tobillos, que la obligaran a lamer, a chupar, a besar. Y al mismo tiempo la excitaba tanto que aquello estuviera ocurriendo, avivaba de tal manera su deseo, que todas las normas sociales y leyes morales se desintegraban en un soplo de su cálido aliento. «Le encanta comerme el culo. La agarro por el pelo y hago que meta su lengua en mi culo mientras me masturbo. A ella la vuelve loca. Y a mí también», me dijo una vez como respuesta a una pregunta que yo le había hecho. Y después de expresar en voz alta algo tan íntimo, se moría de vergüenza y empezaba a reírse y se metía debajo de las sábanas de la cama, o salía corriendo y yo tenía que perseguirla, y aquello encendía de una forma casi inmediata nuestro deseo. Cuando la atrapaba y la inmovilizaba bajo mi cuerpo, viendo sus mejillas sonrosadas por la carrera o la vergüenza, su pelo revuelto, su sonrisa enorme, sus dientes blancos mordisqueando el labio inferior, no había otra mujer más deseable sobre el suelo del planeta. Y entonces, allí donde estuviéramos, hacíamos el amor entregándonos de una forma salvaje, como si no fuera a amanecer un nuevo día.

—Lo que hubiera hecho saltar por los aires a cualquier matrimonio a ellos los unió mucho más. Es curioso —dijo Anita—, pero a veces notaba que estaba deseando despedirse de mí para volver con él.

El inspector miró su pequeña libreta. Los datos que había apuntado en ella le servirían para poco. O al menos, eso era lo que él pensaba en aquel momento.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—Hace unos diez días, quizá algo más de dos semanas. Ahora mismo no estoy trabajando en ninguna producción, ¿sabe? Tenía un rodaje, pero la cosa se ha parado. Problemas de financiación.

—Su marido estaba de viaje. ¿No aprovecharon el momento para verse?

—No. Be y yo habíamos decidido darnos un tiempo, ¿sabe? —le contestó Anita con un gesto inequívoco de que aquella frase escondía una ruptura—. Bueno, habíamos roto.

—¿Podría contarme qué les pasó? —le preguntó el inspector con cierto pudor, como si supiera que se adentraba en un lugar donde encontraría un material muy sensible al tacto.

Anita afirmó con la cabeza y elevó su mirada sobre el inspector como si tratara de recordar.

—Siempre fuimos muy discretas y, sobre todo, tomamos muchas precauciones desde el incidente de la piscina. Cuando queríamos estar juntas, íbamos a un hotel alejado de la productora, y desde luego no lo hacíamos todos los días. Alguna vez entre semana, al mediodía o cuando terminábamos de trabajar y podíamos poner una buena excusa. Pero creo que hace unos meses Be empezó a mostrarse más, cómo lo diría yo, imprudente.

El tono, la vibración de la voz, un leve indicio de queja en las palabras de Anita hicieron que el inspector Driza recobrara de repente el interés por saber más de aquella historia. Anita parecía haber encontrado algo importante que contar y, como si quisiera escoger de alguna forma lo que iba a decir a continuación, guardó silencio unos instantes.

—Era una suma de pequeños detalles. Por ejemplo, me cogía de la mano y me llevaba al baño de la productora delante de otra gente. Cualquiera que hubiera estado un poco pendiente se hubiera dado cuenta. Cogirme la mano, darme un beso en un restaurante, cosas como esas. Yo la reprendía. Yo soy una mujer casada y mi marido no es tan abierto como el suyo. Le decía que comportándose así tendríamos un problema.

—¿Y tuvieron un problema? —preguntó el inspector.

—Sí. —Y exhaló el aire con fuerza por su nariz y no pudo evitar que una sonrisa apareciera en sus labios, como si recordara con tristeza algo que fue divertido—. Fue durante la fiesta del final de rodaje de nuestra última producción. Dimos un escándalo, esa es la verdad, pero todo el mundo iba muy borracho. Conozco a varios y a varias a los que aquella noche no les importó llevar casados muchos años y tener en el escritorio una fotografía de la familia, o pregonar a los cuatro vientos lo felices que son. A una le dieron por detrás y por

delante dos hombres diferentes. Su marido no se ha enterado, así que sigue siendo feliz.

Ni siquiera había sido una producción muy intensa ni muy larga, de esas que obligan a los equipos a convivir durante mucho tiempo en condiciones muy duras. No. No tenían mucho presupuesto y el rodaje se redujo a seis semanas en un puñado de localizaciones y con muy pocos personajes. Algo sencillo y no demasiado exigente.

Be me contó que habían bebido un poco y que alguien les había dado una pastilla, y después los habían invitado en un baño a unas rayas de cocaína, y que es posible que eso hiciera que se descontrolaran tanto y que algo que en otra situación habría quedado en un baile sensual se convirtiera en un espectáculo no apto para todos los públicos. Luego anduvieron agarradas durante el resto de la fiesta, se besaron en los baños, pero también en la barra, mientras tomaban chupitos de tequila, que era la bebida que de alguna forma simbolizaba su relación, y se marcharon juntas del garito y no pudieron aguantarse las ganas para llegar a un hotel. Se enrollaron en el coche de Anita, y unos cuantos de la producción que pasaban por allí se dieron cuenta de lo que pasaba.

—Fue ella —dijo Anita—. Nunca la había visto así. Era como un animal. Todavía se me acelera el corazón cuando lo recuerdo. Creo que hubo algo de final de fiesta en todo aquello. Pensé que era como dar un salto adelante con los ojos cerrados sin saber si habrá tierra bajo tus pies o el vacío de un precipicio. No sé si sabe lo que quiero decir.

—Quiere decir que hubo cierta premeditación. Que ella quería acabar con su matrimonio. ¿No es eso?

Anita negó con la cabeza.

—Con el suyo no. Con el mío, y me enfadé por eso.

Be y Anita trabajaron juntas por última vez en la producción de aquel largo. Y no tuvo nada que ver el escándalo de la fiesta. A Be la llamaron de otra productora y Anita decidió descansar por un tiempo.

—Las cosas ya no fueron bien, ¿sabe? Discutíamos muy a menudo. Y tomé la decisión. Hace cerca de un mes le dije que era mejor dejar lo nuestro de una vez.

—¿Cómo ocurrió? —le preguntó el inspector Driza.

—Creo que le rompió el corazón —dijo Anita, y las lágrimas afloraron en sus ojos y la emoción le cerró la garganta, y una vez más durante unos segundos no pudo pronunciar palabra—. Tuvimos una discusión horrible. Ella se sintió muy herida y me acusó de cosas muy feas, de mantener mi matrimonio solo por interés, de haberla engañado, de ser una cobarde. Perdió los papeles y me dio



una bofetada. Y después dijo que no quería volverme a ver nunca más. Fue doloroso.

Anita le contó al inspector Driza que, después de aquel día, Be la había llamado en un par de ocasiones y habían tenido largas conversaciones que habían acabado en sollozos y lamentos. Y unos diez días antes Be la había llamado por última vez.

—Yo no quería hablar con ella, pero se puso a llorar de una forma tan desgarradora que fui incapaz de colgar. Volvimos a discutir. Fue penoso. —La voz se le tiñó de dolor.

—¿Esa fue la última vez que hablaron?

—Sí. Aunque ella me llamó ayer. No le cogí el teléfono. Me dejó un mensaje.

Sacó su teléfono del bolso y lo dejó encima de la mesa. La llamada se había producido después del mediodía. Unas horas antes de que yo llegara a nuestra casa. La voz de Be surgió metálica pero clara por el altavoz: «Quiero hablar contigo. Necesito contarte algo importante. Por favor, llámame». Al inspector le pareció triste, pero no parecía que se sintiera amenazada por nada. No había ni un rastro de miedo en ella.

—¿Sabe a qué se refería?

—Pensé que quería pedirme perdón por lo de nuestra última discusión. Algo así. Pero no quise hablar con ella.

Anita rompió a llorar. Algunas cabezas se giraron, los contemplaron durante unos segundos y después volvieron a concentrarse en lo que estaban haciendo. No resultaba extraño que una mujer llorara en la cafetería del hospital. Al fin y al cabo, la mayoría de los que estaban allí tenían razones más que de sobra para soltar una lágrima por sus familiares o amigos atacados por la enfermedad unas plantas más arriba. Así que Anita se desahogó totalmente y el inspector fue educado y no se mostró impaciente en ningún momento a pesar de que se sentía profundamente decepcionado. Cuando Anita se secó su última lágrima, le dijo que no tenía más preguntas y ella lo recibió con alivio porque quería dejar aquella cafetería de una vez por todas. Después Driza miró su reloj y le explicó que debía subir hasta la planta de cuidados intensivos, donde Be estaba ingresada, para escuchar el parte de los médicos.

—¿Quiere acompañarme?

—Se lo agradezco, pero es mejor que me vaya ya —contestó, y después de un instante añadió—: Aunque me gustaría que me llamaran si hay alguna novedad. O quizá podría llamarle yo.

Driza estuvo de acuerdo. Sacó una tarjeta del interior de la cartera que guardaba en la parte trasera del pantalón y se la entregó. Anita le dio las gracias.

El inspector la guio hasta la puerta del hospital y salieron juntos a la calle. Recibieron una bofetada de viento caliente y tuvieron que girar la cara y exhalar con fuerza para que el aire pesado no les quemara los pulmones. Anita le estrechó la mano y después dirigió su mirada hacia un vehículo de color gris oscuro que estaba aparcado al otro lado de la rampa de acceso al hospital. Tomás esperaba al volante.

—Me gustaría pedirle un favor —dijo Anita volviéndose hacia el inspector—. Mi marido no sabe nada de mi relación con Be. Me gustaría que no se hiciera pública, si es posible.

—No lo haremos mientras continúe la investigación. Después depende del resultado.

—Avíseme para que tenga tiempo de prepararle.

Driza afirmó con la cabeza. Después aguardó a que se alejara para encender un cigarrillo. Mientras daba la primera y ansiada calada, vio cómo Anita, antes de subirse al coche, levantaba la mano en una especie de tímido saludo. Se dirigía a mí. Anita me había visto fumando desde el interior de la cafetería. Mientras hablaba con el inspector, se había preguntado varias veces cuáles eran esos indicios que me señalaban como el culpable de la agresión a Be. Pero había contenido su deseo de preguntar, pensando que además sería inútil.

—Si él le hizo eso —le había dicho al inspector durante su conversación—, desde luego no fue por mí. De eso estoy segura.

Anita rodeó el coche de Tomás y, antes de abrir la puerta, se detuvo un segundo. Yo la habría reconocido entre una multitud. Era verdad que aquel vestido de verano se parecía mucho al que llevaba Be la tarde anterior. Una especie de impulso eléctrico me recorrió la espalda y me hizo estremecerme un poco. Yo la observaba cuando ella alzó la barbilla y se detuvo durante aquel instante, alzó la mano y me dijo adiós. Se subió al coche, Tomás arrancó y se marcharon. Unos segundos después el inspector Driza dobló la esquina del edificio del hospital.

—¿Quiere tomar algo? —me preguntó señalando hacia los cristales de la cafetería.

Negué con la cabeza.

—¿Cómo está Anita? Me hubiera gustado saludarla. —Imaginé que aquel tímido saludo de la amante de mi mujer se debía sin duda a que el inspector había manifestado sus sospechas sobre mí—. ¿Le ha contado algo interesante para la investigación?

Se hizo un silencio espeso como el aire tóxico que salía de los extractores del sistema de ventilación del hospital.

—Volveré arriba —dije.

El agente que me vigilaba saludó al inspector con una inclinación de cabeza y me siguió hasta la puerta de servicio por la que habíamos salido un rato antes. Driza apuró el cigarrillo, lanzó la colilla al suelo y casi de inmediato se encendió otro. A resguardo de aquella sombra, observó al subinspector Frei bajar de su coche y caminar bamboleante hacia él, una carpeta en la cabeza cubriéndose del sol, los mocasines gastados y deformados por los lados y la camisa de manga corta con el cuello mal abrochado.

—¿Has hablado con la amante? —preguntó.

Driza afirmó con la cabeza. Por el gesto de su jefe, Frei se imaginó que las cosas no habían ido como esperaba.

—Comemos y me lo cuentas —dijo.

Los dos policías entraron en la cafetería del hospital. Frei se decidió por un menú de dos platos y postre, y Driza cogió un par de sándwiches envasados. Se sentaron en una mesa al lado de las cristaleras.

—¿Qué ha pasado?

Driza le contó a grandes rasgos lo que había descubierto y cómo todos aquellos datos no encajaban con la teoría que había elaborado. Frei afirmaba con la cabeza de una forma mecánica. Cuando el inspector le contó lo de nuestro acuerdo, arqueó las cejas y dejó escapar una exclamación. No fue un juicio de valor, sino más bien un gesto de compañerismo, un guiño para que su jefe entendiera que comprendía su decepción. Llevaba muchos años en la Policía y había visto tantas cosas que no le había sorprendido mucho ni que la amante de Be fuera una mujer ni que tuviéramos aquel trato. Frei observó a su jefe. Seguía pareciendo enfermo, pero omitió hacer ningún comentario. Driza le había dado un par de bocados a uno de los sándwiches, había esparcido unas patatas fritas en un plato que no había tocado y se había bebido de dos tragos una botella de medio litro de agua. Miraba a través de los cristales de la cafetería y se pasaba la mano sobre el pelo corto una y otra vez, como si se hallara ante un problema que no sabía resolver. Intentó recordar alguna otra vez en la que le hubiera encontrado en ese estado, y no pudo. No entendía su estado de ansiedad.

—Deberíamos abrir el abanico de posibilidades. Investigar a otras personas del entorno de la víctima. ¿Qué hay del marido de esa mujer? Podría...

—Dice que no sabe nada de su relación —le contestó con una mezcla de enojo y saciedad, como si le hubiera molestado que se lo hubiera sugerido y eso hubiera hecho que perdiera el hilo de una idea que estuviera naciendo en su mente, y que ahora debería elaborar desde el principio de nuevo.

—Quizá otros amigos o conocidos. —Se había armado de paciencia y de valor—. Podemos comprobar si alguno pasó por delante de las cámaras de...

—Es una pérdida de tiempo —le interrumpió el inspector y después, como una forma muy inmadura de zanjar la discusión, añadió—: Fue él. Lo sé.

Aquellas dos palabras le sonaron tan extrañas como si el inspector le hubiera dicho que lo había soñado, o que lo había visto en las cartas de una vidente, o que lo había leído en la etiqueta de un cartón de leche. Llevaban trabajando juntos unos cuantos años y su jefe nunca había tomado una decisión basándose en una intuición. De hecho, despreciaba los aspectos intuitivos de su trabajo. Cayó entonces en la cuenta de que quizá aquel caso le estaba afectando de una manera personal. Y que esa especie de malestar no se debía a que hubiera comido algo en mal estado o a una mala noche o al calor, sino a la propia investigación.

—Tú dirás, entonces —le contestó Frei.

—Hemos pasado algo por alto —dijo Driza—, tiene que estar ahí. ¿Qué pasa con el coche? Necesitamos esa orden. Y los de la Científica, ¿qué hacen?

—Llamaré de nuevo al juzgado. —Se limpió el tomate frito de los labios con una servilleta de papel—. Y veré qué es lo que han averiguado los del laboratorio.

—Y no te olvides de lo de la ropa interior —precisó con gesto serio—. Me voy de nuevo a la casa.

Dejó a Frei en la cafetería del hospital y se subió en su coche. Miró el teléfono. Tenía una llamada perdida desde el teléfono de su mujer. Seguramente uno de sus hijos. Se dio cuenta de que durante toda la mañana había postergado una vez tras otra el momento de llamarlos. No quería hablar con ellos. No quería tener una conversación con niños. Quería hablar con ella. Dejó el teléfono sobre el asiento del copiloto y respiró con fuerza y miró hacia un horizonte imaginario a través del cristal del coche. Se preguntó si él sería capaz de compartir a su mujer, y la respuesta fue una negativa rotunda y categórica.

—No —dijo en voz alta, y se sorprendió a sí mismo.

¿Y si eso salvara su matrimonio? Volvió a negar, pero esta vez ya no lo dijo en voz alta. Hizo la llamada. Su mujer respondió al teléfono al cabo de tres tonos. Acababan de subir de la playa. Ella estaba a punto de ponerse a preparar la comida mientras los críos estaban quitándose la sal y la arena con la manguera del jardín. Le dijo que, si esperaba un segundo, podría hablar con sus hijos. Él le contestó que no quería hablar con los críos. Se hizo un silencio. Hacía tiempo —¿desde cuándo estaban las cosas mal entre ellos?— que no hablaban de nada que no fuera algo práctico. La escuchó expulsar el humo de un cigarrillo. Fumaba.

—¿Estás enamorada de ese con el que te ves? —le preguntó.

—¿Qué dices?

—¿Que si le quieres?

Lo sabía desde hacía un par de meses. Había sido muy fácil de averiguar, y después se había arrepentido cada día desde entonces. Aquel había sido el único misterio que no debería haber investigado, el único caso que no debería haber resuelto. Su reacción era lo que le había provocado náuseas durante todo el día. Ella le contestó que no era el momento de hablar de ese tema.

—Tenemos que hablarlo.

Ella le dijo que lo harían cuando fuera a pasar esos días prometidos con ellos. Él le pidió que les diera un beso a los críos de su parte y colgó el teléfono. Arrancó el coche y dejó atrás el hospital. Al pasar por el bosque, donde un par de coches de su unidad seguían sobre los arcones, venció la tentación de detenerse y ponerse a buscar él mismo huellas de mi presencia, y continuó hasta nuestra casa.

Diego miraba a través de una de las rendijas de la puerta de entrada cuando el inspector aparcó su coche montando dos ruedas sobre la acera. Driza le observó mientras apagaba el motor y se guardaba el tabaco en el bolsillo de la chaqueta. Diego se había dejado el pelo corto, muy corto, y aun así se notaba que lo tenía muy rizado. Llevaba unas gafas graduadas de sol, una pequeña mochila a la espalda, barba de un par de días, unos pantalones cortos de algodón por debajo de la rodilla y unas chanclas y la camiseta de un grupo de música de los noventa. Podía ser cualquier chico que repartiera publicidad y, sin embargo, el inspector intuyó que se trataba de otro guionista o alguien relacionado con la profesión. Diego me había llamado esa mañana y yo no le había querido coger el teléfono. Después había llamado a Be y tampoco le había contestado. Aquel doble silencio le había dejado inquieto, y cuando había bajado a comer a un bar que estaba cerca de las oficinas de la productora, recibió la llamada. Una amiga común, alguien que conocía a Anita y a Be, le informó de lo que había ocurrido. Diego había vuelto a la oficina, despachado de forma urgente algunos asuntos que no podían esperar y después había cogido su coche y había conducido hasta nuestra casa. Y allí estaba, frente al inspector, que caminaba hacia él. Olía a distancia que se trataba de un policía y que no estaba allí por casualidad. Se estrecharon la mano.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas —dijo Driza.

El inspector comprendió que no podía interrogar a Diego en mitad de la calle ni tampoco en el interior de su coche —una distancia tan corta no ayudaba a que la gente se abriera, y era contraproducente para los intereses de cualquier investigador— y le propuso que hablaran en nuestro jardín. Le dio un empujón a la puerta de la verja y esta se abrió.

—Les pedí que no la cerraran por si debíamos entrar de nuevo —se explicó ante la cara de sorpresa de Diego.

Rodearon la casa hasta llegar a la terraza cubierta. El sol había pasado por encima del tejado y la sombra volvía a avanzar sobre las baldosas de barro cocido. Ocuparon la mesa y pegaron las sillas a los cristales del salón. Diego tuvo una sensación muy extraña al estar sentado con aquel policía en la terraza de mi casa. Como si me estuviera siendo infiel. El inspector le preguntó qué hacía allí. Diego le hizo un resumen de lo que sabía, lo que le habían contado, y que nuestra casa estaba de camino al hospital y que por eso se había desviado, por la posibilidad de encontrarme. El inspector le escuchó atentamente y después sacó su pequeña libreta y la abrió por la última página escrita.

—¿Sabía que la víctima tenía una relación sexual con Ana Vélez?

—Claro. —Y sonrió como si le hubiera preguntado algo obvio—. Nos conocemos desde la Escuela de Cine. Él es mi mejor amigo.

El inspector le hizo casi las mismas preguntas que a Anita, y Diego le respondió casi con las mismas palabras.

—Ellos tenían una relación diferente. —El inspector afirmó con la cabeza algo hastiado—. No creo que yo pueda juzgar si estaba bien o mal.

—¿Quién más sabía que mantenían esa relación?

—Mucha gente. Después de lo que ocurrió en aquella fiesta, casi sería mejor preguntar quién no lo sabía.

—Y a su amigo, ¿no le importó?

—Aparentemente no. De hecho, tuvimos una discusión bastante agria y terminó diciéndome que no me metiera en su vida. Y fue justo por eso por lo que me di cuenta de que después de aquella noche algo cambió.

—¿Qué?

—No lo sé —le contestó Diego moviendo la cabeza—, ya le digo que ellos están en otro nivel, pero fue como si le hubiera dado miedo ver hacia dónde iban. Y creo que hizo algo que ella no le perdonó.

El inspector sintió una punzada en el estómago. Esta vez era diferente al malestar que le había acompañado durante todo el día. Lo había sentido antes muchas veces y le ocurría siempre que estaba a punto de descubrir algo que le permitiría resolver un caso. Era lo que en la vieja tradición de la Policía se conocía como *olfato*, aunque él pensaba que tenía más que ver con seguir un pensamiento lógico. Aun así, debía reconocer que en esa ocasión el azar había tenido algo que ver en su decisión de volver a nuestra casa. Una decisión fuera de lógica. Escogió jugar de nuevo la carta de que la Policía sabe cosas que los demás ignoran.

—Tenemos alguna sospecha de que pudo ser su amigo quien agredió a su mujer.

—¿Él?

—Escuche, sé que puede resultar duro admitirlo, pero en la mayoría de los casos este tipo de agresiones se producen en el entorno de la víctima. Y ella también es su amiga, ¿no es verdad? —Diego afirmó con la cabeza—. ¿Se le ocurre algún motivo?

—Ella iba a romper su relación. Le iba a abandonar —le contestó.

Driza se removió por dentro, pero no quiso dejar que Diego viera lo emocionado que se sentía al escuchar aquellas palabras. Guardó silencio. Buscó instintivamente en su agenda y encontró una frase que, sin saber muy bien por qué, había subrayado de la declaración de Anita: «Él haría cualquier cosa para no perderla». Allí tenía su motivo, el móvil del crimen, la clave de todo el asunto, la información que podía sacar en un interrogatorio y hacer que yo me sintiera atrapado. Le había mentido esa mañana cuando le había dado una razón sin ninguna importancia para justificar nuestra pelea y la decisión de Be de marcharse de casa dando un portazo. Levantó la mirada y se recostó en la silla.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó como si desconfiara de Diego.

—Me lo dijo Be. Ayer. Quería hablar con él, pero no respondía a mis llamadas, y al final la llamé a ella. Hablamos por teléfono. Estaba muy triste y luego se puso a llorar y me dijo que le iba a abandonar.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Al principio pensé que era otra de sus peleas. Han estado a punto de romper muchas veces y siempre encontraron la forma de volver. Pero esta vez le había hecho algo que ella no podía perdonarle.

—¿El qué?

—Tenía algo que ver con su amante —dijo Diego encogiéndose de hombros.

El inspector le miró extrañado. Por un segundo dudó de que aquel camino que Diego había abierto le fuera a llevar a buen puerto.

—¿Ana Vélez? Estuve con ella en el hospital. No sabía nada.

—No tenía nada que ver con Anita, sino con la amante de él.

El policía negó con la cabeza. Diego entendió que no le creía, aunque en realidad el policía estaba pensando en otra cosa.

—¿Es que no decía nada de eso en su carta?

—¿Qué carta? —preguntó el inspector.

—Le estaba escribiendo una cuando hablé con ella. Una carta de despedida.

El inspector giró la cabeza y miró hacia el interior. No habían encontrado ninguna carta en la que Be anunciara que me abandonaba. La casa estaba cerrada. No podía entrar a la fuerza.

—Tengo llaves —anunció Diego.

Puede que leyera el pensamiento del policía como si se anunciara en un neón, y después, como si quisiera descargarse del peso de aquella traición, añadió:

—Le dije que esa chica le traería problemas.



Esa chica te traerá problemas.

Era una típica tarde de invierno. Durante el día había lucido un bonito sol, y bien abrigado se había podido pasear por la ciudad, incluso sentarse en algún lugar y disfrutar de sus templados rayos, pero al caer la tarde y apoderarse las sombras de las calles, las temperaturas habían descendido rápidamente. En aquella clase de tardes echábamos de menos una chimenea, poder quemar unos buenos troncos y quitarnos los zapatos y calentarnos los pies cerca del fuego. Yo estaba leyendo una novela, aunque me costaba pasar las páginas, y Be había estado trabajando en un presupuesto que la traía de cabeza y que debía solucionar antes de que se iniciara el rodaje de la película en la que estaba metida y después de comer se había encerrado en el despacho. Y cuando salió dos o tres horas más tarde, se puso dos dedos en la sien, imitó el sonido de un disparo y se dejó caer en el sofá con un gesto teatral. Me hizo sonreír. Le pregunté qué era lo que le preocupaba.

—Va todo demasiado justo —dijo—. Si tenemos cualquier contratiempo, no podremos reaccionar. Les he dicho que una ola gigantesca está a punto de llevárselos por delante, pero ellos siguen jugando en la playa. —Y después de una pausa añadió—: Salgamos de aquí. Es posible que este sea mi último fin de semana libre en un par de meses.

Cerré la novela y la lancé encima de la mesa.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Nos han invitado a una inauguración de una exposición de pintura. Es de la chica de uno de los de la productora.

Le pregunté si Anita iría también. Ella negó con la cabeza y después, sin mirarme —algo que hacía cuando aún le daba vergüenza hablar de ella—, dijo que no estaba en la ciudad. La ausencia de Anita hizo que de repente me envolviera una nube de buen humor, y le dije que me parecía un plan apetecible. Be comentó que tomaríamos un vino y que después nos iríamos a cenar los dos solos.

Cuando llegamos —apurando el paso, ella agarrada a mi cintura y yo cogiéndola con fuerza del hombro y estrechándola contra mi cuerpo porque corría un viento helado que nos secaba los ojos y cortaba la piel de las mejillas —, en la galería, situada en un edificio del centro, en un local de dos plantas y grandes cristalerías que daba a dos calles, ya había un centenar de personas. El compañero que la había invitado era un primer ayudante de Dirección muy conocido y con muchos años de carrera. Los mejores directores le querían trabajando en sus largometrajes, y también hacía mucha publicidad. Tenía cincuenta y pocos años, una expresión simpática en el rostro, la nariz y la boca muy grandes y una gran sonrisa amistosa en unos labios muy anchos. Se alegró mucho cuando vio a Be y avanzó entre la gente a grandes pasos para darle un abrazo y un beso. Fue muy amable y nos hizo de guía, de cuadro en cuadro, por una de las salas explicándonos los motivos y el tema principal de la exposición, que no era otra cosa que el sexo. Los cuadros representaban a parejas manteniendo relaciones sexuales, y sin embargo, él hablaba de colores y texturas. Después casi nos arrastró a conocer a su mujer, que ejercía el papel de la abeja reina —lo que le correspondía— en mitad de la sala más grande de las cuatro que componían la exposición. Tenía el pelo ondulado, una perfecta raya a un lado, los labios carnosos y un maquillaje que me recordó a una aristócrata rusa en el París de los años veinte. Era atractiva. Agitaba el aire con un abanico abierto, que cerró con desenvoltura para tomar los brazos de Be con las dos manos y darle dos descomunales besos en las mejillas.

—Muchas gracias por haber venido —dijo—, así que tú eres la famosa Be. Mi marido me ha hablado mucho de ti. Tanto que he llegado a ponerme celosa. Pero, ahora que te veo, me doy cuenta de que el pobre no tiene ninguna oportunidad.

—Ahora que te conozco —le contestó Be—, creo que aunque yo quisiera seducirle tampoco tendría la más mínima oportunidad.

Después del intercambio de cumplidos, nos acercamos a una pequeña barra donde se servía vino, cerveza y refrescos, y donde había un gran queso parmesano abierto que un camarero cortaba en pedazos con un curioso cuchillo, y Be le pidió que le dejara probar.

—Le encanta la cocina —dije—, tenemos armarios abarrotados de miles de utensilios que no tengo ni idea de para qué sirven.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —me preguntó la pintora.

Be les explicó —otra de esas ocasiones en las que me hacía sentir como un niño que escucha presumir a su madre de sus buenas calificaciones escolares delante de sus amigas— que yo era guionista y les enumeró las películas que había escrito.

—Ahora me he pasado a la televisión. —No pudieron disimular en sus caras un gesto de decepción, y añadí—: Está mucho mejor pagado que el cine.

Y entonces fue peor. De cualquier manera, al poco tiempo de conocernos, la pintora agarró a Be de un brazo y se la llevó para presentarle a no sé quién, y yo me quedé con el primer ayudante. Un instante después él también me abandonó para seguir con su trabajo de chambelán y recibir afectuosamente a un grupo de amigos que cruzaban las puertas de la galería. Solo y con mi copa de vino en una mano, me vi recorriendo de un lado a otro la exposición. En las fiestas siempre hay cierto número de personas que en un momento dado comienzan a orbitar solos y tienden a ocupar rincones, a curiosear en las estanterías del salón, mirar en las colecciones de discos o fumar en las terrazas, y en aquel caso, en una exposición, a adoptar la postura de estar analizando un cuadro.

El público estaba formado por amigos de la pareja, de la pintora o de la galerista, o aficionados del mundo del arte, o por tropa que quería beber gratis una copa de vino y tomarse un trozo de jamón o de queso. También me encontré con unos cuantos rostros a los que reconocí de fiestas y estrenos de películas, o de cenas a las que habíamos asistido durante aquellos años. El mundo del cine es muy pequeño y, de una forma u otra, acabas trabajando y encontrándote siempre con la misma gente. De cuando en cuando, alguien que me conocía —como «el chico» de Be— me saludaba, intercambiábamos una serie de frases corteses, se creaban un par de silencios incómodos y entonces apuraba mi copa y decía eso de que iba a buscar bebida. Ya me había bebido tres o cuatro copas casi de un par de tragos, y pensé que era el momento de parar o acabaría produciendo un abstracto sobre el suelo de cemento pulido de color gris de la galería. Me puse de nuevo el abrigo y me dirigí a la salida al mismo tiempo que me encendía un cigarrillo. La calle estaba bastante concurrida de otras caras conocidas que también fumaban, así que de una forma fingida y distraída caminé hasta la esquina y la doblé. Allí había una chica también con un cigarrillo en los labios. Estaba fumando, con la espalda apoyada en la pared, envuelta por un abrigo largo que resultaba evidente que no era suyo, el pelo corto, un gran flequillo liso que se peinaba hacia el lado derecho de la cara, y unos zapatos de tacón de color negro brillante que resaltaban sobre el suelo gris. Tenía la mirada perdida, el ceño fruncido y, de cuando en cuando, negaba con la cabeza como si tuviera algún problema que debía resolver. No se percató de mi presencia hasta un tiempo después de que yo estuviera observándola, cuando le dio una calada a su cigarrillo y advirtió que ya estaba casi consumido. Eso la hizo salir de su mundo y mirar a su alrededor de forma distraída. Nos sonreímos. Cruzamos un par de frases comunes sobre el tabaco y sobre el precio que debíamos pagar para darle una calada a un cigarrillo.

—Conmigo han fracasado. Empecé a fumar para conocer gente y nunca he conocido tanta gente como desde el día que prohibieron fumar en los bares. —Y la hice sonreír.

—Yo soy Elisa —dijo, y añadió—: Eli.

Le di mi nombre y dos besos. Después apuramos los cigarrillos y los lanzamos a la acera. La inauguración de una exposición es como una boda, todo el mundo viene de parte de alguien, así que le pregunté si conocía a la artista.

—Qué va —dijo—, mi novio trabaja en lo mismo que el marido de la pintora.

Me hizo gracia. Le dije que yo estaba en el mismo caso que ella. Volvimos a la galería y conseguimos un par de copas de vino y nos sentamos en el centro de las escaleras que llevaban al segundo piso. Se quitó el abrigo. Era más menuda de lo que había imaginado, llevaba un vestido de tirantes de color negro, sus brazos eran muy delgados y casi no tenía pecho. Bajo las luces de la sala de exposiciones, me di cuenta de que sus ojos eran muy claros, casi del azul de algunas de esas calas de la costa mediterránea que salen en las revistas de viajes. Le pregunté a qué se dedicaba y me contó que era dependienta en una gran librería situada en una de las calles comerciales del centro de la ciudad. Cuando me llegó mi turno, le conté que yo había escrito un par de películas de las que no había oído hablar —cosa que siempre me sorprende, aunque solo hace falta mirar los datos de las taquillas para darse cuenta de que no es tan raro—, pero sí conocía la serie de televisión para la que escribía entonces.

—La veo todas las semanas —dijo con una sonrisa— y me gusta.

Eli era una auténtica seguidora y citaba con seguridad los nombres de muchos personajes, incluso secundarios, y hacía un buen resumen de las tramas principales. Después me preguntó qué pasaría con un par de protagonistas y yo me hice el misterioso y le dije que, si se lo contaba, tendría que matarla.

—Es verdad —dijo divertida—, de todas maneras prefiero mantener el suspense.

Tuve que confesarle que solo había escrito media docena de guiones y que no era responsable de nada de lo que me estaba contando. Se encogió de hombros.

—Debe ser divertido.

Por su forma de hablar del mundo del cine y de la televisión, me dio la impresión de que era algo nuevo para ella.

—Llevamos saliendo solo un par de meses —dijo, y con cierta tristeza añadió—: Y la verdad, hay cosas a las que todavía no me acostumbro.

Bueno, yo también pertenecía a aquel mundo y había cosas a las que después de tantos años tampoco me acostumbraba. Entonces apareció entre la

gente un chico alto, delgado, con unos pantalones de tela y una camisa con dibujos coloniales y un sombrero de fieltro en la cabeza. Tenía la sonrisa más blanca y los dientes más perfectos que yo había visto en mi vida.

—Vaya, así que estás aquí —dijo—. Te he estado buscando por todas partes.

Nos presentamos. Se llamaba Tony y había trabajado en una película con el marido de la artista. Era muy alto, quizá diez centímetros más que yo, y de constitución atlética. El botón abierto de su camisa dejaba ver la forma de sus costillas marcadas en el pecho, y las mangas de la camisa recogidas sobre los codos unos antebrazos musculosos. Tenía una cabeza grande, con la frente despejada, el pelo negro, revuelto, como si hubiera estado peleando con un gato unos momentos antes, y una mirada amistosa, aunque a veces —y de eso me di cuenta más tarde— parecía evasiva, como si temiera alguna cosa. Una mandíbula cuadrada le daba el aspecto de esas cabezas patricias que se pueden ver en los Museos Capitolinos de Roma.

—Tú debes ser el chico de Be —dijo.

No conseguía acostumbrarme a eso de ser el chico de alguien y tampoco a que todo el mundo sobre la faz de la Tierra conociera a Be.

—Soy su marido —le corregí.

—¿Estás casado? —preguntó con asombro Eli—. Vaya. ¿Cuántos años tienes?

Resultó que solo era un año mayor que ellos dos. Be pasó en ese instante por delante de nosotros y me miró con una sonrisa. La señalé con el dedo índice y, tratando de resultar cínico, le dije:

—Ella es quien me atrapó.

Be se apuntó con un dedo en el pecho y ladeó la cabeza en un gesto de interrogación. Se despidió de la gente con la que estaba y vino hasta nosotros moviendo sus preciosas caderas. Se había puesto unos zapatos de tacón —no solía hacerlo— y caminaba de una forma un poco bamboleante.

—¿Estabas hablando de mí? —preguntó.

—Exacto. Les decía que tú eres la causa de que lleve una alianza en este dedo de la mano izquierda.

—Ella es Eli —dijo Tony.

Tony y Be habían trabajado juntos en un par de producciones y la conversación se centró en sus recuerdos, las anécdotas de los rodajes, y en preguntarse mutuamente qué había sido de tal o cual persona a la que hacía tiempo que no habían visto. Eli cruzó conmigo un par de miradas clandestinas y, en un momento dado y con la mayor delicadeza posible, los advertí de que debían dejar el tema o Eli y yo nos iríamos a dar una vuelta y se quedarían solos.

Sin que nos diéramos cuenta, los invitados habían comenzado a abandonar la galería y solo algunos grupos pequeños quedaban dispersos por las salas. Nos dijimos que aquello ya estaba terminado y nos preguntábamos, un poco tímidos, qué era lo que íbamos a hacer cuando el primer ayudante, con aquella expresión tan alocada pero también simpática, se nos acercó con una sonrisa y abriendo los brazos dijo que se alegraba mucho de encontrarnos.

—Hemos preparado una pequeña fiesta en nuestra casa —anunció—, estáis invitados.

Aquello deshizo las dudas y la inseguridad y los cuatro aceptamos con alegría su invitación. Veinte minutos después salimos a la calle. Dos chicas muy atractivas con pantalones muy estrechos, jerséis de cuello alto y cazadoras de cuero, que parecían hermanas gemelas aunque no lo eran, y a las que había visto en la sala con una copa de vino en la mano hablando con la pintora, pidieron ayuda para empujar un coche que se había quedado sin batería. Cuando ya lo habíamos conseguido arrancar, escuché la voz de Be que me llamaba y, al darme la vuelta, la vi caminando junto a un pequeño grupo de personas entre las que iban el primer ayudante y Tony. Las chicas me dieron las gracias. Les pregunté si también iban a la fiesta. Dijeron que tenían algo importante que hacer por la mañana y nos despedimos.

Las aceras de las calles de aquel barrio eran tan estrechas que caminamos por el centro de la calzada. Be, Tony y el primer ayudante encabezaban la marcha, unos veinte o treinta metros por delante. Entre ellos y yo había otro grupo formado por más amigos y conocidos de la pintora, pero eso no impidió que viera cómo Tony pasaba un brazo por encima del hombro de Be y que caminaban muy juntos marcando sus pasos con el mismo ritmo. Escuché una corta carrera y Eli apareció a mi lado.

—Tu mujer es muy atractiva —dijo mientras encendía un cigarrillo—. La estuve observando en la sala, de forma discreta, y me di cuenta de que había otras diez o doce personas haciendo lo mismo que yo.

—Es algo a lo que estoy acostumbrado. —La frase me salió en un tono demasiado condescendiente, y después pensé que debería haberme mordido la lengua.

—Hacéis una bonita pareja. Tú también eres muy atractivo. Aunque de una forma diferente.

Le di las gracias por el cumplido y guardé silencio, sin saber cómo continuar con aquella conversación. Fue ella quien me preguntó dónde nos habíamos conocido y yo le hice un resumen de nuestra historia: ella era la chica más atractiva de la Escuela de Cine, nunca se habría fijado en mí si no hubiera

sido por el cortometraje que escribí; nos encontramos un tiempo después, se vino a vivir a mi apartamento y no nos habíamos separado desde entonces.

—Es curioso, pero Tony nunca me ha hablado de ella.

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—Él siempre me habla de la gente que le atrae. —Y después de un silencio añadió—: Le ha puesto un brazo por encima del hombro. No me digas que no lo has visto.

Iba a contestarle a Eli que no me importaba en absoluto esa confianza cuando la pintora y un grupo de sus amigos nos alcanzó en mitad del asfalto.

—Vamos, chicos —dijo con entusiasmo—, ya estamos cerca.

El lugar adonde nos dirigíamos era al mismo tiempo la vivienda del matrimonio y el estudio de la artista. Habían dispuesto una mesa muy ancha con una bonita fuente repleta de hielo y botellas de champán, y a su alrededor un pequeño regimiento de copas en formación. El primer ayudante descorchó varias botellas y todos brindamos por el éxito de la exposición. Después encontré un sofá que parecía realmente cómodo y me senté con una copa de vodka, hielo y una rodaja de lima. Un disco de jazz brasileño era la banda sonora de aquella escena cuando Eli apareció atravesando un grupo de gente y se sentó a mi lado —casi no sentí su peso—, también con una copa en la mano. Me preguntó qué bebía. Ella era más de ginebra, aunque esa noche solo pensaba beber champán. Le dije que esa era una buena elección. Yo había mezclado vino y cerveza en la galería, y después champán y vodka en la fiesta, y me encontraba en un estado mental que podría definirse como borroso.

—Acompáñame, ¿quieres? —dijo Eli.

Forcé una expresión de indecisión que ella resolvió dándome la mano, tirando de mí y levantándose del sofá. A pesar de su cuerpo pequeño, tenía bastante fuerza. Me llevó agarrado de la mano por un pasillo y después empujó una puerta y entramos en un dormitorio.

—Es mejor que eches el cierre —dijo.

Cuando me di la vuelta se había sentado en la cama. Su vestido, arrugado por encima de las rodillas, dejaba a la vista unas piernas pequeñas pero bien torneadas. Dejó caer sus zapatos de tacón sobre el suelo de madera y suspiró como si llevara mucho tiempo esperando aquella liberación. Me quedé con la espalda apoyada en el tablero de la puerta. Entonces me miró de una forma muy curiosa y sonrió. El vestido que llevaba tenía dos bolsillos. Metió la mano en uno de ellos y sacó un gramo de cocaína envasado en una diminuta bolsa de plástico con cierre hermético. Limpió la superficie de la mesilla y después espolvoreó un pequeño montoncito de cocaína sobre la superficie de la mesilla. Lo dividió en dos rayas —no muy grandes, tampoco muy pequeñas— y enrolló un billete y

aspiró una de ellas con decisión. Me ofreció el billete. Me arrodillé junto a la mesilla y la imité. La droga entró por mi nariz y un segundo después bajó amarga por mi garganta. Bebió un sorbo de su copa de champán y me invitó a que yo hiciera lo mismo.

—Champán y coca es lo más.

Limpió la superficie de la mesilla con un dedo, y un delgado rastro de polvo blanco quedó atrapado en su piel.

—¿Lo quieres? —me preguntó—. Abre un poco los labios.

Metió su dedo en mi boca y lo pasó por mis dientes.

—Antes me encantaba hacer esto, pero resulta que es malo para mis encías. —Y por fin lo sacó haciendo el ruido de un sonoro beso.

Yo estaba de rodillas en el suelo del dormitorio y ella sentada en el borde de la cama, y de alguna forma sus pies, que colgaban en el aire, se posaron sobre mis muslos. A través del tejido negro de sus medias podía percibir que eran muy pequeños e imaginé que probablemente estarían muy cuidados y serían adorables. Yo miraba hacia arriba y ella hacia abajo. Sus ojos eran muy azules y durante un segundo no dijimos nada. Yo sentía el peso de sus pequeños pies sobre mis muslos y entonces noté, en un movimiento casi imperceptible, la flexión de sus dedos, como si quisieran arañarme. Era un aviso, como ese temblor que unos minutos antes precede a un gran terremoto. Erguí el torso y conseguí que mi cabeza estuviera mucho más cerca de la suya. Ella tenía las manos apoyadas en el borde del colchón y comenzó a moverse muy lentamente hacia atrás y adelante. En ese momento llamaron a la puerta. Fueron unos toques suaves, leves, casi disimulados, y del otro lado, como un susurro, llegó la voz de Tony, que llamaba a Eli. Detuvo el suave movimiento de su cuerpo, sus pies abandonaron mis muslos y comenzó a calzarse. Me levanté del suelo y fui hacia la puerta. Descorrí el pestillo y Tony, seguido por Be, entró en el dormitorio. Eli estaba preparando una nueva ronda de rayas de cocaína sobre la superficie de la mesilla.

—Hemos llamado a todas las puertas de la casa.

—Pues aquí estábamos —dije—, llegáis a tiempo.

Eli me lanzó una mirada con la misma intención que la que habíamos cruzado en la galería de arte. Be me pasó los dos brazos por los hombros. Yo tenía la nariz húmeda. Me besó y sonrió de una forma fugaz. Volvimos al salón cogidos de la mano y tuve una sensación extraña. Al principio, me pareció que la gente nos observaba y que pensaba algo raro, pero luego me di cuenta de que aquí y allí se abrían puertas y la gente salía, sin esforzarse en disimular, aspirando con fuerza por la nariz, desencajadas las mandíbulas. Recuperamos nuestras copas y nos agrupamos junto a uno de los balcones del salón que



manteníamos entreabierto para que escapara el humo de los cigarrillos que empalmábamos uno detrás de otro.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? —preguntó Be.

—Unos meses —dijo Tony—. Estamos pensando en irnos a vivir juntos.

—¿En tu casa o en la mía? —le preguntó Eli.

—En la mía. —Y después, mirándonos a nosotros, dijo—: La tuya es diminuta. Es como una casa de muñecas. Tropezó continuamente con todo.

—A mí me gusta.

—Yo tuve un apartamento parecido —dije—. Todo, menos el baño, estaba en el mismo espacio. A mí también me gustaba. Me gustan las cosas pequeñas.

Eli me sonrió. Volvimos a encerrarnos, esta vez los cuatro en un cuarto de baño muy estrecho. Tony se sentó en la taza del váter y comenzó a hacerse unas rayas sobre la caja de un CD que había cogido del salón. Yo me quedé con la espalda apoyada en la puerta y las dos chicas se colocaron frente al espejo que había sobre el lavabo.

—Dios —dijo Eli de repente—, cómo te envidio. Me encantaría tener unas tetas y unas caderas como las tuyas.

Tony dejó escapar una pequeña risa.

—Es verdad —protestó Eli y, cogiéndose los pechos con las manos, añadió—: Yo tengo un par de bultitos como los de una niña de doce años, y mis caderas son tan lisas y el culo tan plano como cuando iba al colegio.

—A mí me encantas —dijo Tony.

—Porque eres un perverso.

Be le cogió la cara con las dos manos y la besó en los labios.

—Estoy de acuerdo con tu novio. Eres una chica preciosa.

Eli le sonrió. Por un momento pensé que la cosa se liaría y aguanté la respiración como si fuera a sumergirme dentro del océano. Pero no ocurrió nada más. Eli le dio las gracias a Be y le dijo que era muy amable. Tony se metió la primera raya y después les pasó el CD a las chicas, que hicieron lo mismo, y el último fui yo. Salimos del baño, escuché unas risas detrás de mí y volvimos a nuestra esquina del salón. Nos tomamos una copa más. Por la ventana, medio abierta, entraba un aire helado y sentí cómo Be se estremecía de frío. Le pasé los brazos por la cintura y la agarré por detrás. La besé en el cuello y ella volvió su rostro hacia mí y nos besamos en los labios. Tony se había sentado en un sillón de orejeras y Eli estaba sobre sus rodillas. Él hablaba con otro invitado a la fiesta y ella fumaba en silencio, y yo notaba su mirada clavada en nosotros.

—Será mejor que nos vayamos ya —dijo Be con una sonrisa—. Tengo ganas de volver a casa.

No esperaba que la reina de las fiestas quisiera marcharse tan pronto, pero lo dijo con tanta convicción que no protesté. Nos despedimos de los anfitriones y después de Tony y Eli.

—Unos amigos están haciendo una obra de teatro. Tengo invitaciones. Podríamos ir los cuatro —dijo Tony.

Le di a Eli un par de besos y las gracias por compartir la cocaína con nosotros.

—No tienes por qué. La verdad es que no me gusta drogarme sola —mintió.

Nos despedimos. Salimos a la calle. Hacía frío.

—¿Estás bien? —le pregunté a Be.

—Sí, claro. Un poco cansada. Eso es todo.

Se agarró a mi brazo y pegó la mejilla contra la tela de mi abrigo, y caminamos el uno junto al otro por las calles del centro hasta encontrar el lugar donde habíamos dejado aparcado el coche. Creo que solo cruzamos un par de palabras más hasta que apagamos la luz de las lámparas de las mesillas de noche y nos encogimos el uno al lado del otro bajo el ligero edredón de plumas, sumidos cada uno en sus propios pensamientos, que, quién nos lo hubiera dicho, eran los mismos. Yo pensaba en Eli, en la situación que habíamos vivido los dos en el dormitorio, cuando ella, sentada sobre la cama y yo arrodillado, había puesto sus pies sobre mis muslos y unos segundos después había abierto las rodillas y me había mostrado sus bragas blancas. Y Be pensaba en Eli también. Su intuición le decía que algo había pasado —lo vi en sus ojos cuando abrí la puerta y enarcó una ceja como si aquello fuera algo extraño que necesitara una explicación por mi parte, aunque la explicación estaba en forma de polvo blanco sobre la madera lacada de la mesilla de noche—, y creo que una mirada entre Eli y yo que Be atrapó al vuelo se lo confirmó.

Aquella noche Be tuvo un sueño agitado y la escuché dar vueltas en la cama y se levantó un par de veces al baño. A la mañana siguiente, cuando se despertó y se metió en la ducha, se dijo a sí misma que debía evitar que Eli y yo volviéramos a vernos. Y así, durante las siguientes semanas —no trabajaban juntos en la misma producción, pero seguían viéndose por las oficinas de la empresa—, Tony abordó a Be en un par de ocasiones para hablarle de la obrita de teatro y de las invitaciones que le habían regalado. Be le dio un par de buenas excusas —ella estaba hasta arriba de trabajo en aquella producción que comenzó a torcerse, como ella había previsto, a los pocos días de iniciarse el rodaje, y yo tenía que escribir un par de guiones del principio de la nueva temporada de la serie—, y Tony la creyó. Pero a mí no me dijo nada de esos encuentros.

Fue una pura casualidad que una noche que yo había salido a tomar una cerveza con Diego y otro par de guionistas me encontrara a Tony y a Eli en un bar, y que Tony volviera a hablar de la obra de teatro. Tenía mucho interés en que yo la viera y en que conociera a sus amigos. Y como Diego estaba allí, extendió la invitación a él también.

—Se lo he dicho un par de veces a tu chica —dijo Tony—, pero ya no he querido insistir más porque pensé que no le apetecía.

Y así me enteré de que ella estaba tratando de evitar que ocurriera algo, y mucho tiempo después me di cuenta de lo increíble que era que hubiera podido adivinar lo que ocurriría más tarde. Y fue, creo, saber que Be estaba tratando de evitar aquel encuentro lo que hizo que aceptara su invitación sin encomendarme a ningún santo.

—Iremos —dije— el próximo fin de semana.

—Genial —exclamó Tony.

Después Tony y Diego estuvieron hablando de proyectos y de amigos comunes y de gente con la que ambos habían trabajado, y yo me acerqué a la barra a pedir más cervezas, y cuando trataba de llamar la atención del camarero, vi que Eli me había seguido y que estaba detrás de mí. Dijo algo, pero había bastante ruido en el local y no la entendí muy bien. Entonces puso una mano en mi hombro e hizo que me agachara y, alzada de puntillas sobre sus zapatos, me dijo al oído:

—Dirás que estoy loca, pero he pensado un par de veces en ti desde que nos conocimos. En lo que podía haber ocurrido si aquella noche no nos hubieran interrumpido.

Me sorprendió que fuera tan atrevida y que lanzara de aquella manera una proposición con una connotación sexual tan descarada. Debí hacer un gesto que la confundió, o a lo mejor fue que durante unos segundos fui incapaz de pronunciar una palabra. Y entonces su rostro se transformó en la expresión de la tristeza o de la decepción, y apartando la mirada hacia otro lado del local, dijo:

—Creo que estuvo a punto de ocurrir algo, pero quizá me he equivocado. Ya sabes que dos personas pueden interpretar de diferentes maneras el mismo suceso. Lo siento. No pretendía ponerte en una situación comprometida. —Y se dio la vuelta.

—Sí, sí que he pensado en ti. A lo mejor más de un par de veces.

Sonrió con descaro, y aquella sonrisa le hizo parecer mucho más deseable que cualquiera de las chicas que estaban en aquel bar.

—¿Y qué has pensado?

—En lo mismo que tú.

—¿Quieres que lo dejemos ahí?

En aquella frase estaba enterrada a poca profundidad la promesa de que algo sucedería entre nosotros si nos veíamos un vez más. Y aquello me excitó mucho.

—¿Esta noche?

—No, esta noche no. Otro día.

De vuelta en nuestra casa, me metí en el baño y me masturbé pensando en Eli sentada en aquella cama, abriendo sus piernas para que yo pudiera contemplar sus bragas blancas.

Al día siguiente le conté a Be el encuentro que había tenido con Tony, y que había aceptado su invitación para asistir a la obra de teatro el siguiente fin de semana. Me contestó que estaba agotada por el rodaje y que le gustaría descansar, y le dije que podía dormir todo el día. Esa tarde volví a hablarle de lo mismo. Le comenté que había oído hablar del montaje —dirigido por uno de los actores— y que tenía buenas críticas. Y al día siguiente volví a preguntarle si le apetecería verla. Creo que insistí tanto solo porque ya sabía que Be no quería ir, pero no podía decirlo abiertamente, y me dio cierto oscuro placer torturarla durante días. No quería pero disimuló perfectamente. Cogió la taza de café con las dos manos y se la llevó a la boca y dijo que iríamos.

—Hace mucho que no vamos al teatro —dije para cerrar el asunto—, estará bien hacer algo diferente por una vez.

La obra se representaba en una sala del circuito alternativo. Después de la representación cruzamos la calle hasta un bar donde nos tomamos unas cervezas con Tony, Eli y un grupo de amigos suyos, entre los que estaban el director y autor del texto y los dos actores de la obra. Be conocía a uno de los actores, había hecho un papel en una de las películas en las que ella había trabajado, y al poco tiempo estaba en el centro de todas las conversaciones. El otro actor no hacía más que repetir que era una diosa. Be estaba muy animada y su risa se escuchaba por encima del ruido de los vasos y de las otras conversaciones. Eli se me acercó desde el fondo del local y me pidió que la acompañara a fumar un cigarrillo a la calle. No hacía tanto frío como la noche en la que nos habíamos conocido, y es posible que nos fumáramos un par de cigarrillos seguidos y después ella me dijo que si me apetecía que nos «metiéramos un tiro», aquella expresión me hizo gracia en aquel momento, y le dije que me apetecía, así que la seguí hasta el baño de chicas. Hizo un par de rayas sobre la tapa de la cisterna de una forma rápida y profesional, y después volvió a hacer lo mismo que había hecho la primera noche: cogió un poco del polvo que había quedado y me metió el dedo en la boca y lo frotó suavemente por encima de mis dientes. Y entonces pasó su brazo por detrás de mi cuello, me agarró la nuca con la mano e hizo que me inclinara sobre ella. Se alzó de puntillas sobre sus zapatos de tacón hasta que

nuestros labios se tocaron, y su pequeña lengua, caliente y húmeda, entró en mi boca. El efecto del narcótico había adormecido mis labios, y besarla tenía una sensación extraña y había algo amargo en nuestras bocas. Nos separamos unos segundos después. Ella dio un paso atrás y de repente la distancia entre los dos era de al menos treinta centímetros. Pensé que quedaría así la cosa, pero ella dio un paso adelante y volvió a alzarse en sus zapatos de tacón y volvió a besarme, aunque esta vez su mano no agarró mi nuca, sino que se posó sobre mi sexo y suavemente comenzó a frotarlo por encima del pantalón. Al notar cómo se endurecía, se apartó de mí y me miró con una sonrisa cargada de malicia.

—Me encantaría mamártela aquí mismo —dijo.

La puerta de los baños se abrió y la música y el ruido de la gente del local se adueñaron del pequeño habitáculo donde nos escondíamos. Alguien intentó entrar y se dio cuenta de que estaba ocupado, y escuchamos el taconeo de sus zapatos de un lado a otro. Eli volvió a besarme. A ella aquello no parecía molestarla lo más mínimo, y en cambio para mí la situación era de lo más angustiada. Me miró y debió ver en mi cara esa intranquilidad. La chica que estaba en el baño golpeó la puerta y Eli dijo que sería solo un segundo.

—Vamos —dijo la chica que esperaba fuera—. Me lo voy a hacer aquí encima.

Eli me dio un último beso, pequeño y rápido, en los labios y abrió. Salí detrás de ella y la chica se nos quedó mirando con un aire de desprecio, como si hubiéramos cometido una grave falta de civismo.

—Cogeos una habitación en un hotel, joder —exclamó con rabia.

Ya fuera, nos reímos a carcajadas. Y volvimos a mezclarnos con la gente, nos acercamos a la barra y nos pedimos unas cervezas, y estuve pendiente de si Be o Tony nos habían visto subir juntos las escaleras que llevaban a los baños. Creí que ninguno de los dos se había dado cuenta. La mayor parte del grupo se organizó para ir a otro local a tomar unas copas. Be dijo que nosotros no los acompañaríamos. Tenía que levantarse muy temprano al día siguiente y quería marcharse a casa. Protesté.

—Yo me voy a la cama —dijo Be—, pero puedes quedarte tú si quieres.

Nos despedimos en la acera, a la puerta del bar. Tony y Eli se marcharon con sus amigos y nosotros echamos a andar en sentido contrario. En el coche, de vuelta a casa, encendí un cigarrillo con cierto gesto de cansancio.

—¿Te has enfadado?

Negué con la cabeza. Probablemente si aquella conversación hubiera terminado en ese momento, las cosas podrían haber sido diferentes, pero ella insistió.

—Estoy cansada. Llevo seis semanas de rodaje y me he acostado de madrugada todos los días de la semana.

—Da igual —le contesté—, me hubiera gustado quedarme un rato más. Me lo estaba pasando bien. Eso es todo.

—Te dije que te quedaras.

—No. En realidad, no querías que me quedara, y lo sabes. Ahora ya da lo mismo. Creo que la decepción de tus fans ha sido más grande que la mía.

No volvimos a cruzar una palabra hasta que llegamos a nuestra casa. Be subió las escaleras. Yo me senté en el sofá del salón. El jardín estaba oscuro y parecía un lugar frío. En los cristales podía ver mi propia imagen reflejada. Me miraba de una forma inquietante. Apagué la luz de las dos lámparas de pie que iluminaban la habitación y me quedé a oscuras, solamente alumbrado por la luz de las farolas y la que venía del distribuidor de la planta de arriba, que Be siempre dejaba encendida. A los pocos minutos escuché el sonido de sus pies descalzos bajando los escalones de madera.

—¿No vas a venir a dormir? —dijo.

Le conté que Eli me había invitado a una raya en el baño y que no tenía sueño.

—Ella los llama «tiros».

—Estuvisteis allí dentro como un millón de años.

Me sorprendió que hubiera estado pendiente de lo que hacía con Eli, de mis movimientos, del recorrido que había hecho con ella desde la calle hasta los baños, y aquello me produjo una especie de satisfacción malvada.

—Había gente delante. Todo el mundo estaba a lo mismo y tuvimos que esperar.

—¿Pasó algo más? ¿Algo que yo debería saber? —dijo, y la voz le tembló durante un instante—. ¿Os habéis enrollado?

—No, joder, claro que no nos enrollamos —dije de la forma más tajante que pude, pero aun así no conseguí que ella dejara aquella conversación y volvió a la carga.

—Todo el mundo se dio cuenta de que estuvisteis en el baño metidos una eternidad. Joder —dijo—, si quieres tirártela, podrías ser un poco más discreto.

Me volví hacia Be. Me hubiera gustado decirle que Elisa se había metido mi sexo en la boca y que me la había mamado de una forma gloriosa.

—No me la follé —le grité—, pero, si lo hubiera hecho, ¿cuál sería el problema?

Se me quedó mirando como si jamás hubiera podido imaginarse que yo le daría una respuesta como aquella.

—Este número no tiene sentido, Be. Sí, podría habérmela follado en el garito, pero no lo hice. No hicimos nada. ¿Y qué si quisiera tirármela? Dime, ¿qué me podrías decir? Es que eso no entra dentro de nuestro pequeño acuerdo. Tú puedes follarte a Anita dos o tres veces por semana, pero yo no puedo tener un lío.

—No es lo mismo —dijo Be casi en voz baja.

—¿Qué? —dije levantando la voz—. Deberíamos hablarlo, deberíamos hablarlo ahora. Quiero que nuestro acuerdo funcione en los dos sentidos.

El rostro de Be estaba iluminado solo por la luz de la calle.

—Puedes follártela si te da la gana.

—No necesito tu permiso.

Durante los siguientes días estuvo desaparecida. Terminó su rodaje y después tuvo que cerrar la producción, y además estaba Anita, con la que supongo que lo habló toda una y otra vez. Y la mayoría de los días procuraba llegar casi cuando ya era de noche. Se refugiaba en el dormitorio y yo me quedaba en el salón o me encerraba en el despacho y trabajaba hasta tarde. Intentaba acostarme cuando tuviera la seguridad de que ya estaba dormida, y cuando me levantaba ya se había ido. Pero una tarde llamó con suavidad a la puerta del despacho.

—Tienes razón. Nuestro trato debería funcionar en dos direcciones.

—Oye, no sé si eso es lo que quiero —mascullé avergonzado.

—Siento lo que dije la otra noche. Es solo que tengo miedo —dijo—, tengo miedo de que te enamores de esa chica o de otra persona y de perderte. Pero tengo que aceptarlo y superarlo y confiar en ti y pensar que nunca me dejarás. No puedo ser tan egoísta.

Aquello que Be decía era como la primera enmienda de la Constitución americana. Algo que debíamos escribir y firmar en el margen del documento. Y sin embargo, ella se había enamorado. Se había enamorado de otra persona, pero supongo que estaba mucho más segura de sí misma, como si ella creyera que podía manejar sus sentimientos mejor que yo los míos. Y aunque eso me hubiera dado pie para clamar de nuevo contra aquella muestra de superioridad, no lo hice.

—Prométeme que no lo harás. Prométeme que no te enamorarás de ella.

—No lo haré. Ni siquiera sé si quiero volver a verla.

Pero claro que lo iba a hacer. Lo iba a hacer porque en el fondo tenía ganas de ver sufrir a Be como nunca se me habría ocurrido.

Durante las siguientes semanas desabroché los botones de mi vaquero y me masturbé en varias ocasiones pensando en Eli, en cómo se había incorporado sobre las puntas de sus zapatos y, cogida a mi cuello, me había dicho al oído que me la mamaría allí mismo. Creo que no era literal, que no se refería a arrodillarse sobre aquel suelo mojado y sucio, sino a que me deseaba tanto que se metería mi sexo en la boca y lo lamería cuanto yo se lo pidiera. La imaginaba de rodillas, sobre la mullida alfombra de lana del despacho que Be había hecho traer de no sé qué lugar de comercio responsable, con mi sexo entre sus labios y mis dedos enredados en su cabello, y aferrados a su nuca para asegurarme de que el movimiento de succión no pararía mientras yo lo deseara. Me satisfacía castigar a mi mujer con aquellos pensamientos sucios y obscenos, pero después no daba el paso de ir a buscar a Eli. Me conformaba con la idea de que Be había entendido que yo también podía hacer lo que quisiera y con aquella confesión de su miedo a que yo pudiera lastimarla tomando la decisión de serle infiel. Aquellas palabras habían elevado mi autoestima, y si no buscaba a Eli era porque simplemente no quería. No quería ejercer el derecho que se me reconocía en la primera enmienda de nuestro acuerdo, y eso me hacía sentirme superior a Be.

Un día discutimos —ya no recuerdo por qué, pero es posible que el motivo ni siquiera tuviera que ver con Anita—, y después de terminar unas secuencias del guion en el que estaba trabajando, me puse un abrigo y salté a la calle. Conduje hasta el centro y aparqué muy cerca de la librería en la que Eli trabajaba. Ella me había dado la dirección —en realidad, solo el nombre de la calle, aunque había mencionado que estaba situada frente a unas conocidas salas de cine—, pero cuando llegué hasta la puerta me detuve y no entré. Crucé la acera y estuve un rato paseando de un lado a otro sin decidir qué hacer. A través de los grandes escaparates observé a otras chicas que, por la forma de moverse, también trabajaban en la tienda, pero ella no estaba allí. Pensé que aquello significaba que el destino me rotulaba la tontería que estaba haciendo y que debía darme la vuelta. Y eso hice. Había cruzado un par de manzanas en



dirección al lugar donde había aparcado mi coche cuando, al sortear a la gente que salía de una boca de metro, casi nos dimos de bruces en mitad de la calle.

—¿Qué haces por aquí? —me preguntó.

Le di una excusa boba y no me creyó. Habían pasado unas semanas desde nuestro último encuentro y, aunque sabía que había apuntado su teléfono en alguna parte, no la había llamado y tampoco había ido a buscarla, por lo que supuso que no tenía mucho interés en estar con ella.

—Da igual —dijo—, me alegro de verte.

Sonrió guiñando un ojo como si hubiera sido cegada por la luminosidad del día. En realidad, el sol ya se había puesto a esas horas de la tarde de aquel invierno, así que aquel guiño era una especie de mueca simpática que afeaba la bonita armonía de su rostro. Esa tendencia a la autodestrucción de su belleza era un rasgo de su personalidad. Se vestía a propósito de una forma desaliñada y absurda con la intención de provocar rechazo en los demás. Aquella tarde llevaba una camisa de color negro mal abrochada, el pelo revuelto, y parecía que acabara de dejar una cama deshecha.

—Tengo que volver a la tienda —dijo—, solo he ido a hacer un recado.

—¿A qué hora sales de trabajar? —le pregunté cuando estábamos a punto de despedirnos sin más.

—Vaya. —Sonrió—. Siempre he querido que un chico me hiciera esa pregunta. Es un diálogo de película. A las ocho cerramos las puertas. Siempre damos un poco de tiempo a que se vacíe la tienda, pero no más de diez o quince minutos. Espérame en ese bar si quieres.

Le hice caso. Eli había señalado uno de esos locales de los de toda la vida. Me bebí varias cervezas antes de que ella entrara por la puerta. En el bar no había mesas para sentarse, pero no le importó que nos quedáramos junto a la barra. Allí me enteré de que era de una pequeña ciudad de provincias del norte, que había venido a estudiar con diecisiete años y que se había quedado a vivir. Comentó que no volvería allí por nada del mundo, que su padre había sido un médico rural y que cuando era pequeña había crecido en una granja entre corderos y gallinas. Estudió la carrera que podía sacarla de allí, algo que ni siquiera la atraía, pero cuya única universidad estaba a más de quinientos kilómetros de distancia.

—Me gusta ser librera —dijo—. Algún día tendré mi propia librería. Será un sitio pequeño y extraño en el que solo tendré los libros de los autores que a mí me gusta leer. Escritores que no tienen distribución, a los que nos obligan a esconder en estantes altísimos donde nadie puede verlos. Todos esos autores ocuparán mis escaparates y habrá un montón de actividades. Puede que incluso

tenga un estudio encima de la librería donde albergue a gente que escriba cosas interesantes.

—Podrías escribirlas tú.

—No tengo madera de escritora —dijo—, lo he intentado. He escrito algunas cosas solo para darme cuenta de que soy mejor lectora. Una gran lectora, de hecho. A la literatura le iría mejor si algunas personas entendieran esa diferencia.

—Entonces, lo que yo escribo debe parecerse auténtica basura.

—Como a ti —dijo—, pero es televisión. Es diferente.

La futura orgullosa propietaria de una librería pequeña y rara pero con encanto —en el fondo, descrita a su imagen y semejanza— también me informó de que Tony y ella ya no eran pareja.

—Lo hemos dejado —dijo—. No me quería y yo tampoco a él.

—Lo siento —respondí por ser educado.

—¿De verdad? —preguntó de forma burlona, y añadió de manera solemne—: ¿Eres un hipócrita o es que te pone más follarte a una chica cuando sabes que tiene novio?

Balbuocé que no era eso lo que quería decir, y ella se rio y me dijo que me estaba gastando una broma. Era aficionada a ese tipo de juegos. A decir cosas en serio para luego dar marcha atrás y jurar que estaba bromeando. Y la verdad es que nunca llegué a adivinar con claridad cuándo mentía.

—Creo que solo salía con él por no estar sola. Nunca le vi mucho futuro a nuestra relación. Tony es buen chico, pero en mi pueblo había buenos chicos como él a patadas. Tú eres un chico malo, ¿verdad?

—De lo peorcito de mi barrio.

—Eso me gusta. Dejemos de perder el tiempo, entonces.

Fuimos a su apartamento. Era un lugar diminuto —mucho más pequeño que aquel donde vivía yo—, situado en la última planta de un edificio muy antiguo. Supuse que aquel espacio debía haber sido en otro tiempo un trastero reconvertido por la especulación inmobiliaria en minúscula vivienda. Sacó una novela de una estantería y la dejó sobre una especie de baúl de madera que cumplía las funciones de mesa baja de salón e hizo cuatro rayas de cocaína simétricas y medidas de una forma casi matemática. Sonaba una canción en el equipo de música. Abrió una botella de vino blanco y me ofreció una copa. Tenía una de esas miradas miopes, un poco desenfocada, como si pudiera ver a través de ti, y desde aquel primer momento me pareció que le faltaba un poco de vida, como si expresara una tristeza que iba más allá de un estado de ánimo puntual; los dientes blancos, quizá demasiado grandes pero perfectamente alineados, de forma que aunque no estuviera sonriendo sobresalían un poco por encima de los

labios finos y largos que se pintaba con un carmín de color púrpura muy llamativo; y el cabello cortado de una forma desigual, que dejaba su nuca desnuda, aunque un mechón de su flequillo caía sobre el rostro más allá de su barbilla y hacía posible ese gesto habitual en ella de ladear un poco la cabeza y, con los dedos, de una forma indolente, colocárselo detrás de la oreja.

—Me estaba preguntando qué puede llevar a alguien como tú a ponerle los cuernos a su mujercita, a una de las chicas más atractivas con las que me he cruzado en mi vida y por la que cualquier hombre se alistaría en la Legión Extranjera. ¿Estás mal de la cabeza? ¿Eres uno de esos que está obsesionado por metérsela entre las piernas a cualquiera? He oído que en televisión hay mucho guarro.

Sonreí. La verdad es que me hacía gracia la forma en la que hablaba. Todas esas palabras salían pronunciadas a tal velocidad de su boca que se pisaban las unas a las otras. Le contesté que me gustaba mucho. Que también era muy atractiva —de una forma diferente a Be— y que me había seducido desde el momento en el que la había visto, fumando solitaria en la calle con la espalda pegada a una de las paredes del edificio donde estaba la galería de arte, y que la deseaba, que la deseaba mucho, desde que puso sus pies sobre mis muslos y se abrió de piernas para que viera sus bragas. Y que la deseaba mucho más desde que me escondí con ella en el baño y nos habíamos besado y me había susurrado que quería meterse mi sexo en su boca.

—Eli, eres preciosa, y te aseguro que también hay muchos hombres que se dejarían cortar un dedo por estar contigo solo una noche.

Explotó en una carcajada que trataba de ocultar lo nerviosa que en realidad estaba. Después se encendió un cigarrillo y se sentó a mi lado en el sofá, se quitó los zapatos y extendió las piernas. Comenzó a mover uno de sus pies —los tenía pequeños y bonitos, muy cuidados, como si fuera la única parte de su anatomía a la que le prestara atención— en círculos sobre mi sexo. Los dos notamos cómo crecía bajo la tela del vaquero. Detuve el movimiento de su pie. Ella sonrió. Giró sobre su culo y se pegó a mi costado izquierdo. Me desató el cinturón y desabrochó los botones del vaquero. Metí la cadera hacia atrás para que pudiera acceder con más facilidad al interior de mis calzoncillos, y ella lo agradeció con una sonrisa. Su mano cruzó dos capas de tela hasta que encontró mi sexo erecto y duro y comenzó a acariciarlo.

—Vaya —dijo—, está muy suave. Creo que voy a chupártela ahora mismo.

Se arrodilló sobre el sofá y se la metió en la boca. Con los labios apretó la punta del glande y lentamente comenzó a bajar hasta engullirla casi por completo. Suave al principio, como si estuviera recreándose en los detalles, en cada pedazo de piel, en cada vena dilatada, aumentó después la velocidad de

aquel movimiento rítmico. De cuando en cuando dejaba de lamer y, mientras continuaba el movimiento con la mano, me miraba fijamente. Le dije que parara o me correría, y entonces dijo que le gustaría que lo hiciera dentro de su boca. Pasé mi mano por detrás de su nuca y la agarré con firmeza hasta que me sentí vencido después del último espasmo. Se levantó de la alfombra, me dio un beso —con sabor y olor a semen— y se metió en el baño. Sentí el agua correr y escuché cómo se enjuagaba la boca. Me abrochaba el cinturón cuando salió del baño.

—¿Ya te marchas? —preguntó.

—No. Es solo que me parecía ridículo esperarte con los pantalones en los tobillos.

Encendí un cigarrillo. Se arrodilló junto al baúl e inhaló otra raya, y después me lo pasó. Me preguntó si me había gustado. Afirmé con la cabeza.

—Esperaba una descripción más poética. Al fin y al cabo, eres escritor, ¿no? —Espiró una larga calada de humo—. Todos mis novios me han dicho que la chupo muy bien. Algunos querían que se lo hiciera todo el rato.

Nos reímos, fumamos, charlamos, bebimos más vino, nos besamos y después nos desnudamos en el sofá. La cogí en brazos para llevarla a la cama y ella dijo que la acercara hasta el perchero donde había dejado el abrigo. Rebuscó en uno de los bolsillos y sacó un paquete de preservativos que había comprado esa misma mañana.

—Tenía la intuición de que vendrías a verme —me dijo al oído, y las últimas sílabas se fundieron con una suave risa.

Caímos juntos sobre la cama. Adoptamos esa postura en la que los dos amantes están sentados y es ella quien mueve sus caderas en círculo o se eleva subiendo y bajando el culo sobre el sexo de él. Yo la estrechaba entre mis brazos y ella tenía sus manos sobre mis hombros, y sus pequeñas y duras tetas se frotaban contra el vello de mi pecho. Ella gemía de una forma que hacía que me excitara, y me siguió montando hasta que llegamos al orgasmo casi al mismo tiempo. Se detuvo, relajada, y me besó de una forma muy pasional, apretando mucho sus labios contra los míos. Colocó sus manos alrededor de mi cuello y entonces dijo que había sido un polvo estupendo, y tiró de mí e hizo que perdiera el equilibrio, y los dos caímos al mismo tiempo sobre la cama. En un reloj despertador de metal que estaba sobre una estantería vi la hora que era y le dije que tenía que marcharme, y ella me aconsejó que me diera una ducha. Antes de salir, cuando me estaba guardando el tabaco en el bolsillo del abrigo, le prometí que la llamaría, y ella se encogió de hombros.

Llegué tarde a casa. Cruzando el jardín me di cuenta de que la lámpara de la mesilla de noche de Be todavía estaba encendida. Hubiera preferido encontrarla

dormida o al menos que lo hubiera simulado. Me demoré intencionadamente bebiendo agua fría en la nevera y entrando en el despacho para encender el ordenador y comprobar el correo. Fue absurdo, tonto, cobarde y sobre todo inútil. Cuando crucé la puerta del dormitorio, Be estaba sentada en la cama. Sostenía sobre sus rodillas flexionadas la copia del guion del siguiente largometraje en el que trabajaría.

—He estado con Diego —dije—. Está atascado con las tramas de la próxima temporada. La cadena se ha empeñado en el regreso de un personaje. Una mierda.

Be me miró con un poso de desilusión e hizo un comentario en voz baja que no acerté a escuchar, pero que significaba algo así como «lo siento». Me desnudé y me metí en el baño. Me había duchado antes de salir del apartamento de Eli, pero me quité la ropa con un poco de aprensión y la olfateé buscando el rastro de su perfume. Luego, mirándome al espejo, busqué marcas de sus uñas o de sus dientes en mi piel y tampoco encontré nada. Apagué la luz y salí del baño. Be, que aparentemente seguía concentrada en la lectura, levantó la cabeza.

—Has estado con ella, ¿verdad? —preguntó—. No quiero que me mientas. No lo hagas.

—Sí. —Y añadí con brutal sinceridad tras un segundo de reflexión, mirándola directamente a los ojos—: He estado con ella. En su apartamento.

—Bien.

Dejó el guion encima de la mesilla y dijo que iba a apagar la luz. No le contesté. No nos dimos un suave beso en los labios ni la abracé como solía hacerlo todas las noches. Nos quedamos como figuras congeladas cada uno en su lado de la cama durante unos instantes. Yo notaba su respiración y sabía que no dormía. Se dio la vuelta en la cama y, apoyada sobre la almohada, puso una mano sobre mi pecho.

—Cuéntame cómo te la has follado —me pidió en un susurro.

Comencé describiéndole cómo se había arrodillado y me había hurgado en el pantalón con sus pequeñas manos y cómo se había metido mi sexo en la boca y había estado chupándolo y amasándolo con la lengua, cómo cuando se lo sacaba de la boca y lo masajeaba arriba y abajo elevaba su mirada y sus ojos se clavaban directamente en los míos, y después de unos segundos de aquella mirada intensa volvía a atraparlo con sus labios y cerraba los ojos, como si fuera necesaria una enorme concentración en lo que estaba haciendo.

—Seguro que estabas como loco por metérsela —susurró Be.

Le dije que no me había dado tiempo y que había eyaculado en su boca. Be me pidió más detalles de cómo era ella y le hablé de los dos ideogramas chinos que tenía tatuados en los costados, que comenzaban a unos centímetros de sus

axilas y llegaban hasta tocar su cintura, de las caderas casi masculinas o como las de una adolescente a la que todavía no le hubiera llegado el desarrollo, de sus pechos pequeños pero coronados por un pezón enhiesto, del sabor dulzón de su piel. Después le conté cómo la había cogido en brazos y la había llevado a la cama, cómo la había extendido como una piel de oso sobre el edredón, cómo le había chupado las areolas y había mordisqueado sus pezones y cómo después había bajado hasta el abdomen, pero que ella me había detenido antes de llegar a su ombligo y no había querido que siguiera más abajo.

—Deberías haber insistido —dijo, y me incitó a que hiciera lo mismo con ella.

Le bajé las braguitas hasta los tobillos y ella abrió las piernas ofreciéndome su sexo. Lo lamí hasta que ella me agarró del pelo y levantó mi cabeza e hizo que me tendiera a su lado boca arriba.

Be levantó un muslo y lo pasó por encima de mi cadera. Estaba húmeda. Se sentó sobre mí a horcajadas, empezó a masajearse los labios de la abertura con la punta de mi sexo duro y después, con un preciso movimiento, se lo introdujo hasta el fondo. Se dejó caer sobre mi pecho. Sus cabellos rozaban suavemente mi cara y entraban en mi boca abierta. Ni siquiera se había quitado la camiseta de manga corta con la que solía dormir.

—Sigue hablando —dijo—, no pares ahora.

Describí cómo había follado con Eli hasta que la garganta se me quedó seca y el aire entraba con dificultad en mis pulmones. Dejé de hablar. Abracé a Be, sujeté sus caderas con fuerza e hice que nuestro movimiento fuera sincronizado. También nos corrimos al mismo tiempo. Me dio un beso en los labios y me acarició el pelo y la cara en la oscuridad al mismo tiempo, y después buscó sus braguitas perdidas a los pies de la cama entre las sábanas y se tendió a mi lado. La abracé. El sueño la atrapó poco tiempo después, y cuando noté su respiración armónica y constante y ese pequeño silbido que hacía con la nariz cuando estaba profundamente dormida, me levanté de la cama y bajé a la cocina. Me dolían las piernas y la espalda, y me tomé un calmante con un poco de agua fría de la nevera. Sentado en la cocina, en la oscuridad, pensé en lo que acababa de ocurrir. Be había querido hacer el amor como si esa fuera la forma de administrarnos una especie de antídoto para un veneno que Eli había traído.

Pasé toda la mañana del día siguiente pensando en Eli. La telefoneé al final de la tarde y le pregunté qué tal estaba, y ella dijo que podía ir a verla si me apetecía, que me estaría esperando. Yo no podía ir, pero ella dijo que no importaba, que lo entendía y que la llamara otro día. Fue esa demostración tan evidente de indiferencia lo que me incitó, de alguna forma, un par de días

después, a esperarla en la puerta de su apartamento y a que nos volviéramos a meter en la cama.

Apoyó su cabeza en el codo sobre la almohada y con la otra mano empezó a jugar con el pelo de mi pecho, trazando líneas y círculos y otras figuras geométricas. Mantenía la mirada baja, concentrada en sus dedos y en los caminos que abría.

—Creí que no volverías —dijo—. No sé, creo que fue tu llamada del otro día. Te lo noté en la voz. Pensé que era una pena. Me gusta mucho follar contigo. Pero me pregunto qué es lo que tú ves en mí.

Le dije que era preciosa y estuve a punto de caer en el error de decirle que también la mamaba como ninguna otra chica o mujer con la que había estado.

—Tu mujer también es preciosa. Mucho más atractiva y sensual que yo, y solo tienes que meternos a las dos en una habitación para comprobarlo. Todos los ojos están pendientes de ella mientras que yo soy casi invisible.

No recuerdo qué le contesté. Pero sí sé que me sentí muy cercano a la forma en la que ella se sentía. Desde que había conocido a Be, acudir a cualquier lugar con ella, estar a su lado, era como pasar a ser una sombra. Estaba acostumbrado a estar allí, pero a que nadie me viera. Y Eli era la primera mujer que me había mirado. Aquello era lo que teníamos en común, y también es posible que fuera lo que nos había unido.

—¿Quieres salir a cenar o a tomar algo? —le pregunté.

—Me da pereza. Prefiero quedarme aquí.

Se levantó de la cama, caminó desnuda hasta el salón y volvió con dos cigarrillos encendidos en los labios. Me pasó uno antes de meterse entre las sábanas de nuevo.

—¿Somos amantes? —me preguntó—. Nos hemos acostado dos veces, así que supongo que mucha gente diría que somos amantes. ¿Tú qué opinas?

Le dije que creía que tenía razón.

—¿Alguna vez antes le habías sido infiel?

Negué con la cabeza. Hizo el esfuerzo de ocultar los dientes.

—¿Y ella a ti? —preguntó de improviso.

—No, tampoco.

Supo que le mentía y soltó una carcajada. Supongo que aquella risa forzada en realidad intentaba ocultar algo que sus preguntas habían sacado a la luz y que no le había gustado descubrir. Era inteligente y muy sagaz, y de la misma forma en la que un cirujano retira el tejido adiposo para llegar al órgano interno, era capaz de separar las capas de educación y sociabilidad y lanzarse directamente hacia la pieza de carne con un cuchillo de sierra entre los dientes.

—Pues yo creo que Tony y tu mujercita se han acostado —me susurró al oído—, y además lo han hecho más de una vez.

Le contesté que no era verdad.

—Quizá ellos también están follando ahora mismo —dijo—, a lo mejor Tony se la está clavando en el mismo culo. Entrando y saliendo una y otra vez, y te aseguro que tiene una buena polla.

Le dije que Be no haría eso.

—Entonces, házmelo tú a mí.

Le di la vuelta con cierta vehemencia. Lo cierto es que había conseguido que me enfadara, o al menos que me pusiera agresivo, y se lo hice por detrás. Gimió y pataleó un poco al principio, pero solo era teatro. Y después, cuando ya estaba lubricada, se lo pude hacer empujando hasta el fondo. Eyaculé después de cuatro o cinco movimientos. Caí sobre su espalda y tuve la sensación de ir a aplastarla. Se apartó de la cara el pelo revuelto que le tapaba los ojos y le entraba en una comisura de la boca.

—Lo siento —dijo—, ha sido una tontería. No sé por qué lo he dicho. Solo quería provocarte.

Le dije que no importaba y me eché a un lado. Ella se quedó tendida boca abajo y no dijo nada durante mucho tiempo.

—Yo no soy así. Normalmente. Si les contaras alguna de estas cosas a mis exnovios, pensarían que estás hablando de otra persona. No sé por qué me comporto contigo como si fuera una guarra.

Yo sí lo sabía, pero no dije nada. Daba lo mismo.

El último día de febrero llovía. Ya había anochecido cuando llegué a la entrada del edificio donde vivía Eli. Dejó la puerta de su apartamento entornada y solo tuve que empujarla para entrar. Se había cortado el pelo —muy muy corto— y vestía con un jersey de cuello alto negro, y parecía más pequeña y más frágil de lo que me había parecido nunca. Sentada en su sofá, fumaba con las piernas recogidas contra el pecho. El humo del cigarrillo ascendía hacia el techo creando espirales. Ni siquiera traté de sentarme o de quitarme el abrigo. Me quedé plantado frente a ella.

—Oye —le dije—. ¿Por qué no salimos a tomar algo? Podríamos cenar en ese barecito donde me llevaste hace una semana. Yo te invito.

Ella me miró y forzó una sonrisa.

—¿No te da miedo que nos vea alguien y se lo cuente a tu mujer?

—No vamos a follar encima de la mesa. Solo vamos a beber unas cervezas, a charlar y a cenar algo. No creo que nadie pueda echarme nada en cara.

—¿En serio? —Sonrió, y después de darle una calada y expulsar el aire de su cigarrillo dijo—: Algún día me contarás qué lío te traes con tu mujercita. No



eres el primer tío casado al que me follo, y te aseguro que todos sin excepción preferían quedarse en un lugar donde no los viera nadie. No comprendo por qué insistes tanto en salir. ¿Estás buscando que tu mujer te pille o algo así?

—Veo que no estás de buen humor. —Metí las manos en los bolsillos del abrigo y me encogí de hombros—. Quizá sea mejor que me vaya.

Soltó un improperio y aplastó su cigarrillo en el cenicero.

—Estoy embarazada —dijo tras lanzarme una breve mirada.

Bajé la vista hasta la punta de mis zapatos. Pequeñas gotas de agua habían resbalado por mi abrigo y habían formado unos pequeños charcos junto a mis pies, e imaginé que —por alguna razón física desconocida— me estaba fundiendo como un bloque de hielo al sol.

—¡Dios! —exclamó sonriendo, y eso me pareció una cosa realmente extraña en un momento en el que el universo se estaba derrumbando sobre mi cabeza—, te has quedado tan blanco como la pared. Como si hubieras tenido un ataque de pánico. Estoy de casi tres meses. Eso hace imposible que tú seas el padre. Pero deberías haberte visto la cara.

Sin quitarme el abrigo, me senté a su lado en el sofá. Supongo que le empapé los cojines, pero en aquellos momentos ya no me preocupaba el agua.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a tenerlo. ¿Quieres una copa o un tiro?

Preparó dos copas y unas rayas de cocaína sobre el mismo libro que había usado la primera vez que estuve en su casa, y nos las metimos y nos bebimos las copas, y ella sirvió otras y nos fumamos sus cigarrillos y los míos.

—Voy a bajar a comprar tabaco.

Había dejado de llover. Me detuve sobre la acera mojada. Las luces de las farolas y de los bares que todavía permanecían abiertos se alargaban sobre el suelo poblado de charcos, tal y como las hubiera dejado un director de fotografía en una película. El aire frío y húmedo me reanimó y sentí que respiraba de nuevo. Compré tabaco y volví a su apartamento.

—Quiero ir contigo a la clínica —le dije—. Quiero ir contigo.

Volví a sentarme en el sofá. Se acurrucó a mi lado. Le pasé un brazo por encima de los hombros y creo que ambos nos sentimos reconfortados.

Eli había cerrado una cita en una clínica para unos días después. A primera hora de la mañana pasé a recogerla. Estuve a su lado —ella agarrada a mi mano todo el tiempo— mientras le hacían un pequeño cuestionario y mientras esperó en una pequeña sala con una ligera bata de pequeñas flores a que vinieran a buscarla, y me quedé allí cuando se la llevaron y allí estaba cuando me dijeron que en diez minutos saldría. Me dio la mano y la llevé hasta el coche; y, al ocupar el asiento del copiloto, me dijo que no me preocupara por la tapicería

porque llevaba casi un paquete de compresas entre las piernas. Le dije que no importaba. La metí en la cama, bajé a comprar la medicación, más compresas y algo de comida, y también bebida, e hice que se tomara lo que le habían recetado, aunque no quiso probar bocado. Me tumbé a su lado. Creo que los dos dormimos un poco. Al despertarme, ya había anochecido. Encendí un par de luces del salón y después calenté un poco de sopa en la cocina y le añadí un poco de pasta.

—No me gusta la sopa —dijo.

—No sé cocinar otra cosa —le contesté.

Luego se metió en el baño y desde allí gritó que el sangrado había cesado. Cuando volvió al dormitorio, dijo que se encontraba mejor, que le apetecía tomarse una copa y fumar un cigarrillo.

—No creo que sea bueno mezclar el alcohol con los antibióticos.

Afirmó con la cabeza.

—Me conformo con el tabaco.

Fumamos juntos.

—Sería mejor que te marcharas ya.

Me dio las gracias por acompañarla aquel día. Le contesté que era lo mínimo que podía hacer.

—Creo que ahora voy a dormir un rato.

Apagué las luces de la cocina y del salón antes de salir. Solo dejé encendida la luz de una pequeña lámpara que estaba junto a una ventana. Como si le hubiera puesto un centinela.

Durante la mañana siguiente llamé varias veces a Eli para preguntar cómo se encontraba. No me contestó y aquello reforzó mi sentimiento de culpa y mi angustia, y me fumé cigarrillo tras cigarrillo mirando a través de la ventana del despacho. No podía aguantar la inquietud que me producía su silencio y tres veces cogí el abrigo con las llaves del coche en el bolsillo y fui hasta la puerta de entrada, y las tres veces me detuve y me pregunté qué era lo que estaba haciendo. Un par de horas después de dejarle un nuevo mensaje me llamó. Me alegré mucho de oír su voz cansada —como la de alguien que estuviera pasando por un proceso gripal—, pero con un tono de fuerza y ánimo que me reconfortó. Estaba bien. No había vuelto a sangrar. Se había tomado toda la sopa y también la medicación que le habían recetado en la clínica. Volvió a darme las gracias por acompañarla y por haber hecho guardia todo el día junto a su cama.

—Era lo que debía hacer —le contesté.

—No —dijo—, pero te agradezco que hayas sido tan bueno conmigo.

Guardé silencio y escuché su respiración al otro lado del teléfono, cómo extraía un cigarrillo y se lo llevaba a la boca, y el sonido de la piedra del

mechero y el gas y la primera aspiración y el momento en el que el papel y la hebra del tabaco ardieron en una pequeña llama.

—Este domingo —le dije— podría ir a buscarte y salir por ahí a dar una vuelta. ¿Te gustaría ir al campo? Creo que hará buen tiempo.

—¿Y qué mentira le vas a contar a tu mujercita?

Me gustó que hubiera recobrado las ganas de provocarme haciendo preguntas impertinentes. Sonreí y me imaginé que ella hacía lo mismo al otro lado del teléfono.

—Tiene un rodaje en exteriores. Ni siquiera estará en la ciudad.

Era verdad. Be estaba embarcada en una producción pequeña, pero tenía una semana de rodaje fuera de la ciudad, en un pueblo y una playa del norte, y la tarde anterior había hecho la maleta. Anita también estaría allí.

—Está bien. Será diferente.

El servicio meteorológico no se había equivocado y aquel fue uno de esos días de invierno de temperaturas suaves y cielos despejados de nubes. La nieve todavía se acumulaba en las cumbres de las montañas de la sierra norte. Mi coche ascendía por una carretera secundaria, en el último tramo de un puerto que cruzaba entre dos cimas hacia un valle. Mi padre nos llevó alguna vez, cuando éramos pequeños, a un bonito pueblo de casas y calles de piedra que se encontraba al final de aquel camino. Y allí es donde yo llevaba a Eli. Iba sentada a mi lado, vestida con unos vaqueros maltrechos, sus botas militares y un jersey de lana con un dibujo de rayas horizontales de diversos colores y cuello ancho. Un gorro de felpa con orejeras que se había encajado en la cabeza le daba el aspecto de una escolar que se hubiera escapado de un colegio privado. Nos habíamos mantenido en silencio desde que abandonamos la autovía, y comenzamos a atravesar dehesas de robles y encinas y prados donde vacas y caballos pastaban tranquilamente ajenos al motor de nuestro coche. En la radio sonaba una canción famosa y ella comenzó a cantarla con voz suave. Animado por un cliché de película, yo también comencé a tararear el estribillo de la canción.

—¡Oh, por Dios, cierra la boca! —exclamó—. Cantas realmente muy mal.

Solté una carcajada. Es verdad. Canto realmente mal, no tengo ningún talento para la música, como si hubiera nacido con una oreja enfrente de la otra. Y ella siguió cantando y en medio de una estrofa también se rio, y a pesar de todo siguió cantando hasta el final. Y en ese momento, cuando coronamos por fin el puerto, apareció de improviso ante nuestros ojos un enorme globo aerostático con la tela pintada de rojo y nos hizo lanzar al unísono una exclamación de sorpresa y admiración. Unos cientos de metros después descubrimos otra media docena de globos similares al que habíamos visto

descendiendo sobre un extenso prado en el fondo del valle. Eli propuso que nos acercáramos a ver qué hacían aquellos globos y a mí me pareció una gran idea. Aparqué el coche a un lado de un camino de tierra cuando el primero acababa de posarse sobre la hierba. El gran globo rojo y los otros formaban parte de una exhibición que pretendía promocionar el turismo interior, y en la pradera alrededor de una casita de piedra y madera de información turística había aparcadas unas cuantas camionetas que servían bebidas y comida y unas cuantas mesas con bancos corridos dispersas aquí y allá. Al menos cien personas —la mayoría familias y matrimonios con niños— aplaudían cada vez que uno de aquellos globos tocaba tierra lentamente, como pesadas ballenas aladas que, por muy suave que fuera el descenso, eran incapaces de controlar su peso y golpeaban con cierta violencia el suelo. Las canastillas se bamboleaban y sus ocupantes, zarandeados de un lado a otro, gritaban. Unos hombres que supusimos trabajaban para la exhibición ayudaban a amarrar los globos con gruesas sogas. Compramos algo de comida, unos sándwiches de carne asada con ensalada, pepinillos y una mostaza dulce y bebida, y ocupamos el extremo de una de las mesas de madera.

—Vaya —dijo—, esto es precioso.

—Me alegro de que te guste. Me he dejado una pasta contratando todo esto.

Rio. Aquel fue uno de los pocos días en que Eli me mostró a la otra muchacha que vivía dentro de ella. Una niña que no era fatalista, ni insolente, ni estaba deprimida, ni era estridente, ni se expresaba de una forma ordinaria. Era alguien que parecía feliz.

—Esto me recuerda —dijo— a las fiestas de octubre en mi ciudad. Todo el mundo sube a los montes, se encienden fuegos y pasamos la noche bebiendo y cantando. Una vez nos desnudamos y bailamos alrededor de una hoguera, y algún idiota se quejó y la Policía subió a detenernos, pero lo que se encontraron fue a veinte o treinta chicos corriendo en pelotas como locos por un bosque, borrachos, con una botella de alcohol en cada mano. Tres acabaron la noche en el hospital. A otros solo los detuvieron durante unas horas. Yo me escondí entre unos arbustos. Aguanté allí hasta que tuve tanto frío que llamé a gritos a la Policía para que viniera a detenerme. Pero todo el mundo se había marchado. Cuando quise recoger mi ropa, alguien se la había llevado y tuve que volver a mi casa con una rama de árbol tapándome el culo. Fue penoso. Comprenderás que después de aquella experiencia tuviera que abandonar la ciudad. Todo el mundo me había visto en pelotas. Necesitaba nuevo público. Una ciudad más grande.

Después de comer nos ofrecieron un breve viaje en uno de los globos, pero declinamos la oferta y permanecimos pegados al suelo mientras aquellas telas hinchadas por el aire caliente ascendían de nuevo suavemente hacia el cielo.

Cuando el último de los globos desapareció tras la montaña, continuamos el camino. Llegamos a nuestro destino, el pueblecito de casas de piedra y madera, muy poco tiempo después, y en un pequeño bar tomamos café sentados cerca de una chimenea donde ardía un hermoso fuego. Cuando desapareció la última luz del día, volvimos a la ciudad. Nos besamos en el sofá de su apartamento y después ella comenzó a desnudarse.

—¿No deberías guardar una cuarentena o algo así antes de intentar hacerlo de nuevo? —le pregunté.

—No seas bobo —dijo resoplando con suficiencia—, ven.

Me dio la mano y nos metimos en la cama. Me pidió que me quedara a dormir. A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos del sol despuntaban sobre los tejados de los edificios, me marché. La dejé allí dormida, arrebujada bajo el edredón, y nunca me pareció una muchachita tan dulce y pequeña como en aquel momento.

No le hablé a nadie de Eli. Ni siquiera a Diego. Lo hice en parte por respeto a Be y también porque no quería andar con explicaciones. Fue durante el transcurso de una cena con un pequeño grupo de amigos cuando tuve que confesar por primera vez que era infiel. Diego y yo fumábamos un poco de hierba en el jardín. Charlábamos observando a los otros invitados a través de las puertas acristaladas del salón. Be llegó desde la cocina llevando una fuente con un plato nuevo que había preparado aquella noche.

—Be me ha preguntado qué tal lo pasamos el otro día en la fiesta del estreno de la temporada. Me ha dicho algo así como que volviste muy tarde, de madrugada, o que ya había amanecido. Pero, si no lo recuerdo mal, te fuiste muy pronto.

—¿Y qué le has contestado?

—Que nos quedamos hablando y que a mí también se me hizo de día.

Era mentira. Me había escapado de la fiesta —aburrida y pesada— y había ido a ver a Eli. Tenía una erección cada vez que la imaginaba arrodillada entre mis piernas con la cabeza erguida y la mirada elevada hacia mis ojos y la punta de mi sexo metida entre sus labios largos y finos, y cómo con un simple movimiento de succión era capaz de engullirla sin pestañear. Y había estado con ella hasta casi el amanecer y luego había vuelto a casa. Be dormía y al día siguiente, cuando nos vimos por la tarde y me preguntó por la fiesta, yo le mentí. Hasta ese momento no me di cuenta de que había conseguido preocupar a Be. No era propio de ella interrogar a Diego —habían pasado al menos diez días desde la fiesta— si no era porque ya sospechaba que yo veía a Eli más a menudo de lo que le contaba a ella, y que de alguna forma esa infidelidad se había convertido en algo más. Un poco, la verdad, sin que yo lo quisiera, pero desde

luego el barco se movía con las velas hinchadas por un viento que salía de mis pulmones.

—¿Estás engañando a Be? —me preguntó Diego.

Me quedé mirándole un segundo. Me dieron ganas de responderle con otra pregunta, toser, fingir que me atragantaba o alguna tontería por el estilo. Pero me limité a ser franco con él. O al menos, hasta donde podía contar.

—Estoy viendo a otra persona —le respondí— desde hace un par de meses. Algo más, quizá.

—¿Quién es?

—No la conoces. Da igual.

—¿Estás enamorado de ella?

—¡Joder, Diego. No! No estoy enamorado de ella. Me gusta y nos vemos de vez en cuando. Estamos a gusto juntos. Y folla como una demente —dije con frivolidad buscando un punto masculino de acercamiento, aunque no lo encontré en Diego, y lo único que conseguí fue incomodarle de una forma profunda. Lo noté por cómo se transformó su cara, así que añadí—: No pretendo dejar a Be ni nada por el estilo. No hay nada más que contar.

—Lo primero en lo que he pensado cuando Be me ha hecho esa pregunta es que seguramente había una buena respuesta, porque no serías tan rematadamente idiota como para poner en peligro vuestra relación.

—Las cosas no siempre son tan fáciles.

No quería seguir dándole explicaciones, aunque sé que eso era lo que él esperaba. Quería saber, pero yo no estaba dispuesto a contarle nada del trato que había firmado con Be. Y sé que eso le molestó y le puso de mal humor.

—No me pongas en otro aprieto como ese.

—Para eso están los amigos.

—Soy tu amigo, no tu tapadera.

Volvimos a entrar en la casa. Diego y su chica de aquel entonces se marcharon pronto y el resto de los invitados un poco después. Recogimos la cocina juntos y, mientras ella guardaba lo que había sobrado en la nevera, preparé un par de copas y encendí un cigarro con un poco de la hierba que Diego me había dejado antes de nuestra conversación en el jardín. Be estaba muy guapa aquella noche. Ella se sentó sobre la mesa y le dimos unas caladas alternas, y hablamos y bebimos y después me pasó uno de sus brazos por el cuello y nos besamos.

—Llévame a la cama —dijo.

Y lo hice. Era más pesada que Eli y la escalera era estrecha, pero la cogí por el trasero y ella ciñó sus piernas a mi cintura y así —aunque no veía nada, y si nos hubiéramos caído por las escaleras, me habría roto el cuello con toda

seguridad— la subí hasta nuestro dormitorio y la tendí en la cama. Y no sé por qué pensé que hacía mucho tiempo que no habíamos hecho el amor, aunque no era cierto, y fue una noche estupenda. Bajé al salón un rato después de que ella cerrara los ojos para dormir. Las luces se habían quedado encendidas. Las fui apagando una a una, me aseguré de que las puertas de la cocina y de la calle estaban cerradas, y por último comprobé que las puertas acristaladas del salón no hubieran quedado abiertas. Había un paquete de tabaco encima de la mesa y me encendí un cigarrillo. Frente a mí, en el cristal de una de las puertas, un hombre sentado en calzoncillos fumaba y me observaba con una expresión de curiosidad. Era un hombre afortunado. Tenía un lío con una chica un poco loca a la que se follaba siempre que quería, y además, calentándole la cama en su casa, tenía a una de las mujeres más preciosas del mundo, que se excitaba mucho cuando él le contaba lo que hacía con la otra en la cama. Y sin embargo, después de exhalar el aire de una profunda calada y de que el humo ascendiera desordenado hacia el techo, vi que ese hombre no parecía feliz. Había algo ahí dentro que no le hacía feliz. Y yo era incapaz de entenderlo.

—Cada semana pasas más noches conmigo —dijo Eli—, me extraña mucho que tu mujercita no se imagine que está ocurriendo algo. De hecho, yo diría que ella lo sabe. Sabe que te estás follando a otra.

Lo soltó de improviso. Eli tenía esas cosas, de repente saltaba como un jaguar sobre tu espalda. Ella lo sabía. O quizá es mejor decir que lo había intuido casi desde el principio de nuestra relación. Y aquella forma de comportarse —descarada, atrevida y vulgar— había sido su reacción al oscuro secreto que yo arrastraba. Negué con la cabeza y le dije que no se preocupara. Debía ser honesto y sincero con Eli. Pero por alguna razón aquel no me parecía el mejor momento. No lo había preparado. Ni siquiera sabía cómo debía decírselo, y me molestaba de alguna forma verme obligado a confesar. Eli se removió. Algo en mi expresión le dijo que su intuición la había llevado hasta la puerta correcta y que solo debía llamar fuerte para que se la abrieran. Había olido la sangre. No iba a dejar escapar a su presa.

—Solo la he visto dos veces, pero no me parece la clase de mujer que soporte una infidelidad en silencio. No es de esas mujeres, ¿verdad?

—No, no lo es.

—Entonces, ¿qué lío os traéis entre los dos? —Y me observó fijamente.

—Tenemos una relación especial —dije tratando de expresar lo que había entre nosotros de una forma muy sencilla—. No sé cómo explicarlo. Abierta. Y ella sabe que tengo una amante.

—¿Y no le importa?

Negué con la cabeza.

—¿Ella también se está follando a alguien?

—Eso es.

—¿A quién?

—Se está follando a una mujer. A una amiga suya.

Hizo un gesto como si la información fuera demasiado pesada y le costara procesar lo que le estaba contando. Intenté atraerla hacia mí, pero me rechazó. Se levantó de la cama y se vistió con la camiseta que un par de horas antes había arrojado a los pies de la cama.

—No tienes que preocuparte de si me quedo a dormir aquí o no. Ella sabe dónde estoy. Muchos días ella tampoco duerme en casa. Y no hay problema. Tenemos un acuerdo.

—¿Ella sabe quién soy?

—Sí.

—Joder, no me lo creo —dijo, encendió un cigarrillo y, después de aspirar y soltar muy rápido el humo de la primera calada, se levantó el flequillo con la mano y lo sostuvo sobre su cabeza dejando su frente despejada—. No lo puedo entender.

—Eli —le dije, y adopté un tono que después he pensado que fue demasiado autocomplaciente—, las cosas no siempre son sencillas.

Me escuchó sentada en la butaca tapizada que ocupaba la esquina de su pequeño dormitorio mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Estaba agitada, como si hubiera vuelto al estado de ánimo de unas semanas antes, cuando la había conocido y su actitud variaba entre la agresividad —ya fuera expresada con las obscenidades que salían de su bonita boca o directamente con ruidosa furia— y la más honda tristeza.

—Y ella, ¿te cuenta cosas de su amante?

—Sí. A veces. A veces follamos y me cuenta cómo se lo montan.

—Qué excitante —dijo en un tono que rayaba en la burla, y después añadió muy seria—: Entonces, también le contarás cómo me follas a mí.

—Entre Be y yo no hay secretos —le dije. Había notado que la conversación estaba a punto de convertirse en una pelea y quería hacer todo lo posible por evitarlo—. Esa es la base de nuestra relación. Nos queremos. Nos queremos mucho. El sexo es importante, pero no es lo más importante para nosotros.

Me miró como si quisiera saltar sobre la cama con un cuchillo y arrancarme los ojos de las cuencas y hacérmelos tragar. Se levantó de la butaca y fue hasta el otro extremo del dormitorio.

—Oh, Dios, ¿y no podrías habérmelo dicho la primera noche?



—¿Cuál es el problema? —le dije subiendo el tono de voz—. ¿Qué cambiaría eso? No tiene nada que ver con lo nuestro.

—No me hubiera vuelto a acostar contigo nunca más.

No estaba en la mejor disposición para mantener aquella discusión desnudo bajo las sábanas y con mi ropa esparcida por el suelo de la habitación, así que opté por quedarme quieto.

—No entiendo por qué. Creí que te gustaba follar conmigo. Que nos lo pasáramos bien juntos.

—Y yo también lo creía. Yo pensaba que estábamos viviendo una historia de verdad, pero lo que me acabas de contar es que estoy teniendo un lío con un hombre que vive una infidelidad consentida por su mujer. ¡Y eso es una puta mierda!

Dio un grito tan agudo que los cristales de la ventana vibraron.

—Quiero que te vayas. —Y mirándome con furia dijo—: Sal de la puta cama de una vez. Y no quiero volver a verte más.

Encontré mis calzoncillos tirados en el suelo del salón de su apartamento, y al ponérmelos sentí que recobraba la seguridad y volví al dormitorio.

—Sinceramente, nunca pensé que a ti, precisamente a ti, te escandalizaría una cosa así, joder.

—No, nunca deberías habérmelo contado. Tenías que haberme mentido. A la próxima no le digas nada. Así evitarás que se sienta como una mierda cuando se dé cuenta de que tu mujercita sabe lo que haces en la cama y que nunca será una rival porque en el fondo tú eres como su mascota y sabe que nunca la abandonarás.

—Pensaba que lo nuestro era solo sexo —le dije—. Creí que esto era lo que tú querías también.

—¡Idiota! Nunca es solo un polvo. Y fuiste tú quien se encargó de convertirlo en otra maldita cosa. —Y después de eso añadió—: Mira que me he puesto en situaciones humillantes, pero esto lo supera todo. ¡Joder!, esta es la historia más triste en la que me he visto metida.

—Creo que no estás siendo muy justa.

—Hablabas de ti. Tú nunca le has sido infiel. En realidad, tu mujer te da permiso para que te diviertas con otra. ¡Joder!, ¿no te das cuenta de lo patético que suena solo con pronunciarlo en voz alta? Esta es la relación más triste que he tenido nunca. Lárgate de aquí. Ahora.

Terminé de vestirme y salí por la puerta de su apartamento por última vez. Sentí que aquello terminara de aquella forma. Me hubiera gustado que el fin de nuestra historia hubiera sido diferente. Me hubiera gustado decirle que esperaba que la vida la tratara bien y que encontrara alguien que la quisiera y que dejara

de sentirse tan sola. Y que ella me deseara lo mismo a mí y después nos dijéramos adiós.

Aquel día, cuando volví a casa, Be no estaba. Me senté en el sillón y me fumé un cigarrillo. Durante el trayecto en el coche entre la casa de Eli y la nuestra, me había sentido aturdido, como si me hubieran golpeado muy duro en la cabeza, y también dolido y apenado. Pero no fue hasta ese momento cuando, de alguna forma, la soledad me llevó hasta un campo de rabia y de furia, y maldije en voz alta. Me levanté y me fui hasta la nevera y abrí una cerveza fría. Me dije que tenía mucha suerte. Sí, joder, era un tipo con mucha suerte. Me había librado sin ningún esfuerzo de aquella cría desequilibrada, triste, pesimista, una puta montaña rusa de hormonas enloquecidas, obscena, y que siempre estaba buscando provocarme, y con la que debía mantenerme continuamente en guardia como si estuviera en la misma jaula que un animal salvaje. Terminar aquella relación era lo mejor que me había pasado en meses. Y además, había sido ella la que había roto, con lo cual me evitaría un buen epílogo de llamadas tristes y lágrimas y «necesito verte» y «te echo de menos». Podía borrar su teléfono de mi agenda. Sabía que no volvería a llamar y, si lo hacía, si recobraba la cordura y me llamaba, la mandarían a que le dieran por el culo los monos del zoo. Aquella chica no había significado nada para mí. Le tenía cierto cariño, había llegado a sentir afecto por ella, pero nada comparable a lo que sentía por Be. Yo seguía enamorado de «mi mujercita», como decía acentuando cada sílaba Eli cuando quería provocarme. No tenía dudas de que era así. La adoraba, seguía alegrándome cada vez que sentía sus pasos por la casa, y esperaba con una sonrisa a que se asomara por la puerta del despacho, cuando gritaba: «Ya estoy aquí». Adoraba abrazarla en la cama por las noches, seguía amando todos aquellos detalles de nuestra íntima convivencia como tesoros que hubiera encontrado en la playa arrojados por una tormenta, la seguía deseando, y de alguna forma un gesto, una mirada, el roce de su piel me seguían excitando. Cualquier hombre casado que habitara en este momento en la tierra se hubiera dado por satisfecho de que las cosas hubieran acabado así, de haber tenido una aventura con una chica hermosa durante diez o doce semanas, haber estado en otra cama, bajo otras sábanas, buscando la satisfacción y apagando el deseo dentro de otro cuerpo, y que nada de eso le pasara factura a su matrimonio o a la relación con la mujer con la que convivía. Y había cientos de chicas como ella en la ciudad. Podía salir esa misma noche, irme a cualquier bar y encontrar a otra como ella dándole una patada a una piedra. Así que me dije a mí mismo que debía estar contento. Mañana sería otro día.

Me bebí un par de cervezas más y me fui a la cama. Y de repente, en mitad de la noche, me desperté sudando, la angustia me atrapó y me entraron unas

enormes ganas de llorar. No entendía qué coño me pasaba. Era como si hubiera tenido una gran pérdida. «Nadie ha muerto», «No has perdido a nadie importante», me decía a mí mismo. «Esa chica no significaba nada para ti», me repetía una y otra vez. Pero la angustia no se iba. Me tomé una de las pastillas que Be usaba a veces para dormir. Quién no necesitaría un poco de medicación. Cuando desperté, seguía teniendo esa sensación extraña y supuse que se debía a que todo había acabado de una forma más o menos traumática y que me había afectado más de lo que había supuesto en un principio. Me tomé un café y me fumé un cigarrillo observando los primeros brotes de la primavera, y durante unas horas pude centrarme solo y exclusivamente en mi trabajo. Después llegó Be, me saludó desde el marco de la puerta del despacho y se metió en la cocina. Dejé lo que estaba haciendo y la seguí. Se había comprado unas sartenes chinas —durante aquella época comimos mucho fideo de arroz con verduras salteadas y carne y salsa de soja y cacahuetes— y estaba deseando estrenarlas. Quizá es cosa de la memoria —adornamos de una forma inconsciente los recuerdos que más apreciamos—, pero recuerdo que aquel día Be estaba muy guapa y muy contenta y no paraba de hacer bromas. Yo la escuchaba en silencio. Quizá adivinó que algo me ocurría. Mientras los fideos se cocían, se sentó en otro taburete, me atrajo hacia ella y me besó, uno de aquellos besos inflamables, que ardían solo con escuchar un pequeño gemido gutural expulsado al mismo tiempo por la nariz y la boca. Nos quedamos apoyados el uno en el otro hasta que escuchamos el borboteo del agua al hervir. Podría haberle confesado en aquel momento lo que había ocurrido, pero no lo hice. Antes de meterme en la cama tomé una de aquellas pastillas. No quería despertarme con otro ataque de angustia en mitad de la noche.

A la mañana siguiente me senté en el despacho frente al ordenador y abrí el archivo del guion en el que estaba trabajando. Leí algunas páginas y el resultado fue decepcionante, y aquello aumentó mi estado de angustia, de desesperación y también de tristeza. Intenté centrarme en la última secuencia que había tratado de escribir. Después de una hora o así de luchar con el texto, me entraron unas ganas inexplicables de llorar. El capítulo de aquel episodio es uno de los peores trabajos que he escrito nunca. Y Diego se vio en la obligación de editarlo casi por completo, pero se negó a firmarlo y me cubrió delante del productor ejecutivo.

—No pasa nada —dijo Diego—, a todos se nos ha atrancado un capítulo alguna vez, y este ha sido el tuyo. Y si es solo eso, no pasa nada. Pero me preocupas, y a lo mejor hay algo en lo que te puedo ayudar.

Le contesté que todo estaba bien. Be tenía un par de días de rodaje fuera de la ciudad y Diego apareció una noche en la puerta de la casa con un par de

botellas de vino bajo un brazo y una excusa bastante endeble bajo el otro. La excusa solo le sirvió para entrar en casa porque, al mismo tiempo que descorchábamos la primera botella, me preguntó si me seguía viendo con mi amante.

—No —le contesté—. Terminamos hace un par de semanas.

Le conté, bastante por encima, que nos habíamos enredado demasiado y pensaba que al final se había enamorado, y cuando averiguó que yo no tenía intención de romper nuestro matrimonio, ella se había sentido mal y habíamos tenido una pelea terrible y me había echado de su apartamento y no habíamos vuelto a hablar desde entonces.

—¿Be sabe algo? —me preguntó.

—No —le mentí.

—Pues haz todo lo posible para que no se entere nunca.

Y entonces me pregunté por qué no le había contado mi ruptura a Be, por qué había dejado que siguiera creyendo que Eli era mi amante.

La resaca me dio la excusa para no hacer otra cosa que compadecerme. La noche anterior había terminado tan borracho que apenas podía distinguir las paredes del suelo. Podía recordar que la habitación giraba como arrastrada por el tornado que se lleva a Dorothy volando por los aires; que yo estaba tendido boca arriba en la cama y con una mano tocaba el suelo de láminas de madera tratando de detener la peonza en la que se había convertido el mundo; que unos minutos antes había subido los escalones a cuatro patas y me había arrastrado a la cama y me había tendido en ella, y que me había sentido muy orgulloso de mí mismo. También recordaba que había tratado de llegar al baño cuando la primera arcada subió por mi garganta, pero que no lo había conseguido y había vomitado sobre los pantalones, que estaban tirados a un lado de la cama, aunque lo que no conseguía recordar era cuándo y por qué me los había quitado. Cuando desperté, toda la habitación apestaba a alcohol y vómito, y sobre los pantalones había una especie de papilla con tropezones del filete que me había comido el día anterior. Después de que Diego se marchara de casa, yo había seguido bebiendo. Había liquidado las cervezas de la nevera y la botella de vodka y me había fumado toda la hierba que Diego me había dejado y que en teoría debía durarme una semana.

Mientras bebía agua fría directamente del grifo del baño, me asaltó por fin la lucidez y me di cuenta de que mi estado no estaba provocado porque Eli me hubiera dejado —nunca la había querido lo bastante para que me hiciera tanto daño—, sino por lo que había dicho antes de echarme de su apartamento y de su vida. Eli tenía razón al pensar que yo nunca había sido un igual, que el trato entre los dos no era equilibrado, que en realidad había cometido una infidelidad

tutelada y que Be no dejaría a Anita por muchas Elis que yo me encontrara por el camino.

Cuando Be volvió del rodaje, ya había ventilado el dormitorio y el resto de la casa, recogido los ceniceros, lavado mis pantalones y el resto de la ropa, y tenía un aspecto más o menos decente gracias a esos medicamentos milagrosos para las resacas en las que el cielo se vuelve acuoso y brillan dos soles en el éter y el sonido de un alfiler al caer parece amplificado por una orquesta filarmónica. Era bastante tarde cuando entró por la puerta y, después de cruzar unas cuantas frases sobre el rodaje y un par de anécdotas más, me dejó dormir en el sofá viendo una película antigua hasta que un par de horas después me arrastró a la cama.

Aquella mañana se levantó temprano y fue al mercado y compró fruta y verdura fresca y otras cosas que le gustaba encontrar cuando abría la nevera. Yo aún no me había levantado de la cama cuando volvió. Estaba despierto desde hacía rato, pero no quería salir de debajo del edredón. Escuché sus pasos en la escalera y después cómo entraba en el dormitorio, y saltó sobre mí en la cama y me besó como si hiciera más de mil años desde la última vez que nos habíamos visto. Hundí la nariz en su pelo cuando la abrazaba y detecté la peculiar mezcla de olores que me hubieran hecho reconocerla con los ojos vendados. Hizo que me levantara y casi me empujó dentro de la ducha y, como empujada por un sexto sentido, me hizo una mañana fácil y agradable y tranquila. Y a pesar de todo eso, me encontró un par de veces con la mirada perdida y sin saber qué contestar a una pregunta que me acababa de hacer o asintiendo a algo que acababa de decir pero que yo no había escuchado. Y aun así —creo que ya se imaginaba algo—, fue capaz de esperar pacientemente a que yo saliera de aquel estado de catatonia y quisiera contarle cómo me sentía.

—Todo ha terminado con Eli —dije.

—Así que era eso —musitó Be—. Lo siento.

Se sentó a mi lado y me pasó un brazo por encima del hombro como haría un viejo camarada de armas.

—¿Y cómo estás?

—Bien. Bueno, en realidad no, no estoy bien. Me despierto por las noches con ataques de pánico y vas a tener que pedir otra receta para esas pastillas que tomas para dormir.

—Una ruptura siempre es traumática —acarició mi mejilla—. Así que es normal que te sientas así. Pasará. Ya lo sabes. Un día te dejará de doler y no te habrás dado cuenta de cómo ha ocurrido.

De nuevo tuve la sensación de estar con un viejo amigo que trataba de consolarme después de que una chica me hubiera abandonado, pero era mi mujer

quien hablaba y, aunque escuchar esas palabras era gratificante, sus caricias, su voz, sus labios sobre la mejilla, había algo, algo en el fondo de todo eso que me decía que aquello no estaba bien. Volví mi cara hacia ella y la miré directamente a sus bonitos y grandes ojos, que expresaban una infinita ternura.

—En realidad, ella me dejó a mí —dije—. Le conté nuestro acuerdo y, bueno, no reaccionó muy bien. De hecho, se enfadó muchísimo. Dijo algo así como que no quería seguir con nuestros jueguitos.

Noté que Be se ponía en tensión y que la electricidad o la carga magnética la hizo alejarse unos centímetros.

—No estamos haciendo nada malo. Es posible que muy pocas parejas sobrevivieran a algo así como lo hemos hecho nosotros, pero eso no significa que seamos malos, es que somos poco comunes, especiales.

—La verdad es que hace tiempo que ya no quería estar con ella.

—Lo dices como si yo te hubiera obligado a que te liaras con ella.

—De alguna forma es así, ¿no? Si tú no estuvieras con Anita, yo ni siquiera me habría fijado en esa chica.

—Creí que estábamos de acuerdo.

—Quizá yo no soy tan especial como tú piensas.

Se levantó del sofá y fue hacia las cristaleras del salón con gesto preocupado.

—Lo siento —dijo al darse la vuelta por fin—. Yo nunca he querido hacerte daño. No creas que no entiendo lo que sientes y que no puedo ponerme en tu lugar. Sé que sería más fácil tratar de vivir como el resto del mundo. Quizá seríamos más felices. No lo sé. Pero yo —y le tembló la voz y se encogió de hombros— me enamoré de Anita. Puedes pedirme que la deje, pero no dejaré de quererla. No puedo suprimir ese sentimiento como quien suprime una frase de un guion. Simplemente no puedo hacerlo. Y creo que eso sería lo que tú y yo no podríamos superar. Piensas que la decisión es mía. Pero en realidad es tuya.

Me levanté y la abracé tratando de transmitirle todo el amor que sentía por ella. En el jardín los primeros brotes verdes de la primavera habían aparecido en las ramas de los árboles. Un nuevo comienzo después del largo y frío invierno. Be tenía razón. La decisión era mía y debía buscar otra forma de acabar con aquella situación y volver a poner el contador a cero para los dos.

Uno de los cirujanos que habían intervenido a Be esa misma mañana me informó de que su estado era prácticamente el mismo. Era una buena noticia. Significaba que no se habían producido cambios. Y tal y como estaban las cosas, los cambios solamente podían significar que iba a empeorar.

—¿Podría entrar? —le pregunté.

El médico dudó un segundo. Yo había estado aquella mañana dentro de la unidad de reanimación —supongo que eso era todo a lo que un mortal tenía derecho a aspirar—, pero en aquel pasillo no había nadie más —la única intervención había sido la de Be aquel día—, y mi expresión, la de un hombre castigado por la desgracia, debía dar mucha lástima. Me guio otra vez a través de los pasillos de cuidados intensivos hasta que llegamos a la sala de los boxes donde estaba Be. Nos acercamos a su cama y el médico me dejó allí.

—Cinco minutos —dijo.

—Espere —le rogué—. Cuénteme cómo está.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

En ocasiones, para aceptar la verdad hay que escucharla más de una vez.

Le observé alejarse con aire ensimismado hasta el puesto de control y allí comprobar por pura rutina la evolución de otros pacientes en las tablillas de seguimiento e intercambiar comentarios con una de las enfermeras. En algún momento cruzamos una mirada y ambos la retiramos con rapidez y a un tiempo. Por pudor o respeto. El aspecto de Be no había cambiado. Su rostro seguía vendado desde la barbilla hasta la parte más alta de la cabeza. Una pequeña franja libre permitía ver uno de sus párpados cerrados. Tubos y sondas entraban por su nariz y su boca. Respiré profundamente. Me acerqué hasta la cabecera de la camilla, tomé su mano y pronuncié su nombre.

—Be.

Al cruzar las puertas automáticas de la unidad de reanimación, me encontré de forma inesperada con Juan, el marido de Alicia, nuestro vecino. Hablaba con el agente que estaba de guardia esperando a que yo volviera. Le reconocí por la

espalda ancha y esa pérdida incipiente de pelo en la coronilla. El policía hizo un gesto y él respondió dándose la vuelta. Al verme, levantó un brazo de forma tímida y se acercó a mí. Nos dimos un apretón de manos.

—Le estaba preguntando si sabía cómo estaba Beatriz —dijo, y me dio una palmada en el hombro en un gesto afectuoso.

El equipo médico que atendía a Be no era muy optimista con respecto a su evolución, le dije. El cirujano se había mostrado brutalmente sincero unos minutos antes. El edema era muy grave, había presionado al cerebro mucho tiempo. Aunque recuperara la conciencia —y había pocas opciones de que eso ocurriera—, podría tener graves lesiones que la acompañaran el resto de su vida.

—He leído algo —me contestó, y se quedó con la boca abierta como para añadir algo más, pero no dijo nada y solo cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la cabeza.

—Ya —balbuceé

—Lo siento —dijo.

No teníamos mucha más conversación. La verdad es que si hubiera hecho una lista con las personas que me acompañarían en una situación como esa, él no habría estado entre los veinte primeros puestos. Quizá ni entre los cien primeros. Lo curioso es que —al margen de Anita— era la primera cara conocida que había visto aquel día. Le agradecí el gesto. Negó con la cabeza como si le diera vergüenza.

—Quería hacerlo —dijo en un tono bajo pero firme—, y además quería pedirte disculpas. Alicia habló con un policía esta mañana. Seguro que puedes imaginarte lo que le contó. Yo no estoy de acuerdo. Ya lo sabes. Y tampoco creo que fueras tú quien le hizo eso a Beatriz.

El discurso de aquel hombre de manos fuertes y espaldas anchas había sido un poco torpe, pero me conmovió.

—Alicia y yo también hemos tenido muchas discusiones. No creas que todo es perfecto en el paraíso. Algunas, muy gordas. Pasamos una época muy mala. Recuerdo que una vez también me lanzó un cenicero, un regalo de nuestra boda, a la cabeza. —Se señaló una pequeña cicatriz en la frente—. Pero a mí sí me dio.

Las puertas automáticas se abrieron en ese momento y uno de los cirujanos que habían intervenido a Be aquella mañana salió acompañado por otros dos hombres con gesto serio. Juan seguía hablando, pero ya no le escuchaba. El corazón se me fue ralentizando al paso de aquellos tres hombres. Por un segundo pensé que se detendrían a mi lado y que de sus bocas saldrían palabras de consuelo y de pesar un millón de veces dichas. Pero no lo hicieron. Pasaron de largo y se perdieron a la vuelta del pasillo.



—Perdona —dije mientras notaba cómo la sangre volvía a fluir por mis venas y recuperaba la serenidad—, no he escuchado lo que decías.

—No importa —contestó poniéndome una mano sobre el hombro—. Tengo que recoger a los niños. Espero que todo salga bien.

Hizo un gesto con la mano a modo de despedida. Se alejó desplazando su voluminoso cuerpo hacia el ascensor. Cuando las puertas se abrieron con el sonido de cien carritos de la compra arrastrados por un garaje subterráneo, estuvo a punto de tropezarse con el inspector Driza. Los dos hombres se miraron y se saludaron con una inclinación de cabeza, pero ninguno articuló una palabra y ambos siguieron su rumbo como dos desconocidos.

—¿Cómo está su mujer? —preguntó Driza.

Seguramente el policía que me vigilaba le habría llamado para informarle de que había vuelto a entrar en la sala de reanimación. Se le notaba un poco acelerado. A pesar del calor, llevaba la chaqueta puesta. El sudor debía mancharle la espalda y las axilas de la camisa. Traía con él un leve rastro acre y tuve la impresión de que estaba muy tenso, como si esa agitación no se debiera a un esfuerzo físico, sino a algo emocional que estaba a punto de ocurrir. Guardaba un secreto que estaba deseando revelar. Como un niño que tiene algo escondido en un bolsillo del pantalón. Esa fue la imagen que me vino a la cabeza.

Se acercó a la ventana y puso sus manos sobre el alféizar mirando hacia el patio, que ya estaba totalmente en sombra.

—¿Quiere que bajemos a fumar? —me propuso, y aquello sonó tan falso que ambos nos dimos cuenta, y entonces añadió terriblemente incómodo—: Tengo que hablar con usted. A solas.

A su alrededor flotaba una artificiosa atmósfera de suspense. Hice lo posible para evitar que se diera cuenta de lo tenso que le veía y decidí seguirle la corriente de forma dócil. En el patio encendió un cigarrillo y me tendió la cajetilla.

—He comprado —le dije, y saqué mi propio paquete del bolsillo trasero del pantalón—, pero necesito fuego.

Miré la llama temblorosa mientras encendía las hebras del tabaco, aunque en realidad estaba pendiente de cada uno de sus movimientos. Se pasó un par de veces la mano por el pelo corto, caminó de un lado a otro y miró su reflejo en los cristales de la puerta. Pero sobre todo fumó de forma ávida, como si la duración de aquel cigarrillo fuera el plazo que se había dado para pasar a la acción. Por fin lo lanzó a medio fumar contra el suelo y lo pisó con decisión. Esta vez no lo recogió ni lo guardó en el envoltorio de celofán del paquete. Ya no necesitaba una muestra de mi saliva. Respiró profundamente como alguien que va a

lanzarse a una piscina y tiene pensado aguantar mucho tiempo bajo el agua, y me observó sin pestañear con aquellos pequeños pero profundos ojillos de color azul tan claro. La brisa que movía las ramas blancas y las hojas de color verde pálido de los olmos había desaparecido.

—Su mujer iba a abandonarle —afirmó al fin.

Pronunció aquella frase con una seguridad tan desconcertante que no se me ocurrió ni protestar. Debería haberle llamado loco, sonreído con suficiencia y despreciado su conjetura. No hacerlo me ahorró una sensación de vergüenza tan solo unos segundos después. El inspector sacó del bolsillo interior de su chaqueta una bolsita de plástico transparente cerrada con cinta adhesiva. Contenía una hoja de papel cuadriculado del tamaño de un cuaderno pequeño.

—Hemos encontrado esta nota. —Y me la tendió con seguridad—. Es la letra de su mujer. Lo he confirmado.

Tenía razón. La letra era de Be. En aquel trozo de papel había escrito que tenía la intención de dejarme, de romper nuestro matrimonio y seguir con su vida lejos de mí. La última frase estaba a medio escribir y no había una despedida ni estaba firmada.

—No sé qué significa esto. Es la primera vez que lo veo. Se lo juro.

Le devolví la nota. El inspector observó lo que Be había escrito y volvió a guardarla en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego cruzó los brazos y me miró directamente a los ojos.

—La hemos encontrado bajo uno de los muebles de su despacho. Arrugada en una bola de papel. —Suspiró—. Está escrito. Tenía la intención de abandonarle.

—No había visto antes esa nota —le dije con calma, y añadí—: No sé por qué quiso escribir esa nota ni por qué no llegó a terminarla. Quizá se arrepintió cuando la estaba escribiendo y ella misma hizo una bola con el papel y la arrojó debajo del mueble donde la han encontrado.

Negó con la cabeza. Toda la ansiedad con la que había llegado un rato antes a la tercera planta del hospital había desaparecido. El policía tranquilo, de gestos pausados y hablar meditado había regresado. Estaba ahí representando una especie de alegato final.

—Es extraño que alguien abandone a otra persona a través de una nota. Es como si ella no hubiera querido o no hubiera tenido el valor de hablar con usted directamente.

Entendí lo que decía. Aquella forma de comunicar una fuga tenía más sentido en una historia del siglo XIX, cuando una mujer huía de un matrimonio infeliz para marcharse con su amante y todas sus pertenencias cabían en una

pequeña maleta. Una historia en la que el marido guardaba una arma cargada en algún lugar de la casa o escondía una navaja en la cintura.

—Creo que sé por qué la nota está inacabada. Ella no esperaba que usted llegara tan pronto y seguramente la sorprendió escribiendo. Usted descubrió que pensaba abandonarle y eso le enfureció.

Le contesté que estaba imaginando cosas que no habían ocurrido, insistí en que aquella era la primera vez que veía aquella nota, le repetí que jamás le habría hecho daño a Be, pero él no quiso detenerse a escuchar y siguió hablando como si yo no estuviera en aquel pequeño patio sobre los adoquines grises que comenzaban a despedir el calor del sol acumulado durante todo el día.

—No podía enfrentarse a algo así. Discutieron y se pelearon. Así se hizo la herida del cuello y de esa forma se rompieron todos esos objetos en su casa. Ya no tiene sentido mentir. ¿Qué ocurrió después?

—Lo que ya le he contado varias veces. Debe tenerlo anotado en su libreta. Repáselo.

Aquella respuesta debió enfurecerle. Se quedó pensativo. Endureció la mirada y relajó el gesto, como si sintiera una mezcla de calma y desdén y tuviera la intención de que todo llegara a su fin en aquel momento, en aquel patio bajo las finas ramas de aquellos olmos.

—Ana Vélez dijo que usted haría cualquier cosa para que su mujer no le abandonara. La creo. Usted ha aguantado más de lo que ningún hombre hubiera hecho. Ha soportado que le pusiera en ridículo delante de sus amigos y vecinos, que flirteara con cualquiera incluso en su misma casa, que se besara con otros en cada fiesta a la que iban y, sobre todo, consintió que le fuera infiel con otra mujer. No conozco un marido tan sumiso ni cómodo como usted. El perfecto cornudo.

Pronunció aquellas palabras en un tono deliberadamente ofensivo. Había puesto en práctica esas técnicas en multitud de interrogatorios y había aprendido que eran un método efectivo para conseguir convencer a su interlocutor de que la única opción era confesar. Me dieron ganas de lanzarle un puñetazo, un golpe seco de derecha a izquierda, a su mandíbula cuadrada. Le habrían crujido los huesos.

—Y aun así, iba a marcharse para siempre —añadió, y después preguntó en un tono condescendiente—: ¿Qué le hizo para que decidiera abandonarle? No puedo ni imaginarlo. Ayúdeme.

El cigarrillo se consumió entre los dedos de mi mano caída, inmóvil al lado del muslo. Una nube oscureció el patio de forma sorpresiva. El policía exhaló el aire con violencia.

—Sé que usted también tiene una amante. ¿Tiene algo que ver ella con todo esto? ¿Es que su mujer también se la folló?

—Escuche —dije—, deténgame de una vez.

Creo que estuvo a punto de leerme mis derechos, de esposarme las manos a la espalda, llevarme a las oficinas de la Policía Judicial y meterme en un calabozo a la espera de que un juez me tomara declaración. Creo que lo habría hecho si el subinspector Frei no hubiera empujado la puerta acristalada del patio en aquel momento.

—Te estaba buscando —dijo en un tono de voz demasiado alto y alegre, que estaba fuera de lugar en el drama que el inspector y yo protagonizábamos—, tienes que ver esto.

Sacó un papel del bolsillo y lo sostuvo en el aire. Driza dudó un segundo y pude ver la incomodidad en su rostro cuando inició el camino que le separaba de la puerta. Frei se metió dentro del hospital y sostuvo la puerta con la mano hasta que su jefe dejó el patio y se cerró por sí sola.

—¿Qué es eso? —le preguntó Driza refiriéndose al papel que había agitado en la mano como un vendedor de lotería.

—Es la orden judicial para registrar su vehículo.

—Bien. Vamos a verlo.

—Ya lo he registrado yo.

—¿Cuándo? —le preguntó Driza.

Una hora antes y tres plantas más arriba, mientras esperaba noticias sobre el estado de mi mujer apoyado en el alféizar de la ventana que daba al patio donde los espigados olmos se mantenían inmóviles, el subinspector Frei había aparecido por el pasillo con el aire despistado de quien se pierde en unos grandes almacenes. «Todo el mundo me llama Chino», añadió después de presentarse. Ya nos habíamos visto en nuestra casa aquella mañana, pero entonces no habíamos cruzado ni una sola palabra. Nos dimos un apretón de manos.

—Tiene manos de escritor —señaló, y yo las estiré y las observé casi como un acto reflejo—. ¿En qué está trabajando ahora?

—En una serie de ficción. Seguro que ha oído hablar de ella.

—No veo la televisión. —Y casi sin pausa entre una frase y otra me preguntó—: ¿Cómo se hizo ese rasguño en el cuello?

Volví a tocarlo con la punta de los dedos. De nuevo había olvidado que estaba allí. Le contesté que había sido un accidente en casa de mis padres.

—Tengo una orden judicial para registrar su coche. ¿Puede entregarme las llaves?

Con las llaves de mi coche en su mano, me miró de una forma confiada y me preguntó si me apetecía fumar. Sacó del bolsillo un paquete de un tabaco barato, basto, lleno de palos secos y con sabor a madera. No quise decirle que no. Le contesté que era posible que los médicos estuvieran a punto de salir para informar del estado de Be.

—Le diré que nos avisen si salen a buscarle. —Y señaló al agente que esperaba apoyado contra la pared del pasillo con aire hastiado.

—Gracias —le contesté—, estoy bien.

Bajó hasta el segundo sótano del aparcamiento del hospital. El subinspector apretó el mando de mi coche y se encendieron las luces de los faros y los intermitentes durante un par de segundos. Con cuidado abrió la puerta del conductor y observó el interior. En primer lugar palpó con suavidad el asiento. Estaba seco. Después iluminó con la luz de su móvil los pedales del freno, del embrague y del acelerador. Aunque los pedales estaban sucios y había algún rastro de pequeñas hojas sobre las alfombrillas, no encontró señales de que los hubiera pisado después de correr sobre el barro producido por la tormenta. Miró debajo de los asientos y de las alfombrillas y en el interior de la guantera, y también en los asientos posteriores, para comprobar que no se le escapaba nada, aunque ya tenía una opinión formada. Encontró una lata de refresco vacía, algunos restos de comida, un envoltorio de plástico de un paquete de chicles, tarjetas de aparcamiento y tiques de gasolina. Abrió el maletero y tampoco descubrió nada reseñable. Y por último comprobó el dibujo de las ruedas.

—El dibujo de las ruedas —le informó Frei al inspector— tampoco se corresponde con las huellas que hemos encontrado en el arcén de la carretera. Los de la Científica todavía no han identificado el vehículo, pero son de otro modelo. Uno más grande o quizá un todoterreno.

Driza apretó la mandíbula y su rostro se hizo aún más cuadrado. Habían tenido otras discusiones a lo largo del tiempo —diferencias de método a la hora de afrontar un caso casi siempre—, y el subinspector sabía que se acercaba uno de esos pocos momentos en los que su jefe se transformaba en una persona desagradable.

Encendí un nuevo cigarrillo. Cinco minutos después lo apagué y ellos seguían sin volver. Me pregunté si se habrían olvidado de mí. Me dirigí hacia la salida del patio y, un poco antes de llegar, la puerta acristalada se abrió. El Chino

y Driza me observaron de la misma forma que unos padres interrumpidos en una importante confesión guardan un silencio incómodo ante la presencia de uno de sus hijos.

—Hace calor —dije—, me gustaría volver arriba.

Los dos policías cruzaron una mirada. Driza hizo una inclinación de cabeza y sin más me dirigí al vestíbulo donde estaban los ascensores.

—¿Te has fijado en los nudillos de sus manos? —le preguntó el Chino a su jefe—. No tienen ninguna señal. Si la hubiera golpeado con esa violencia, tendría marcas.

—Pudo hacerlo con un objeto o con una piedra.

—Algo que no hemos encontrado, a pesar de que cuatro hombres peinan esa zona desde las ocho de la mañana. Deberíamos ampliar la horquilla de sospechosos. Tal vez él no le hizo eso a su mujer. A lo mejor lo que te ha contado es la verdad.

—Miente. Lo sé —afirmó Driza.

Sacó del bolsillo de su chaqueta el sobre de plástico que contenía el papel con la nota manuscrita de Be.

—Ella iba a abandonarle. Esta es la prueba. Llegó a su casa cuando ella estaba a punto de dejarle y se enfureció. Ella huyó y él la persiguió hasta el bosque, y allí la golpeó hasta que pensó que había muerto.

—No la persiguió en su coche —le corrigió Frei—. En el coche no hay huellas de que alguien lo haya conducido después de haber corrido por el campo bajo una tormenta. Y no me creo que ese hombre se cambiase de zapatos o condujese descalzo porque se le ocurrió que tal vez nosotros registraríamos su coche. No me encaja con la motivación de un crimen pasional, de alguien a quien le acaban de decir que le abandonan, no parece improvisado. Sería una contradicción dentro de tu teoría del caso.

—Pues quizá fue corriendo.

Frei pensó que aquella idea era descabellada. En silencio le devolvió la bolsa de pruebas a su jefe. El inspector la guardó y volvió a pasarse varias veces una mano por el cabello cortado al dos y medio, en un gesto que delataba su ansiedad. Se apretó con fuerza la nuca. Hizo un gesto de dolor como si alguna cervical le estuviera dando problemas. La tensión, se dijo, le iba a provocar otra de esas contracturas que padecía tan a menudo. La voz de Frei le sacó de esos pensamientos. Le hablaba en un tono bajo y ni siquiera le miraba a la cara. Le recordó a su mujer.

—No entiendo qué es lo que te pasa con este caso. Nunca te has comportado de esta forma. Deberías contarme. Me ayudaría a entender.

Driza guardó silencio. De alguna manera, el tono de voz que había usado el Chino había estado a punto de provocarle una confesión. Pero luego miró a su compañero y se dio cuenta de que no era el momento para hacerlo. Entonces los teléfonos móviles de ambos policías recibieron un mensaje importante. Algo que habían esperado todo el día.

Decidieron ir en un solo vehículo. Driza aparcó por segunda vez aquel día en el arcén del camino que atravesaba el bosque. Con paso rápido y firme —no se detuvo ni siquiera para encender el cigarrillo—, se dirigió hacia donde se encontraba el agente que les había enviado el mensaje, y este, sin pronunciar una palabra, le tendió una bolsa de pruebas transparente con las bragas de Be en su interior. Eran de algodón, de un color azul oscuro, con una puntilla de bordado en la parte superior. Debían ser suaves y cómodas, pero tenían un punto interesante, un poco inmoral, que iba mucho con la personalidad que tenía la víctima —o eso dedujo a partir de las declaraciones de los testigos—, y se preguntó si la ropa interior de todo el mundo hablaría de la misma forma de cada uno de ellos. Estaban rasgadas por uno de los lados —supuso que un fuerte tirón había hecho estallar la costura—, mojadas, y restos de hojas y briznas de hierba se habían adherido a la tela. El inspector las observó con detenimiento y se fijó en que, en la parte superior, la prenda tenía también un pequeñísimo desgarrón y dedujo que allí debía haber un adorno que había desaparecido. Manipuló la bolsa hasta estar seguro de que no estaba dentro.

—Apostaría a que son las tuyas —dijo Frei—. De todas formas, tienen material como para sacar una prueba de ADN y demostrarlo.

—¿Dónde estaban? —preguntó Driza.

—En un reguero como a medio camino de la pendiente —dijo el agente señalando hacia el lado contrario de la carretera del lugar donde habían encontrado a Be—. El agua de la tormenta debió arrastrarlas hasta allí.

El inspector Driza se dio la vuelta y miró hacia donde el agente señalaba con la mano.

—No puede ser.

—¿Cómo dice? —le preguntó el policía.

Driza se volvió desconcertado. Se dio cuenta de que había hablado en voz alta y de que todos habían escuchado sus pensamientos. Durante todo aquel día el inspector había mantenido la hipótesis de que Be caminaba por la carretera cuando había sido atacada. Que probablemente un coche —el mío— la había superado y que ella se había sentido amenazada y había corrido hacia el lado contrario de la calzada. El agresor —es decir, yo— debía haberla atrapado en las escaleras construidas con traviesas ferroviarias que llevaban al camino principal del bosque. Las braguitas debían estar allí. No en el otro margen de la carretera.

—No iba caminando por la carretera —dijo al fin—, iba dentro de un coche.

El inspector imaginó a Be sentada en el asiento delantero de un vehículo. Su agresor conducía. Probablemente había tratado de forzarla, le había metido la mano en las bragas y las había intentado arrancar de un tirón. Ella se había bajado y había corrido, y al estar rotas por un lado, se habían deslizado hasta uno de sus tobillos y las había perdido durante su carrera. El aguacero las había arrastrado por el asfalto y las había llevado hasta el reguero donde las habían encontrado.

—Deberíamos volver a considerar el intento de violación como el motivo de la agresión —expuso Frei.

Driza había descartado esa posibilidad cuando me había considerado como el principal sospechoso de lo que le había ocurrido a Be. El inspector guardó un silencio hermético, le lanzó una mirada huidiza, se dio la vuelta y se subió de nuevo a su coche. El subinspector miró las puntas de sus zapatos, manchadas de polvo y barro seco. Le estaban matando desde hacía horas y hubiera deseado quitárselos en ese mismo momento y lanzarlos lo más lejos posible. Suspiró profundamente y siguió al inspector. Había encendido el motor y subido la intensidad del aire acondicionado. Fumaba. Frei se sentó a su lado. Se dio cuenta de que el cigarrillo temblaba entre sus dedos. Y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué es lo que pasa?

—Mi mujer tiene un amante —dijo el inspector como respuesta—. Lo descubrí hace semanas. No me costó mucho, la verdad. Lo nuestro no va bien. Desde hace tiempo. Y sospechaba que había alguien más. Es un compañero de su trabajo. También está casado. Se ven a mediodía en un hotel barato. —Driza expulsó todo el humo de sus pulmones y después suspiró—. Hace dos semanas me levanté en mitad de la noche, cogí mi arma reglamentaria y le apunté con ella a la cabeza. —Y volvió la mirada para ver la expresión en el rostro de Frei—. ¿Qué te parece?

Frei imaginó un dormitorio, la luz de las farolas entrando por una ventana, un despertador marcando una hora de la madrugada y a su jefe vestido con una camiseta de manga corta y unos pantalones de pijama —la ropa que él mismo usaba para dormir— en pie en el centro del cuarto, la mandíbula apretada, una gota de sudor cayéndole por la frente, empuñando su arma a escasos centímetros de la cabeza de ella.

—Una putada lo de tu mujer —le contestó sereno—. Lo siento mucho. Pero no creo que seas de la clase de hombres que hacen una cosa así.



No, no lo era. Había salido de su dormitorio, recorrido el pasillo y asomado a la habitación de sus hijos. Después, sentado sobre el plato de la ducha se había metido el cañón del arma en la boca. Y había comenzado a llorar.

—He sentido que yo podría ser él. Creo que eso es lo que me ha puesto enfermo.

—Tampoco creo que él sea el hombre al que buscamos.

Driza afirmó con la cabeza.

—Vamos a abrir el abanico. ¿Por qué no empezamos por ese amigo que te encontraste en la puerta de la vivienda? ¿No te has preguntado qué hacía allí?

Más o menos al mismo tiempo yo le planteaba esa pregunta a Diego. Unos minutos antes había salido del ascensor con una mirada aprensiva detrás de sus gafas. Me abrazó con fuerza y yo me sentí blando entre sus brazos.

—Me encontré con un policía en la puerta de vuestra casa —dijo bajando la voz—. Sospechan que fuiste tú quien le hizo eso a Be.

—¿Qué hacías allí?

—¿Me has escuchado? La Policía cree que intentaste asesinar a Be —dijo Diego alarmado—. Le dije que tú no eres capaz de hacer algo así. Ha sido otra persona, ¿verdad? Tú no le harías algo así.

Noté en su voz un cierta vibración producida por la duda. Aquella última frase parecía más una pregunta que una afirmación. Carecía de la convicción con la que había pronunciado sus primeras palabras. Entiendo cómo debía sentirse. Alguien te dice que uno de tus mejores amigos ha agredido brutalmente a su mujer y, por un lado, te niegas a creerlo pero por otro, es difícil abrazar a alguien que puede ser un asesino. ¿Eres capaz de consolarle mientras tratas de apartar de tu mente que puede que esas manos estén manchadas de sangre? Quizá no tanta gente hubiera cruzado las puertas del hospital solo con saber eso. Y Diego sabía mucho más.

—¿Crees que yo sería capaz de hacer algo así?

—No.

—Le contaste a ese policía que Be quería abandonarme.

Sus pequeños ojos parpadearon tras los cristales de las gafas y una mueca de asombro apareció en sus labios. No había valorado que el inspector ya había hablado conmigo. Aquella era una deducción de pura lógica.

—¿Cuándo te contó Be que iba a dejarme?

Se quejó como si yo no hubiera debido saber nada de aquello o como si se viera obligado a desvelarme algo que no quería contar.

—Quería saber cómo estaba tu padre, te llamé y no me cogiste el teléfono. La llamé a ella y, cuando cogió el teléfono, noté que le ocurría algo y comenzó a llorar. Estaba muy mal. Dijo que no podía seguir contigo, que se marchaba.

—¿Te contó por qué?

—Solo que habías hecho algo horrible y que no podría perdonártelo nunca, y que no tenía sentido que siguierais juntos.

—¿Qué clase de cosa horrible?

—Algo que tenía que ver con esa chica con la que estabas liado.

—Eso también se lo contaste a la Policía.

—Creí que ya lo sabían. Be me dijo que te estaba escribiendo una carta y pensé que ellos ya la habrían encontrado.

Se pasó una mano por la barba y agarró un trozo de pelo y lo retorció de forma nerviosa. Hacía eso cuando pensaba en algún problema de argumento que no podía solucionar.

—No lo habían hecho. Supongo que fuiste tú quien le abrió la puerta al inspector. No pasa nada, pero aún no me has dicho qué hacías allí.

—Me cogía de camino al hospital. No perdía nada por intentarlo —me contestó.

Y con aquel puñado de palabras supe que todo lo que había imaginado desde el momento en el que puso sus chanclas de piscina sobre el suelo del pasillo del hospital era cierto. Supe que antes de ir a nuestra casa se había pasado por su apartamento para recoger las llaves que yo le había dado. Supe que me había mentido y por qué lo había hecho.

—Era esto lo que esperabas recuperar.

Saqué la mano del bolsillo y extendí la palma para que pudiera ver el pequeño *pen drive*. Era la figura de uno de sus mitos del cine favoritos y se lo había comprado un año en una tiendecita especializada del centro. En él guardaba las últimas versiones de los guiones de la serie. Le encantaba y nunca se separaba de él. Lo había encontrado aquella mañana mientras la Policía registraba mi casa. Estaba sobre la mesa del despacho y parecía un objeto tan corriente que su presencia allí solo significaba algo para mí.

—No es lo que te estás imaginando —tartamudeó.

La palma de mi mano seguía extendida y el *pen drive* sobre ella. Diego se acercó, lo cogió y se lo metió en el bolsillo. Después se alejó un par de pasos.

—¿Por qué fuiste a mi casa?

—Me dejó preocupado. —No levantó la mirada del suelo—. Quería saber lo que había pasado, así que cogí el coche y me acerqué.

—Lo dejaste todo por ella —le contesté—. Llamé a la oficina y me dijeron que te habías ido corriendo. Pensé que se trataba de otro de esos polvos rápidos que tanto te ponen. Luego encontré esta mierda encima de la mesa de mi despacho.

—Ya te he dicho que parecía que se encontraba muy mal.

—¿Por qué no me lo has contado desde un principio? ¿Qué era lo que no querías que pensara?

Desvió su vista hacia la ventana, hacia el extremo de las últimas ramas de los olmos de corteza blanca del patio interior, y negó con la cabeza.

—Ella te dijo que estaba mal y que pensaba abandonarme y tú corriste hasta nuestra casa. Pero no querías tranquilizarla ni disuadirla. Querías follártela.

—Estás loco. Claro que no.

—No vuelvas a mentirme. Eres mi amigo. Estamos en un hospital. Be está entre la vida y la muerte, joder. Intenta ser honesto conmigo.

—Nos besamos. Una sola vez. Eso fue todo, joder. Te juro que no hubo nada más.

Le golpeé. Subió los brazos y se cubrió la cara a tiempo. Aun así, el impacto le hizo perder el equilibrio y tuvo que dar un par de pasos hacia atrás y perdió las chanclas, que salieron disparadas por el pasillo.

—Cabrón de mierda. Te acostaste con ella en mi cama. Ella me lo contó todo.

—Ella iba a dejarte de todas maneras.

—Cierra la puta boca para que pueda romperte todos los dientes.

Salté sobre él y lo derribé. Sostenía mi puño en alto sobre su cara cuando el policía que me vigilaba me agarró y me levantó, y con un movimiento me lanzó hacia atrás. Di unos cuantos pasos rápidos para no caerme, hasta que la pared pintada de un suave y tranquilizador color azul me detuvo. Driza y Frei venían hacia nosotros por el pasillo. Yo los había visto y Diego también.

—Si Be está ahora ahí dentro es culpa tuya —gritó—. Tú eres el responsable y lo sabes. Ella también me contó a mí lo que le habías hecho. Fuiste tú quien la jodió. Tú.

Agarré una de sus chanclas y se la lancé a la cabeza, pero fallé. Un grupo de enfermeras y algún médico se habían reunido junto a las puertas automáticas de la unidad de cirugía. Nos observaban con una mezcla de inquietud, estupor y desagrado.

El agente empujó a Diego hasta el extremo opuesto del pasillo. Driza se fue con ellos y Frei ordenó a los sanitarios curiosos que volvieran a lo que estuvieran haciendo antes de que comenzara el espectáculo. Cuando las puertas automáticas volvieron a cerrarse, el Chino se acercó a mí. Creo que Frei traía incorporado de serie ese aire de cansancio que le acompañaba como una especie de niebla alrededor de su cuerpo. Yo también estaba agotado.

—¿Está bien? —preguntó.

Aparté las manos de la pared, me di la vuelta y apoyé la espalda en la misma posición en la que estaba él. Negué con la cabeza.

—No puede seguir negando que discutieron antes de que ella se marchara. Descubrió, o ella le contó, que se había acostado con su mejor amigo unas horas antes y además le abandonaba. ¿Están esos dos hechos relacionados?

Volví a negar con la cabeza. Se me había formado un nudo en la garganta.

—Está bien. ¿Qué ha querido decir con eso de que es el responsable de lo que le ha pasado a su mujer?

—Yo no le hice nada a Be.

—Le creo —intervino Frei—. Su amigo se refería a otra cosa, ¿verdad? A un secreto que le avergüenza y que prefiere no confesar. Pero tiene que hacerlo. Nada puede ser tan terrible como lo que le ha ocurrido a su mujer.

—No tiene nada que ver con lo que le ha pasado —dudé.

—Da igual. Sáquelo.

La primera noche de un nuevo final.

El desenlace comenzó realmente durante la última primavera, un día poco memorable en el que Be llegó con un estado de ánimo mezcla de enfado, tristeza y cansancio y fue directa a la cocina y se preparó un vodka con hielo y lima y se lo tomó, sin quitarse la cazadora, apoyada sobre la mesa de madera. Miraba a través de la ventana hacia el jardín cuando entré. Le acaricié la espalda y le pregunté si estaba bien.

—No ha pasado nada —dijo.

—¿Puedo ayudarte?

—La mano —dijo—, solo dame la mano.

Estuvimos allí un buen rato en silencio. Sabía que se trataba de Anita, pero no me atreví a preguntar. Sospechaba que desde hacía poco tiempo tenían problemas, de esos que comienzan con una discusión por un «no puedo quedarme más tiempo» o un «no puedo verte hoy», y a la que le sigue una queja, o un gesto de enfado o tristeza, y que abre una pequeña brecha en el muro de la relación y da salida a una cascada de reproches. No solíamos hablar de eso. Una noche, unos meses antes, había llegado enfadada a casa y quiso desahogarse conmigo. Fue al comienzo de nuestro trato, cuando las cosas se habían estabilizado, y me dejé llevar y descubrí que no era tan malo aquel acuerdo y era capaz de abrazarla cuando llegaba a casa a pesar de que podía oler el perfume de Anita en su ropa, y que habíamos llegado al compromiso de ser pareja, pero también cómplices y amigos. Anita le había montado un número de celos en un local porque ella había bailado con alguien, y después en la calle le había dicho un montón de cosas desagradables, como que parecía que ella siempre lo iba buscando. Be estalló con furia, se dio la vuelta y se marchó gritando y caminando a paso rápido. Para mi autoestima, aquella historia era como una taza de café caliente en una fría mañana de invierno y no pude ocultar mi satisfacción. Ella se dio cuenta y se enfadó y me insultó llamándome asqueroso y miserable, y juró que jamás volvería a contarme nada sobre ellas porque yo me comportaba como un ser mezquino que se alegraba de las desgracias de los

demás. A los pocos días Be y Anita firmaron la reconciliación con saliva bajo las sábanas de un hotel. Pero aquel día, el día del que he empezado a hablar, fue diferente. Había otra vibración, un sonido, un rumor distinto en su voz.

—¿Quieres beber conmigo?

Ella apuró su vodka y yo serví un par de vasos más. Me dio la mano de nuevo.

—No me equivoqué al aparecer aquella mañana en la puerta de tu apartamento —dijo del tirón—. Tengo mucha suerte de que me quieras.

Guardé silencio.

—A lo mejor, si te preguntaran a ti, quizá no contestarías lo mismo. ¿Te arrepientes? ¿Hubieras preferido elegir a una chica un poco más corriente?

Le dije que no. Que la vida a su lado me gustaba mucho más.

—¿Por qué estás triste?, ¿qué ha ocurrido?

Había discutido con Anita. Be le había propuesto un plan para salir de la ciudad un fin de semana, pero Anita le contestó que le era imposible, que tenía que hacer algo con Tomás, algo de su empresa, algo a lo que debía asistir. Era importante que sus jefes le vieran con ella. Estar con una chica del cine le daba puntos a Tomás. Le gustaba que le miraran como si fuera el propietario de un animal exótico.

—Eso es algo que odio —dijo Be.

Fue la respuesta de Anita lo que desató la tormenta. Le contestó que se equivocaba, que aquello también era importante para ella, que estaba en juego un puesto en la dirección de la empresa y deseaba que Tomás lo consiguiera.

—¿Por qué? —preguntó Be, y después, con algo de desazón en su tono de voz, añadió—: Estoy cansada de oírte decir que no le quieres. No te gusta hacerlo con él. No te hace feliz. Sé honesta contigo misma y déjale.

—No es tan sencillo —contestó Anita, y negó con la cabeza como había hecho otras veces—, ya lo sabes.

—No —afirmó Be—, no lo sé. ¿Qué puede ser tan complicado? Tienes una profesión. No te va a faltar trabajo y puedes ser independiente.

Aquella, aunque parezca mentira, fue la primera vez que Be pensó que para Anita trabajar en la producción de películas no era otra cosa que un entretenimiento, y tembló al imaginar que ella podía ser algo similar. Un entretenimiento. Y emergió delante de sus ojos un espejo que le devolvió una imagen inédita de ella misma. Se había sentido así en otras ocasiones y había sido capaz de romper aquellas relaciones sin ningún tipo de problema. Pero con Anita no podía, y aquello la abrumó y le hizo perder los papeles. Be no me lo contó, pero supongo que en aquel momento puso sobre la mesa la posibilidad de abandonarme y de formar una pareja con Anita.

—Quizá dentro de un tiempo —le respondió Anita—, ahora es imposible.

No encontró en su amante la respuesta adecuada y es posible que esa indefinición fuera lo que todavía la mantenía a mi lado.

Cuando soltó mi mano, su alianza me había dejado un profundo surco en la piel de los dedos.

—Lo siento —dijo Be—. Ya sé que no eres la persona a la que debería confiarle estas cosas. Prometo compensarte. ¿Qué quieres hacer?

Lo único que deseaba era no perderla.

Unas semanas más tarde, después de la reunión de argumentos que los guionistas de la serie solíamos tener cada cierto tiempo en las oficinas de la productora, Diego me convenció para quedarme a tomar unas cervezas con él.

—Oye —dijo cuando ya nos habíamos bebido un par y agotado el tema de la invisibilidad profesional de los guionistas—, hay algo que quería contarte. Le he dado unas cuantas vueltas estos días y creo que deberías saberlo.

Imaginé que era un tema de trabajo y le pregunté de qué se trataba. Diego me había contado que le habían hecho una propuesta para escribir una nueva serie, un proyecto del que sería autor desde el principio hasta el final, y que se lo estaba pensando. Creí que iba a extender la oferta y proponerme que escribiera con él.

—Se trata de Be —dijo, y me miró por encima de sus gafas de pasta negra—. Me han contado una historia y, bueno, si fuera otro de esos rumores de mierda, ni me molestaría en comentártelo, pero confío en quien me lo ha contado.

Se trataba de una chica. Una chica con la que salía en aquel momento y que también era de la profesión. Un amigo la había invitado a la fiesta del final del rodaje de la última película de Anita y Be. Cuando llegó al garito pasada la medianoche, los equipos llevaban un rato bebiendo y bailando. Diego le había hablado de nosotros, así que ella preguntó quién era Be. Su amigo, como todo el mundo, la conocía y señaló a Be, que en ese momento bailaba en mitad de la pista. El verano se había adelantado —lo que ya había dejado de ser una novedad—, y Be se había arreglado el pelo de una forma diferente y llevaba un vestido muy ligero de tirantes estrechos y el tejido se le pegaba al cuerpo. Lo recuerdo. Antes de salir pasó por el despacho donde yo escribía y vino a darme un beso en aquella tarde calurosa, y deseé que no se marchara. Aquel vestido dibujaba con precisión todas las maravillosas curvas de su cuerpo, y envidié a Anita porque sabía que aquella noche, posiblemente, Be no volvería a dormir a casa. Y aunque no dije nada y sonreí de forma amable, casi tuve que morderme la lengua para no decirle que aquella noche me torturaría pensando en lo que estaría haciendo con su amante. Cuando nuestros labios se separaron, la observé

dirigirse hacia la puerta y admiré la redondez de su culo, sus piernas torneadas y sus pantorrillas exageradas por unos zapatos de tacón. Esa imagen se quedó anclada en mi cabeza y al poco tiempo me di cuenta de que ya no podría escribir más y me abrí una cerveza y eché de menos la hierba que Diego me traía de no sé dónde y decidí pasarme al vodka y después de dos o tres seguidos me derrumbé sobre el sofá y allí me quedé dormido. Recuerdo que mi último pensamiento absurdo y patético fue que un día le pediría que se pusiera el mismo vestido y que yo me la follaría sin quitárselo. Y probablemente muchos de los que aquella noche la rodeaban en aquel local pensaban lo mismo. Al menos, esa fue la primera impresión que tuvo la nueva novia de Diego.

—Oye —continuó Diego—, ya sabemos cómo es Be. La conocemos desde hace tiempo y, bueno, la gente se columpia bastante con este tema. Pero en este caso no creo que se trate de una exageración.

La amiga de Diego le describió lo que había visto como una especie de Verano del Amor en el San Francisco de 1967. Quizá el calor o la humedad o la proximidad del verano, o que se había encontrado mucha gente joven y sin pareja con mucho alcohol y un buen surtido de drogas, produjo el caldo de cultivo especial para que se diera una noche de desenfreno. Y ocurrió que el equipo empezó a desmadrarse por los baños y por el resto del local.

—No te diría nada si se hubiera limitado a un beso o a un sobeteo en la pista, incluso si se hubieran metido dentro del baño. —Añadió para finalizar—: A lo que me refiero es a que se comportaban como si tuvieran una relación, como si fueran una pareja.

Quizá la única cosa peor que un amigo te diga que ha descubierto que tu mujer es infiel sea que se dé cuenta de que ya lo sabes.

—¿Desde cuándo? —me preguntó Diego con una expresión de incompreensión en su rostro.

—Desde hace tiempo.

—Creía que ellas lo habían dejado cuando decidisteis volver juntos —murmuró como si todo aquello le pareciera muy embarazoso.

Creo que él sintió más deseos que yo de largarse de allí. Pero no se levantó y no volvió a decir nada mientras yo le contaba cómo había comenzado todo.

—Y ese acuerdo, ¿es lo que quieres? —me preguntó cuando terminé de contarle nuestra historia.

—No quiero perderla —le contesté—, la quiero. Me he dado cuenta de que solo ella me hace feliz. No me importa en qué condiciones se quede.

—No sé si lo vuestro aguantará mucho más —dijo Diego—. Es decir, creo que ese tipo de acuerdos funcionan durante algún tiempo, pero la cuerda acaba



rompiéndose por algún extremo. No sé, quizá es mi impresión, pero no parece que el extremo que se vaya a romper sea el suyo.

Nunca hasta aquel momento Diego —y probablemente ninguna otra persona— me había devuelto una mirada tan cargada de lástima. Nunca me había visto a mí mismo como un sujeto digno de compasión, pero quizá eso era lo que yo era.

—¿Qué vas a hacer?

—No intentes juzgarme ni compadecerme. Tú no puedes entenderlo. No tienes ni idea. No te metas en mi vida.

Quiso pedir otra ronda, pero le dije que estaba cansado y que tenía que pensar. Volviendo a casa me di cuenta de que lo que Diego me había dicho era lo que me llevaba diciendo yo a mí mismo durante mucho tiempo. Tenía que dejar a Be. Tenía que dejarla porque, aunque no lo admitiera, aquello me estaba destrozando por dentro, me estaba deshaciendo, me estaba convirtiendo en algo que yo no era.

Be estaba cocinando cuando llegué a nuestra casa. Había una exposición de cazuelas y cacharros de todo tipo sucios sobre la mesa de madera, y ella llevaba una camiseta de color blanco y unos pantalones cortos y un delantal para no mancharse. Cuando entré en la cocina, se acercó dentro de sus sandalias brasileñas y me dio un beso que sabía a mezcla de especias.

—Estoy haciendo mis albóndigas morunas —dijo sonriendo.

—Hacía mucho tiempo que no las comíamos.

—¿Qué tal tu reunión? —me preguntó—. Llegas muy tarde.

—Los finales de temporada siempre son duros. Y se nos ha complicado un poco. Tenemos demasiados lazos que cerrar.

—Mataría por un cigarrillo. ¿Recuérdame por qué dejamos de fumar? Mierda. ¿Te apetece una cerveza?

Abrí la nevera, saqué una y me senté a beber con ella hasta que dijo que necesitaba una ducha y que si yo podía apagar el horno cuando pasaran veinte minutos.

—Podríamos cenar en el jardín —dijo mientras subía a toda prisa las escaleras.

Aquella noche no le conté a Be nada acerca de mi conversación con Diego. Cenamos en el jardín, escuchamos un programa de música en la radio y después ella dijo que quería leer y se subió una novela a la cama y yo me quedé en el jardín. La temperatura era agradable, corría una suave brisa y apenas se escuchaba el ruido del tráfico o a los vecinos en sus jardines o los ladridos de los perros. Podía sentirme satisfecho de tener aquel lugar para vivir, de aquella cena estupenda, pero sobre todo de compartir la vida con aquella mujer. En la

sobremesa le había contado cómo terminarían los personajes de aquella temporada y nos habíamos reído, y ella me había hecho preguntas y un par de comentarios acertados sobre cierta trama que no le parecía que funcionara, y ahora estaba allí arriba dentro de nuestra cama, y sabía que se quedaría dormida en poco tiempo, pero que si yo me acostaba a su lado y la acariciaba y le bajaba las bragas, encontraría sus labios abiertos esperándome con un beso, y que ella sería la mejor amante que un hombre pudiera desear. Sentí de nuevo la punzada del miedo a perderla y me pregunté si lo que había pasado en la fiesta del final del rodaje era producto de un calentón repentino o si por fin había convencido a Anita de que debía dejar a su marido. Sabía que, como había dicho Diego, la cuerda estaba a punto de romperse por mi extremo. Y no podía dejar que eso ocurriera.

No medité demasiado lo que debía hacer. Más bien salté a una especie de corriente invisible y me dejé llevar hasta el portal del edificio donde Eli tenía su apartamento. Me apoyé contra la pared y esperé a que ella apareciera caminando por la calle. Había cambiado su aspecto y la encontré más atractiva que el día en que nos conocimos. Quizá era la influencia de una maternidad ficticia, o simplemente había ganado algunos kilos y sus facciones llenas de ángulos y salientes como las aristas de una roca se habían suavizado y aparecían redondeadas. Crucé la calle entre el tráfico y me acerqué a ella. Al verme, se detuvo sobre la acera e hizo ese gesto tan reconocible, encogió una pierna y la apoyó solo sobre la punta de sus dedos y ladeó la cabeza hacia el lado contrario, y supe que no había perdido lo que era tan suyo.

—Vaya —dijo con ironía—, me da en la nariz que esto tampoco es una casualidad.

—¿Cómo estás, Eli? —le pregunté, y ella sonrió y murmuró un «mejor» en un tono de voz tan bajo que casi intuí más que escuché que lo había dicho—. Necesito que me hagas un favor.

Me propuso ir a un local que estaba cerca y donde habíamos quedado a veces mientras habíamos sido amantes. No tenía nada de beber en la nevera y dijo que un reencuentro como el nuestro se merecía al menos un par de cervezas frías. Vestía unos pantalones de algodón que le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla, una camiseta y unas gafas de sol y unas sandalias que dejaban ver los pequeños y cuidados dedos de sus pies. Nos sentamos en una mesa del final del local, alejada de los ventanales y de las miradas de la gente que pasaba por la calle, en la penumbra en la que se envuelven los conspiradores. Después de que el camarero nos trajera un par de cervezas y que usáramos esos minutos para contarnos que nuestras vidas apenas habían cambiado, se recostó contra el banco de madera y me preguntó qué podía hacer por mí.

—Esto es algo que tiene que ver con tu mujercita, ¿verdad? —dijo entrecerrando los ojos y fingiendo una sonrisa al mismo tiempo.

Le dije que necesitaba que hiciera una llamada de teléfono para contarle a Tomás que su mujer le estaba siendo infiel, y que podría comprobarlo fácilmente acudiendo a la recepción de un hotel. La sonrisa irónica que hasta ese momento se había perfilado en sus labios desapareció y la sustituyó un gesto serio y a la vez algo triste. Me preguntó por qué no lo hacía yo mismo.

—Reconocería mi voz. Quizá pensaría que es una broma, o que estoy loco, pero en cualquier caso le contaría a su mujer que fui yo quien se lo dijo y eso haría que Be me abandonara.

—La estás traicionando.

—Lo sé. Pero no tiene por qué saberlo.

Eli bajó los ojos y puso las manos sobre la mesa y aquella era la primera vez que vi sus uñas sin ningún color. Al natural.

—Esto que me estás pidiendo es muy fuerte. —Entonces alargó el brazo y puso su pequeña mano encima de la mía y, mirándome con gravedad a los ojos, añadió—: He conocido a hombres cobardes, pero creo que tú eres el peor de todos. No logro imaginar qué puede ser más bajo que pedirle a tu examante que te ayude a recuperar a tu mujercita.

Me lo tenía merecido. Siguió hablando en un tono bajo, con aquella voz casi ronca y de una forma monocorde, como si estuviera dictando sus pensamientos a un magnetófono.

—Deberías entender que un hombre no se comporta de la forma en la que tú lo estás haciendo. Un hombre debería volver a su casa y enfrentarse con esa reina de la belleza con la que te has casado y decirle por lo que estás pasando y que tiene que elegir entre meter su lengua en la boca de otra o en la tuya. Eso es lo que haría un hombre, y es jodidamente paradójico que tenga que decírtelo yo. Y si la respuesta que te da es que quiere irse con ella, deja que se marche y soporta el dolor. Aguántate. Aprieta los dientes y sal de su vida, o deja que ella salga de la tuya. Hay más vida ahí fuera. Y te juro que no es peor que la que llevas ahora.

Le di un último trago a la cerveza y pensé que debía levantarme de la mesa antes de que las lágrimas brotaran de mis ojos sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Eli no tendría más remedio que soltar una enorme carcajada que rebotaría hasta el infinito en las paredes del local vacío y se quedaría ahí para siempre.

—Te ayudaré —dijo sin previo aviso—. Te ayudaré porque me das mucha pena. Seguro que ya has pensado en cómo quieres hacerlo. Así que cuéntamelo. Te escucho.

Ella llamaría a Tomás una tarde en la que yo estuviera seguro de que ella y Anita se verían. Le diría dónde estaba su mujer y qué era lo que estaba haciendo con Be en ese mismo momento. Yo imaginaba que Tomás dejaría inmediatamente lo que estuviera haciendo para comprobar por sus propios ojos si aquello era cierto.

—Este es sin duda el truco más rastrero que se le podría ocurrir a alguien. Eres un hombre malvado, enfermo y desagradable. Me recuerdas al protagonista de *Memorias del subsuelo*. Estoy segura de que tú también tienes problemas de estómago.

Apuró su cerveza y dijo que tenía que marcharse.

—Espero que esto te libere de alguna forma.

Le pedí al camarero otra cerveza y me quedé allí bebiendo una hora más como el hombre más malvado, enfermo y desagradable del mundo. Podía haber ido a buscarla y pedirle que se olvidara de todo. Pero no lo hice.

Un mediodía Be me dijo que había quedado con Anita, que pensaba ir a su casa a darse un baño y que volvería por la noche. Sabía lo que eso significaba. Yo estaba en el dormitorio cuando se marchó. La escuché decir adiós. Salió con una bolsa de playa en la mano. Anita la recogió en la puerta de nuestra casa. Se dieron un beso en los labios y el coche de Anita desapareció ronroneando por las calles de la colonia. Esperé una hora al menos para llamar a Eli. Le di el número de Tomás —lo tenía desde aquella vez que había querido que le presentara a un *dealer* que le suministrara hierba de forma regular— para que le llamara y le dijera que estaban en su casa. Le pedí que fuera brutal y grosera.

—Le diré que su mujer tiene la lengua metida en el coño de su amiga —dijo Eli—. ¿Eso te parece lo bastante vulgar o quieres escribirme lo que tengo que decir?

Le respondí que era una buena frase.

—No quiero volver a saber de ti —dijo Eli como despedida.

No me importó. Yo tampoco esperaba volver a verla.

Eli usó el teléfono del bar que estaba justo frente a la librería en la que trabajaba. Cruzó la calle sobre las cinco de la tarde, cuando el calor aún mantenía a los habitantes de la ciudad dentro de sus casas o sus oficinas. Le pidió al camarero que le dejara hacer una llamada. Tenían cierta confianza. Le contó que quería darle una lección a un tipo que se había acostado con ella y la había dejado tirada de mala manera, y que no podía usar su móvil. El camarero sacó el teléfono fijo, lo dejó encima de la barra y se marchó a la cocina para que hablara tranquilamente. No había ni una sola persona en el bar ni tampoco pasaba nadie por la calle. Eli se dijo que era el ambiente perfecto para destruir la vida de una persona.

Tomás estaba en su oficina. Cuando Eli colgó, se sintió repentinamente indispuerto. No tenía por qué creer a aquella mujer que ni siquiera había dado su nombre. Marcó el número desde el que había recibido la llamada. Eli todavía estaba sentada en un taburete. Bebía un refresco con mucho hielo. El camarero le dijo a Tomás que aquello era un bar, que allí no trabajaba ninguna mujer, que no sabía de qué le estaba hablando y le colgó. Eli y él se rieron un buen rato. El camarero intentó iniciar otro tipo de conversación con ella. Eli le dijo que tenía que trabajar y volvió a cruzar la calle.

Tomás pensó que aquello era una broma y trató de concentrarse en su trabajo. A veces nos agarramos a una realidad vieja aunque ya no exista. El mapa del mundo de Tomás había cambiado aunque él se negara a verlo. Un rato después le dijo a su secretaria que no se encontraba bien y que se marchaba a casa. En el aparcamiento de la empresa estuvo mucho tiempo dentro de su coche.

Cuando dos días después Anita rompió su relación con Be, le ocultó la imagen de Tomás llegando a casa aquella noche, después de la llamada de Eli, entrando en el salón, dejando caer su maletín de cuero en el suelo de cemento gris y diciéndole que tenían que hablar. Su rostro estaba desencajado y su piel había tomado ese tono amarillo del que sufre una prolongada enfermedad del hígado. Se sentaron uno frente al otro. Tomás le contó que había descubierto que su relación con Be era algo más que amistad, que eran amantes, que se metían juntas en las camas de discretos hoteles funcionales del centro de la ciudad.

—¿Cómo? ¿Quién te ha dicho eso? —preguntó ella sobreactuada.

—Eso da igual ahora. Lo sé. Sé que es verdad. Hoy habéis estado juntas aquí mismo. —Y después preguntó—: ¿Eres lesbiana? ¿Es eso?

—No —afirmó rotunda.

Aquella respuesta alivió de alguna manera su estado emocional y suavizó la sensación de fracaso que le había acompañado desde que había dejado las oficinas de su empresa bajo el pretexto de un agudo malestar intestinal. Sin embargo, la ira seguía oculta en el tono bajo de su voz y en algunos de sus gestos. Anita estaba aterrorizada. No esperaba que Tomás pudiera agredirla. Nunca había sido un hombre violento. Pero su matrimonio estaba a punto de destruirse. Había sido descubierta cometiendo una infidelidad y de repente se preguntó si había merecido la pena. Sintió remordimientos, se arrepintió. Y pensó en los cientos de veces que había criticado y se había quejado de lo que tenía, y ahora no quería perderlo. Y eso fue lo que le provocó terror. No habría podido gritar aunque hubiera querido.

Tomás le dijo que no quería un escándalo. No cuando estaban a punto de promoverle a un puesto superior. Que en aquellos momentos alguien se enterase

de que su mujer tenía una relación fuera de su matrimonio y que su amante era otra mujer podía ponerle las cosas difíciles. Se vería obligado a pedir el divorcio, acabaría con Anita, la dejaría sin nada. El otro camino que podían seguir era que ella dejara aquella relación, que rompiera con Be, que se mantuviera alejada de los rodajes por un tiempo y, sobre todo, que lo hiciera de la forma más discreta que pudiera. Estaba dispuesto a hacer lo que ella quisiera. A consultar a un psicólogo, a someterse a un tratamiento, si era necesario se remangaría y se pondría a reconstruir su matrimonio allí en aquel mismo momento. Anita no tardó en darle un sí por respuesta. Se hizo de noche mientras bebían un par de copas de vino. Anita le contó su historia con Be. Apenas fue un relato notarial de fechas y momentos, y trató de minimizarlo todo lo posible. Y aunque Tomás se dio cuenta de que le seguía mintiendo, prefirió aceptar esa nueva realidad. No quería saber los detalles más perturbadores de la historia cuando tenía que aferrarse a su lado más racional para conservar el equilibrio.

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana.

—No le digas que yo lo sé —le dijo Tomás a Anita—, será mejor.

En el fondo, temía que Be se presentara un día en sus oficinas. No sabía muy bien por qué, pero se imaginaba a Be como a esa clase de personas un poco desequilibradas que no sienten ningún respeto por las normas del comportamiento social. Después de algo así, su matrimonio y la infidelidad de Anita estarían presentes en las conversaciones de todos los trabajadores de la empresa, desde los consejeros hasta los becarios. Tendría que dejar su trabajo. Abandonar el esfuerzo de los últimos diez años.

—Necesito una ducha —dijo Tomás, y se fue hacia el baño como un hombre que hubiera pasado diez días solo y sin agua en un desierto y encuentra un charco sucio.

Aquella noche Anita no pudo dormir. Ni siquiera entró en su dormitorio. Cuando se dio cuenta de que Tomás no saldría del cuarto, se fue al jardín y se recostó en una tumbona de madera de la terraza mirando hacia la oscuridad nocturna. Desde allí vio amanecer, cubierta por una ligera manta y acompañada por dos botellas vacías de un vino que guardaba para una ocasión especial. Qué mejor ocasión que aquella. Durante esa noche dedicó una parte del tiempo a pensar en quién se lo habría contado a Tomás. Se imaginó que era algún conocido y estaba segura de que era la consecuencia de lo que había ocurrido en la fiesta de su última producción. Alguien las había visto. Y entonces maldijo a Be por haberla puesto en esa situación. La culpa era de Be.

Se encontraron en un café del centro que estaba cerca de la oficina de la productora donde ambas habían trabajado durante tantos años. Y allí Anita le

dijo que no podían seguir viéndose, que lo suyo se había terminado.

—No quieres a Tomás. Me lo has dicho un millón de veces. ¿Por qué vas a seguir con él? —le preguntó Be.

Durante aquel tiempo de relación habían hablado en muchas ocasiones sobre ese tema. Anita le había contado que no sabía por qué se había casado con Tomás y que incluso la noche antes de su boda había llorado junto a un puñado de amigas de aquella época y les había contado que pensaba que estaba cometiendo el error más grande de su vida. Y durante aquellos años había pasado por momentos regulares y otros peores, pero no se acordaba de cuáles eran los realmente buenos. Y su fantasía, cuando estaba desnuda bajo las sábanas, abrazada al cuerpo de Be, era que podrían huir juntas a algún lugar, o que se separaría y vivirían en un apartamento del centro, o que haría cualquiera sabe qué cosa para poder dormir juntas en la cama cada noche. «Quiero acostarme contigo cada noche de mi vida y despertarme contigo cada mañana», le había escrito en una nota Anita una vez. Be le dijo que aquel era el momento de hacerlo.

—No es por Tomás. Es por mí.

Anita le contó que aquellos años habían sido bonitos, pero que todos esos planes solo eran fantasías que se había hecho ella en los pliegues de las sábanas húmedas y que no quería esa vida, no quería vivir con Be en un apartamento, ni huir a un país lejano. Allí es donde tenía su vida. Y además, le dijo que tenía que pasar página, ella estaba confundida, se había confundido, eso era todo, quizá se había enamorado de Be, pero sabía que era pasajero porque aquella especie de fiebre ya se le estaba pasando, sí, había dejado de sentirla.

—Encontrarás a otra.

Be se levantó de la mesa y la abofeteó en la mejilla. Un golpe seco que hizo que todo el mundo en el café volviera sus cabezas. Anita, desconcertada, sentía las miradas de la gente clavadas en su espalda y pensó que lo mejor sería no moverse de donde estaba, no hacer ningún movimiento, ni siquiera el aleteo de una pestaña, y que eso la haría invisible. Be se sentó en la mesa frente a ella. Lloraba, las lágrimas silenciosas dieron paso a un llanto sentido, y Anita le cogió una mano y se la apretó con fuerza, y Be dio salida a toda la rabia que estaba retenida en su interior y la insultó y fue muy cruel con ella, y cuando las lágrimas ya se habían secado, su mirada se tornó dura como la de una piedra y le dijo que se marchara de allí, que no quería volver a verla, y que muy pronto se daría cuenta de que había perdido lo poco que valía la pena en su vida de mierda. Anita salió del bar con la cabeza agachada. Cuando la camarera se acercó, Be le pidió una copa de vodka con hielo y una rodaja de lima.

—A las nueve termina mi turno, por si no quieres estar sola —le dijo la camarera—. Puedes esperarme.

Aquella noche volvió a casa muy tarde. Yo estaba en la cama despierto y la escuché entrar tropezando con los muebles y caerse. Encendí la luz y bajé las escaleras y la encontré de rodillas sobre el suelo tratando de llegar al sofá para incorporarse. Me pidió que la llevara al baño y allí vomitó la media botella de vodka que se había bebido desde la media tarde. La lavé, la desvestí y la metí en la cama, y la abracé mientras lloraba y sus lágrimas mojaban la tela de la camiseta vieja que usaba como pijama.

—Te quiero —dijo en mitad de aquellos vapores alcohólicos—, eres el chico más valiente que me he encontrado nunca. El chico más valiente que ha pisado esta tierra. Y por eso te quiero y por eso no dejaré que te vayas a ninguna parte, porque siempre quiero estar contigo.

Y así se durmió, agotada después de haber gastado hasta su última lágrima. La observé durante unos minutos. Su bonito y exótico perfil recortado contra el blanco de la almohada, iluminado solo por la luz de la calle que entraba a través de la ventana abierta. Parecía tranquila y en paz, y era totalmente ajena al movimiento con el que yo había trazado su destino. Corrí los visillos, que se movieron agitados por una ligerísima brisa, y salí del dormitorio. Cogí una cerveza fría de la nevera, salí al jardín y me senté en el más alto de los escalones de la terraza con las plantas de los pies desnudas sobre la fresca hierba. El aspersor del riego automático había saltado unos minutos antes y de la tierra subía un húmedo y frío vaho. Eché de menos un cigarrillo. Me sentía tan excitado como si me hubiera metido dos o tres de los tiros de Eli. Había cumplido su palabra. Me dieron ganas de hablar con ella o de enviarle un mensaje, pero no lo hice. No podía hacerlo. Me levanté y caminé sobre la hierba mojada tratando de desbrozar en el discurso étlico de Be datos puros que me permitieran imaginar cómo había sido la escena de su ruptura en aquel café, y me di cuenta de que en ningún momento había mencionado a Tomás. Anita no le había hablado del motivo real de su ruptura. Y sonreí. No había imaginado que aquella variante pudiera darse, pero realmente era mucho mejor para mí. Que Be ignorara el motivo real de su ruptura me dejaba realmente a cubierto entre las sombras, y era una garantía de que Anita no volvería con ella. Y aunque sabía que Be aún no daba la batalla por perdida —eso era lo que había en sus ojos, el destello de los fuegos todavía encendidos—, realmente había perdido la guerra. Lo suyo estaba muerto. Be aún tenía que caer más, y yo estaría ahí para recogerla. Y podría mentir, pero la verdad es que estaba orgulloso de lo que había hecho. Quizá, solo quizá, aquel era el último episodio de una temporada y nos esperaba un nuevo comienzo.



Sin embargo aquella fue la primera noche de un nuevo final.

Después de su ruptura con Anita, rechazó un trabajo que le habían ofrecido como jefa de producción en otro largo. Dijo que no se encontraba bien y que necesitaba descansar. Y eso fue lo que hizo. Durante la siguiente semana se levantó a media mañana, se dedicó a organizar la casa y sus propios papeles, cocinó, tomó el sol en el jardín al lado de la pequeña piscina, y por la noche leía o veía programas en la televisión hasta muy tarde. También lloraba a escondidas.

Una de aquellas tardes estaba tumbada sobre nuestro trozo de hierba junto a la piscina, y yo, a su lado, creo que meditaba sobre alguna cosa de trabajo o a lo mejor mi madre ya me había llamado para decirme que debían extirparle la próstata a mi padre, cuando de repente se volvió y llamó mi atención la forma en la que se me quedó observando.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Estoy pensando. Creo que serías un buen padre.

Siempre habíamos evitado ese tema. Ella sentía pánico a ser madre. La aterraba morir cuando su hija o su hijo apenas tuviera unos años e imaginar que se quedaría solo en el mundo o al cuidado de personas extrañas —como le había pasado a ella— y que sufriría una infancia y una juventud desgraciadas. El tema de la maternidad era tabú en nuestra relación. Y fue realmente sorprendente que en mitad de una tarde, con la sombra del viejo árbol de la esquina del jardín proyectándose sobre nuestros cuerpos tumbados en la hierba, dijera aquello. Le pregunté si estaba embarazada y ella se rio de esa forma que me gustaba tanto.

—No, nada de eso. Solo me estaba imaginando a un bebé en tus brazos y pensaba en cómo le cuidarías y le protegerías y no dejarías que le pasara nada malo. Y eso me ha hecho feliz.

—¿Quieres que tengamos un bebé?

—Quizá es el momento.

Rodó sobre la toalla para acercarse a mí y su cara apareció a escasos centímetros de mi mirada y se distorsionó. Nos besamos y nos reímos, y estuvimos hablando de cómo sería y bromeamos con los nombres que le pondríamos, y durante el resto de la tarde fui muy feliz.

Tendría que haber insistido para que me acompañara a pasar aquellos días en la costa con mis padres. Se lo propuse y ella —estaba muy morena y el cabello se le había aclarado por el sol— levantó la vista de una novela que acababa de comenzar, ladeó la cabeza y apretó los labios. Entendí que pasar unos días en los pasillos de un hospital, escuchando las malhumoradas quejas de mi padre y manteniendo con mi madre una dura lucha por el lugar de privilegio en mi vida, no era el plan que más le podía apetecer. Aquel gesto bastó para que recogiera mi propuesta y me la metiera en el bolsillo trasero del pantalón. Serían solo cuatro o cinco días como mucho, pensé. No imaginé lo que podía suceder. Estaba tan pendiente de otros asuntos —de la enfermedad de mi padre, de la venta de un proyecto para una serie de televisión, de volver a tener un éxito en mi carrera— que perdí la visión perimetral. Be se me escapó del plano y ni siquiera me di cuenta de que el fuego seguía ardiendo.

Una mañana, cuando ya estaba en la costa, mientras acompañaba a mi padre en una pequeña y soleada habitación de la segunda planta de un hospital donde le habían operado y extirpado un pequeño tumor benigno de la próstata, Be fue a ver a Anita. Aquella mañana mi mujer llegó hasta la casa de su ex amante en un taxi. Se había vestido con unas sandalias de cuero que se ataban al tobillo, el pantalón vaquero que ella misma se había cortado por debajo del culo y una camisa muy bonita de un color beis casi transparente. Llamó al interfono de la puerta de la calle —uno de esos con una cámara incorporada— y esperó. Repitió esa misma operación dos o tres veces más, y después comenzó a hablar en un tono de voz muy alto, casi gritando, como si Anita pudiera escucharla. Atrajo la atención de un par de personas que pasaban por la acera y una de las vecinas telefoneó a Anita para avisarla de que había «una amiga suya» en la puerta de su casa. Había escuchado la llamada de Be, pero no pensaba abrir. No tenía ninguna intención de volver a verla. Necesitaba apartarse de ella. Las últimas llamadas, las que se habían cruzado durante las últimas semanas, le habían producido una profunda angustia —había empezado a ir a un terapeuta, pero ni siquiera atiborrada de pastillas conseguía tranquilizarse— que no deseaba seguir sintiendo.

Colgó el teléfono disculpándose con su vecina —estaba haciendo sus ejercicios mientras escuchaba música—, se dirigió a la puerta y abrió a Be. Tan solo unos días antes aquellas dos mujeres se hubieran abrazado, besado y acariciado, y en el caso de estar solas —como lo estaban en ese momento—, quizá hubieran decidido pasar a algo más íntimo. Sin embargo, aquella mañana y a pesar del calor intolerable, una corriente de aire glacial las separó como un río invisible, cada una en una orilla. Anita, cruzando sus brazos sobre el pecho, le dijo que no tenía sentido que hiciera esas cosas, no volvería con ella. Be no

estaba allí para pedirle que volviera. Quería cerrar el asunto. Le dijo que se sentía estafada. Anita le había mentido una y otra vez a lo largo de aquellos años de relación. Le había mentido como un viejo empresario le hace promesas a su secretaria para que se acueste con él. Todas aquellas historias sobre lo infeliz que era en su matrimonio, sobre sus carencias, lo muerta que se sentía cuando volvía a su casa, eran mentiras. Cuentos que Be se había creído y que habían conseguido que tuviera esperanzas y se imaginara un futuro común.

—Hubiéramos sido felices.

—Tú lo jodiste todo —le dijo Anita con rabia—, tú lo jodiste en aquella fiesta.

Be la observó con una mezcla de asombro y vértigo. Anita le contó que su comportamiento en aquella fiesta —su escandalosa forma de actuar— había levantado un millón de comentarios. Y alguien, alguien que la odiaba y deseaba castigarla, había llamado a Tomás y le había contado lo suyo.

—¿Quién? —preguntó Be.

—Alguna de esas brujas de la oficina. Solo sé que fue una mujer.

Anita creía que Tomás las había estado observando, siguiendo, vigilando durante días hasta que había reunido las pruebas de que eran amantes. Sabía que se habían acostado allí mismo, en su cama de matrimonio. Y no había sido tan comprensivo como yo. Le había dado a elegir. Y ella había elegido quedarse con él. Pero la culpa era de Be.

—Podíamos haber seguido como estábamos. Pero tú lo jodiste.

Be dejó atrás más lágrimas, ira y dolor, y salió de nuevo al sol de la mañana. Le había pedido al conductor del taxi que la esperara. Sabía que lo que tenía que decir no le llevaría mucho tiempo. Se hundió en el asiento trasero y guardó silencio durante gran parte del camino. Cuando estaban a punto de entrar en la ciudad, cambió de opinión y le dio al conductor una nueva dirección. Be no había dado crédito a la historia de que alguien de la productora pudiera haber hecho esa llamada a Tomás. Tampoco recordaba que se hubieran mostrado de una forma tan lasciva como para herir alguna conciencia. Mientras bloques de oficinas y otras construcciones y grupos de árboles dispersos ocupaban durante un instante su mirada perdida al otro lado de los cristales de la ventanilla del coche, se dijo que aquella parecía una acción de otro tipo, y pensó en mí. Pensó en mí y se estremeció. Se preguntó si yo habría tomado la decisión de acabar con su relación con Anita de esa forma tan mezquina y rastrera. Solamente con formular aquella pregunta se le llenó la boca de un sabor amargo y deseó poder escupir. Quiso borrar esa idea de su mente, enterrarla en un lugar muy profundo, pero no pudo. Se dijo a sí misma que no podría vivir con aquella duda anidando

en su interior y que debía enfrentarse a ella cara a cara. Una mujer había llamado a Tomás. Y entonces pensó en Eli.

No recuerdo que yo le hubiera contado dónde estaba su apartamento o que le hubiera dicho que a veces la esperaba a la puerta de su trabajo —fui mucho menos explícito que ella a la hora de narrarle mi aventura de lo que ella fue a la hora de contarme cómo se lo hacía con Anita—, pero sí le di unos pocos detalles sobre la calle donde estaba su apartamento, el local donde solíamos quedar o la librería en la que trabajaba. Y fue a este último lugar adonde decidió ir. Atravesó la puerta de la librería y sintió con alivio la atmósfera artificial producida por el aire acondicionado. Se detuvo y miró a su alrededor. La tienda estaba casi vacía. Solo unos cuantos clientes curioseaban por las mesas de novedades y un par de dependientes hablaban en voz baja junto al mostrador mientras repasaban los listados de los pedidos que habían recibido. Fue directamente hacia ellos y les preguntó por Eli. Uno de los dependientes la observó y con una sonrisa amable le informó que la encontraría subiendo una escalera al fondo del local. En el piso superior Eli sustituía ejemplares de libros sin éxito por otras novedades que esperaba que interesaran más a los lectores. Cuando Be subió el último escalón, Eli levantó la vista y la observó acercarse lentamente pero decidida entre las mesas abarrotadas de libros. Estoy seguro de que en aquel momento le hubiera encantado encenderse uno de esos cigarrillos que guardaba en un paquete arrugado del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Qué hacéis con todos esos libros? —preguntó Be.

—Unos cuantos van a otras tiendas, otros se dirigen al mercado de segunda mano y terminan vendidos como saldos. La mayoría acabará en un almacén y después los convertirán en pasta de papel para fabricar otros libros.

—Qué triste —exclamó Be cogiendo uno de los ejemplares y acariciándolo con la mano como si fuera un pequeño animal herido—. Tanto esfuerzo tirado a la basura.

—Piénsalo de esta forma —dijo Eli—, quizá alguno de ellos se reencarne en un auténtico *best seller* o en obra maestra de la literatura universal.

Be afirmó con la cabeza y volvió a dejar el libro que había cogido sobre la mesa.

—¿Cómo me has encontrado? —le preguntó Eli.

—Alguna vez me habló de ti. Recordé que me contó que a veces venía a buscarte a la librería y que te acompañaba caminando hasta tu casa. Tenía la opción de irte a buscar allí o de esperarte aquí.

—Claro —dijo—. Olvidé que entre vosotros dos no hay secretos. ¿Qué ocurre? ¿Él está bien?

—Sí, bien. Está en la costa —dijo Be sin saber muy bien por qué—. Han operado a su padre. De algo sin importancia. Pero quería estar con él.

Eli sonrió. Be lo notó y se preguntó qué era aquello que tenía tanta gracia.

—Tiene un poderoso sentido del deber. Me quedé embarazada. —Y al ver la cara de sorpresa de Be ladeó la cabeza—. No era suyo. Me acompañó a la clínica y estuvo los dos días siguientes a mi lado. Y estaba, creo, más jodido que yo. Tuve que decirle que se marchara, y aun así me llamaba cada dos por tres para preguntarme cómo me encontraba. Le pedí que dejara de hacerlo. Que no era bueno para ninguno de los dos.

—¿Y no habéis vuelto a veros desde entonces?

Eli mintió. Negó con la cabeza y exhaló el aire de sus pulmones como si se sacase de dentro el humo de la calada de un cigarrillo imaginario.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero saber... —empezó a decir, pero se detuvo—. No sé cómo plantear la pregunta. Hace un par de semanas alguien llamó al marido de mi amante y le contó lo nuestro. Sé que no fue él, pero quiero saber si te lo pidió a ti.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? Teníais un acuerdo que funcionaba. A él no le importaba que tuvieras una amante. A lo mejor, si le hubieras propuesto que vivierais los tres juntos en la misma casa, habría aceptado. De hecho, creo que habría aceptado cualquier cosa que tú le propusieras con tal de no perderte.

Be se preguntó qué estaba haciendo. Eli le decía la verdad —y ella sabía reconocer cuando alguien le estaba diciendo la verdad—, y todos aquellos pensamientos que la habían torturado de repente no tenían ningún sentido. Todas aquellas sospechas que se habían ido formando en su cabeza le parecieron ridículas y sintió vergüenza por estar allí. En ese momento quiso darse la vuelta y, sin decir palabra, alejarse sin importarle lo que pensara Eli, pero le pareció que aquello sería aún más bochornoso.

—No ha sido el primer hombre casado con el que me he liado, pero nunca me había pasado nada parecido. Me utilizó para darte celos, para que pensaras que yo ponía en peligro vuestra relación, o quizá fue para tratar de infligirte el mismo daño que tú le causabas a él. Cuando se dio cuenta de que eso no era posible, perdió interés por mí. Y el final, como se dice, estaba cantado. Es curioso, pero te fue infiel para demostrarte cuánto te quiere.

—Yo también le quiero —dijo Be con firmeza—. Es posible que no entiendas lo que hay entre nosotros. Mucha gente no lo entiende. Pero eso da igual. A nosotros nos da igual.

—¿Estás segura de que él piensa lo mismo?

—Escucha —dijo Be subrayando las palabras—, le conozco mejor que ninguna otra persona en el mundo. Nada de esto es nuevo para mí. Y tú deberías

dejar de juzgarme y de hacer lo mismo con él. No seas tan condescendiente.

—Lo siento si te he herido —le contestó Eli en un tono que no dejaba duda de su ironía.

—Ya lo entiendo. Para que él sea un héroe bondadoso, yo tengo que ser la mala de la película. Esa es la historia que te has montado en la cabeza. Créeme que no es así. O al menos, no del todo. No voy a darte más explicaciones. Nos va bien. A pesar de todo lo que el mundo piense de nosotros, nos va bien. Gracias por todo.

Be se dio la vuelta hacia la puerta de salida de la segunda planta de la librería. Y entonces se produjo el giro, y no sé exactamente o quizá sí lo sé: creo que Eli reaccionó a esa manifestación de superioridad que Be acababa de demostrar frente a ella. Aquellas últimas palabras habían herido su orgullo y no pudo reprimirse.

—La intuición que te trajo aquí es cierta —dijo con voz clara—. Fui yo quien llamó al marido de tu amante y le contó lo vuestro. Y lo hice porque él me pidió que lo hiciera.

Be detuvo sus pasos, giró la cabeza y lanzó una mirada por encima de su hombro como si no hubiera escuchado bien y tratara de comprobar si la otra mujer seguía todavía allí.

—Esa es la respuesta a la pregunta que traías cuando entraste por esa puerta. Le dije que no mentiría por él. Y he estado a punto de no cumplir mi palabra.

Eli había cruzado la línea, así que ya lo había perdido o lo había ganado todo y quería disfrutar de la sensación de superioridad, en ese único momento que le brindaría la vida de quedar por encima de Be. Recordó, de una forma inconsciente quizá, aquella vez en que vio a Be cruzar la puerta de la galería de arte y lo deslumbrantemente hermosa que le pareció, y lo imperfecta que se sintió al compararse con ella. Aquella noche la había observado durante un tiempo y había visto cómo muchos hombres y también algunas mujeres giraban y giraban a su alrededor como cuerpos celestes atraídos por la gravedad de un planeta que ya no podían abandonar su órbita. De hecho, se había sentido tan mal consigo misma que había tenido que salir a fumar a la calle, y allí fue donde me encontró. Saber que yo estaba casado con Be había despertado su interés hasta un nivel casi obsesivo, y no había parado hasta que había conseguido meterse mi sexo en la boca. Acostarse conmigo, conseguir que le fuera infiel a Be, había sido su gran victoria, y enterarse de que Be lo sabía todo, su gran derrota. Y aun así, todavía estaba a tiempo de conseguir la victoria final, y no dudó en clavar el cuchillo hasta la misma empuñadura.

—Lo hice porque me pareció una petición tan desesperada que me di cuenta de que nunca antes había conocido a otra persona que sufriera tanto. Le dije que me daba asco hacer algo así, pero lo cierto es que me sentí bien cuando colgué el teléfono. Deberías haberle dejado hace tiempo, haber sido más honesta con él y contigo misma. Hubiera sido mejor. No le hubieras obligado a humillarse de esa manera.

—Pero ¿por qué me lo has dicho? —balbuceó Be.

—Él es como uno de estos libros que acabarán siendo destruidos para fabricar otros. Pensé que le estaba dando la oportunidad de un nuevo comienzo, pero no creo que contigo sea posible. Sé que volverías a hacerle daño. Ahora que sabes lo que ha hecho, ya no serás capaz de volver con él, ¿verdad?

Salió a la calle. Hacía tanto calor que las lágrimas se le secaban mientras resbalaban por su mejilla. Volvió a casa y se preguntó si debía recoger sus cosas y empaquetarlas y marcharse de allí antes de que yo volviera. Comenzó a escribirme una carta. Fue entonces cuando Diego telefoneó. No quería contarle nada. Y sin embargo, mientras hablaban se le quebró la voz y dejó escapar un pequeño gemido, y cuando Diego le preguntó si se encontraba bien, ella susurró que nunca se había encontrado tan mal. Diego le preguntó qué había ocurrido.

—Algo horrible —le contestó.

Y a continuación le anunció que iba a abandonarme, que no podía hacer otra cosa, que iba a acabar con lo nuestro. Cuando colgó el teléfono, intentó seguir escribiendo, pero se dio cuenta de que no tenía sentido y arrugó el papel y lo lanzó hecho una bola contra la papelera, aunque falló y la bola se quedó perdida al lado de unas cajas de cartón que contenían viejos manuscritos y que yo había acumulado al lado de la estantería.

Diego tocó el timbre de la puerta de nuestra casa una hora después de que colgara el teléfono. Hacía mucho calor. Las ventanas estaban abiertas y las persianas bajadas, y el interior de la casa en penumbra, como si fuera un lugar en mitad de la selva. Be abrió un par de cervezas. Se sentaron en el salón y entonces Diego, después de un par de tragos y un silencio incómodo, preguntó qué era lo que había pasado.

—Anita me dejó, ¿sabías eso? —le informó.

Diego afirmó con la cabeza y musitó un «lo siento», y ella le dijo que era muy amable y sonrió con tristeza.

—Lo que no sabes es el motivo. Yo lo he averiguado esta tarde. Me apetece fumar. ¿Me das un cigarrillo?

Se había recogido el pelo y estaba descalza, con las piernas recogidas hacia un lado, y el humo del cigarrillo revoloteaba en las bandas de luz y después desaparecía misterioso en la oscuridad cuando comenzó a hablar. Le contó que



ese día había descubierto que yo era la persona más miserable que había conocido, que aquella traición inesperada le había roto el corazón, y con ella, la relación que había vertebrado los últimos diez años de su vida se había acabado. Y sentía muchísimo dolor y también tenía muchísimo miedo. Aquella no era como las otras veces en las que nuestro matrimonio había caminado por el filo de la navaja. Esta vez ella no tenía ninguna confianza.

—Pero qué otra cosa puedo hacer —dijo—. No puedo volver a mirarle a la cara. Cada vez que lo hiciera me recordaría lo que ha hecho. Le odiaría. Y después, cuando el odio fuera un sentimiento demasiado puro, le despreciaría. Yo no sería mejor que él si me quedara a su lado.

Lloró. Y se secó las lágrimas y volvió a llorar.

—Quédate un rato más —le pidió Be—, prepararé algo de comer y después beberemos. No quiero estar sola.

Diego ocupó mi lugar junto a la mesa de madera de la cocina mientras Be preparaba una ensalada. Abrieron una botella de vino y se la bebieron prácticamente antes de salir de la cocina, y después otra mientras comían en la mesa del jardín. Hablaron del pasado. Diego le confesó un secreto que había guardado durante diez años.

—Ibas sentada en el suelo de un vagón de aquel tren ligero que nos llevaba a la Escuela. Le contabas a alguien una historia de una chica que se masturbaba en un baño público. Aquel día, al volver a mi casa, usé tu historia para escribir el guion del corto que luego presenté al concurso de final de carrera. No gané y nadie se enteró nunca. Tú eres la primera persona a quien se lo cuento. Creo que es lo justo por copiarte la historia.

Be sonrió. Ya no se acordaba de esa historia ni de las personas con las que iba en el tren, ni sus nombres, ni sus caras. Lo único que recordaba era que me había visto a mí observándola a través del espacio libre entre los dos asientos. Quiso apartar esa imagen de su cabeza y expresó el primer pensamiento que cruzó por su cabeza.

—Quizá si hubieras sido tú el que ganara aquel premio en la Escuela, ahora podría estar contigo.

—Yo dirigí aquel corto y tú ni te fijaste en mí —le contestó Diego.

Fumaron, hablaron y bebieron más. Be se levantó de la mesa y recogió los platos. Diego le dijo que la ayudaría. Be le contestó que no hacía falta, que podía terminar su cigarrillo con tranquilidad, y eso fue lo que hizo. Mientras ella entraba en la cocina, él esperó en el jardín. Se levantó de la mesa y estiró las piernas y se dio cuenta de que la erección que había tenido durante gran parte de la conversación ya había desaparecido, y se sintió aliviado de que ella no la hubiera notado, y se dijo a sí mismo que marcharse era lo correcto, lo que debía

hacer. Y se habría ido en aquel mismo instante si ella hubiera salido a recoger el resto de los platos. Le habría dado un beso en la mejilla, atravesado el jardín, rodeado la casa, salido a la calle y se habría marchado. Pero ella no volvió, y cuando se asomó a las cristaleras del salón, la vio en la cocina trasteando con los platos. La observó en silencio, como si ella no supiera que estaba allí, y por un momento imaginó que aquella escena formaba parte de su vida cotidiana y le gustó. Se fijó en que iba descalza y en la camiseta corta y ligera que vestía y en la soltura con la que se movía por la cocina, y le pareció que nunca la había visto tan bonita.

A ella no le hacía falta mirar para saber que estaba siendo observada. Se acercó a la pila de mármol blanco, mojó su mano y después apartó su pelo y se frotó la nuca con el agua fría. Un tirante de la camiseta de verano que había elegido con mucho cuidado aquella mañana resbaló sobre su brazo y no hizo ningún gesto para recogerlo. Escuchó los pasos de Diego atravesando el salón, el tintineo de las copas de vino y de la botella vacía entre sus manos, y percibió el efecto de la sombra cuando él entró en la cocina y se interpuso entre la luz y ella. El agua manaba del grifo abierto y caía sobre los platos de la cena. Tenía las palmas de las manos apoyadas sobre el borde del fregadero. Diego dejó los platos sobre la mesa y se quedó un paso detrás de ella. Vio el tirante caído de su camiseta y con suavidad lo cogió y lo puso en su lugar. Ella giró la cabeza y le miró por encima del hombro. Él la tomó por la cintura y hundió la nariz en su pelo.

—No quiero irme —dijo él.

—No lo hagas.

Ella le dio la mano y le arrastró —de alguna forma— fuera de la cocina, y juntos subieron las escaleras haciendo crujir la madera. Se desnudaron y se tendieron encima de las sábanas. Lo hicieron un par de veces, y después de eso Be le dijo que era mejor que se marchara, y él, obediente, hizo lo que ella le pedía y abandonó nuestra casa.

Un rato después le escribió un mensaje. Le decía que todavía tenía su sabor en los labios y que no podía pensar en otra cosa desde que había dejado nuestra cama. Quería volver a verla. Be le dijo que necesitaba tiempo. Él le escribió que la esperaba otra media vida. Ella encontró el pequeño *pen drive* a un lado de la cama, bajo su camiseta. Sonrió.

Dejó la camiseta, los pantalones cortos y las bragas en el suelo del dormitorio, se preparó un último vodka con hielo y lima, y se sumergió en el agua fría de la piscina con el vaso en la mano. Creo que quería disfrutar por última vez de cada uno de los espacios de la casa y que, después de la piscina y

el jardín, recorrió una a una las habitaciones, se sentó en ellas, en el suelo o sobre un mueble, y se fue despidiendo.

La telefoneé a media tarde. Hablamos muy poco. Le conté que estaba de camino. Ella me contestó que me esperaría. No noté un tono diferente en su voz, una duda, una nota de resentimiento, odio o animadversión. Le dije que tenía muchas ganas de verla y que la echaba de menos y quería volver cuanto antes, y ella respondió: «Yo también».

La biopsia del tumor en la próstata de mi padre había sido negativa y le aseguraron que tendría una buena recuperación. Aquel diagnóstico tranquilizó a mi madre y deshizo el fantasma de que tuviera que vivir sola el resto de su vida. Todavía era una mujer joven y, sin embargo, la idea de que mi padre desapareciera la aterraba. Durante esos días en los que habitamos salas de espera y pasillos del hospital y dormimos en incómodos sofás y sillones y comimos la pésima comida de la cafetería y nos turnamos para volver hasta su apartamento para ducharnos y descansar, me sentí más cercano a ella de lo que había estado nunca. Fue precisamente esa manifestación tan evidente de lo que necesitaba a mi padre lo que me hizo —aunque de una forma muy diferente— sentirla como una igual. Quizá aquello que sentía por Be, lo que iba más allá del amor, era uno de esos rasgos heredados de ella. Hablamos mucho durante esos cuatro días. Las conversaciones sobre la salud de mi padre, lo que se debía o no hacer, las hipótesis que iban surgiendo a medida que se sucedían los acontecimientos, dejaron grandes espacios libres para hablar de otras cosas también íntimas, y por primera vez en mi vida sentí que hablaba con aquella mujer como dos adultos.

—Es parte de la naturaleza humana —me dijo mi madre— hacer todo lo que está en nuestra mano por conservar a las personas a las que amamos. Es cierto que ese sentimiento es más propio de los padres respecto a sus hijos, pero también creo que puede llegar a darse entre parejas.

Y después citó unos cuantos ejemplos, y creo que ella, aunque no pronunció su nombre, se tomó como uno de ellos. No le confesé lo que yo había llegado a hacer por Be. En el coche, en el camino de vuelta a nuestra casa, fui pensando en aquella conversación sobre ser padres que habíamos tenido Be y yo, y me pregunté si podría tener alguna vez un sentimiento tan fuerte por otro ser humano, aunque fuera hijo mío. Algo que estuviera a la altura de lo que sentía por ella.

Aparqué el coche al lado de nuestra casa poco después de las siete de la tarde.

—Ya estoy aquí —grité al cruzar la entrada.

Las puertas acristaladas del salón estaban abiertas y el calor, aquel bochorno que parecía haberle dado peso al aire, también se había instalado en la

casa. La escuché caminar sobre el suelo de madera del piso de arriba. Pensé que no me habría escuchado entrar, y antes de subir me acerqué a la cocina y dejé la bolsa de viaje en el suelo. Todo estaba recogido. Abrí la nevera y bebí un largo trago de agua fría directamente de la botella y después subí la escalera y entré en el dormitorio. Ella llevaba el bonito vestido de verano de tirantes con grandes flores rojas sobre un fondo de color hueso que habíamos comprado en una tienda del centro. Le sentaba muy bien. Estaba preciosa. En el suelo había una maleta que alguien nos había regalado el día de nuestra boda y pequeños montones de ropa apilada sobre la cama.

—Hola —dije y, supongo que con la mirada llena de asombro, le pregunté —: ¿Te vas de viaje?

Una pregunta estúpida. En esos momentos siempre hacemos preguntas que tienen una respuesta evidente. Nadie vacía los armarios y todos los cajones de la cómoda y extiende toda la ropa, la de invierno y la de verano, sobre la cama a no ser que vaya a dar la vuelta al mundo.

—Me marcho. —Se apoyó sobre la cómoda y después de unos segundos añadió—: Para siempre.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco entiendo por qué hiciste algo así.

No fue necesario que siguiera hablando. Ya sabía que de alguna forma había descubierto lo que había pasado, que yo estaba detrás de la llamada a Tomás y de que su relación con Anita se hubiera ido por una alcantarilla. Y aun así, dejé que hablara, dejé que me contara cómo había sospechado de mí y cómo había ido a visitar a Eli y cómo esta le había confirmado que yo le había pedido que lo hiciera.

—Al principio trató de mentirme —dijo—. Te fue fiel. No quiso traicionarte. Al menos durante un rato. Y consiguió que la creyera, pero después..., después pasó algo, creo que no soportó que lo nuestro no hubiera acabado, y me contó la verdad.

Noté esa sensación tan reconocible en el estómago, como si estuviera cayendo de repente a bordo de un avión que se desploma en pleno vuelo o dentro de un ascensor o al mirar por la terraza de un edificio muy alto. Ya no tenía sentido negarlo, hubiera sido una estupidez muy grande, así que lo único que podía hacer era admitirlo y tratar de explicar por qué lo había hecho. En el fondo, sabía que todavía tenía en la manga una carta ganadora: había organizado todo aquello por amor.

—No podía soportarlo más —dije—, no podía pasar un día más pensando que durante tus ausencias estarías con ella, simplemente se me hizo muy cuesta

arriba seguir padeciendo esa situación un solo día más. Lo siento, pero solo quería recuperarte. Solo quería que todo fuera como al principio.

—Me has traicionado. No, es peor, nos has traicionado a los dos, has roto lo que teníamos. Yo creí que eras único, que eras especial, estaba muy orgullosa de ti. Por las noches, cuando me acostaba a tu lado, me sentía muy afortunada y daba gracias a la vida por haberme regalado a alguien como tú. No sabes lo doloroso que ha sido darme cuenta de que todo eso era mentira. De que eres como los demás.

—Acepté el trato para no perderte. Porque sabía que, si te dejaba ir, no volvería a recuperarte nunca, y tu ausencia hacía mi vida mucho peor de lo que es contigo en ella. Aunque sea a medias. Yo te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo.

—Yo también. Pero ya he empezado a dejar de quererte. Anoche hice algo para que tú también dejes de quererme a mí. Esta tarde me he follado a Diego —dijo—. He cometido una infidelidad que ni siquiera tú serás capaz de aceptar.

—No es verdad.

Señaló el *pen drive* que Diego había perdido al desnudarse de forma apresurada.

—Devuélveselo cuando le veas. —Y después me tendió su teléfono y añadió—: Por si te quedan dudas.

Los mensajes que se habían cruzado estaban allí escritos.

—Es una mierda sentirte traicionado, ¿verdad?

No era necesario aquel comentario. Le lancé una mirada de odio y me dieron ganas de abofetearla allí mismo. Ella hizo un gesto de tristeza, como si en aquel momento hubiera sido consciente de cuánto se había equivocado.

—Creo que lo mejor para los dos es que nos separemos. Me voy yo. No podría seguir viviendo en esta casa ni un día más.

—No —dije—, lo nuestro no puede acabar así.

Cogí su ropa interior y volví a guardarla en el cajón de la cómoda donde había estado siempre. Cogí sus vestidos y los colgué de nuevo en el armario, sus pantalones y camisetas volvieron a ocupar los estantes. Ella me gritaba, gritaba que dejara su ropa, que se iría igual, que no podría impedir que se marchara, que no quería volver a verme nunca más. Pero yo no me iba a detener por sus gritos. Seguí metiendo ropa en los armarios, lanzándola dentro sin ningún orden, y ella dejó caer los brazos y me miró con desesperación, y sus ojos me parecieron más grandes que nunca, y en sus labios había una mueca de una tristeza enorme y una impotencia casi igual de grande.

—¡Guárdala! Guarda todo de nuevo. No vas a conseguir nada. Me voy de todas formas —gritó, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Arrojé el montón de ropa que tenía entre las manos al suelo y corrí detrás de ella. Bajó las escaleras con rapidez, pero yo lo hice más rápido. Cuando aún no había dado ni un par de pasos por el salón, la agarré de un brazo.

—No puedes dejarme.

La bofetada me cogió por sorpresa. Trastabillé y, al dar un paso atrás, tropecé con la alfombra y estuve a punto de caer. Y aun así, antes de que pudiera llegar a la puerta, la agarré —creo que fue en ese momento cuando le rasgué el vestido— y la lancé sobre uno de los sofás, y me interpuse entre ella y la salida. Gritó que la dejara marchar y le dije que no saldría de allí hasta que termináramos de hablar. Ni empezamos. Me lanzó lo que encontró encima de la mesa —un cenicero con el que no conseguí acertarme y que estalló contra el suelo y se rompió en mil pedacitos— y yo la insulté. Mi boca era una herida por donde solo manaban insultos. Después cargó contra mí golpeándome en la cara y en el pecho —así me hice el arañazo del cuello—, y para terminar de vencerme y humillarme completamente, me dio un golpe con la rodilla en la entrepierna que me dejó doblado en el suelo. Salió por la puerta de la casa mientras yo me dolía con la frente apoyada en la madera y el estómago protegido con mis brazos. Me levanté como pude y llegué hasta el porche. Agarré una silla de hierro y la lancé contra el seto que Be había plantado. Hice lo mismo con la segunda silla. Y después me dejé caer sobre la tercera como el soldado que vuelve herido física y mentalmente arrastrándose hasta su hogar. Estaba allí con la mirada perdida en el infinito cuando un viento cálido me golpeó en la cara y penetró en la casa empujando las cortinas del salón, que a su vez tiraron al suelo una lámpara y algunas cosas, papeles, un libro que había olvidado Be sobre la mesa. Puertas y ventanas que permanecían abiertas se cerraron de golpe. El viento caliente produjo remolinos sobre el jardín y elevó en espirales montones de hojas secas. El sol se había ocultado y su luz apenas era capaz de traspasar las enormes nubes pintadas en todos los tonos de gris con aspecto dañino que avanzaban veloces. En la calle se escucharon gritos y protestas y a gente corriendo por las aceras, y en otros jardines se recogían cosas que la tormenta podía lastimar o echar a perder. Y como todos esperaban, el viento trajo ese olor a tormenta de verano, y un par de minutos después, quizá menos, se escuchó el primer trueno, y a continuación la primera gota de lluvia gorda y hermosa golpeó contra la superficie de la piscina creando una onda perfecta. A un par de metros de distancia, sobre la hierba, se estrelló la segunda y después la tercera; luego una avalancha de agua dividida en pequeñas unidades se precipitó sobre el jardín, la casa, la calle y la ciudad entera.

Di un par de pasos y dejé que la lluvia me golpeará en el rostro y en el cuerpo a cada segundo con mayor ferocidad. Lloré y mis lágrimas se unieron a

las del cielo. Como escritor, nunca se me habría ocurrido una secuencia mejor para acabar nuestra historia.

—¿Por qué no la siguió? —preguntó el inspector Driza.

—Llevo todo el día haciéndome la misma pregunta. Usted busca al culpable material de su agresión. Yo soy otra clase de culpable. Si hubiera ido a buscarla, si hubiera corrido detrás de ella, ahora probablemente no estaría tumbada sobre esa camilla. Debería haberlo hecho. Aunque sabía que todo estaba perdido ya. No habría vuelto ni suplicándoselo de rodillas, pero quizá hubiera evitado que quien le hizo eso se le acercara.

Driza guardó silencio. Después de que una enfermera nos hiciera abandonar el pasillo de la unidad de reanimación del hospital, volvimos a la cafetería. La tarde estaba cayendo y se habían encendido las luces y la instalación tenía un aspecto de cierta irrealidad. Cogió agua y unos sándwiches del autoservicio. Insistió en pagar él. Ninguno de los dos los tocamos. Durante la hora larga en la que estuve hablando, no me interrumpió con preguntas, pero tomó más notas en su libreta que en otras ocasiones. Ya no tenía nada más que contarle. El inspector descargó su mirada al final de la cafetería, donde el subinspector Frei paseaba de un lado a otro, hablaba por teléfono, e imaginó que chasqueaba la lengua. Se había levantado unos minutos antes de la mesa, justo después de que yo les hubiera contado que Eli había llamado a Tomás y le había informado de que su mujer le era infiel.

—¿El marido de Ana Vélez sabía que su mujer y ella mantenían una relación? —me había preguntado el inspector.

—Claro —le contesté—, esa fue la razón por la que Anita rompió con ella.

Driza consultó las notas de su libreta a pesar de que recordaba perfectamente el momento en el que Anita le había pedido que no informara a su marido porque él no sabía nada de todo aquello. Anita le había mentado. Frei dijo que haría una llamada y se levantó de la mesa. Mientras el inspector y yo seguíamos hablando, Frei le pidió a un miembro de su grupo que examinara de nuevo las grabaciones de la cámara de tráfico instalada sobre el puente y que buscara el coche de Tomás. Había anotado su matrícula, guiado por una especie de instinto, en la entrada del hospital. Cualquier vehículo que quisiera entrar o



salir de la antigua colonia tenía que pasar por allí. Unos minutos más tarde recibió la llamada.

—Se identifica claramente la matrícula del coche —le explicó el policía—. Cruzó el puente ayer por la tarde casi de noche, ya había comenzado a llover, y vuelve a hacerlo en sentido contrario una hora después.

—¿Puedes ver al conductor?

—Sí. Es un hombre. Corpulento. Chaqueta y corbata.

El subinspector Frei le pidió a su compañero que leyera la matrícula del coche y que volviera a consultar la identificación del propietario y su domicilio en la base de datos. Cuando tuvo la confirmación, se acercó de nuevo a la mesa con paso vacilante, como si estuviera pisando cristales, y se sentó a nuestro lado. No dijo nada. Solamente afirmó con la cabeza. Driza entendió el gesto.

—Tenemos que marcharnos —dijo—. Le mantendremos informado.

Ambos policías se levantaron de la mesa.

—Le dije que yo no le había hecho eso a mi mujer.

—Detendremos al que lo hizo.

Observé cómo dejaban la cafetería y se alejaban en dirección a la salida del hospital. Instintivamente mi mirada describió un arco hacia la izquierda y no fue una casualidad que lo hiciera así. Diego estaba sentado en una de las mesas de aquel lado. Se había quedado allí después de que el inspector le interrogara y comprobara que su coartada —había vuelto a la oficina de la productora y una docena de testigos afirmaba que estaba allí cuando comenzó la tormenta— era verdadera. Nuestros ojos se encontraron un segundo. Aparté la mirada y me concentré en la bandeja con la comida que el inspector había comprado. Abrí uno de los paquetes de sándwiches envasados. Bebí un sorbo de agua. Diego se levantó de su mesa y se acercó a la mía. Se aclaró la garganta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Han descubierto al culpable.

—Nunca creí que fueras capaz de hacer algo así. —Negó con la cabeza y dirigió su mirada hacia la silla vacía que estaba frente a mí.

Guardé silencio mientras sacaba los sándwiches del envoltorio y los dejaba sobre un plato de loza.

—Espero que Be se ponga bien. —Respiró con fuerza por la boca, como si un segundo antes le hubiera faltado el aire, y añadió—: Te echaré de menos.

Alcé la vista un instante y después volví a concentrar mi atención en el sándwich envasado.

—Yo a ti no.

La autovía que conducía hasta la urbanización al norte de la ciudad donde vivían Anita y Tomás, y que cualquier día del año estaría congestionada por el tráfico, estaba casi vacía, y apenas veinticinco minutos después de dejar atrás el hospital, Driza aparcaba frente a la casa. Los dos policías contemplaron el alto muro de piedra blanca y la puerta de metal negro antes de cruzar la tranquila calle. La voz de Anita atravesó la ranura del comunicador con cámara incorporada.

—¡Inspector! —Había algo de sorpresa en su entonación.

—Discúlpeme —se justificó el policía—, podría haber telefonado, pero creí que era mejor venir.

—Le abro.

Los dos policías atravesaron la entrada. El coche de Anita estaba aparcado junto a la puerta del garaje abierta.

—¿Es por Be? —preguntó Anita desde el umbral.

El policía pensó que no era extraño que Anita quisiera saber si Be había fallecido. Y menos después de lo que habían descubierto en la última hora.

—No, tengo buenas noticias —le mintió—. Los médicos son optimistas. Le han hecho pruebas y están casi convencidos de que el edema no ha causado tantos daños como creían. Su amiga despertará y se pondrá bien.

Observó la reacción de Anita y, tras una primera oleada de alegría, percibió que un pensamiento, mucho más sombrío, había ocupado su lugar, y se dijo que había merecido la pena conducir hasta allí. Anita los hizo pasar.

—¿Quieren tomar algo?

El inspector le pidió un vaso de agua fría. Frei negó con la cabeza y le dio las gracias. Cuando Anita estaba en la cocina, los dos policías cruzaron una mirada. Habían hablado en el coche de cómo llevarían el interrogatorio. Anita volvió con un gran vaso de agua fría con hielo. Anita y Driza se sentaron. Frei se quedó en pie.

—Me gustaría saber —comenzó a decir el inspector Driza— por qué me mintió en el hospital.

Le dio un sorbo al vaso de agua sin dejar de mirar a Anita ni un instante. Ella expresó su desconcierto con frases muy trilladas, y antes de que comenzara con el juego de hacerse la ofendida, el policía le explicó lo que habían descubierto.

—Tenemos la declaración de una persona que afirma que hace un mes informó a su marido de su relación con la víctima. Su marido lo sabía todo. Tiene la oportunidad de explicarme por qué me mintió. Y no trate de hacerlo de nuevo. De todas maneras, cuando ella despierte, me contará la verdad.

—Está bien —dijo Anita—. Están a punto de darle un puesto de una gran responsabilidad dentro de su empresa. Lleva años persiguiendo ese objetivo, y si se sabe algo de esto, podría echarlo todo a perder. Solo trataba de protegerle.

—¿Dónde estaba ayer a la hora en la que comenzó la tormenta?

—Aquí —dijo encogiéndose de hombros—, no salí en toda la tarde.

—¿Y su marido?

—No lo sé. —Hizo una pausa para beber agua y después añadió—: Pero él no sería capaz de hacer algo así.

El subinspector Frei se acercó hasta Anita y le enseñó una fotografía de la cámara de tráfico.

—Es el coche de su marido, señora Vélez. La foto está tomada muy cerca de donde la víctima sufrió la agresión ayer por la tarde.

Anita exhaló una gran bocanada de remordimientos y se preparó para desvelar un secreto que llevaba horas pesándole en el corazón y que ya no era capaz de esconder por más tiempo. Se preguntó cómo eran capaces algunas personas de guardar cosas así durante años. A ella, doce horas le habían parecido un siglo, y se sintió aliviada en el fondo de poder dejar aquella carga en los brazos de otro. El inspector notó cómo, apenas comenzó a hablar, el tono de su voz no era el mismo que el de esa mañana. Y se dijo que ahora sí estaba escuchando una confesión.

Un día antes, más o menos a esa misma hora, Tomás había llegado a la urbanización y se había detenido en la calle mientras se abría la puerta automática del garaje. Estaba distraído y no se dio cuenta de que uno de sus vecinos, en pantalón corto y camiseta, se acercaba al coche. El golpeteo de los nudillos contra la ventanilla le asustó. Después sonrió y bajó el cristal. Anita observó la escena desde una de las cristaleras del recibidor y casi de forma inmediata comenzó a sentir un temblor en el labio inferior de su boca.

—Ella ha estado aquí —afirmó Tomás para que no hubiera duda—. ¿Qué quería?

Anita quiso mentir, pero pensó que una mentira solo empeoraría las cosas. Tomás, como todos los hombres engañados, se había vuelto suspicaz y desconfiado. Le contó que se habían visto solo unos minutos, que se habían despedido y que no volverían a verse nunca más. Él notó el olor del alcohol en su aliento y el del perfume de Be en su ropa y pensó que Anita volvía a mentirle y aquello lo enfureció. Agarró a su mujer por los brazos y la empujó. Anita trastabilló y cayó de espaldas contra el suelo, y al intentar detener el golpe, se lastimó en la muñeca. Lanzó un grito de dolor. Se quedó hecha un ovillo sobre el suelo con Tomás mirándola desde una posición de superioridad con una mezcla de odio y desprecio.

—Maldita sea —gritó—, esa zorra nunca te dejará en paz.

Esquivó el cuerpo de Anita, cogió las llaves del coche que había dejado encima de un cenicero de cristal y salió de la casa dando un portazo. Anita lloraba tirada sobre la gran alfombra de yute natural que decoraba el suelo del salón.

—¿A qué hora volvió? —le preguntó Driza.

—No lo sé —le contestó Anita—, era tarde. Creo que ya había amanecido.

Anita se echó a llorar. El policía dudó un segundo y, después de murmurar las mismas palabras tranquilizadoras que había pronunciado centenares de veces, le hizo una seña a Frei. El subinspector había contemplado toda la escena desde un segundo plano. En ese momento oyeron el ruido del motor del portón metálico del garaje. Driza se asomó a uno de los ventanales y vio entrar una berlina gris oscuro en la propiedad y aparcar detrás del coche de Anita.

Anita abrió la puerta y dio un par de pasos hacia el coche de su marido.

—La Policía está aquí.

—¿Es por Be? —preguntó Tomás—. ¿Ha fallecido?

Los policías, que habían seguido a Anita hasta el exterior, no pudieron evitar un gesto de asentimiento al escuchar casi un rastro de culpabilidad en aquellas dos preguntas.

—No —dijo Anita—, se pondrá bien y le contará a todo el mundo lo que le has hecho, hijo de puta.

Y como una hidra furiosa, salió corriendo y se lanzó contra su marido y le golpeó en la cara y en el pecho hasta que el inspector Driza pudo detenerla y apartarla de él.

—No sé qué les ha contado —dijo Tomás con el corazón cabalgando sin riendas dentro del pecho, sonando como un tambor, y la respiración trabajosa y la angustia haciendo cada vez más estrecho el conducto de su garganta—, pero yo no le hice nada a Be.

—Señor —le replicó Driza—, tiene muchas cosas que contarme.

El subinspector Frei se acercó al coche y miró a través de la ventanilla del conductor.

—¿Ha limpiado usted el coche?

—Esta mañana —le contestó Tomás.

—¿Limpieza integral?

Unos minutos después Tomás y los dos policías ocupaban las mismas posiciones que unos minutos antes habían mantenido con Anita —ella lloraba en la cocina— y le mostraban la grabación de la cámara de tráfico.

—Ya había comenzado la tormenta cuando su coche pasa por el puente en dirección a la casa de la víctima. Es la hora en la que se produjo la agresión. No

se encuentra usted en muy buena situación —le dijo el inspector—, sería mejor que me contara la verdad.

—No diré nada si no es delante de mi abogado —dijo Tomás—. Cuando ella se despierte, le confirmará que yo no la agredí.

—El último informe médico no ha sido muy positivo. Es muy probable que no supere esta noche. Tendré que acusarle de asesinato, detenerle y llevarle conmigo a nuestras oficinas. Y después conseguiré una orden judicial, iré a su empresa y registraré su despacho delante de las miradas de todos sus colegas.

Tomás supuso que Anita había hablado con el inspector y que esta le había contado su situación en la empresa.

—Estuve allí, pero ni siquiera la vi —admitió Tomás—. Llegué a su casa cuando ya había comenzado a llover y aparqué en la calle. Estaba muy enfadado. Quería que dejara en paz a mi mujer. Pensé en entrar y hablar con los dos para zanjar el asunto de una vez por todas. Si ella no quería escucharme, él lo haría.

—¿Cómo sabía que él también estaba dentro de la casa?

—Lo supuse. Su coche estaba aparcado sobre la acera.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Una hora o algo más quizá. Durante ese tiempo se me pasó la rabia que llevaba dentro. Y también tenía miedo de lo que él pudiera hacer. Me marché cuando dejó de llover. Le juro que esa es la verdad.

El inspector consultó su libreta. Según mi declaración, Be había dejado nuestra casa unos minutos antes de que estallara la tormenta. Tomás había cruzado el puente cuando las cámaras ya registraban lluvia. Si Tomás era el agresor, debían haberse cruzado a medio camino. Él la habría recogido en el coche, se habría producido la agresión y habría vuelto a salir en dirección a la ciudad, pero nunca habría llegado hasta nuestra casa. Entonces, ¿cómo sabía Tomás que mi coche estaba aparcado con dos ruedas sobre la acera? El inspector se quedó pensativo durante unos segundos. El silencio solo se vio alterado por un golpe de algo al caer al suelo, los sollozos de Anita y el chasquido de la lengua del subinspector Frei. Este último sonido le hizo salir de su estado de introspección.

—Escuche. —Driza trató de ser lo más empático que pudo con Tomás—. Esto es importante. ¿Se cruzó con algún otro vehículo desde el momento en el que se tomó esta fotografía hasta que aparcó frente a la casa de la víctima?

Frei enderezó los hombros como el perro de caza levanta el hocico cuando cambia la dirección del viento. Había oído un cambio en el interrogatorio. En algún momento su jefe había logrado hacer una deducción, atar un cabo suelto,

llegar a una conclusión que había pasado totalmente inadvertida para él. Pero estaba ahí.

—No lo sé. No lo recuerdo. Seguro que me crucé con algún coche, pero no podría decirle ni qué color tenía. Llovía muchísimo. Era casi una cortina de agua.

—¿Llegó algún coche mientras estuvo aparcado allí?

Tomás se quedó pensando en la respuesta y, justo antes de mover los labios, se dio cuenta de que lo que diría a continuación permitiría a la Policía detener al hombre que le había hecho eso a Be.

—Sí, un todoterreno, un modelo antiguo. Es de uno de sus vecinos. El que vive en la casa de al lado.

Frei y Driza cruzaron una mirada. Lo tenían.

Cuando Diego salió de la cafetería del hospital, no me moví durante un buen rato de la mesa en la que habíamos estado hablando. Le di un trago a la botella de agua, cogí una porción de sándwich empaquetado —el inspector había insistido, después de recuperar la confianza perdida en mí, en que debía comer— y me lo metí en el boca. Mastiqué aquella bola de pan blanco, atún, lechuga y mahonesa durante un buen rato. Hice lo mismo con el resto del sándwich, hasta que el paquete de plástico quedó vacío. Dejé la cafetería y busqué el pequeño patio adoquinado donde crecían los olmos, encendí un cigarrillo y me senté en el suelo, con la espalda apoyada contra los cristales de una de las paredes y la mirada perdida en los estilizados troncos de corteza blanca de los árboles. Y entonces sentí por primera vez que venía otra tormenta, una que nadie podría ver porque solo se desarrollaría en mi interior, una que me arrasaría por dentro. De alguna forma, aquel policía y sus sospechas me habían mantenido en pie durante todo el día. Tenía que mostrar fuerza y seguridad, transmitir tranquilidad, mostrarme equilibrado emocionalmente. Tenía que estar alerta, prestar mucha atención para que no se me escapara ni un solo detalle, no mostrar ningún síntoma de debilidad que me dibujara como culpable. Las sospechas del inspector se habían ido extendiendo como una mancha de aceite y habían tocado al personal del hospital, a nuestros vecinos, a nuestros amigos, a todo el mundo que me rodeaba. Y en los ojos de todos aquellos hombres y mujeres encontré antipatía, miedo y desprecio. Había apretado los dientes, bajado la mirada y apurado el oxígeno haciendo respiraciones profundas y sistemáticas mientras me sentía observado, analizado y juzgado. Y esa animadversión general había logrado que me concentrara en mí y en nada más.

Pero ahora que esas dudas se habían disipado, que la Policía había encontrado a un sospechoso mucho más fiable —curiosamente, otro marido engañado—, había aparecido ante mí un paisaje más horrible que el anterior. Como si hubiera descendido un nivel en el infierno de Dante. Mucho peor que los demás me señalaran como culpable era que yo sintiera que lo era. Había sido aquella mierda de plan que me había arrastrado hasta los pies de Eli para pedirle que con una llamada destruyera la relación de mi mujer y su amante lo que había llevado a Tomás a agredir a Be. Tomás podría ser el autor material, pero yo, yo había movido los hilos desde la distancia, yo lo había provocado, yo había empujado la primera ficha del dominó en aquel trágico juego que había acabado con Be en aquel bosque. Nunca tuve la intención de hacer daño, pero ¿qué mierda de excusa es esa cuando has provocado que la persona a la que más quieres esté inerte en la fría sala de reanimación de un hospital? Vomité bolas de pan blanco, trozos descompuestos de lechuga y atún, mezclado con lo que anteriormente debía haber sido mayonesa, y todo lo que había comido desde la mañana. Manché con mi vómito los pulidos adoquines, perfumé de ácido los arriates de plantas aromáticas y el suelo de corteza de pino, dejé junto a los estilizados olmos la sucia prueba de mi indigno paso por su mundo perfecto.

Subí una vez más a la tercera planta. Aproveché que el pulso del hospital casi había desaparecido para acercarme de nuevo a las puertas mecánicas que solo podía cruzar el personal autorizado. El agente que me había vigilado durante gran parte del día había desaparecido. Supuse que Driza le había enviado de vuelta a las oficinas de la Policía Judicial o quizá a su casa. Esperé hasta que un par de enfermeras con aspecto de haber terminado una larga guardia cruzaron las puertas. Las había visto varias veces a lo largo del día. Me acerqué a ellas y les pedí que me dejaran entrar. Estaba agotado y me marchaba a casa. Podía ser la última vez que viera a mi mujer con vida. Debí inspirarles piedad.

Be continuaba inmóvil bajo la resistente sábana de su cama. Su cabeza y su rostro ocultos tras vueltas y vueltas de venda de algodón blanco, los brazos extendidos a los lados del cuerpo, las agujas clavadas en la piel. La rodeaba una especie de nube de fino polvo, como a una obra de arte solitaria en la sala de un museo. Dentro del drama se respiraba paz. Me senté a su lado. Cogí su mano blanca, me llevé la punta de sus dedos a los labios y los besé, uno a uno, más de una vez. Y después, empujado por un instinto remoto, hice que la palma de su mano herida me acariciara la cabeza y la cara, y lloré. Lloré por todo lo que no había llorado durante aquel día. Le pedí perdón un millón de veces. Le susurré que habría sido mejor que nunca me hubiera conocido, que ojalá nunca hubieran premiado aquel guion que escribí, que no se hubiera acercado a mí, que no nos hubiéramos besado. No había hecho un buen negocio apareciendo aquel día en la

puerta de mi apartamento. Yo no merecía estar con ella; yo, que había sucumbido de una forma cobarde a los prejuicios, a los celos, que me había doblado ante los comentarios de los demás con sonrisas tristes y pequeños miedosos movimientos de cabeza, que me había encogido de hombros, y que al final, empujado por no sé qué idea de lo que era normal en el altar de lo aceptable, me había convertido en un ser tan mezquino, tan horrible y cobarde, tan despreciable como una lombriz en el barro. Y le volví a pedir perdón otro millón de veces más. Recuerdo aquel lamento como algo muy primitivo e irracional, recuerdo que mis lágrimas resbalaban por sus dedos y yo las recogía en mis labios, recuerdo que mis manos arrugaron las sábanas. Y también que la máquina a la que estaba conectada no varió ni un solo instante su monótono sonido. Lloré hasta que ya no pude llorar más y me despedí de ella con un gracias por los años a su lado.

El aparcamiento estaba vacío. Parecía que todo el calor del día se hubiera escondido allí dentro y era difícil respirar. Intenté salir lo más rápido posible de aquel horno, y ya en la calle, bajé la ventanilla del coche y encendí un cigarrillo. Con el codo apoyado en el hueco de la ventanilla y conduciendo con una sola mano, recorrí las avenidas desiertas de la ciudad, atravesé el centro y cogí la carretera que lleva al noroeste. Cuando aparqué frente a nuestra casa, la luminosidad del día todavía se resistía a morir. A esta ciudad le cuesta anochecer en verano. Es como si no quisiera dormir. El aire era mucho más fresco que en el centro y la brisa movía las ramas finas de los árboles y las cortinas y visillos de las casas de los vecinos. Subí las persianas y abrí las ventanas, y una grata corriente cruzó la casa, movió telas, lanzó papeles al suelo y agitó los rincones. Subí al dormitorio, me desvestí y me di una ducha. Al salir del baño, me senté en el lado de la cama donde dormía Be. Ya había anochecido. En la calle un grupo de personas hablaba sin demasiada vergüenza del acontecimiento del mes, puede que del año o de la década. No podía seguir su conversación. Era más bien un rumor en el que las palabras que expresaban las ideas más trágicas se pronunciaban casi en un susurro y, sin embargo, a veces una frase se elevaba sobre el resto como una torre y entonces podía acertar a descifrarla.

—Se veía venir —dijo una voz de mujer.

—Ella lo iba provocando —añadió un hombre.

—No le han detenido —dijo alguien en un tono de falso asombro.

—Hubiera preferido que hubiera sido él —escuché decir a la voz de mujer —. Me da miedo pensar que hay un violador suelto por ahí fuera.

Minutos después volvieron a meterse en sus casas. Quizá esa noche —a pesar del calor— dormirían con las ventanas cerradas y soñarían con amenazas desconocidas. Los maldije. Sentí el impulso de asomarme a la ventana y agitar el



puño en el aire y gritarles que se metieran en sus casas y que nos dejaran en paz. Habían actuado en aquel drama representando a un siniestro coro griego que había cultivado aquellas dañinas semillas en los jardines de sus casas, junto al carbón encendido de sus barbacoas, al lado de las cunas de sus hijos, entre el vapor caliente de sus baños, en los lugares más secretos de sus dormitorios. No podía castigarlos a todos, pero conservaba la esperanza de que agarrándolos por el pecho y mirándolos a los ojos sintieran la vergüenza, que la náusea los ahogara, que los remordimientos los atormentaran el resto de sus vidas. Les estaba concediendo una honestidad que no tenían. ¿Qué sabían ellos de nuestra intimidad? Un puñado de frases atrapadas al vuelo sobre los setos de los jardines, un gesto sorprendido en la puerta o a través de las ventanas. Sobre todo eso habían construido una historia que la mayoría de las veces era mentira. No, no sabían nada. Y sin embargo, parecían saberlo todo. Maldije en voz alta. Sabían que nos habíamos peleado, que nos habíamos gritado, que la había perseguido por las escaleras, que habíamos forcejeado en el dormitorio, que ella me había lanzado un cenicero que había estallado contra el suelo y se había roto en mil pedazos. Lo había dicho Juan, nuestro vecino, cuando me había visitado en el hospital.

—A mí sí me dio.

Recordé que había comenzado a contar aquella intimidad sobre su matrimonio —quizá pensó que eso me ayudaría— en el momento en el que los doctores atravesaron las puertas automáticas de la unidad de reanimación. Juan sabía que Be me había lanzado un cenicero a la cabeza. Un detalle tan pequeño. Una ola de calor me sofocó y provocó que comenzara a sudar, un punzante dolor me hizo doblarme por la mitad y de nuevo una náusea ascendió por la garganta. Tuve un presentimiento, una intuición, un sentido desconocido se activó en mi interior.

El antiguo todoterreno de nuestra vecina Alicia estaba aparcado en una de las calles laterales. En el cristal trasero tenía una pegatina que decía: «Mamá a bordo». Saqué el teléfono móvil del bolsillo y encendí la función de linterna. En el asiento de atrás descubrí una sillita de niño pequeño, un paquete de pañuelitos de papel, un par de muñecos de plástico, una botella de batido vacía tirada entre los dos asientos, dos zumos en tetrabriks individuales y algo en el suelo que al principio no distinguí bien, pero que luego comprendí que se trataba de un viejo osito de peluche al que le faltaba un brazo. Del espejo retrovisor colgaba un aromatizador con forma de cesta de pícnic. Al lado del asiento del conductor, junto al freno de mano, un puñado de gomas del pelo de varios colores cohabitaban con unos tiques de gasolina y tarjetas de aparcamiento. Entonces algo brillante semienterrado por la alfombrilla del acompañante me llamó la

atención. Allí, medio escondido, se encontraba un pequeño adorno, una pequeña perla de imitación pegada sobre un lazo de encaje. Era algo típicamente femenino, pero aquel pedazo de tela no era de Alicia. Lo había visto mil veces. Lo había acariciado y besado un millón de veces. Había estado cosido a las bragas de mi mujer. Recuerdo escuchar al inspector sobre lo importante que era encontrar la ropa interior de Be. Eso era lo que hacía su equipo cuando pasamos lentamente por la carretera que atravesaba el bosque. Buscar su ropa interior. Una parte estaba allí. Dentro del coche de otra mujer.

Escuché el quejido metálico de las bisagras de una puerta del jardín, apagué la linterna y guardé el móvil en el bolsillo del pantalón. Juan dobló la esquina un par de segundos después y me encontró apoyado sobre el pequeño todoterreno encendiendo un cigarrillo.

—He visto una sombra desde la ventana —dijo—, me has asustado.

—Soy yo.

—Estamos todos un poco nerviosos. Pensé que alguien quería robarnos el coche.

—Alicia debería aparcarlo dentro del garaje.

—La culpa es mía —me contestó—, fui yo quien lo dejó aquí.

A veces Alicia cogía el coche de empresa de Juan. Sobre todo, cuando quería presumir, como la tarde anterior, delante de las otras madres del colegio privado de sus hijos. Me había cruzado con ella en la calle principal de la colonia cuando regresaba de mi viaje a la costa. Conducía el coche de su marido. Los niños iban detrás.

«Tu mujer es una chica muy poco común», me había dicho durante aquella fiesta a la que Be los invitó a los pocos meses de llegar a nuestra casa. Claro que me había dado cuenta del subtexto de aquella frase, el deseo escondido detrás de cada palabra. Y siempre había estado ahí. A menos de un centenar de pasos de distancia. Deseándola en silencio.

No quiero decir que me alegrara al descubrir que Juan, nuestro vecino, era el hombre que había agredido a Be, pero sí que es cierto que sentí una especie de alivio, el levantamiento de parte de la carga de culpabilidad que arrastraba desde que en el hospital Frei y Driza salieron en busca de Tomás. Le miré sin parpadear y contuve el aliento. Lo primero que se me ocurrió fue llamar al inspector Driza y contarle lo que había descubierto. Pero luego noté que se apoderaba de mí una especie de euforia, sentí que me inundaba de valor, tuve la impresión de que era capaz de hacer mucho más. Decidí que era mi deber provocarle el mismo dolor que él le había hecho a sufrir a Be.

—Iba a dar un paseo, pero creo que no me apetece caminar —dije, y después, fingiendo desolación, añadí—: En realidad, lo que me apetece es beber,

pero no quiero hacerlo solo. ¿Te apetece una cerveza fría?

Volvió su cabeza hacia las ventanas de la segunda planta de su casa, como si allí hubiera un dios a quien debía pedir permiso.

—Solo un rato —dijo después de un instante—. No quiero dejar a Alicia y a los niños mucho tiempo. Da un poco de miedo pensar que ahí afuera puede haber alguien que quiera hacerle daño a las personas que queremos.

—Claro —afirmé—. Te lo agradezco.

Doblamos la esquina y entramos en el jardín. Le dejé pasar delante. Rodeamos la casa y nos sentamos cerca de la piscina en dos de las sillas que la noche anterior había arrojado con furia contra el seto de bambú. Durante apenas un par de minutos mantuvimos una conversación muy convencional sobre acondicionadores de piscina, riegos automáticos y las consecuencias de la tormenta de la noche anterior. Eso me dio tiempo a observarle con detenimiento. Es posible que solo sea un truco de la memoria —tiende a mentir—, pero creo que aquella noche fue la primera vez que prestaba atención a aquel hombre y me di cuenta de que tenía ante mí a un luchador. Era realmente fuerte. La cabeza grande, el cuello grueso, los hombros y la espalda anchos. La mandíbula robusta, en los ojos grandes, casi bovinos, una mirada domesticada e inexpresiva que, sin embargo, cuando sonreía —quizá eran aquellos dientes desiguales y mal alineados—, dejaba aparecer un rastro de inmoralidad que hasta ese momento había permanecido oculto. Al sentarse en la silla, encorvó la espalda, apoyó los brazos sobre los robustos muslos y unió las palmas de las manos. Recordé que en el hospital su mano derecha siempre había estado dentro del bolsillo de una sudadera deportiva, y en aquel momento reparé en un pequeño vendaje —más parecido a una cinta de esparadrapo— que le cubría los nudillos. Era un detalle que había visto en fotografías de boxeadores y de otras disciplinas deportivas que se cubrían los nudillos dañados por los golpes. Estuve a punto de maldecir en voz alta. Estaba ciego o quizá solo demasiado dolorido.

—¿Hay algo nuevo? —me preguntó y, al darse cuenta de que yo le miraba como si no hubiera entendido la pregunta, dijo—: Me refiero a la Policía, ¿tienen alguna pista de quién lo pudo hacer?

Asentí bajando la mirada, pensando que ese sería un gesto que le daría confianza, y tragué saliva.

—Ese policía, Driza, es un hombre muy meticuloso y muy obsesivo con los detalles. Dice que eso es lo que le ayuda a resolver los casos. La gente miente, comete errores, cae en contradicciones, ¿sabes? Y bajo esos errores se esconde el culpable. A veces hay que levantar muchas mentiras antes de atrapar a un criminal. Todos tenemos secretos, pero no todos somos unos asesinos.

—¿Entonces?

—Creo que tienen algo. Ahora te cuento. Voy a por un par de cervezas.

Entré en la casa, pero no encendí las luces. Me apoyé sobre la suave madera de la mesa del centro de la cocina. Notaba mi pulso acelerado, las aletas de la nariz hinchadas tratando de tomar la mayor cantidad de oxígeno posible, un sudor abundante manchando la espalda de mi camisa. Debo confesar que tenía miedo. Había atraído a Juan al jardín de nuestra casa empujado por el deseo de venganza, con el sabor amargo de la rabia en la garganta y la maldad brillándome en los ojos. Pero llegado ese momento también sentía un instintivo temor a ser dañado. Nuestro vecino era mucho más fuerte que yo, así que debía usar mi ingenio y utilizar un instrumento para derrotarle, de la misma manera que durante miles de años hombres más débiles habían derrotado a otros más poderosos. Necesitaba encontrar un arma. Miré a mi alrededor. Abrí uno de los cajones de la cocina y tanteé en busca de uno de esos cuchillos japoneses que Be había comprado unos meses atrás y que tenían una hoja de cerámica que no se desgastaba nunca —o eso decía la publicidad— y que cortaban el pescado y la carne como si fueran mantequilla. Agarré uno por su mango de acero, lo sostuve frente a mi cara e imaginé la escena. Iba a amenazarle con ese cuchillo y obligarle a confesar lo que había hecho. ¿Entonces se lo clavaría? ¿Una y otra vez? De repente aquella idea me pareció repulsiva y me sentí estúpido. Muy estúpido. No quería matar a ese hombre. Quería derrumbarle como a la bestia que era, quería escuchar su confesión, hacer que pidiera perdón, que rogara por su vida, y después castigarle manteniéndome indiferente a sus súplicas. Recordé que Be guardaba en uno de los cajones de la cocina uno de esos espráis de autodefensa que, creo, Anita le había traído de un viaje por los Estados Unidos. La idea me sedujo. Le aturdiría, le dejaría ciego, perdería su ventaja física y entonces, cuando le hubiera desarmado y le tuviera de rodillas ante mí, le golpearía con algún objeto duro y pesado hasta acabar con su resistencia. Un bate de béisbol habría sido lo más cinematográfico. Años atrás Diego casi me había convencido de comprarme uno, pero nunca lo hice. En un lateral del jardín teníamos una pequeña caseta —no mucho más grande que un armario— donde almacenábamos un puñado de herramientas y sobrantes de pequeñas obras que Be guardaba para un futuro de nuevas reparaciones. Allí teníamos una pala, una pequeña azada, trozos de una tubería de plomo, unas barras de forjado de hierro con el que habíamos sujetado al principio las tablas de madera para hacer los arriates de las plantas aromáticas. Había un mundo de armas para probar con mi vecino. Cuando lo tuviera de rodillas, aturdido y ciego, probaría cada una de ellas en su cuerpo. Aquella idea me hizo recobrar la seguridad, no sentía miedo, y se apoderó de mí una valerosa estupidez. Encontré el spray y me lo guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Abrí la puerta del frigorífico y saqué dos

cervezas mexicanas. No sabía cómo me había metido en eso, pero ahora debía terminarlo.

En el jardín, la mente de Juan también proyectaba afiladas sombras. No se había creído el cuento de mi paseo nocturno y mi deseo de beberme unas cervezas junto a él. Sabía que yo había visto algo dentro del coche de Alicia, pero no estaba seguro de qué podía ser. Maldijo su mala suerte. Me había observado llegar aquella tarde desde la ventana del último piso de su casa y se había dado cuenta de que —por mi actitud— la Policía ya no me consideraba sospechoso de la agresión a Be. Eso le hizo sentir dudas y también miedo. El mismo miedo que había sentido cuando aquella mañana encontró al inspector Driza en el salón de su casa y le informó de que ella no estaba muerta, que había sobrevivido a la brutal agresión. Ni el policía ni su mujer se dieron cuenta del temblor que le recorrió desde la coronilla pelada hasta las uñas de los pies. Valoró la opción de confesar. Incluso la de huir. Pero luego, más tarde, el otro policía dijo que los médicos no eran muy optimistas sobre su evolución y que probablemente no sobreviviría mucho tiempo.

Había visto a Diego llegar a casa y desde la oscuridad de su pequeño despacho en la planta superior los había visto entrar en el dormitorio. Como decía su mujer, Be se follaba a todo lo que pasaba a su alrededor. Así que cuando aquella tarde la vio salir de la casa, acalorada, gritando, chillando que se follaría a quien quisiera y unas cuantas obscenidades más, le pareció que aquel era su momento. La observó mientras caminaba calle abajo en dirección a la parada de taxis, pero él sabía que no había ninguno, y entonces comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Se subió en el coche de Alicia —aquella tarde le había pedido el suyo para llevar a los niños a un cumpleaños— y a unos doscientos o trescientos metros la vio tratando de resguardarse de la lluvia bajo la marquesina de la parada de taxis. Abrió la puerta y ella subió al vehículo. Ni siquiera tuvo que pedirselo. Fue fácil. Era una chica fácil. Ella estaba nerviosa. Él soltó un par de tonterías —lo primero que se le vino a la cabeza, cosas triviales, hacía tanto tiempo que no hablaba con una mujer que casi no sabía ni cómo hacerlo—, y ella se tranquilizó e incluso sonrió. Conducía ya por la carretera que atravesaba el bosque cuando la tormenta descargó toda el agua que llevaba, y casi estuvo a punto de perder el control del coche —era muy antiguo y Alicia le había pedido un millón de veces que lo cambiaran por otro nuevo, pero él se había negado porque aquel había sido su primer coche y le tenía algo parecido al afecto—, lo que le obligó a detenerse a un lado de la carretera. Su aliento y el calor de sus cuerpos empañaron los cristales del coche. Él le dijo cosas que ella le hacía sentir. Ella guardaba silencio. Después intentó besarla y ella se resistió. Él no entendió lo que pasaba. ¿Iba a ser selectiva precisamente con él cuando todos

sabían que se follaba a cualquiera? ¿Qué no le gustaba de él? Lo intentó de nuevo abalanzándose sobre ella, le metió la mano bajo el vestido y agarró sus bragas y tiró de ellas. Escuchó el sonido de la tela al rasgarse —en ese momento se desprendió el adorno que yo había encontrado en el suelo del coche— y la soltó para aferrarse a uno de los carrillos de su bonito y deseado culo. Ella le golpeó en la cabeza y en la espalda. Él pesaba algo más de cien kilos y estaba en buena forma y solo con echar su cuerpo encima de ella era capaz de inmovilizarla. Sin embargo, todavía no sabía cómo, ella alargó su mano y abrió la puerta del coche e, impulsándose con las piernas, se dejó caer fuera, en la cuneta de la carretera. No podía dejarla escapar. Corrió tras ella y la alcanzó bajando las escaleras. Se resistió y él no pudo controlarse. La golpeó una y otra vez. Luego escuchó aquel ruido sordo de rotura de huesos y ella dejó de luchar. Le subió el vestido. Pero por alguna razón ya no la deseaba. La dio por muerta. Y decidió ocultarla entre la hierba alta. De nuevo en el coche, se dijo que nadie había visto cómo la recogía, que no se había cruzado con nadie en el camino, que la lluvia borraría sus huellas, que podían tardar días o semanas en encontrarla. Quizá sería uno de esos casos que nunca se resuelven o quizá cualquier delincuente habitual cargaría con el crimen. Pero nada de eso había ocurrido. Y ahora debía tomar una decisión.

Cuando volví a la terraza, Juan seguía sentado en la misma posición en la que le había dejado. Tenía la barbilla pegada al pecho, como si estuviera concentrado en algo que ocurría bajo sus pies. Le tendí la cerveza y, al levantar la barbilla, apretó los dientes y vi en su mirada una especie de severidad que me desconcertó.

—Por los buenos vecinos. —Y entrechocamos nuestras botellas ligeramente—. Tengo que darte las gracias por ir a verme al hospital.

—No fue nada.

—Claro que sí. —Dejé la botella sobre la mesa—. Eres de esa clase de personas que hace esas cosas por sus vecinos. Ayudas con un tejado, arreglas una máquina para el césped estropeada, cuidas de los hijos de alguien o recoges a una mujer una tarde de tormenta con el cielo a punto de abrirse y le ofreces llevarla hasta la ciudad.

Llevé mi mano al bolsillo trasero del pantalón y agarré el espray de autodefensa de Be. No había olvidado que en su juventud había formado parte de un equipo de balonmano y que en casi todas nuestras conversaciones había salido siempre el tema del deporte, los entrenamientos y el gimnasio al que iba, pero me sorprendió la rapidez con la que aquel hombre que pesaba casi ciento diez kilos se lanzó contra mí. Fue como si los músculos de sus piernas fueran dos enormes muelles industriales. Ni siquiera le vi venir. Me impactó con uno de

sus hombros en la cintura y me levantó del suelo como si fuera una pluma. Caí de espaldas sobre la hierba, con todo su peso encima de mí, y tuve la impresión de que expulsaba hasta el último gramo de aire de mis pulmones. Colocó su enorme mano izquierda sobre mi pecho y con la derecha me lanzó un puñetazo a la cara que impactó certero en el pómulo, y mi cuello se giró de forma violenta y mi cabeza rebotó contra la hierba. Ese mismo puño había golpeado la cara de Be, y entonces comprendí todo el dolor, el miedo y la impotencia que debía haber sentido. Me golpeó varias veces —los puños llegaban sincronizados por el entrenamiento que seguía en el gimnasio—, primero con la izquierda y después con la derecha. Sentí cómo los huesos crujían, la carne se abría, la sangre manaba por mi cara. Una pequeña bocanada de aire entró por mi garganta justo antes de que sus rugosas manos se ciñeran a mi garganta y comenzaran a apretar. Puede que perdiera la conciencia durante un instante, pero cuando regresé a este mundo, mi mano todavía sostenía el espray de defensa de Be. Cerré los ojos y dirigí mi brazo hacia su cara. Microscópicos compuestos biológicos fueron disparados sobre sus ojos y la piel de su cara. Gritó de una forma tan brutal que me tapé los oídos. Aquel grito, casi un aullido gutural, fue una llamada de dolor que hizo que los pájaros abandonaran sus nidos en mitad de la noche y que los perros comenzaran a ladrar frenéticos en todas las casas cercanas. Soltó mi garganta y se levantó del suelo, pero solo fue capaz de dar un par de pasos o tres antes de caer de nuevo de rodillas sobre la hierba. Maldijo. Maldijo hasta que sus últimas palabras se convirtieron en una especie de silbido agónico. Me giré sobre un costado y respiré tan profundamente como pude. El olor de la tierra entró por mis fosas nasales e hinchó mis pulmones. Después me sacudió un acceso de tos brutal que me hizo doblarme en un cuatro y sentí una sensación ardiente en los ojos que me hizo parpadear, y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. Me incorporé sobre las rodillas. Todo estaba borroso, pero era capaz de distinguir que aquella sombra de formas indefinidas era nuestro vecino. Gruñía y se retorció sobre la hierba, emitiendo un sonido ronco —el gas le había cerrado las paredes de la tráquea y le impedía respirar con normalidad— tan profundo como el de un jabalí herido que se esconde en la maleza de un bosque. Se frotaba con desesperación los ojos y la cara, como si las tuviera encendidas por un fuego invisible, tosía, resollaba, sacudía la cabeza de manera violenta y daba patadas a su alrededor. Me levanté y me acerqué a él. Se asfixiaba como una cucaracha en el rincón de una cocina. Tenía los ojos apretados, el rostro desfigurado por la congestión, los párpados abultados, la nariz hinchada, la piel de un color rojo encendido. Apretaba las mandíbulas y mostraba aquellos dientes desiguales y mal alineados. La lengua del color morado parecía haber crecido y ocupaba toda la cavidad de la boca.

—Te voy a hacer sufrir tanto como tú a Be —le dije interrumpido cada dos palabras por un acceso de tos—. Y cuando termine contigo, suplicarás que te mate. Lo único que puede salvarte es que pidas perdón.

Trató de decir algo, pero apenas le salieron unos sonidos ininteligibles mezclados con el burbujear de la saliva que le chorreaba por la barbilla. Aun así, no me sonó a confesión. Más bien a una amenaza.

—No te muevas. Ahora vuelvo.

Con paso tambaleante me dirigí hacia el lateral donde teníamos la caseta de las herramientas. Al principio elegí una pala, pero después vi lo que me pareció un trozo de tubería de acero negro. Era pesado y tan largo como mi antebrazo, y pensé que con aquello podría romperle todos los huesos del cuerpo.

Volví. La memoria es caprichosa, pero creo que fue en ese momento cuando escuché las voces de los vecinos. Aunque de una forma neblinosa, podía ver algunas figuras moviéndose al otro lado del seto de bambú. Distinguí claramente la voz de Alicia. Chillaba histérica llamando a su marido y pedía ayuda. Él le contestaba a duras penas emitiendo unos sonidos que cada vez se parecían algo más a palabras. Mientras me acercaba a él, que se había arrastrado hasta el borde de la piscina, podía sentir las miradas de todas aquellas personas a través de los resquicios que dejaban los tallos del bambú. Movían la reja metálica y golpeaban la puerta del jardín, y gritaban de pánico. Cuando llegué hasta él, tenía la cabeza inclinada y con las palmas de ambas manos se lanzaba agua a la cara. Ni siquiera se dio cuenta de que yo estaba a su lado. Alcé los brazos y descargué con todas mis fuerzas la barra metálica sobre su espalda. Lanzó un grito horrible y penoso, y un eco amplificado se escuchó al otro lado del bambú.

—Confiesa que fuiste tú quien atacó a Be —dije sin levantar la voz—, que te escuche todo el mundo. Confiésalo.

Se retorció por el suelo gritando y llorando, pero no hizo ni un solo intento de emitir una palabra que se pareciera a una admisión de culpa o a una petición de perdón. Creo que se hizo una especie de silencio. Descargue dos o tres nuevos golpes sobre su cuerpo y sus brazos. Tuve cuidado de no darle en la cabeza. No quería matarle. Solo causarle el mismo sufrimiento que ella había padecido. Debí romperle varios dedos de una mano cuando intentó parar uno de los golpes. Quizá también alguna costilla. Dejé caer la barra de acero a un lado, me abalancé sobre él y le metí la cabeza dentro del agua. Pataleaba y agitaba los brazos tratando de golpearme, pero ya no le quedaban fuerzas y era sencillo sujetarle. Entonces escuché aquel chasquido a mis espaldas —no lo identifiqué, pero fue un disparo haciendo saltar la cerradura de la puerta del jardín— y después una voz familiar, amable aunque decidida.

—Suéltele —dijo el inspector Driza.



—Fue él quien atacó a Be —le contesté.

—Lo sabemos y hemos venido a detenerle. Suéltele —insistió.

Negué con la cabeza. Pequeñas burbujas de aire reventaban en la superficie del agua. El pataleo era cada vez más débil.

—Imagínese que ella despierta —dijo—. Daría cualquier cosa por estar a su lado en ese momento, ¿verdad?

Daría cualquier cosa por estar con ella solo un minuto más.

En algún lugar —un artículo de esos que rellenan el espacio de los periódicos ante la ausencia de verdaderas noticias durante los meses de verano— leí que es en el mes de septiembre en el que se produce un menor número de muertes. Al menos, eso es lo que ha ocurrido en los últimos cuarenta años. Pensé que, si Be superaba el primero de septiembre, mejoraría, se despertaría y se pondría bien. Pensé que, si deseaba que eso ocurriera, que si lo deseaba con todas mis fuerzas, que si cada vez que respiraba lo hacía solo con el objetivo de estar al lado de su cama en el momento en el que ella abriera los ojos, ocurriría.

Una tarde, cincuenta y dos días después de la noche del incidente, sentado en una incómoda butaca de hospital al lado de su cama, leía en voz alta las primeras páginas de la segunda versión de un nuevo guion que había comenzado a escribir. Una historia de amor. Leía y, de cuando en cuando, la miraba por encima de las hojas de papel. Hablaba con ella. Le pedía consejo. Le preguntaba —de forma retórica, porque no esperaba ninguna respuesta— qué le parecía tal o cual secuencia. Tachaba frases de diálogo y escribía notas al margen. La imaginaba leyendo y hablando y corrigiéndome. A veces, una expresión que yo pensaba que ella utilizaría me hacía reír. Afirmaba con la cabeza y decía en voz alta:

—Sí, eso tiene gracia, es verdad.

Lo primero que sentí fue una ligera aceleración del sonido del monitor que controlaba su respiración y el ritmo cardíaco. Los valores escalaron posiciones rápidamente y, cuando volví a mirarla, una ligera vibración bajo los párpados me hizo levantarme del sillón y coger su mano pequeña y fría entre las mías. Pronuncié su nombre y entonces abrió los ojos. El corazón me dio un vuelco dentro del pecho y comenzó a tamborilear como un loco. Una y otra vez dije su nombre.

Tuve que abandonar la habitación y dejar que los médicos y las enfermeras hicieran su trabajo. La vi fugazmente salir en una camilla. Celadores y enfermeras la llevaron de planta en planta, de visita a todos los especialistas y

jefes de departamento que habían intervenido en su recuperación durante aquellos cincuenta y dos días.

Esperé sentado en la butaca de la habitación. A través de las ventanas los arbolillos del patio exhibían orgullosos los colores del principio del otoño. La alegría de ver de nuevo sus ojos abiertos fue sustituida poco a poco por el vacío —la habitación sin su cama ocupando la mayoría del espacio era un desierto—, y después llegó la tristeza. Aquellos cincuenta y dos días al lado de su cama habían sido como una bola extra de una partida de *pinball*. La última vez que habíamos hablado había decidido abandonarme y me había golpeado con la rodilla entre las piernas. Aquellos días habían servido como un ejercicio de despedida. Sí, algo así como un ensayo general. Lo cierto es que día tras día me había despedido de ella, y al fin, aquel tiempo de hospital me había servido para completar el camino. De alguna forma, yo también me había curado. Pasaron horas hasta que un celador empujó la puerta de la habitación y su cama volvió a ocupar el centro del mundo. Allí estaba ella, apenas un suspiro bajo la sábana del hospital, ojeras profundas, el pelo muy corto. Y aun así, era la chica más especial del mundo. Di un par de pasos hasta su cama. Me miró como si me estuviera sometiendo a examen. Le cogí la mano.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Todavía no puede hablar —dijo la enfermera—, pasarán unos días hasta que recobre la voz.

Ella seguía mirándome con curiosidad.

—El doctor quiere hablar con usted —añadió.

Afirmé con la cabeza. En el pasillo el médico me explicó que el edema había afectado la zona del cerebro que alberga los recuerdos.

—Tendrá que ayudarla a descubrir quién es —dijo el médico—. Su memoria está en sus manos.

Volví a entrar en la habitación. Ella miraba hacia la ventana. Me senté a su lado en la cama.

—¿Sabes quién soy?

Ella negó con la cabeza.

—Te quiero y tú me quieres a mí. ¿Te parece un buen comienzo para una historia?

Be afirmó con la cabeza y sonrió.

Y aquella sonrisa iluminó mi vida.

*Una mujer infiel*  
Miguel Sáez Carral

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Malcolm Brice / Arcangel

© Miguel Sáez Carral, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-18459-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

## **NOVELA NEGRA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

